Andrew Sean Greer

LESS ESTÁ PERDIDO

AdN

Andrew
Sean Greer

LESS ESTÁ PERDIDO

AdN Alianza de Novelas

Andrew Sean Greer

LESS ESTÁ PERDIDO

Traducido del inglés por Miguel Marqués

AdN Alianza de Novelas

Para mi padre, Andrew Greer, un hombre maravilloso

Y, si un hombre lleva en sí algo
abundantemente risible, estad seguros
de que hay más en ese hombre
de lo que quizá imagináis.

HERMAN MELVILLE, *Moby Dick*

Atardecer

Unas semanas antes, en el centro médico, Less debería haberse dado cuenta de que su relación pasaba por un mal momento. Se trataba de una extracción de sangre rutinaria para una revisión médica rutinaria, de las que los hombres de más de cincuenta años estadounidenses deben hacerse todos los años. Al abrir la puerta del centro médico tintineó una campanilla, que volvió a sonar cuando trató de cerrar, sin conseguirlo del todo, lo que hizo que sonara una vez más. Y aun otra. «¡Lo siento!», dijo en voz alta dirigiéndose a la sala de espera vacía, en la que únicamente esperaban un dispensador de agua, un tablón de anuncios y una pila de revistas de cotilleo con portadas de colores absurdos. Observemos a Less, no obstante: viste una sudadera fluorescente y un sombrerito de marinero marsellés. ¿Quién habla de absurdidades?

En la sala de exploración, el flebotomista (calvo, taiwanés, muy tatuado, dolido aún por una ruptura sentimental que no viene al caso contar aquí) alargó una carpetita a Arthur Less.

—Escriba su nombre completo en la parte superior, por favor —pidió, mientras ordenaba el intrigante instrumental que había sobre una bandeja.

El paciente escribió el nombre Arthur Less.

—Escriba también el nombre de su contacto de urgencia —dijo el flebotomista, preparando el manguito inflable para la tensión.

El paciente escribió el nombre Freddy Pelu.

—Indique también qué relación mantiene con el contacto —añadió.

El paciente levantó la mirada con sorpresa. Nuestro flebotomista enamorado echó un vistazo al cuestionario y volvió a colocar en la bandeja que tenía al lado el manguito de la presión, con esa perilla y ese tubito que le dan aspecto como

de animal submarino y que a veces aprieta tanto que parece que mida no la tensión sanguínea, sino la misma hombría.

—¿Qué relación tiene con esta persona, señor Less? —preguntó bruscamente.

—Es una pregunta difícil de responder —dijo el paciente. Hizo una pausa por un instante y, en un gran malentendido con el universo, escribió por fin: «Relación incierta».

Esa torpeza emocional se hizo evidente asimismo en otra ocasión, durante unas vacaciones en coche por California: Less iba equipado únicamente con su amor rodante (un viejo Saab) y algún material de cámping comprado atropelladamente, que consistía en dos sacos de dormir con cremallera interior sellada y un objeto que podría describirse como un enorme disco hecho de nailon. Tal objeto, de fabricación suiza, se desplegaba automáticamente para convertirse en una tienda cuyos vastos interiores sorprendían hasta al más incrédulo: a Less le fascinaban los bolsillos laterales, los respiraderos, el toldillo, las costuras, las telas mosquiteras y la bóveda circular, que le hizo pensar en el Guggenheim. No obstante, como todo lo suizo, el objeto mantenía una postura neutral: no correspondía a Less en su amor. Convencido de su infalibilidad, Less abrió la tela mosquitera y dejó pasar una díscola despedida de soltero de mosquitos que se abalanzó sobre la barra libre de sangre humana; e incluso se las apañó para confundir la cremallera de la tienda con la de los sacos y dejarlos colgando del techo. El último día, empezó a jarrear a la hora de comer y se hizo evidente que la tienda era muy fiable, pero Less no. Y que era imperativo reservar una habitación de hotel. El más cercano se llamaba algo así como Hotel d'Amour. Less se encontró, en mitad de aquel bosque medio inundado, ante una casita de color pastel e interiores decorados a base de ramos de rosas y muebles chapados en falso pan de oro. La recepcionista lo saludó con gesto sorprendido y amable. El hotel estaba vacío debido a la cancelación de última hora de una boda. «Lo teníamos todo preparado, el altar con las rosas, la oficiante, el convite, la tarta, el champán y hasta el DJ», lamentó la chica con un suspiro. Ella y sus compañeros esperaban expectantes la

llegada de cualquier posible cliente. Había una jaula con dos palomas que zureaban con romanticismo. A la corpulenta oficiante se le había empapado el hábito, pero mantenía en el rostro una sonrisa esperanzada. Un cuarteto de cuerda interpretaba *Anything Goes,* el tema de Cole Porter. La tormenta envió una ráfaga de viento que cerró la puerta de entrada violentamente, bloqueando cualquier posible huida. El sino de Less parecía ineludible.

—¿Qué te parece? —pregunté a Arthur Less.

Sí, era yo quien preguntaba. Yo soy Freddy Pelu. Yo soy el contacto de urgencia (el que recogió a Less del centro médico después de que se desmayara tras la extracción de sangre). Soy un hombre bajito y delgado que raya los cuarenta años y que, reticente a abandonar las excentricidades propias de la veintena (dormir con un gorro de seda para no estropearme los rizos del pelo y usar zapatillas de andar por casa con orejas de conejo), se ha convertido en un estrafalario hombre de mediana edad. Los rizos se han transformado en una especie de zarcillos bañados en plata vieja; las gafas rojas no hacen sino hacer más evidente mi miopía; y, si tengo que dar una vuelta al parque corriendo detrás de mi perro, termino resollando. Sin embargo, no tengo aún ni una arruga y no soy Arthur Less. Si he de hablar de mí, me definiría más bien como una aleación (mi abuela lo llamaría *pasticcio)* de italiano, español y mexicano: meras nacionalidades que presuponen genes ibéricos, nativos americanos, africanos, árabes y francos, los cuales podrían diseccionarse de nuevo hasta llegar al humano básico del que todos descendemos.

Llevo nueve meses conviviendo con este paciente atormentado, este Arthur Less novelista y viajero, en San Francisco, en una casita de madera de un dormitorio, con alguna que otra gotera, situada en los Vulcan Steps, a la que cariñosamente llamamos la Cabaña, que está escriturada a nombre de su antiguo amante, Robert Brownburn, y en la que Less lleva viviendo una década sin pagar alquiler. Comparte las mieles de nuestra felicidad de pareja un cachorro de bulldog llamado Chicazo. Todo el mundo da por hecho que es chico, aunque los chicazos son, por definición, chicas, como Less se

ve obligado a aclarar cada vez, no sin cierta exasperación. Convivir con uno y otro es, para Less, una cruz y una bendición. Nueve meses de felicidad no marital, a los que se suman otros nueve años de relación.

Iniciamos una relación muy informal cuando yo tenía veintisiete años y él cuarenta y uno. Yo me ocupé de alimentar esa informalidad a lo largo de nueve años. Yo vivía con un tío mío muy gruñón que se llamaba Carlos. Nunca me adapté del todo a ese hogar de acogida. El inglés era para mí una segunda lengua en la que me desenvolvía no muy hábilmente; cuando lo hablaba, me sentía a veces al otro lado de un interfono estropeado. La Cabaña se convirtió para mí en un rincón acogedor donde dejarme cuidar. Less nunca me exigió más que besos de despedida al salir de casa; yo di por sentado que él vivía a gusto absorbido por el trabajo o cualquiera de los otros asuntos que yo intuía que ocupaban a los hombres de su edad. Nueve años dando cosas por hecho. Es cruel reconocer que, sin embargo, esos nueve años están entre los que más atesoro. Fue el único periodo de mi vida en que me trataron como a un príncipe. Podía entrar y salir y me sentía reprendido, pero a la vez un objeto de adoración. En ese tiempo, no sabía a qué cosa llamar «amor».

Aprendí por las bravas. Una mañana me levanté sintiéndome a un mundo de distancia de Arthur Less. No veía más que el azul intenso de su traje de diseño. Entendí que la felicidad está al alcance de la mano, pero hay que alargar el brazo. Quise viajar por todo el mundo para recuperar su amor.

Sin embargo, Less no se casaba conmigo aquel día en el Hotel d'Amour. Teníamos las palomas y un cátering con camareros, pero ni por esas. Los relámpagos iluminaban el cielo y la lluvia golpeteaba como un tambor. En su rostro se leía una sola palabra: «inseguridad». «Tengo que pensarlo», dijo.

Esta es la historia de la crisis que vivimos juntos. No en el centro médico ni en el Hotel d'Amour (ni durante otras excursiones malhadadas), sino durante un viaje en concreto, que comienza y termina en San Francisco. Entre medias: un avión, una furgoneta, un autobús, un tren; un burro, una

ballena y un alce. Pero dejemos de hablar de mí, Freddy Pelu, por un momento, pues no aparezco en esta historia hasta mucho después…

(Por dejar las cosas claras, en el centro médico, debería haber escrito «pareja».)

Echemos un vistazo a Arthur Less hoy:

Asomado a la borda de uno de los ferris que cruzan la bahía de San Francisco, viste un traje de un gris muy parecido al de la niebla que lo envuelve; tanto que apenas vemos una fantasmal cabeza flotante, como en una película de miedo (que no diera mucho miedo). Observen su pelo rubio, ya ralo (que, azotado por el viento, podría compararse a una decoración de merengue), los delicados labios, la nariz afilada y una barbilla puntiaguda que hace pensar en los incursores vikingos que aparecen en el famoso tapiz de Bayeux. Su piel es todo lo blanca que puede llegar a ser la piel de una persona blanca, teñida únicamente por el rosa de la punta de la nariz y de los lóbulos, y el azul tirando a verde botella de sus iris. Contemplen a Arthur Less. Sobrepasados los cincuenta, tenemos ante nosotros un fantasma de su yo anterior. Conforme el cielo se oscurece, ese fantasma se sustancia en un hombre alto, de mediana edad, que tirita de frío. Nuestro protagonista mira alrededor como alguien que por primera vez se ha dejado crecer bigote y espera que alguien se dé cuenta.

De hecho, Arthur Less se ha dejado bigote. Y, sí, de hecho, espera que alguien se dé cuenta.

Esa neblinosa mañana de octubre, nuestro Novelista Americano Menor ha emprendido un trabajoso viaje rumbo a un pequeño pueblo minero de Sierra Nevada para impartir una conferencia enmarcada en un ciclo titulado «Oradores notables». Para cualquier otra persona, sería un viaje de tres horas, pero Arthur Less tiene que hacerlo más difícil: ha elegido cruzar la bahía en ferri para luego tomar un tren. Según sus cálculos, serán cinco horas de un viaje durante el cual espera ver algún minero del oro regresando desde el

libertino San Francisco a las yermas montañas de la fortuna.

Ay, ¿por qué no existirá de verdad un instrumento médico que sirva para medir con precisión la esencia del hombre? ¿Qué lectura daría si lo usáramos en nuestro protagonista, que esboza una leve sonrisa mientras contempla cómo su ciudad se desvanece entre la niebla como una fotografía con demasiada exposición? Quizá daría cuenta de la agitación de ese viejo corazón que se esfuerza por mantenerse a flote dentro de su caja torácica de medio siglo de antigüedad. También, creo, evidenciaría el placer del reconocimiento literario que ya cala: muchos escritores dicen que lo único que desean es que la tinta de sus textos se seque antes de que les toque dejar este mundo, pero probablemente ese regocijo literario es lo que mantiene el calor corporal de Less y lo mueve a asomarse por la borda de un barco ese domingo frío y gris. ¿Acaso no lo consideran un «orador notable»? Ha emprendido un viaje al cabo del cual será aplaudido por mineros del oro, algo así como Oscar Wilde en su gira por el Viejo Oeste. (Tan desorientado está Less que imagina mineros en lugar de agricultores especializados en marihuana.) Es más, Less ha recibido más invitaciones en los últimos días que en todo el año pasado. La organización de un importante premio literario lo ha invitado a formar parte de su jurado y una compañía de teatro le ha ofrecido hacer un montaje a partir de uno de sus relatos. ¿Habrá quizá un público silencioso esperando con ansia su nueva novela? ¿Alguna fuerza oculta e inadvertida por la élite de críticos y editores neoyorquinos que observa de lejos el paisaje literario norteamericano sin interactuar con él, como una estación espacial en órbita?

«Haz caso omiso de todo eso —le advierte el poeta Robert Brownburn en su recuerdo—. El objeto de la escritura está en la página.» El famoso poeta Robert Brownburn, qué fácil decirlo para él: «Dale la espalda al amor».

El poeta Robert Brownburn: mi predecesor. Estuvieron juntos quince años, la mayor parte de ellos viviendo en la Cabaña. Se conocieron cuando Less tenía apenas veintiuno, en la playa Baker de San Francisco. Less había trabado conversación con una mujer que, fumando un cigarrillo y

oculta la mirada tras unas gafas de sol, le dijo que se llamaba Marian y le aconsejó que aprovechara su juventud, que la derrochase. Además, le pidió un favor: que acompañase a su esposo entre las olas, que eran muy fuertes. Así lo hizo: ese hombre resultó ser Robert Brownburn. El poeta dejó a Marian para irse a vivir con Less. Cuando ganó el premio Pulitzer, lo llevó a la ceremonia de entrega; lo llevó también a París, a Berlín y a Italia. Cuando se separaron, Arthur Less mediaba la treintena. Podría decirse que Robert Brownburn formaba parte de su juventud. Yo he formado parte de su mediana edad. ¿Habrá alguien más, un hombre aún ignoto, que vaya a compartir con Less su ancianidad? Less quizá se habría casado con Robert Brownburn si hubiera sido posible. Pero los tiempos han cambiado y las leyes también. Yo nunca se lo he pedido.

Volvemos al frío de San Francisco cuando Less, aún a bordo del ferri, recibe la primera de tres llamadas telefónicas:

—Hola-por-favor-desea-comunicarse-con-usted-Peter-Hunt-no-cuelgue —oyó decir mecánicamente a una voz.

Less espera sin colgar, escuchando a Céline Dion interpretar de cabo a rabo una versión de *You Shook Me All Night Long,* de AC/DC, tras lo cual sobreviene un breve silencio y, seguidamente, la voz de su agente literario:

—Arthur, voy a ir al grano. —Sean buenas o malas, Peter suelta las noticias a empellones, como quien fustiga a una montura.

—¡Peter!

—Estás en el jurado de un premio —dice el agente con tono algo brusco; uno se lo imagina agitando su canosa cola de caballo—. Ojalá no lo hubieras aceptado, pensé que este año tenías opciones de ganarlo…

—Peter, no seas ridículo.

—Mi consejo es que no te molestes en leer nada. La novela ganadora se te revelará, como una visión. Es mejor que dediques tu tiempo a otros asuntos.

—Gracias, Peter, pero mi deber es…

—Hablando de otra cosa —continúa Peter sin detenerse siquiera a escuchar—, ¡tengo buenas noticias! Te he

conseguido un artículo sobre H. H. H. Mandern, diez páginas, con semblanza, entrevista, fotos satinadas y toda la pesca. Ha pedido que lo hagas tú, específicamente.

—¿Qué? ¿Quién?

—Tú, que hagas tú la pieza.

—No, digo que quién es la persona que quiere que haga ese reportaje.

—¡Mandern! Estaba un poco confundido, le aclaré todo. Va a hacer una gira de presentación de su última novela. Tú irías a Palm Springs y a Santa Fe. Ahí le harías una entrevista durante la presentación. Luego tendrías que hablar con él y organizar el artículo para la revista. La única pega es que ese evento es dentro de dos días.

—Entonces no —replica Less con firmeza—. Me voy a Maine.

—¿Estás trabajando en algo?

—Peter, ¡mi nueva novela sale dentro de seis meses!

—Estoy seguro de que ya has empezado a trabajar en otra cosa.

Por supuesto que Less no ha empezado a trabajar en otra cosa. Nuestro protagonista ha alcanzado ese momento en el ciclo vital de los escritores en el que, tras desprenderse de la librea invernal —los últimos detalles ortográficos, los ajustes de estilo— y haber dedicado meses a rebuscar hasta la última nuez y la última grosella que produjesen sus extenuadas mentes literarias —a saber, los artículos y críticas que pueden posponer lo inevitable, a veces de manera indefinida—, emergen de su guarida arrebatados por una suerte de celo literario: ha llegado el momento de empezar una nueva novela.

—Bueno… Lo de Palm Springs.

—Peter, no voy a ir.

—Empieza el martes, piénsatelo. Será estupendo formar parte de un jurado, volver a la escena… —Y entonces se corta la comunicación.

Entre las aguas de la bahía de San Francisco aparece un rostro: un león marino que mira fijamente a Arthur Less, la única persona en la cubierta azotada por el viento helado. Less le devuelve la mirada. ¿Quién sabe de qué estará intentando

advertirle? El león marino (¿o es una *selkie?)* desaparece en las profundidades y Less se queda solo.

Ese Novelista Americano Menor debe querer volver a escena, desde luego, pues lleva mucho tiempo lejos de su territorio natural. Tanto que siente este como el salmón su arroyo natal cuando regresa a él: como un país extranjero más. Tras un zigzagueante itinerario alrededor del planeta —diez mil kilómetros a vuelo de albatros (todo un relato de viajes, para otra ocasión)—, aterrizó en casa, en San Francisco, solo para volver a partir en un viaje de tres meses más (a México) para terminar su novela. Nuestro frugal autor se alquiló una cabaña en una playa de Oaxaca alimentada con energía solar, lo que lo obligaba a levantarse al amanecer y trabajar hasta que se cortaba el suministro eléctrico, al anochecer. Cuando volvió a mis brazos era un despojo, pero se le notaba satisfecho como nunca en su vida.

¿Cómo es regresar a tu país tras tanto tiempo? Less dio por hecho que sería como retomar una novela aparcada tiempo atrás; quizá debas volver a leer las últimas páginas, recordar quiénes eran Janie, Butch y Jack y por qué a todos los vecinos de Newtown-on-Tippet les causa tanta indignación el castillo. Pero, no, nada de eso, de ningún modo. Es mucho más raro. Es más parecido a cuando retomas una novela aparcada hace un tiempo y te das cuenta de que se ha estado escribiendo sola mientras tú estabas a otra cosa. Ya no hay ninguna Janie ni ningún Butch ni ningún Jack. Ni rastro de Newtown ni del castillo. Por algún motivo, estar en tu país ahora te parece como flotar en el espacio exterior, orbitando Saturno. O, peor aún, puede ocurrir que las páginas que querías releer han sido arrancadas: debes entonces empezar desde el punto en que te encuentras, desde el punto que es tu lugar de origen, y, sin más, abrirte paso y arrear. Quizá pienses: «¿Qué ha pasado? Dios mío, ¿qué es todo esto? ¿Una broma?».

Pero no, es ley de vida. Desgraciadamente, nadie en esta vida está de broma.

La segunda llamada es mía, de Freddy Pelu.

—¡Freddy, tengo buenas noticias!

—¡Qué contento estás! ¿Qué ha pasado?

—Peter me acaba de llamar y al parecer H. H. H. Mandern quiere que le haga un reportaje.

—¿Quién? —pregunto.

—¡H. H. H. Mandern! —repite Less—. Uno de los escritores actuales más reconocidos. Es dinero fácil. ¡Pero he dicho que no!

—¿Y esas son las buenas noticias?

Less está exultante:

—¡He dicho que no! ¡Porque mañana voy a estar contigo en Maine! No sé qué está pasando, no sé por qué estoy en el jurado de ese premio y no sé por qué tengo que hablar hoy, no sé por qué Mandern ha pedido que lo entreviste yo, pero, Freddy, ¡sienta genial! ¡Es maravilloso que a uno lo quieran! Porque, de verdad, ¿quién quiere a un novelista blanco y gay de mediana edad del que nunca ha oído hablar nadie?

—Yo —respondo—. Yo lo quiero.

Yo no estoy sufriendo el frío de San Francisco, sino el del noreste del país. Me encuentro en una pequeña ciudad universitaria del estado de Maine, en la que voy a pasar tres meses de mi año sabático haciendo un curso de narrativa.

—Bueno, pues estás de suerte —repone él—. Mi vuelo sale mañana a mediodía.

—¿Has rechazado lo del reportaje? ¿De verdad?

—¡De verdad! Me voy contigo a Maine, teníamos ese plan. No quiero que pasen meses sin vernos.

—Pero a ti te encanta viajar.

—No, a mí me encanta viajar contigo —puntualiza Less mientras suena de fondo una sirena de barco—. Voy al pueblo minero y después me voy a verte a Maine.

—¿Sabes lo que me gustaría ver en el novelista blanco y gay de mediana edad del que nadie ha oído nunca hablar? Un poco de seguridad en sí mismo. Quizá te invitan porque eres realmente un gran escritor.

—¿Sabes qué? —contesta Less—. ¡Hoy tengo la impresión de que quizá sí lo sea!

—¡Por supuesto que lo eres! —reafirmo.

—Freddy, perdona, tengo otra llamada. ¡Te quiero!

—¡Cógelo! ¡A lo mejor son los del Nobel!

—¡A lo mejor! —responde él, y yo le digo que lo quiero. Los leones marinos o las *selkies* parecen saludar a Less desde el agua, dando una última advertencia; él devuelve el saludo y, embargado por la alegría, contesta el teléfono por tercera vez esa mañana. Las cosas le están yendo tan bien hoy que hasta se le antoja posible que le llamen los del Nobel.

Pero, ay, amigos, no son los del Nobel. Es ley de vida, que, desgraciadamente, nunca sean los del Nobel.

Less oye una voz sombría al otro lado de la línea: «Arthur, soy Marian…».

Sé fuerte, Arthur Less. ¿Recuerdas que habíamos hecho un trato, poco después de que me instalara yo en la Cabaña? Era domingo y me había pasado el día entero en esa cama blanca (al pie de cuya ventana crecía la bignonia) corrigiendo exámenes. No me había movido desde el desayuno y había oscurecido hacía rato. Apareciste tú con una pizza y una botella de vino. También tú te habías pasado el día en albornoz. Te sentaste en la cama, me serviste una copa y me dijiste: «Freddy, ahora que estamos viviendo juntos, tengo una propuesta que hacerte». Tenías el pelo rubio revuelto, las mejillas encendidas (como se dice en las viejas novelas románticas); quizá te habías terminado antes los restos de otra botella. «Ninguno de los dos es fuerte. No somos capaces de colocar un estante ni de arreglar un lavabo y ninguno de los dos podríamos cazar un ratón.» Me pusiste la mano sobre el brazo. «Pero al ratón hay que cazarlo. Esta es mi propuesta: tú serás el fuerte los lunes, miércoles y viernes. Y yo lo seré los martes, jueves y sábados.»

Me quedé en silencio unos segundos y pregunté, suspicaz:

—¿Y los domingos?

Me diste unos golpecitos en el brazo para hacerme sentir más seguro.

—Los domingos, Freddy, ninguno de los dos tendrá que ser el fuerte.

Estando en Maine, recibo un mensaje de voz: «Freddy, ha llamado la exmujer de Robert, Marian —una breve pausa—. Robert ha muerto, hace unas horas. Fallo multiorgánico. He cancelado el evento del pueblo minero. Tengo que volver. Marian estaba en Sonoma y va de camino, se va a quedar esta noche en la Cabaña, tenemos que organizar el funeral para mañana, así que no se te ocurra volver. Va a ser algo sencillo, unas cuantas personas solo. Vamos a intentar dejarlo organizado y te cuento. Te llamo luego. Te quiero».

Hoy es domingo.

La primera persona que se fija en su nuevo bigote es la exmujer de Robert Brownburn.

—Lo siento mucho. No debería fumar aquí —dice Marian Brownburn. Lo esperaba en el dormitorio de la Cabaña. Desde el otro dormitorio llega el rumor de la aspiradora; nuestra chica de la limpieza, una señora *hippie* ya de cierta edad llamada Lydia ha esparcido un polvo blanco por todas las alfombras. Less cierra la puerta a sus espaldas y suspira.

Bajita, corpulenta y hermosa, rozando ya los ochenta, Marian sigue desprendiendo ese aroma vitalista que Less recuerda de su primer encuentro en la playa. Su pelo —que en la memoria de él sigue siendo castaño y rizado, quizá en permanente— se ha convertido en una melena corta y lisa, como de acero blanco, que enmarca su rostro con la severidad de un casco griego. A los ojos de ella, cómo no, el pelo de Less había clareado hasta recordarle a la tonsura de un abad. Ella estaba sentada en la cama y vestía una especie de casulla o poncho largo de algodón color púrpura, decorado el cuello con una piedra de color ensartada en un cordel. Sonríe, aunque las lágrimas le han ensombrecido el rostro.

—Me he abandonado a todos mis vicios —declara, tirando la colilla por la ventana. Hace un esfuerzo por mantenerse de pie; las caderas, que el día que se conocieron sobresalían suntuosas sobre la arena, le han sido sustituidas por prótesis (también de acero blanco)—. Solo me quedan dos, en realidad.

Fumar y el optimismo. Es el mismo vicio, de hecho. —Ambos se funden en un abrazo.

—Oh, Marian, es terrible. Terrible.

—Estás distinto, Arthur.

—¿Sí? —pregunta él, tocándose el bigote.

—Más delgado —dice—. Ojalá el duelo me deje a mí así de delgada.

—¿Más delgado, eh? Tú estás estupenda, Marian.

Marian vuelve a sentarse y deja escapar una carcajada, enjugándose el rostro con la palma de la mano.

¿Es más fácil sobrellevar la muerte de un viejo amor cuando tienes ochenta años o cuando tienes cincuenta? Es difícil de dilucidar observando a esas dos personas, viejas enemigas, y sus muecas desvaídas. Marian sigue pareciendo una mujer vital, pero exasperada; como una planta que alguien hubiese desarraigado. No parece haber remedio para su sufrimiento y sus ojos no dejan de dirigirse a la ventana, como si esta no diera al exterior, sino a otro plano de la realidad en el que nada de aquello ha ocurrido. Y Arthur Less. Arthur Less parece un ayudante de mago sin mago. ¿Quién va a aserrarlo por la mitad?

Less se sienta junto a ella en la cama.

—Marian, ¿qué tal todo este tiempo? —Ambos se habían preocupado, demostrando un gran sentido común, por no coincidir en las visitas a Robert.

—Pues, mira, tejiendo alfombras —explica, tomando entre los dedos la piedra que cuelga sobre su pecho, un gesto quizá instintivo que calma su ansiedad—. He tejido todas las alfombras de una tipa adinerada que tiene una mansión en Montana. Doce dormitorios. Casi he terminado, pero, Arthur, trabajo cada día más despacio. Temo ser víctima de un encantamiento y que, cuando termine la última alfombra…, me desplome muerta.

—Estás hablando como una novelista —comenta él con tono triste.

Marian se encoge de hombros y mira de nuevo por la ventana.

—Le dije a mi clienta que me daba miedo terminar, ¿y sabes

lo que hizo? Construyó una casa de invitados para que tuviera otra alfombra que tejer.

Less mira alrededor.

—¿Dónde está Chicazo?

—Ya he conocido a tu perro. Esa mujer tan amable lo ha encerrado en el baño. Al parecer, tenemos que quedarnos en el dormitorio hasta que el polvo mágico haga su efecto en las alfombras de la casa. Gracias por acogerme.

Less se ahorra explicar que Chicazo es perra.

—Me alegro de verte, Marian. Aunque sea por una razón tan triste.

Marian lo mira a los ojos, pero sigue sin ver el bigote. Se oye la aspiradora acercándose al otro lado de la puerta del dormitorio. Se quedan sentados sin hablar hasta que pasa el huracán.

—¿Y tú, Arthur? Decías antes que estabas de viaje.

—Ah, sí, pero muy cerca. Al norte del estado. Pero he cancelado el evento.

—Siempre te imagino viajando.

—Ya no tanto —replica él—. Me invitan a muchos saraos. Y estoy en el jurado de un premio. Pero no viajo tanto.

—¿Sabes? —dice Marian—, no me parece que Robert esté realmente muerto. Qué tontería, ¿no? Pienso que le ha pasado como a Merlín, apartado del camino de la vida y encerrado en el tronco de un majuelo por mil años.

Less se da cuenta de que ha esbozado una sonrisa.

—¿De verdad? Qué curioso. Él se refería mucho a esa leyenda. Yo creía que se refería a mí. Me decía que yo era el árbol.

—No, Arthur, no.

—Que le había atraído con artimañas, como un hada. Que le había robado sus poderes.

—No, Arthur. Nadie pensó nunca nada parecido. En todo caso, el árbol sería yo. —Marian se apoya las palmas sobre los muslos y deja escapar repentinamente un suspiro—. Esta es la conversación más ridícula que se puede tener en un momento como este. Somos criaturas ridículas.

—Robert estaría orgulloso de nosotros.

¡Ah, Marian! ¡No dibujemos ningún límite en torno a la existencia, pues alberga maravillas desconocidas! Existe una criatura más ridícula aún, que ya se nos acerca, correteando por el suelo, empolvada de blanco y tosiendo como una locomotora de vapor: una bulldog, Chicazo, que parece haber perdido la cabecita de amor.

Marian se ha retirado al dormitorio para descansar. Less y yo hemos charlado y, ahora, él, que ya se ha puesto el pijama, acaba de enchufar su afeitadora eléctrica especial para bigotes y se ha tumbado en el sofá cama para escuchar *Noticias lentas en alemán,* un pódcast en el que una mujer lee en voz alta artículos del periódico *Die Welt* con voz tranquila y despaciosa, como un *Zugpferden* que arrastrara una carreta de estiércol. El alemán de Less, que lo practicó con frecuencia en su juventud, sale poco a escena, como una vieja dama del teatro, pero *Noticias lentas en alemán* es uno de los placeres lingüísticos que se sigue permitiendo. A mí me gusta llamarlo *Noticias aburridísimas en alemán.* Cuando llego, Less hace a un lado disimuladamente los auriculares, como si lo hubiera sorprendido escuchando *Porno lento en alemán.* Creo que, a su lessiano modo, para él es justamente eso. «*Die wachsende Kluft* —le susurra la mujer con voz suave— *zwischen den amerikanischen Folk»,* momento en el que empieza a sonar su móvil. No es su editor esta vez, sino su hermana, Rebecca.

—¡Ay, Archie! —dice con una exhalación. Lo llama Archie. Siempre lo ha llamado así y no dejará de hacerlo—. ¿Estás bien?

—No, no estoy nada bien. Y Marian tampoco. Y así es como debe ser.

—Menudo palo.

—No, no es un palo —puntualiza Less—. Yo sabía que iba a pasar. Lo que pasa es que no me he preparado como debería.

—Archie, tu única responsabilidad durante los próximos días es asentir con la cabeza cuando la gente te diga que también está triste y comer todo lo que puedas. Y recuerda beber alcohol. Es importante. Cómprate botellitas de esas pequeñas que te gustan tanto. Archie, ¿hay ahí contigo una

mujer que está hablando en alemán?

—No, no —responde Less, pulsando el botón Detener—. No, estoy yo solo.

—Vale. ¿Cuándo es el funeral?

—Mañana. En el Columbario. Son solo sus cenizas. Marian y yo hemos movido cielo y tierra para organizarlo todo a tiempo. Ella ha invitado a unos pocos amigos muy cercanos. Yo he contratado una coral.

—¿Un coral?

—No, una coral. Un coro.

—Bien hecho.

—Y después habrá una celebración de su vida. Al menos, así es como lo han anunciado. Robert lo habría odiado. ¿Y tú, cómo estás?

—Aquí, con el mar.

Arthur la oye suspirar de nuevo. Su hermana está en casa, en el estado que los vio nacer, Delaware, tres husos horarios al este. La hermana de Less pasó de tener un apartamento de un dormitorio en Brooklyn y marido a tener una casita a orillas del Atlántico y no tener marido: una ampliación y reducción simultáneas del abanico de posibilidades. Tras un año de disputas, habían firmado los papeles del divorcio la semana anterior.

—Pero ¿estás bien, Reb?

—Pues como cualquiera en esta familia —responde ella, refiriéndose al divorcio como si fuera una ancestral lacra entre los Less. Con su hermano, corresponde aludir a Robert—. Tú has pasado por ello. Las cosas son más difíciles pero mejores. No tengo que escarbar entre los trastos de otra persona para encontrar las tijeras. Metafóricamente hablando.

—¿Crees que para mamá las cosas fueron también más difíciles pero mejores?

—Lo que creo es que papá estaba loco —sentencia su hermana—. ¿Qué pasaría si tuvieras que levantarte todos los días al lado de alguien que te está prometiendo un milagro, y cada día te lo creyeras, y cada día ese milagro no se obrase?

—Reb, yo también me levantaba todos los días con eso.

—Me alegro mucho de que papá se fuera cuando yo era

pequeña. Lo único que recuerdo es que me llamaba valona.

Ambos ríen alegremente. Ella le recomienda que descanse un poco y se despide.

No es hasta más tarde, después de haber hecho una última ronda por su pequeña casa y llevado en brazos a Chicazo al sofá cama, tras haberse colocado de nuevo los auriculares, cuando, coincidiendo con la voz de cuento de hadas de la mujer alemana —*«Wer weiß, wohin das Land gehen wird?»*—, Less empieza a emitir agitados sollozos que se extenderán durante toda la noche.

Su hermana utilizó la palabra *valona,* un gentilicio preñado de significado para mí. Yo siempre intuí que significaba mucho para nuestro protagonista enlutado. Ya he hablado de mis raíces familiares; por la razón que fuese, pasó algún tiempo hasta que me molestara en preguntar a Less por las suyas. Estábamos en el dormitorio de la Cabaña Less y yo; fue en los primeros tiempos, cuando yo era muy joven y supongo que Less también. Él yacía perezosamente entre las blancas sábanas revueltas, al pie de la ventana que la bignonia había conquistado tiempo atrás, y la luz del sol se filtraba para proyectar sobre mi amante una sombra de hojas como forjadas en hierro. Él se encontraba de pie ante el espejo, con su chaqueta de esmoquin y nada más. Fuera se oía al gato del vecino decir: *Ciao…, ciao…, ciao.*

—¿De dónde era originalmente tu familia? —le pregunté.

Él se quedó muy quieto en la cama, observándome.

—¿Prometes que no te vas a reír? —preguntó.

—Pues claro.

—Tienes que prometerlo de verdad. No quiero que se burlen de mí por esto.

Medio desnudo, me incorporé y crucé las piernas.

—Nunca me burlaría de ti por algo así.

Apartó la mirada y dijo:

—Soy valón.

Reflexioné durante un segundo.

—Repítelo, por favor.

—Soy valón —dijo—. Mi antepasado más lejano, que

conozca, Prudent Deless, llegó a América en 1638.

—¿Desde dónde?

—Desde Valonia.

Estallé en una carcajada incontrolable, doblándome ante el espejo. Él dio un sorbo a su café en silencio.

—¡Lo siento, lo siento, no he podido evitarlo! —me excusé, arrastrándome sobre la cama—. ¿Eres un valón de Valonia? —Él asintió solemnemente con la cabeza—. Suena como el país de los pitufos.

—Sabía que te ibas a reír de mí, lo sabía.

—Vale, vale. Lo siento —me excusé, acercándome a él, y fruncí el ceño—. Cuéntame más cosas de ese tal… ¿Prudent?

Él enarcó las cejas y se dispuso a relatar:

—Prudent Deless, sí. Mi padre nos contó su historia. Rebecca cree que es graciosísima. Prudent Deless era todo un tipo, un granuja que llegó en 1638 a Nueva Suecia.

—Eso de Nueva Suecia te lo has inventado.

Less explicó que además de Nueva Francia, Nueva España y Nueva Inglaterra, había existido supuestamente una Nueva Suecia. Fue una colonia efímera y sus fundadores aguantaron solo unos años antes de rendir sus plazas a los Nuevos Países Bajos (que tampoco duraron mucho).

—¿Y Prudent? —pregunté

—Prudent era el único valón de la colonia —contestó Less.

Me incorporé y puse su café en la mesita auxiliar.

—Pero… Vamos a ver. Debes de tener raíces en otros lugares. No puedes descender de un linaje procedente en exclusiva de ese señor.

Él extendió los brazos en toda su envergadura.

—Pues claro. Toda esta historia del valón es una tontería.

—Un invento, más bien.

—Sigues sin poder reírte de mí.

De repente, me sentí más irritado que con ganas de reír, aunque no sabía muy bien por qué. Yo recitaba mi linaje completo a cualquier compatriota que, como un espía en una película de guerra, preguntara por mi filiación. Pero mi pareja actuaba como si hubiera brotado del entrecejo del mismísimo Zeus. Lo único que pude decir en aquella ocasión fue:

—A partir de ahora voy a llamarte Prudent. —Me bajé de la cama y me miré en el espejo y luego miré el reflejo de Less, a mi espalda—. Creo que es un nombre perfecto para ti.

—Freddy, por favor, no…

Prudent se pone en pie, quitándose los tapones de los oídos, y descubre que Marian ya se ha duchado y ha hecho café. Ella le trae una taza y él repara en que va vestida de negro de pies a cabeza. Prudent recuerda lo que deben hacer hoy.

La ceremonia se celebrará en el Columbario, un edificio estilo *beaux-arts* con aspecto de *panettone* gigante que se levanta entre una copistería y un párking en un barrio del noroeste de la ciudad. Es el último lugar de descanso de muchos sanfranciscanos famosos. Como en casi todos los crematorios, en los nichos se conservan los restos de los finados, pero, a diferencia de otros, en este las lápidas de los nichos son de cristal. Esto permite a los dolientes exponer no solo la urna con las cenizas, sino cualquier otro objeto amado: muebles de casa de muñecas, collares de cuentas del Mardi Gras, una caja de comida china o un frasco de albóndigas de pescado *gefilte*. Es muy edificante ver tantas vidas expuestas. Less jamás habría pensado, por ejemplo, que a alguien podía gustarle *La leyenda de la ciudad sin nombre* tanto como para hacerse enterrar con un ejemplar del DVD, pero, *voilà!:* en ese lugar aparecía una prueba evidente. Entre los objetos funerarios vio también discos como *The Immaculate Collection,* de Madonna, o el *Judy at Carnegie Hall,* de Judy Garland. Esos objetos contaban otra faceta de la historia de la ciudad: durante los primeros años del sida, cuando muchos cementerios rehusaban dar sepultura a los cuerpos de los contagiados, aquel extraño lugar ofreció un lugar de descanso eterno a los hombres homosexuales muertos. Y ahí siguen, dando un toque alegre al solemne espacio. Los años de fallecimiento son 1992, 1993, 1994… Los años más duros. Es algo así como el cementerio de la Misión Dolores, en muchas de cuyas lápidas se leen los años 1850 o 1851, justo un año o dos después de que llegasen a San Francisco cientos de miles de personas en busca de oro. Llegaron y murieron allí, como

aquellos jóvenes gais: las yermas montañas de la fortuna.

—Mira esto —indica Marian a Less. Ambos visten de negro; Marian, una especie de camisón, y Less, su único traje negro, amén de un pañuelo de tela blanca debidamente doblado y metido en el bolsillo de la pechera. Lo compró con Robert en París veinte años antes. Se encuentran frente a una vitrina en la que hay dos imágenes talladas en cristal que representan a sendos jóvenes bigotudos. Él los supone pareja, pero Marian señala los grabados: eran «las parejas amadas» de un mismo hombre, que aparentemente aún vivía—. Estuvo con este hasta que se murió. Y luego con este hasta que también se murió —especula Marian.

—Dios mío.

—Imagina ser el segundo tipo. Quizá sabía que su pareja había hecho este monumento a un antiguo amante y, cuando enfermó, le prometió que también recibiría su homenaje. Imagina. Se convirtió en cristal.

—Leonard LeDuke —Less pronuncia en voz alta el querido nombre tallado—. Un hombre poco afortunado.

—No. Un hombre afortunado —replica Marian.

Se oye ajetreo fuera y, de repente, aparecen, con sus trajes y vestidos negros —esa ropa antigua con la que tropezaban de vez en cuando en los roperos, pensando «esto nunca me lo pongo, debería deshacerme de ello»; al sacarla, se percataban del color negro y recordaban que la muerte iba estando más cerca—, con sus gafas de sol, los zapatos gastados y los bolsillos llenos de pañuelos de papel arrugados. Aquí llegan, charlando amistosamente mientras atraviesan el umbral del Columbario, los americanos de luto.

Son la Escuela Río Russian. Al menos, lo que queda de aquel movimiento artístico de la época de Robert. ¡Qué viejos están! Less recuerda las tardes en la cabaña de madera, las partidas de cartas y el vino tinto, y los gritos. Él se sentaba, modoso, mientras Robert discutía con Stella Barry. Le parecieron viejos ya en aquellos días, con sus arrugas y sus cartucheras, cuando eran bastante más jóvenes de lo que él es ahora. Llegará el momento, *inshallah,* en que Less sea aún más viejo de lo que ellos son hoy (el paso del tiempo siempre ayuda a hacer más

elegante la prosa). ¿Seguirá Less sintiéndose tan torpe? Emerge Stella como una gran garza azul que levantara cuidadosamente una pata tras otra mientras recorre el camino de grava. Su pelo es una llamarada blanca; su porte, demacrado e inseguro; su boca y sus mandíbulas son un largo pico que se mueve adelante y atrás al hablar con el hombre que la lleva del brazo. El hombre que la lleva, Franklin Woodhouse, el famoso artista que una vez pintó desnudo a Arthur Less (conservado en colección particular). Tan encorvado camina que parece mirar solo esos pies suyos que arrastra por el suelo, haciendo caso omiso del camino que se extiende ante sí, como quizá hacemos también los demás. Hay otras personas cuyos nombres Less no recuerda —aunque algunos aparecen en fotos con él— y que hoy se desplazan con la ayuda de bastones y andadores; uno de ellos usa una silla de ruedas eléctrica. Todos se dirigen hacia Less y Marian, que los esperan quietos, como convertidos en cristal.

Robert llevó a Less a Provincetown, Massachusetts, mediado el lapso que compartieron como pareja, cuando el brumoso encantamiento del amor temprano se había disipado ya, pero las neblinas de la desilusión no estaban aún asentadas sobre sus cabezas —en este tiempo, la cotidianidad puede opacar la lucidez, que es una de las bellezas propias de ese lapso—. Con cada bajamar, Robert y Less salían a pasear por la playa, de la que milagrosamente se habían retirado las aguas, dejando al descubierto una arena basta y oscura y muchos gusanos rojos que parecían las marcas de un editor sobre un manuscrito («Eliminar esto, esto y esto otro»), quizá porque a Less casi todo le recordaba a sus continuados fracasos a la hora de conseguir poner sus sueños negro sobre blanco. Por encima de sus cabezas se extendía un suave cielo algodonoso, veteado de gris, hasta el horizonte. Aún estaban enamorados.

Fue en Provincetown donde Less supo, durante una llamada telefónica con su hermana, que a su madre le habían diagnosticado un cáncer de pecho. Se sentó temblando en la desvencijada mesita (se habían metido a la casa porque había estallado una tormenta). Junto a la cama del capitán crepitaba

un fuego. Less dijo que cogería un avión a Delaware y Robert no dijo nada. Less dijo también que iba a dejar la novela que estaba escribiendo. Que todo eso era pura vanidad. ¿Cómo iba a escribir mientras su madre estaba muriéndose?

—Lamento que te hayas convertido en escritor —dijo Robert por fin, arrodillándose junto a él y tomándolo de la mano—. Pero no puedes dejarlo. Tienes que escribir sobre ello. Y usarlo más tarde. Eso quiere decir que tienes que prestar atención. Siento mucho esta desgracia. Te quiero. Pero presta atención. No te será de ayuda ahora mismo, pero te prometo que lo será más adelante. Eso es todo lo que tienes que hacer. Prestar atención.

Less dijo que no usaría la muerte de su madre como ejercicio literario.

Robert se levantó y cogió una botella de vino, la descorchó y sirvió dos copas. El fuego cercano parecía hacer tictac como un reloj. El perfume de sándalo de Robert complementaba muy adecuadamente la atmósfera de esparcimiento.

—Mi hermana murió cuando yo estaba dando clases en Padua. Ya te lo he contado. Fui a la capilla de los Scrovegni a mirar los Giottos y no sentí nada. Toda aquella belleza, desperdiciada. Yo no buscaba nada bello. Pero me obligué a mirar. Giotto pintó aquella capilla en el año 1305 y Dante lo visitó mientras trabajaba. En la escena de *La matanza de los inocentes* hizo una de las primeras representaciones realistas de las lágrimas humanas que se conocen. El rastro que dejan mejilla abajo y cómo cuelgan por un instante de la parte inferior de la mandíbula antes de caer. Observé esas lágrimas durante un buen rato. Me ayudó saber que alguien se había fijado en eso hace setecientos años. Alguien conocía mi dolor —Robert puso la copa de Less sobre la mesa—. Escúchame, esto es lo que tienes que hacer: prestar atención. No es por ti. Es por alguien dentro de setecientos años. —Less elevó el rostro, lívido de rabia por aquel primer enfrentamiento real con la muerte. Más tarde, Robert sentenciaría que aquellas lágrimas se habían abierto paso hasta uno de sus poemas o, más bien, cierto detalle de aquellas lágrimas que había llamado la atención del poeta. Less preguntó cuál era ese

detalle—. Que las lágrimas eran negras.

La ceremonia se inaugura con una canción de Leonard Cohen interpretada por una heteróclita coral gay. Marian se adelanta y pregunta en voz baja dónde ha encontrado Less una coral tan mala y Less le dice que alguien se la recomendó y apostilla en un susurro: «No están tan mal, no están tan mal», a lo que Marian replica que preferiría oír cantar al coral, pero al de la barrera australiana.

El programa incluye una pieza de violín inspirada en un poema de Robert. La ejecuta un adolescente con el pelo teñido de rosa y peinado de punta, como un erizo de mar. Marian rompe a llorar y, aunque hay cajas de pañuelos de papel fijadas a todas las columnas del templo, Less le alarga el pañuelo de tela que lleva en el bolsillo de la pechera. Marian lo utiliza para sonarse la nariz con gran estruendo.

Acto seguido, Less observa cómo la mujer se guarda su pañuelo favorito en el bolso.

Un señor mayor negro que se cubre la cabeza con una boina recita con voz temblorosa las palabras del oráculo de Delfos: «Todo ha terminado». Y la Barrera de Coral se dispone a cantar otra canción de Leonard Cohen.

Presta atención, Arthur Less. Aquí y ahora, en este momento en que los dolientes suben los escalones que conducen al nicho donde reposarán los restos de Robert Brownburn. Intenta pastorear tus pensamientos para que acudan al cuerpo hecho cenizas depositado en esa urna, que ahora es colocada dentro del cubículo —este es el momento y esta es la ocasión de llorar, de prestar atención, como en tantas ocasiones Robert aconsejó a sus colegas de oficio, tú entre ellos: ver y tomar nota—. Sin embargo, tan pronto convences a tu mente de atravesar la angosta puerta del dolor, los pensamientos huyen, escapan a algún prado nuevo en el que retozar. Sí, piensas en tu pañuelo de tela, por ejemplo, ese que Marian se acaba de guardar en el bolso, y te das cuenta de que, en el contexto de un funeral, tal gesto significa que ese pañuelo quedará en manos de la dolida exesposa para siempre, pues en un funeral todo gira en torno a lo eterno. Ese pañuelo de tela, que

compraste especialmente en París, no volverá a tus manos. Estás pensando en la ceremonia y en las balbuceantes palabras que los allegados han compartido (una en particular: tu nombre). Estás pensando en la Barrera de Coral, pero es mejor que no lo hagas porque ahora tienes que aguantar la risa. Has llamado la atención de Marian, porque a ella le pasa lo mismo. Robert está siendo trasladado a su cripta privada ante una multitud de poetas y artistas famosos, que están siguiendo sus pasos en el camino por unirse con los poetas y artistas famosos cuyos pasos siguió él en su día. Es un momento solemne, y su exmujer y su examante están a punto de perdérselo. Está sucediendo, está a punto de suceder. Piensa en otra cosa, Arthur Less. En cualquier otra cosa. El rostro de Robert hecho huesos, por ejemplo, su respiración, el horrible corte de pelo que se hizo al final, como un bebé de dibujos animados con un mechón blanco cayéndole por la frente (no tenía ningún sentido). La Barrera de Coral entona un himno fúnebre en Alemán Lento. Marian trata de esconder la sonrisa, saca el Pañuelo de su bolso y entonces ocurre: Arthur Less estalla en una sonora carcajada.

Cuando conocí a Robert Brownburn yo tenía veintisiete años, y él, más de sesenta. Casi podía ser mi abuelo. Yo estaba soltero y entero como un bonobo joven y no tenía ningún vínculo con Arthur Less, pero veía en el gran poeta a un rival. Organizamos una cena con amigos en la Cabaña y recuerdo que cuando él se presentó en casa yo estaba hecho un cuadro: tenía las manos amarillas de cúrcuma y los ojos enrojecidos por el chile. Less estaba en el dormitorio, así que, con los brazos extendidos y los ojos llorosos —la viva imagen de un santo varón—, fui a abrir la puerta. Así fue como conocí a Robert, que me saludó con una escueta sonrisa y un «tú eres el hijo de Carlos, ¿no?». La hora siguiente me sentí abrumado por una rabia inexplicable, porque Robert se mostraba amable y solícito conmigo, como todo el mundo, pero yo no podía quitarme de encima la idea de que era mi adversario, pero él no me veía de ningún modo como tal. De lo contrario, ¿por qué me trataba de esa manera?

Less informó al poeta de que yo era profesor de secundaria. Yo comenté: «Ahora estamos leyendo a Homero».

—¡Oh, qué suerte! —exclamó Robert con tono alegre—. ¿Sabes? El otro día pensé que la *Odisea* tiene el cameo más espectacular de la historia de la literatura.

—A mis estudiantes les encanta.

Robert se volvió hacia el resto de la mesa extendiendo los brazos.

—Cuando Telémaco llega a la corte de Menelao —comenzó a relatar—, después de dejar Ítaca junto con Atenea disfrazada y todo eso, se habla de los ornamentos en plata, oro y ámbar y, cuando los personajes llevan hablando un buen rato, de repente, por detrás, pasa Helena. La puñetera Helena de Troya.

—Salía de su «perfumada estancia».

—Exacto. Helena de Troya aparece en el meollo de la segunda de las dos grandes epopeyas de Homero y este la hace reaparecer, veinte años quizá más tarde de los hechos que se cuentan en la *Ilíada,* paseando por palacio. Y el autor se calla lo que todos estamos deseando saber: ¿es hermosa?

Alargué el brazo para coger la ensalada de papaya.

—Mis estudiantes no aceptan la idea de que Helena…

Robert se volvió de nuevo hacia el resto de la mesa.

—¿No es fascinante?

Más tarde, terminada la velada, Less y yo estábamos recogiendo y remoloneando en torno a una botella de ginebra y otra de champán cuando me preguntó qué me había parecido Robert. Yo era demasiado joven para hacerme una idea de qué me parecía Robert; lo único que sabía era lo que pensaba de mí mismo: me sentía conquistado. Así que repetí una y otra vez: «¿No es fascinante? ¿No es fascinante? ¿No es fascinante?», hasta que Less se tuvo que ir de la habitación. Discutimos y él rompió una copa y se echó a llorar y yo me quedé ahí con la mía en la mano, embriagado de triunfo y de bochorno.

La segunda vez que vi al poeta Robert Brownburn fue, precisamente, en un funeral. El de la madre de Less, cuyo cáncer había regresado tras unos años en remisión. Less estaba totalmente ido; su hermana Rebecca también. Así pues, me correspondió a mí encargar comida para el convite posterior a

la ceremonia, contratar camareros de la escuela de hostelería local, etcétera. Sabía bien cómo hacer ese tipo de cosas; había lidiado bastante con la muerte por aquel entonces —en el curso de un año habían muerto mi padre y también mi madre— y me había aprendido bien la parte práctica del asunto. Less, con su traje negro, estaba de pie junto a la puerta, al lado de su hermana, y yo me encontraba a su lado, con la palma colocada a la altura de la parte baja de la espalda; estaba convencido de que, si la retiraba, él caería desvanecido. Pululaba por ahí el poeta Robert Brownburn. Recuerdo que, desde mi posición, al lado y un poco por detrás de Arthur Less, distinguí claramente cuando el poeta vio a su antiguo amor y se dirigió a él para saludarlo; entonces, en mitad de su triste abrazo, los ojos de Brownburn se posaron en mí. Su mirada transmitía un mensaje al que mi inteligencia no fue capaz de resistirse. Con los labios pronunció un «hola, Freddy» silencioso. A continuación, el poeta abrazó a la hermana de Less, saliendo de mi línea de visión. Le sucedió una procesión de fantasmas. Más tarde, me topé de nuevo con él, mientras escudriñaba con ademán dubitativo los distintos untables mexicanos. Le sugerí cómo comerlos. Él se volvió hacia mí y dijo: «Estaba pensando en lo que dijiste aquella vez. Helena sí que hace algo en esa escena, ¿cierto?». Como si no hubieran pasado años entre aquellos dos encuentros. Respondí que sí, que les echa una hierba en el vino un filtro contra el *penthos* y la *kholon:* el llanto y la cólera. «Quien la tomare, después de mezclarla en la cratera, no logrará que en todo el día le caiga una sola lágrima —cité—. Para poder hablar del pasado sin dolor.» Él asintió con la cabeza, se sirvió otra razón de frijoles y me dijo seguidamente: «Espero que hayas puesto un poco en los margaritas». Poco después se despidió. No volví a verlo en muchos años.

Así que esa fue la segunda vez que vi al difunto Robert Brownburn.

La «celebración de su vida» será en una mansión del barrio de Sea Cliff. A Less le alargan un vaso de whisky —alguien sabe que ese era el alcohol favorito de Robert— y lo conducen a una

gran sala acristalada con vistas al estrecho que conecta el océano Pacífico con la bahía de San Francisco: el Golden Gate, la «puerta de oro». La luz del sol centellea sobre sus aguas oscuras, como una exhalación hacia mar abierto que rizase las aguas por debajo del célebre puente.

—Disculpe, ¿es usted amigo del señor Brownburn?

Less ha sido abordado por un joven —cuánto de joven, Less lo ignora—. Lleva un traje azul marino que no le queda muy bien. Less es un hombre alto, así que todo el mundo le parece bajito, y ahora es un hombre de mediana edad, así que todo el mundo le parece joven. Supone que su edad debe de andar entre cero y treinta.

—Sí, era amigo suyo —responde Less, con una sonrisa.

—Disculpe, no quiero entrometerme. Soy un gran admirador. —El joven lleva el pelo casi rapado y usa gafas sin montura—. He leído toda su poesía, no solo lo que está publicado en Library of America; también la poesía más antigua, la jugosa de verdad. Todas esas cosas que escribió en los sesenta y que casi consiguen escapar a la inteligencia, como dijo Wallace Stevens, ¿sabe? Yo lo admiraba un montón. Como él no viajaba mucho y yo vivo en Hollister, nunca lo escuché leer.

—Qué lástima —dice Less—. Hizo algunas lecturas memorables. Yo lo escuché leer por primera vez en la librería City Lights.

—Joder, tío, ¡qué sueño!

Less:

—Yo no conocía su poesía por entonces. Empezamos a salir, sin más. Verle leer sus poemas era como… descubrir que la persona con la que estás saliendo es Spider-Man.

Less ríe, pero el joven no lo acompaña, sino que muestra un gesto de sorpresa.

—Oh… ¿Es usted… es usted Arthur Less?

—Sí, soy yo.

—¿Arthur Less, Arthur Less?

¿Hay algún otro Arthur Less que no sea él?

—Sí, creo que sí —repone él—. Robert y yo fuimos pareja quince años.

Parece atravesar el rostro del joven una ola de alegría.

—Sí, lo sé, lo sé —aclara—. Qué honor estar aquí hoy, no se imagina. ¡Y hablando con Arthur Less! Un día se llevará uno de esos premios. Tengo que reconocer que he venido en plan espontáneo. Vi un anuncio sobre una celebración en honor a Robert Brownburn y tenía que venir. Lo siento, sé que no está abierto al público.

—Esto no es mi casa. Y Robert jamás daría la espalda a un lector de poesía.

—¿Cómo era vivir con él, vivir con un genio? Quiero decir, usted es un genio también, si me permite decirlo. Pero ver a Robert trabajar cada día en una obra maestra distinta debía de ser…

Less suspira. Decide mostrarse sincero: ese es el día para mostrarse sincero con respecto al poeta Robert Brownburn.

—No era algo que uno pudiera presenciar. Transcurría la mayor parte de la mañana y no ocurría nada, lo cual resultaba muy tenso, y, de repente, de la nada, escribía lo que tenía que escribir. Y, cuando había terminado, gritaba: «¡Champán!». —Less parece disfrutar del recuerdo de ese grito feliz, que, por supuesto, no quería decir que hubiera que abrir una botella de champán (por aquel entonces estaban casi arruinados)—. La mayor parte de los días. Algunos días. No siempre era fácil. Robert era muy exigente consigo mismo. Y también con la gente que lo rodeaba.

—¿Mereció la pena?

Sin ser consciente de ello, el joven había hecho la pregunta más difícil de todas. Less ve a Marian al otro lado de la sala, avanzando lentamente, con su paso de marioneta, hacia un sofá de estilo versallesco. Durante los años en que vivió en los Vulcan Steps dedicó todo su tiempo a proteger la creatividad de Robert, caminando de puntillas por la casa, preparando el almuerzo sin hacer ruido y tocando suavemente a su puerta, solo para descubrirlo echado en la cama, escudriñando el techo con el ceño fruncido: sus veintiún años, los veintidós y veintitrés, ¿hay que saborearlos o despilfarrarlos? «Deberías desperdiciar la juventud», le había aconsejado Marian en aquella playa, treinta años antes; en ese momento, él contestó

que eso era lo que estaba haciendo. Pero ¿era cierto? La había usado provechosamente, quizá, pero no para sí mismo; uno no podía acudir a los días desperdiciados de la juventud cuando se jubilaba y echarlos al fuego para calentarse los huesos ya avejentados. Él había usado la juventud provechosamente, pero junto a Robert.

—Fue todo un privilegio —responde Less.

Al otro lado de la sala, Marian alcanza el brazo del sofá con mirada triunfal y se deja caer sobre él. Entrelaza los dedos sobre la falda de su vestido y cierra los ojos. ¿Adónde viajará en esos momentos? Desde el otro lado de la puerta cerrada con pestillo que es la memoria de Less: «¡Champán!».

—¿Cree usted que va a leer algo?

Less no había oído bien.

—¿Perdón? ¿Quién?

—El señor Brownburn —dice el joven, avergonzado—. Sé que la fiesta es en su honor, pero me preguntaba si quizá leería algo.

A Arthur Less se le esclarece el entendimiento y, a la vez, se le corta por un segundo la respiración.

El joven esboza una sonrisa tímida.

—Quizá sea mucho pedir, pero ¿no podría usted presentármelo? Aunque sea un segundo. Si no, no pasa nada… Es que he hecho todo el viaje desde Hollister…

Less no suele tocar a nadie a quien no conozca personalmente, pero en este caso hace una excepción y posa su mano sobre el brazo del chico. Escruta su rostro esperanzado y reflexiona sobre cómo explicarle que ha llegado demasiado tarde.

Yo sí puedo explicar cómo era vivir con el genio.

Less y yo éramos como una pareja que se hubiera mudado a una casa encantada. Al principio, mi vida con Less fue una bendición. Pintamos la Cabaña toda de blanco por dentro; la pintura blanca se nos quedó bajo las uñas y en el pelo, como testimonio de la nueva vida juntos. Empezaron entonces a aparecer señales: una puerta que se abría sola; una sombra que aparecía en un rincón donde siempre daba el sol. Hablo

metafóricamente, claro: lo que yo veía con el rabillo del ojo era, de hecho, la presencia fantasmal de Robert Brownburn (que en ese tiempo aún vivía). Su primera manifestación se sustanció en una ansiedad que se apoderaba de la casa cada día a las seis; tardé un tiempo en darme cuenta de que a esa hora Robert solía terminar de escribir y pedía una copa y la cena. Ante mis ojos, a las seis de la tarde en punto, Less pasaba de ser un amante bobo y sonriente a un mozo del servicio atemorizado y se dedicaba a preparar impresionantes platos que invariablemente aderezaba de inquietud: «¿Te gusta? ¿Igual está demasiado hecho?». Me doy cuenta hoy de que no me lo preguntaba a mí, sino a Robert, veinte años atrás, cuando Less no sabía si merecía ser amado. Lo tranquilicé y las tensiones se calmaron. Las sombras abandonaron la Cabaña, las puertas dejaron de chirriar. Pero, contra todo pronóstico, fue entonces cuando se produjo la posesión.

Un día, llegué a casa y encontré un *poltergeist* o, más bien, su rastro. Había ropa sucia inquietantemente esparcida por todos los suelos; los libros se elevaban desde el suelo en pilas tambaleantes; encontré tazas de café donde esa mañana no las había y, desde el dormitorio, una voz sobrenatural coreaba: «No, no, no, no…». Cuando abrí la puerta, me topé, para horror mío, con un demonio, que me miró fijamente con ojos inyectados en sangre: «¡Freddy, estoy trabajando!», gruñó. Cerré la puerta a aquel paisaje dantesco y me quedé un momento asimilando el miedo: mi pareja había empezado una novela.

Di por hecho, como hacen muchos, que el acto literario en sí tendría lugar en algún recoveco oculto del alma y que a mí no me supondría más molestia que la de tener por vecino a un aprendiz de mecanógrafo. Queridos lectores: no es así. Quizá existan escritores cuya imaginación sea tan fértil que solo necesiten plantar semillas y regarlas periódicamente para que, más o menos una vez al año, germine y florezca una novela. Las parejas de esos escritores son personas con suerte. El resto de los escritores, al parecer, deben arreglárselas para producir su propio estiércol y abonar con él. Jamás se me habría ocurrido pensar que el proceso pudiera ser tan complejo ni tan

exigente. Por ejemplo, Less escribía en el dormitorio (el segundo dormitorio que tenía la Cabaña), así que, si necesitaba algo de esa habitación, yo tenía que sacarlo la mañana anterior. La planificación del día a día era tan cuidadosa como la de un ascenso al Everest. Sin embargo, las cosas fueron yendo a peor. Yo empecé a sospechar que se había producido una transfiguración, una suerte de metempsícosis por la cual el alma de Robert Brownburn se había instalado en el cuerpo de Arthur Less. Todo eran gritos de dolor y el golpeteo de la máquina de escribir como ráfagas de un pelotón de fusilamiento. Me echaba a temblar solo imaginando lo que ocurriría en ese lugar, Gehena. El punto de inflexión se produjo, creo, cuando Arthur Less abrió de un empujón la puerta, golpeándome con ella mientras yo andaba colocando platos limpios, y gritó: «¡Champán!». Se había convertido en el Gran Escritor, en Robert Brownburn. Y yo me había convertido en el jenízaro del diablo. Le expliqué cómo me sentía, de muchas maneras. ¿Cuál fue su respuesta? Sentarse en el sofá y gimotear.

—Creo que estaba intentando convertirme en otra persona —se excusó—. Creo que quería sentirme más seguro de mí mismo.

—¿Y eso te obliga a tratarme como un sirviente?

—La única manera que conozco de hacer las cosas es la de Robert. Lo siento mucho.

Le expliqué que no en todas las relaciones tenía que haber un Robert. No eran Marco Antonio y Cleopatra y Robert, ni tampoco Romeo y Julieta y Robert.

—Podemos ser, simplemente, Freddy y Less —propuse.

—A lo mejor no sé hacer las cosas de otra manera —replicó él en voz baja.

Sentí lástima por él y le acaricié la espalda. No sirvió para nada. No se sintió perdonado por nada. Caí en la cuenta, incluso, de que, a veces, cuando se veía involucrado en una conversación bronca, Less recurría (inconscientemente) a cierta táctica: se escondía bajo el falso fondo de su propio dolor. Yo no podía evitarlo: le seguí acariciando la espalda mientras él agitaba la cabeza. Nos quedábamos ahí, en silencio, y las cosas

se ponían mejor. Pero cada tantos días, a las seis en punto, yo seguía oyendo a ese espectro riendo entre la niebla.

Y, en lo que respecta a Arthur Less, ¿hay solo uno de verdad? ¿O quizá son dos? No, resulta que hay muchos. Hay, de hecho, un rockero cristiano que se llama Arthur Less y cuyos vídeos musicales copan todas las búsquedas en internet que nuestro protagonista hace de su propio nombre. Existe también un Arthur Less que se dedica a la agricultura ecológica y produce unas calabazas incomibles que Less escritor recibe por su cumpleaños de parte de sus amigos («¡Que no te den más calabazas que estas!»). Está también el actor de películas de terror Arthur Less, protagonista de *Anguila carnívora, Anguila carnívora 2* y *Anguila carnívora 3: Asfixia.* Y no olvidemos el magnate inmobiliario de Carolina del Sur («¡Que no le den metros por acres!»). Se les suman una miríada de *managers* de gestión, redactores ejecutivos, ejecutivos de redacción… Y, sí, por si fuera poco, existe otro novelista de nombre Arthur Less, al que, de hecho, conoce virtualmente, pues se han reenviado mutuamente mensajes que estaban destinados al otro y se hacen a veces bromas cuando los confunden en redes sociales. En una ocasión, Less fue invitado a un evento literario y se topó con un cartel en el que aparecía un escritor barbado y de ademán taciturno que vestía una chaqueta de terciopelo: no era él (sintió lástima por el becario estresado al que no le dio tiempo a buscar bien en internet). A los dos Arthur Less novelistas ni siquiera se los encuentra juntos en las estanterías: el nuestro está catalogado como autor *queer;* el otro aparece bajo el epígrafe de autores negros; ninguno de los dos está en los estantes de ficción general: no son lo suficientemente conocidos. Ni que decir tiene que, siendo el mundo literario como es, jamás se han encontrado en persona.

Less se excusa y deja al joven que había acudido al evento para conocer a Robert. Cree haber hecho algo terrible y no quiere ser testigo de las consecuencias; el joven se ha quedado de pie, whisky en mano, mirando en rededor de la sala, donde está

todo el mundo salvo la persona a la que quiere conocer, para lo que ha hecho un largo viaje.

Arthur, sin embargo, no tiene adónde ir. Marian ha entrado en estado de trance, conectada quizá con el pasado, o con el futuro. O puede que tenga la mente en blanco —si es así, bien por ella—. En torno a Stella Barry se agolpa una multitud, como siempre. Less migra una y otra vez al bar. Otro whisky, y otro más. En su tercer viaje, oye aterrorizado a un hombre mayor que charla con una de las camareras. Tiene el pelo largo y de un gris muro de Berlín, como su acento: «Si sabes que no tienes talento, ¿para qué seguir? Hazme caso. No sigas escribiendo». La camarera se eriza visiblemente, pero mantiene la compostura y continúa secando copas. El hombre parece no darse cuenta, dirige la mirada a otros rincones de la sala, tiene los párpados inferiores oscurecidos, quizá por horrores desconocidos para estos americanos. Sus ojos se posan en Less y, sonriendo, saluda:

—Hola, Arthur, querido.

—Hola.

—No te acuerdas de mí. Soy Vit… —Y, a continuación, un apellido al que parecen haberle quitado todas las vocales, exiliadas como disidentes políticos—. Yo era el editor checo de Bob. Nos encontramos una vez en Berlín, pero tú eras muy joven y un poco atolondrado, y yo un hombre adulto. No has cambiado nada.

Less no es más sabio que entonces, pero repone:

—Me alegro de verte…, Vit. —Está convencido de que es la primera vez en su vida que oye ese apellido.

El tipo se ríe.

—¡Y hablabas fatal alemán!

—Entonces sería yo, seguro —responde Less con confianza —. *Ich habe Deutschunterricht genommen, seit…*

Vit lo detiene en seco extendiendo la mano y mostrando la palma.

—Gracias, pero este plato, como dicen, no lo probaré dos veces. Estaba en la ciudad por otra cuestión y me he enterado de lo de Bob. Qué tristeza. He sabido que tú también escribes ahora. —Less teme que el viejo vampiro ansíe chupar sangre

fresca, pero enseguida se tranquiliza—. Yo también. Aunque sospecho que somos escritores muy diferentes.

—Comparto tus sospechas.

—Por empezar con lo más obvio, yo soy un escritor europeo. Tú eres un escritor estadounidense. —Vit hace esta distinción como si estuviera diferenciando a un hombre de una mujer, de un modo tal que, por un momento, se pregunta si no le está tirando los tejos. Sin embargo, Vit abandona pronto esa posible línea argumental—. ¿Sabes cuál es el problema de los escritores estadounidenses?

—Las comas.

El checo niega con un dedo.

—El problema de los escritores estadounidenses es que sois todos neoyorquinos. —Less ha perdido el hilo, no tiene ya idea de qué está hablando ese hombre. Su mente hace garabatos sin sentido con un bolígrafo que se ha quedado sin tinta. El tipo, sin embargo, no calla—. Nueva York, Boston, San Francisco. No os interesa el resto del país. ¿Conoces el desierto de Mojave? ¿El camino de Natchez? ¿El sendero de los Apalaches? No, solo conoces una ciudad con mar. ¡No me extraña que sigáis reescribiendo a Fitzgerald!

—Tu cliente era un escritor estadounidense.

—Bob era un escritor europeo —asevera Vit—. Tenía una sensibilidad beckettiana. Que las cosas están rotas, hechas añicos, que el ser humano no significa nada, que la memoria no es nada, que el amor no es nada.

Suena cada «nada» como un cartel de propaganda arrancado de cuajo de un muro.

—Tú no conocías a Robert. Nada de nada.

Vit esboza una sonrisa. Tiene los dientes tan amontonados como las consonantes de su nombre.

—¿Sabes cuál es el verdadero problema de Estados Unidos? —pregunta, sin esperar respuesta de Less—. Todos esos logros y todas esas victorias del «querer es poder», para obtener las cuales no dudáis en pisotear a cualquiera sin que os tiemble el pulso. Nadie pregunta nunca: «¡Un momento! ¿Y si estamos equivocados?».

—Yo lo pregunto a todas horas —replica Less.

—No me refiero a ti, cariño. Me refiero a Estados Unidos, a América. ¿Y si está mal? ¿Vuestra idea de país, en su totalidad?

Less busca una respuesta: jamás se le había ocurrido pensar algo así.

«¿Y si la idea misma de América está equivocada?»

¿Qué debería hacerle a aquel hombre? ¿Estrangularlo? ¿Aplaudirlo? ¿Convertirlo en personaje de una novela? Como quiera que sea, Vit está preparando ya su mutis por el foro, literal y cósmico: el escritor checo saca una cajetilla de cigarrillos y aparta las venecianas de la puerta del jardín para salir al porche de estilo italiano, donde se suma a una unión europea de fumadores. «Estás contemplando el sufrimiento —solía decir Robert cuando se veía enfrentado a una persona despreciable—. Estás contemplando a una persona sufriendo.» Hasta que se disipa el olor a colonia del tipo, Arthur Less no es capaz de relajarse, y aun entonces sigue teniendo la impresión de que acaba de atravesar una tela de araña y la araña sigue rondando.

«Bueno, ya ha terminado todo», dice Marian. No se trata de otra máxima lapidaria del oráculo de Delfos: Marian afirma una obviedad, al tiempo que se quita los zapatos tras un día largo y agotador. Se ha sentado en el salón de la Cabaña, que ha quedado oscuro como el vino tinto, concretamente junto al viejo reloj de barco, justo cuando daba las seis. El velatorio ha concluido y la Escuela Río Russian se ha dispersado, quizá por última vez. Se comentó por lo bajo que Franklin Woodhouse se había negado a someterse a otro ciclo de quimio; este dio a Less un beso seco en cada mejilla antes de despedirse y Less observó al anciano esforzándose por recorrer la distancia completa del camino de acceso, de nuevo del brazo de Stella Barry. Less recordó que, mucho tiempo atrás, Franklin cruzaba el río saltando de piedra en piedra. Hoy lo tienen que meter en el taxi como si fuera una maleta.

—Marian, ¿has conocido a ese joven? —pregunta Less, recapitulando la jornada mentalmente. Se ha sentado en la mecedora, frente a Marian, y Chicazo se ha dormido sobre sus rodillas. Le cuenta a Marian lo del chico que había viajado

desde Hollister. Lo describe con todo detalle: el pelo rapado, el traje azul marino. Que había oído que se celebraba una fiesta en honor de Robert; que, a saber por qué, había entendido mal…

—Ay, no… —dice Marian.

—Estaba esperando que Robert leyera —dice Less—. Al parecer, el chico lee mucha poesía.

—Ay, no; ay, no… —repite Marian, llevándose la mano a la boca, con los ojos como platos.

—Supongo que esquelas no lee tantas —añade Less, encogiéndose de hombros.

Los dos estallan en risas. Ha sido un día largo y doloroso. Marian llora ahora de alegría y vuelve a sacar el Pañuelo y, en su imaginación, la Barrera de Coral vuelve a cantar desafinando, y él no puede evitar unirse a ella, abandonarse a una temeraria manifestación de dolor.

Jamás se le había ocurrido que pudiera llegar a compartir un momento así con Marian. ¿Vivir juntos esos últimos días, ese duelo común, él y Marian Brownburn, la mujer que lo había odiado durante años, durante décadas, por haberle robado al marido? ¿Con ella, que tejía su sudario diariamente y lo destejía por las noches? Es algo sobre lo que no merece la pena detenerse: solo hay que dar gracias.

—Quédate a cenar —le ofrece.

Ella se quita el Pañuelo de la cara y se da cuenta de que se le ha corrido el rímel.

—No puedo. Ya no puedo conducir de noche. Estoy mayor, Arthur.

Corren por su cara lágrimas negras.

—Quédate entonces a dormir.

—No puedo —dice Marian, echándose el chal por los hombros—. De hecho… Arthur, ¿tú te has tomado algo para estar tranquilo?

—Sí, ¿quieres una pastilla?

—No, cariño —contesta ella—. Es que tengo que decirte una cosa muy fuerte.

—Ay, no…

Marian eleva el mentón y toma aire profundamente.

—Y hay una cosa que lo complica todo aún más. ¿Es este un buen momento para decírtelo?

A través de la ventana, se cuela una suave música de piano. Al no encontrar en ese salón nada que valga la pena, la música vuelve a salir y se disipa en el aire.

—Cuéntame —dice él.

Y ella le cuenta.

—Repítelo de nuevo, Less, que no te he oído —pido a mi pareja, al otro lado del teléfono.

Less se sienta en la cama blanca junto a Chicazo, que duerme. Su voz chirría de inquietud, como el propio colchón. Para él es una hora decente, pero en Maine, donde estoy yo, ya es madrugada.

—No tenemos… No tenemos… Ya no tenemos casa.

—¿Lo has vuelto a inundar todo?

—No, no, no… —Less habla atropelladamente, como un sargento informando a sus hombres de que se han terminado los paracaídas—. Tenemos que irnos de la Cabaña, es por el impuesto de sucesiones o algo así…

—Calma, Less. No hay que irse de la casa por el impuesto de sucesiones…

Ahora respira pesadamente.

—Debo dinero. Debo dinero del alquiler. A los propietarios —dice, justamente como si algo se hubiera inundado.

—¿Alquiler? —pregunto yo, incrédulo—. ¡Pensaba que la Cabaña era tuya!

—Robert jamás me pidió nada. Era algo… que se sobreentendía.

—¿Que se sobreentendía?…

Silencio.

—Less —lo interpelo, exasperado—, ¿pensabas que eso iba a ser así para siempre? ¿Y nunca me lo dijiste? ¿Y ahora tenemos que pagar alquileres retrasados?

—Freddy, cuando Robert y yo nos separamos, yo… No sé, yo no me paré a pensar en eso.

—¿Cuánto dinero debemos?

—Diez años —responde Less—. A precio de mercado. Hay

que pagar en un mes.

En esta ocasión, el silencio es mío.

—El caso es que no puedo ir a Maine ahora. Voy a ir a Palm Springs. Y luego a Santa Fe.

—¿Vas a hacer el reportaje?

—Voy a hacer el reportaje —confirma, como un ladrón de bancos que acepta cometer un último atraco—. Y cualquier otra cosa que venga. Voy a arreglarlo. Mandern significa dinero, y tengo también lo del jurado. Eso es dinero. Voy a arreglarlo. Tengo un mes. Te llamaré desde Palm Springs.

—Palm Springs… —repito yo, como si fuera una palabra mágica que pudiera hacer desaparecer todas nuestras cuitas.

—Y me pondré a trabajar en un nuevo libro —dice—. Que se va a vender. Ya verás, Freddy, ¡voy a arreglarlo!

Su asertividad es recibida con un silencio frío, como el de un barman ante un forastero recién llegado a la ciudad.

—Podrías buscar un trabajo —propongo.

—Lo he intentado —me dice—. ¿Te acuerdas de Wichita? —Ambos hacemos una pausa para recordar aquella desastrosa estancia como Distinguido Profesor Visitante—. Pero, sí, si me veo obligado, buscaré un trabajo. Déjame que intente esto primero.

—¿La Cabaña no ha sido nuestra en ningún momento a lo largo de todo este tiempo?

—Tengo un mes. El premio y la entrevista nos permitirán saldar un tercio de la deuda, más o menos…

—Mi héroe —proclamo yo, no sin cierta crueldad.

—Y después iré a Maine…

—Lo siento, lo entiendo todo y lo siento —digo yo, tratando de dejar a un lado el sarcasmo—. Todo esto es terrible para ti, ya lo sé. Y tú ibas a empezar tu novela…

—Eso tendrá que esperar.

—Qué horror todo.

—Freddy, tendremos nuestra casa. Voy a arreglarlo.

—Ya lo sé, mi amor.

—Voy a arreglarlo y luego iré a buscarte a Maine.

Noto algo en mi interior que pesa más que el plomo. Pero le digo que lo quiero y dejo que se despida de mí.

Aun así…, ahora me toca a mí lidiar con la incertidumbre. ¿Qué otros infortunios ha ocultado Less, olvidado o explicado a medias? ¿Qué futuro hay con un hombre así?

Pienso a menudo en Lewis y Clark. No los jóvenes exploradores que el presidente Thomas Jefferson envió al Territorio del Noroeste a principios del siglo XIX. No, Lewis y Clark, los amigos de Less. Veinte años en pareja y, de repente, anuncian que se separan. Cada diez años se daban cita en un bar de Nueva York y revisaban su pacto —como las estrellas de Hollywood con sus estudios—. En la última cita, no lo renovaron. Brindaron con champán y se dijeron adiós. «Llegamos hasta donde pudimos llegar», informó Clark sonriendo a un sorprendido Arthur Less, quien a su vez me lo contó a mí. Así, sin más, terminaba el amor. ¡Champán! Como Lewis y Clark, los exploradores, que brindaron dieciocho veces al culminar su viaje de exploración, de vuelta en San Luis, Misuri. Sin embargo, esa historia me inspira terribles incertidumbres. «Llegamos hasta donde pudimos llegar.» ¿Describiría así Arthur Less sus diez años a mi lado? Ni siquiera Meriwether Lewis superó tener que separarse de su Clark: un año después de su viaje, en una posada del camino de Natchez, en Tennessee, se quitó la vida. ¿Tendremos nosotros, en cierto modo exploradores también, una cita de este tipo tras diez años juntos? ¿Nuestra propia despedida brindando con champán?

Sé que aquella fue una reacción exagerada al grave error cometido por mi pareja. Su ingenuidad al respecto de los alquileres inmobiliarios, la ley de sucesiones y el paso del tiempo forma parte de lo que en primera instancia me atrajo de él. Less cree que cada día será mejor que la víspera, pero se equivoca. Se despierta por la mañana y lo vuelve a pensar, y se vuelve a equivocar. Cree que los seres humanos somos libres y podemos ser nosotros mismos, cree que somos libres de amar como queramos. Una convicción tan estadounidense que podría servirse entre panes bañada en kétchup.

Pienso mucho en una historia que Less me contó en una ocasión. Ocurrió justamente en el ínterin entre Robert y yo —entre el Viejo y el Nuevo Testamento—; Less estaba

escribiendo un artículo sobre viajes por el noroeste del país. En busca de autenticidad local, puso rumbo a unas fuentes termales que le recomendó alguien del hotel. Less me contaba que caminó por un sendero paralelo a un ruidoso arroyo cuyas aguas bajaban con un estrépito de cocina de hamburguesería. Llegó a las fuentes termales, se quitó la ropa y se sumergió desnudo. Sobre la superficie del agua flotaba una misteriosa neblina. En torno, las contundentes montañas lo acunaban como grandes manos de tono violáceo, observándolo cual jugador de ajedrez que se cierne sobre un rey acorralado.

Fue entonces cuando, muy silenciosamente pero de manera sorpresiva, pisando con cautela entre las piedras, emergió de la espesura un enorme alce. El alce se acercó a Arthur Less y se metió junto a él en el agua. Hubo un momento de silencio. Less se meó de puro pánico.

Y, sin embargo, según dice él, esos pocos minutos en los que ambos, hombre y alce, contemplaban la puesta de sol, Arthur Less se sintió elegido. Había bregado durante años a la sombra de Robert, había sido luego náufrago en el vasto océano de las posibilidades, ¡y de repente aquella gran criatura lo elige! Less sintió que le sobrevenía una metamorfosis junto a ese animal enorme, que habría de convertirse en su musa. Cuando el alce marchó, adentrándose de nuevo en el bosque, cuando el «momento alce» hubo quedado atrás y Less cayó en la cuenta de que había sobrevivido, cobró conciencia de que podría sobrevivir a cualquier otra cosa. Podría sobrevivir sin Robert; podría sobrevivir a cualquier cambio, a cualquier alce que se cruzara en su camino. Sería escritor, y al diablo con la preocupación y las dudas.

Qué fácil es siempre para él; qué pura es la transformación de sus penas. ¡Mi alquimista accidental! Pero no veo cómo podría convertir en oro este plomo que llevo dentro.

¿Y habré de decir la verdad? Yo también quiero ser el elegido. Elegido como fue elegido Arthur Less después de caminar trastabillando un rato entre alerces: solo necesitó sentarse en el agua. ¿Dónde está mi alce? Yo te lo pregunto. ¿No es esta una promesa que la Constitución hace a todos los estadounidenses de nacimiento y nacionalizados, en algún

artículo entre la enmienda sobre el acuartelamiento de los soldados y la prohibición de que los funcionarios reciban emolumentos desde el extranjero? ¿Dónde está mi Palm Springs? Este es, en efecto, un país de grandes injusticias.

La última vez que yo vi al poeta Robert Brownburn, vivía en una residencia. Less y yo condujimos hasta el condado de Sonoma y nos reuniríamos con Marian allí. La encontramos esperando pacientemente en el recibidor acristalado, bañado por el sol, y nos pidió que la siguiéramos hasta la habitación de Robert: estaba pintada de un amarillo intenso y en ella flotaba el aroma del laurel que crecía al otro lado de la ventana abierta. La auxiliar descorrió una cortina, también amarilla, con un estampado de golondrinas que parecían volar en círculo, y allí vimos al poeta en el que sería su lecho de muerte. Less se acercó a él sin detenerse y se sentó en una silla de plástico, asimismo amarilla, que había junto a la cama. Less tomó su mano, amarillenta también. La mirada del poeta, sin embargo, estaba posada en mí: «Hola, Freddy». Los ojos de Robert miraban desde el fondo de la caverna profunda y ribeteada de oscuro que eran sus cuencas y parecían absorber toda la luz disponible. Tenía los labios apretados y la barbilla le temblaba, no por una afección nerviosa, sino porque intentaba ocultar cuánto estaba sufriendo.

—¡Has crecido! —dijo entre dientes, dibujando una mueca—. Bienvenido a la mediana edad, Freddy. Aviso: la última parte no te va a gustar—. Less y él charlaron sobre la comida, sobre los medicamentos, sobre los dramas con las enfermeras y sobre las aves de la cortina, que, según el poeta, no eran golondrinas, sino buitres. Less lo llamó Tiresias (chiste interno). Entonces, el poeta volvió de nuevo los ojos hacia mí. «Quería contarte una cosa sobre Helena de Troya. Pero he olvidado qué era.» Le besé en la mejilla a modo de despedida. Fue la última vez que vi al poeta Robert Brownburn.

Arthur Less sí volvió a verlo. Visitó a su Tiresias dos semanas más tarde. Less me contó que le tomó la mano otra vez y que Robert se quejó de nuevo de la comida, de las enfermeras y de los buitres que parecían volar en torno. Decía

que solo le daban de comer miel y leche. De beber solo había un agua que estaba contaminada, etcétera. Estaba agitado y confuso. En un momento dado, el viejo volvió el rostro hacia el hombre de mediana edad y le dijo: «Arthur. Ve a perderte por algún sitio, siempre te hace bien. Pero todavía no. No me dejes todavía».

Arthur Less respondió a su exenamorado: «¿De qué estás hablando? ¡No te voy a dejar!».

Al final, por supuesto —con ese tipo de amor que es el único que Less ha conocido nunca—, quien se marchó fue Robert Brownburn.

¿Qué fantasma visitará a nuestro Hamlet esta noche en el adarve del castillo de sus sueños? El de Robert Brownburn seguramente no; ni aun cuando existiera un cielo donde todos los animales y los seres humanos se reuniesen en pandemonio un ateo como Robert regresaría para aparecerse a los vivos —no porque haya sido condenado a un arresto domiciliario celestial, sino por mera cabezonería—. Desde luego, no visitaría a Less el fantasma de su madre, que jamás se arriesgaría a asustarlo. La madre de Less vive omnipresente, en todo caso, en el sistema nervioso de su hijo, al que va avisando de que se ha roto un enchufe o de que el suelo de la bañera resbala, como una abnegada y espectral ama de llaves. Sin duda, ese fantasma no podría ser ningún viejo amigo oculto en la noche atemporal de la muerte; esas víctimas de la peste se largaron a otra fiesta mejor hace mucho tiempo. Tampoco abuelos ni abuelas; ¿compensaría la voluble vida eterna tantas cosas no dichas entre ellos? Tampoco su padre, Lawrence Less, el otro hombre que abandonó a nuestro protagonista… por el mero hecho de que sigue vivo, en algún sitio.

Y, aun así…, ¿no parece que hay una sombra en un lugar donde no debería, oscureciendo el retrato de Less que Woodhouse pintó?

«Ve a perderte por algún sitio», parece susurrar la sombra.

Less oye otro ruido, un chasquido. ¿Un fantasma un poco torpe? Lo reconoce, por supuesto; es el ruido que Robert hacía a veces por la noche: le crujía la mandíbula. Solía despertarse

con espasmos musculares y, a continuación, para coger de nuevo el sueño, se imaginaba a sí mismo relajando todas las partes de su cuerpo, empezando por los dedos de los pies; hasta para estirar la mandíbula la hacía crujir. Muchas veces, el ruido despertaba a Robert, dormido junto a él. Por supuesto, no es Robert el origen de ese ruido y, por supuesto, no hay ningún fantasma. Less se percata de que el ruido lo ha hecho él. Pues los muertos viven solo en nosotros.

Less parpadea para descorrer de una vez por todas el velo del sueño y todo se desvanece. La habitación está oscura y silenciosa, y las sombras ocupan su lugar habitual. A continuación, los faros de un coche iluminan la habitación por dentro, desde el otro lado de la ventana, proyectando una nueva sombra sobre el sofá. Es casi como una bignonia al sol matutino. A cualquiera que la viese le evocaría algún tipo de recuerdo… Sin embargo, Less ya ha perdido la conciencia, anda ya a medio camino de Palm Springs.

Duerme bien, amor mío. Entre nosotros, hoy, media mucho más que un continente.

Suroeste

[La siguiente entrevista está traducida del alemán.]

—Señor Less, gracias por estar en nuestro programa. Y por unirse a nosotros desde Estados Unidos.

—Aquí están mis gracias.

—Estoy segura de que a nuestro público le encantaría que hiciese usted esta entrevista en alemán. Son pocos los estadounidenses que lo hablan.

—Aquí está mi alemán. Ja, ja, ja.

—Solo tenemos unos momentos, pero quería preguntarle sobre su próximo viaje. Según hemos sabido, va usted a hacer una gira junto con H. H. H. Mandern, un escritor muy celebrado aquí en Alemania.

—Parece una enfermedad mental que el señor Mandern me haya pedido ir con él, pero ¡sí, lo ha hecho!

—Una enfermedad mental, desde luego. Ustedes se antojan dos tipos de escritores muy diferentes. Hemos sabido que su propio libro, *Veloz,* es una comedia. Y el señor Mandern es conocido por sus obras de ciencia ficción, más que de comedia.

—Hay un robot detective muy conocido.

—Sí, sí, Peabody. ¿Por qué cree que el señor Mandern pidió que fuera usted quien lo acompañara?

—Tuvimos una entrevista. Le gustó mi interrogatorio. ¿Usted lo ha interrogado?

—Pues sí. No fue fácil. Creo que no faltamos a la verdad si decimos que es un artista un poco susceptible. Hay quien dice que es mentalmente inestable. ¿Le pone nervioso?

—No entiendo.

—¿Le pone nervioso haberse involucrado de una manera más o menos íntima con un colega tan impredecible?

—No entiendo.

—¿Le pone nervioso?

—No compartimos habitación de hotel, ja, ja, ja.

—Bien, señor Less, desde Alemania le deseamos la mejor de las suertes con su libro y con su gira.

—Ja, ja, ja.

Less vuela desde San Francisco a Palm Springs, una ciudad situada, por así decir, en lo más hondo del bolsillo izquierdo de Norteamérica. Less coloca su bolsa de viaje (con su maquinilla eléctrica especial, sus libros y su jersey rosa favorito) en el compartimento superior y se acomoda en el asiento de la ventana. Observa el ala y, presa ya del pánico, se pregunta de nuevo si realmente el hombre es capaz de volar. Justo en ese momento, la auxiliar le ofrece unos cacahuetes. A Less se le escapa una risita solo de pensarlo. ¡Cacahuetes! ¡A diez mil metros de altitud! Para Arthur Less, cualquier cosa que ocurra tan arriba se le antoja un milagro: no puede creer que ocurra, sin más. Quizá tenga que ver con que en su infancia le estuvieran prácticamente prohibidos algunos placeres, como leer con una linterna bajo las mantas o robar chocolate para comérselo en una cabaña hecha en un árbol. Le ofrecen vino y le entra un escalofrío: ¿cómo es posible? ¿Cómo ha subido el vino hasta aquí arriba? Le sabe como una limonada comprada a un niño de cinco años en un puesto improvisado en su jardín: es decir, delicioso. Lo mismo ocurre con la comida: cuando retira la cubierta de papel de aluminio y aparece un pollo cocinado en microondas, o una lasaña enterrada en bechamel, siente como si le hubiera tocado la lotería. Es, para él, una alegría infinita.

Sin embargo, nada es eterno; poco después de despegar, unos pasajeros se alarman por un persistente zumbido. Less se une a los curiosos, ¿se ha soltado una pieza del ala? ¿Hay algún problema con la presurización? Las auxiliares de vuelo acuden ante el alboroto. Convocan también al capitán; este trata de prestar atención al ruido y se marcha. «Señores pasajeros, hemos recibido autorización para aterrizar de emergencia en Palm Springs, por delante de otra aeronave. El avión necesita una reparación menor, pero este hecho no tendrá repercusión alguna sobre un vuelo breve como este.»

Acto seguido, el avión empieza a descender para el aterrizaje de emergencia. Less está aterrorizado: ¿qué reparaciones menores son esas? ¿Qué crucial dispositivo se ha estropeado hasta el punto de hacer ruido y provocar una emergencia? No pasa mucho tiempo, por supuesto, antes de que Less descubra con un escalofrío de dónde viene el ruido: nada menos que de su maquinilla de afeitar especial. No se sabe cómo, se ha encendido sola en el compartimento superior. Less no dice palabra. La maquinilla de afeitar especial (habilidosa ventrílocua) se oye en toda la cabina de pasajeros, así que él no tiene por qué verse incriminado. El plan de Less es esperar a que aterrice el avión, sacar rápidamente la bolsa de viaje y desactivar el artilugio antes de que alguien se dé cuenta. Al principio todo va bien; le recogen el vaso de agua y los desperdicios, y, de repente, ya están en Palm Springs. Suena la campanita de la libertad y Less salta del asiento para abrir la bolsa de viaje, de la que, sorpresivamente, emerge una nube de pelusa rosada. La maquinilla no solo ha alarmado a la tripulación durante todo el vuelo, sino que ha decidido devorar a su compañero de equipaje: el jersey favorito de Less. Así es el amor.

A Arthur Less (aún decorado con pelusa rosa) lo espera en el aeropuerto de Palm Springs una publicista llamada Eleanor. Eleanor lleva a Less a la ciudad, donde este experimenta el efecto de una transición repentina entre el norte y el sur de California: un shock parecido al que sufren los submarinistas que ascienden demasiado rápido desde las profundidades. ¡Oh, California! El pelo rubio hasta lo estadísticamente imposible; la ubicuidad de las gafas de sol (como si todo el mundo acabara de pasar por la óptica); las palmeras no nativas que, como muchos no nativos, hacen gala de un fervoroso amor por su nueva patria; el calor fingido en un mes fresco como octubre (Eleanor enciende la calefacción de su descapotable para contrarrestar el frío). A Less le parece el típico estado de negación profunda que se ve casi exclusivamente en situaciones como una vacación familiar.

Seamos sinceros: tiene miedo. Miedo del dinero y de los

viajes y de humillaciones que ni es capaz de imaginar. En efecto, en lugar de dejarse caer en el cálido abrazo de la persona amada en el frío noreste del país, Arthur Less ha entrado en una suerte de pesadilla ultravioleta para la que ningún valón está preparado, ni siquiera untado de crema solar. ¿Y qué nuevas soledades le esperan, por lo demás? Sin duda, apenas tendrá tiempo de conocer al famoso novelista del famoso sombrero fedora y el famoso *pug* o perro carlino. Less estará solo en una habitación de hotel, esperando a que empiecen las deliberaciones para el premio, antes de volar a Santa Fe. Para más inri, su viaje lo ha alejado aún más de mí, Freddy Pelu.

Eleanor lleva a Less a un edificio que parece un gigantesco aguacate metálico, pero es en realidad un auditorio. Lo conduce hasta el camerino del aguacate (son verde aguacate: no están de broma) y lo abandona junto a un minibar y una bandeja con fruta. Less consigue prepararse una especie de minicóctel, pero lo sorbe con cautela: no quiere salir borracho al escenario. Centra sus esfuerzos en esquivar cualquier tipo de atención: deberá dejar que el gran autor resplandezca y ser recordado con la misma claridad que la mesa y la silla en que se sienten, el vaso de agua o los focos (es decir, ninguna). Less se siente muy cualificado para la tarea. Se pregunta si ha llegado el momento de comerse la cereza de su minicóctel, cuando un tipo de gesto adusto entra en la estancia sin mirarlo siquiera. Lleva unos auriculares sobre el pelo gris y rizado y porta una carpetita de notas, indicios ambos de que está a cargo de algo.

—Disculpe —dice Less—. Disculpe. ¿Cuándo llegará el señor Mandern? Tengo que atender brevemente una llamada telefónica y no quiero resultar descortés.

El hombre lo mira con gesto impaciente, fijándose en la pelusa rosácea.

—El señor Mandern llegará en breve.

—¿Dispongo de algo de tiempo, entonces?

El tipo tiene una cicatriz que le parte una ceja en dos, como si le hubieran herido durante un duelo a sable. Frunce el ceño.

—El señor Mandern lleva su propio horario, señor Yes.

—Es Less —dice Less—. Arthur Less. No Yes. —¿Qué ocurre, ahora es el villano de una película de James Bond?

El hombre echa un vistazo a sus papeles.

—Aquí me han escrito «Yes». —El tipo lo tacha con un trazo limpio.

—¿Podría avisarme cuando llegue el señor Mandern?

El tipo se fija brevemente en Less.

—No se preocupe, cuando el señor Mandern llegue se va a enterar.

Autor superventas desde que publicara su primer libro, *Íncubo,* en 1978, y fuera llevado a la pantalla (con cierta controversia), H. H. H. Mandern no tardó en convertirse en un coloso del mundo editorial. Se distinguía por sus personalísimos sombrero fedora, pipa y barba a lo Vincent Price, y también por atraer a miles de fans a cualquier tipo de evento. Por si fuera poco, saltaba a los titulares de la prensa cada tanto por hacer cosas propias de estrella del rock, como destrozar habitaciones de hotel o prender fuego a fajos de billetes. En una ocasión intentó secuestrar un vuelo comercial para que lo llevaran a Puerto Rico, que era adonde se dirigía el avión, de hecho. En declaraciones posteriores, culpó a una medicación que estaba tomando. En cualquier caso, nada parecía agostar su productividad: una novela al año, y a veces dos, y no novelas cualesquiera, sino crónicas de seiscientas páginas sobre guerras interestelares e imperios alienígenas que a un ser humano normal le llevaría un año entero simplemente mecanografiar. A Mandern, sin embargo, nada de aquello parecía costarle demasiado esfuerzo. Un crítico le había llamado hacía poco tiempo «el Dickens estadounidense». Otro lo había tachado de «fábrica de mugre». Ninguno de esos dos comentarios lo movió a relajar su productividad literaria, aun habiendo cumplido ochenta años.

Arthur Less ya conoce a H. H. H. Mandern. Fue en Nueva York, dos años atrás, más o menos, cuando entrevistó a ese gran hombre en público. Cerca estuvo del desastre, pues Mandern había sufrido una intoxicación alimentaria y tuvieron que subirlo al escenario medio drogado. Si bien respondió

valerosamente a las preguntas de Less a lo largo de toda una hora, cuando llegó el turno del público, Mandern calló y clavó su mirada solitaria en Arthur Less. Este vio titilar en los ojos del gran autor la llama temblorosa de la desesperación, que un instante después se apagó. Fue entonces cuando Less se lanzó al rescate: «Si me permite, señor Mandern… Usted responde a la pregunta del amable espectador en el quinto libro, cuando…». Less se puso a hablar en lengua mandérnica, como poseído por su santo espíritu, y salvó los muebles. Cuando llegó la hora de clausurar el acto, el pobre Mandern solo acertaba a musitar: «¿Se ha acabado ya?». Less lo ayudó a salir del escenario, mientras a sus espaldas resonaba un aplauso atronador. Mandern se recluyó en su habitación para recuperarse y Less supuso que no volvería a tener noticias de aquel gran hombre jamás.

Pero sí que volvió a tener noticias de aquel gran hombre. Nos encontramos ahora en el camerino de Palm Springs, donde Arthur Less debe acudir a su primera reunión como miembro del jurado del premio.

—¡Hola a todos!

El jurado del premio jamás se reúne en persona. Sus asambleas son incorpóreas, como las de los ángeles. Arthur siempre ha revoloteado cerca de los premios; una vez hasta ganó uno, en Italia. Ahora, sin embargo, tiene la oportunidad de entrar en el sanctasanctórum de los jurados.

El presidente inaugura la conferencia telefónica con un reto: «Creo que deberíamos compartir, primeramente, para qué creemos que es este premio. Cuál es su objeto».

Son cuatro, contándolo a él. Less ha oído hablar de todos ellos, pero no ha leído a ninguno. Está el escritor afroestadounidense Alcofribas Nasier, alias Gratis; la escritora de novela histórica Vivian Lee y, por fin, Edgar Box, cuyo gran éxito literario —*Escaleras,* considerado en su día todo un hallazgo en «literatura mormona alucinógena»— tuvo lugar veinte años atrás. Less distingue a dos de sus compañeros por el tono de voz y a Edgar Box por el silencio absoluto que guarda al teléfono.

Un momento, perdón, hay más gente: el presidente del jurado. ¿Cómo he podido olvidarlo? Justo cuando perdemos la esperanza y nos convencemos de que la vida es caos, el Destino dibuja un patrón claro: quien preside el evento no es otro que Finley Dwyer, el viejo archienemigo de Less.

A lo largo de décadas, esos dos novelistas blancos gais han seguido un camino editorial semejante: leían en las mismas librerías *queer* en fechas sucesivas, por ejemplo, aunque, como Less vivía en San Francisco y Finley Dwyer en Nueva York, no habían tenido la oportunidad de conocerse. Eso sí, en una fiesta (en París), Finley acorraló a Less contra la biblioteca del anfitrión y se ofreció a compartir con él lo que nadie se había atrevido nunca a confesarle. ¿Cómo podría Less resistir esa diabólica oferta, oír lo que nadie se atreve a decir? Resultó ser lo siguiente: Arthur Less era un «mal gay».

Less lleva dos años dándole vueltas a aquello.

—Arthur —dice Finley Dwyer por teléfono—, sabes que admiro tu obra, eres mi primera elección, pero, para bien o para mal, estás en el jurado, por suerte para nosotros. Cuéntanos, ¿cuál crees que es el objetivo de este premio?

—Debe ser para alguien fuera de lo común —suelta Less antes de pararse siquiera a pensar, mientras camina en círculos por el camerino—. Para alguien que cuente historias de una manera diferente, que use el idioma de otro modo, ¿me explico? Creo que deberíamos dárselo a una nueva voz, o bien reivindicar a un grande que cumpla esos requisitos. Abramos la mente y daremos con la persona adecuada.

—Gracias, Arthur. ¿Vivian?

Vivian Lee tiene una voz elegante, como de locutora profesional.

—Yo os puedo decir para qué no es este premio. No es para escritores que estén ya en el canon literario. Tenemos la oportunidad de cambiarle a alguien la vida, no la desaprovechemos.

—Maravilloso, Vivian —comenta Finley Dwyer—. ¿Qué opinas tú, Gratis?

La voz de Gratis es la de un tertuliano enérgico.

—¡Finley, yo creo que no debemos dárselo a un hombre!

¡Los hombres ganan demasiados premios de este tipo!

—Bueno, bien, de acuerdo, Gratis, interesante punto de vista. Edgar, ¿querrías añadir algo? —Sigue un silencio contemplativo—. Edgar, ¿estás ahí?

—Sí, estoy aquí.

—¿Quieres añadir algo?

Más silencio y, a continuación, un suspiro.

—Este premio no es para esos chavales que se lo llevan todo por escribir «coño» en el primer párrafo —dice Edgar por fin.

—¿A quiénes te refieres exactamente? —pregunta Vivian.

—Pero la pregunta era «para qué» es este premio, ¿no? —tercia Arthur. Al escucharse recuerda que en su adolescencia siempre fue el ojito derecho de los profesores.

—Ya sabes —continúa Edgar—, los que ponen «coño» en el primer párrafo.

Gratis interviene:

—Arthur piensa que tenemos que leer con la mente abierta, Edgar.

Se oye de nuevo la melódica voz de Finley, que hace pensar en una azafata paseando una bandeja de cócteles.

—Bueno, no está mal poner nuestras personalidades sobre la mesa. Creo que estaremos de acuerdo en que este premio no es para los malos escritores que todos conocemos. Laureados y afamados, pero malos. Los imitadores, los fraudes, los copistas perezosos o, como habría dicho Truman, los «mecanógrafos». Ya está bien con esa gente. Tampoco para quienes carecen de talento. Y ya sé que esta es una opinión impopular.

—¡Sí, haced caso a Finley! —interviene Gratis y, a continuación, se oye una ronda de toses.

Arthur de nuevo:

—Creo que lo que estábamos diciendo era que…

—Yo no tengo ningún problema en que un escritor use la palabra «coño» en el primer párrafo —señala Vivian enfáticamente.

—Bien —repone Edgar—. Lo retiro. Pueden poner «coño».

Finley:

—Nos están dando la oportunidad de hacer una valoración de la literatura estadounidense en toda su extensión. ¡Va a ser

un mes emocionante! No olvidéis reservar la fecha de la ceremonia, que será en Nueva York. ¡Y veamos si el resto podemos estar a la altura de los muy rigurosos criterios marcados por Arthur!

Arthur:

—Lo que quería decir era que…

—¡Hasta la semana que viene! *Au réécouter!*

¿Es Arthur Less un «mal gay»? Desde luego, no se le da demasiado bien. Estudiemos el asunto más en detalle. Tenemos mucho tiempo hasta que llegue H. H. H. Mandern…

Cuando se mudó a Nueva York, después de la universidad, a mitad de los ochenta, Arthur Less se esforzaba enormemente por ser muy gay. Se metió en un gimnasio que en realidad era una sauna con cuarto oscuro. Se afilió a un partido político que, sorprendentemente, alimentaba teorías conspiranoicas sobre los centros de salud públicos. Se apuntó a un club de alemán que en realidad era otra sauna. Se apuntó también a un club de lectura que resultó estar afiliado a un partido político. Frecuentó una sauna que resultó formar parte de un centro de salud público. Era todo muy confuso.

Sin embargo, lo que más le confundía era lo libres que se sentían, sexualmente hablando, el resto de los hombres. A Less no dejaban de repetirle lo mismo todo el tiempo: que tenía que «relajarse». Él estaba convencido de que tenían razón. Pero ¿cómo era posible que todo el mundo, sin excepción, viviera con tanta relajación y él no? Se le hacía estadísticamente imposible que tantos hombres —y, en especial, tantos hombres estadounidenses pulcros, corrientes y molientes— se sintieran tan libres con respecto al sexo. Uno no podía quitarse de encima el pasado como si nada. Un granjero amish, por ejemplo, no puede despertarse por la mañana un día y sentir que se ha convertido en un piloto de NASCAR. Algo así llevaría años, en caso de que fuera posible. Esos hombres, de hecho, seguían opinando sobre el resto de cotidianidades vitales —la música, la limpieza en seco, el queso para untar, el cuidado de la piel, el interiorismo— con un envaramiento que habría sido muy del agrado de sus madres e incluso de sus abuelas. Sin

embargo, cuando se trataba de sexo, todos eran grillos en la jaula de los grillos. Less no se lo creía. ¿Tomaban todos algún tipo de droga o de fármaco que su médico no le quería recetar? ¿Dónde se impartían las clases nocturnas gratuitas que él se había perdido? ¿Estaban el resto de hombres gais secuestrados en un barco en alta mar? ¿O encerrados en una sauna con cuarto oscuro? Poco a poco, fue forjándose en él la evidencia de lo imposible y, temeroso, se vio obligado a mirar muy hondo dentro de sí, como todos hemos de hacer tarde o temprano, y se preguntó: «¿Soy acaso el único homosexual frígido de Nueva York?».

Resultó que así era. Así que se marchó de Nueva York.

Entonces, ¿es un mal gay?

—¿Señor Yes?

—Sí.

El tipo de los auriculares habla a Less sin mirarlo; tiene los ojos clavados en su carpeta de notas. Además, tampoco lo escucha; está prestando atención a alguien que le habla por los auriculares. Pero sí le habla; definitivamente le está diciendo algo a Less:

—Hay un problemita. Un problema con el señor Mandern.

—¿Se ha puesto enfermo de nuevo?

—¿Enfermo? —El tipo por fin cruza la mirada con la de Less, con repentino gesto preocupado—. ¿Por qué iba a estar enfermo? No, no está enfermo. Es que no va a llegar todavía.

—Me lo estaba temiendo.

—Así que vamos a tener que empezar sin él. No podemos hacer esperar más al público.

—Pero… es una entrevista con el señor Mandern.

—¿Cree que podría leer un fragmento de alguna de sus obras? A modo de introducción.

—Creo que el público quiere escuchar al señor Mandern, no a mí.

—Están un poco cabreados y han empezado a corear cosas —informa el hombre—. Seguro que tiene por ahí algún trozo de una novela suya que sea más o menos largo, por si Mandern no aparece, pero no tanto como para que no pueda usted

cortar sin más, en caso de que llegue sin avisar.

—¿Un trozo de una novela mía que sea a la vez largo y corto?

—Como para leer durante una hora, pero que si corta usted a los cinco minutos no pase nada. Algo que le guste a esta gente de la ciencia ficción, pero que no sea ciencia ficción, ya sabe, porque, claro, eso es cosa del señor Mandern. No sé si me explico.

—Ciencia ficción pero que no sea ciencia ficción.

—Exacto.

—Puedo ser a la vez viejo y joven, si quiere. Alto y bajo.

—Lo dejo en sus manos. Tenemos que sacarle al escenario antes de que la gente empiece a romper cosas. Sígame, señor Yes.

Arthur Less oye cómo anuncian por megafonía su nombre (o algo que suena parecido a su nombre) y sale medio tropezando a una tarima pintada de blanco, inundada por la luz blanca de los focos, y se queda ahí, en el proscenio, deslumbrado por una blancura acompañada de aplausos dispersos y claramente confundidos, algo así como las últimas palomitas que estallan en el microondas. Los cánticos cesan por un momento. Less se aclara la garganta ante el micrófono; percibe, en su ceguera, una masa de humanidad manifiestamente decepcionada. Desde la oscuridad del patio de butacas se eleva un grito: «¿Y tú quién coño eres?». De entre la misma oscuridad, una oleada de risas.

Les responde:

—Soy Arthur Less.

—¿Dónde está H. H. H.?

—El señor Mandern está preparándose. Yo voy a entrevistarlo, así que me han enviado para leer algo mientras. —¿Cómo puede haberse dejado convencer para participar en esta loca humillación? Less piensa en un prisionero de guerra obligado a aserrar y lijar su propio ataúd, y rompe a sudar. Todos sus pañuelos se han quedado en el camerino, llenos de pelusa rosa. Qué bien se debe de estar en el camerino ahora—. Os prometo que no tenemos al señor Mandern escondido entre

bastidores —añade Less con una mueca un poco demente—. Está de camino. Entretanto, me han pedido que os lea un fragmento de mi novela *Materia oscura*…

La muchedumbre empieza a corear «¡H. H. H.! ¡H. H. H.!». Less siente cada grito como un martillo neumático en las articulaciones. «Freddy —piensa para sí—, ojalá nunca te enteres de las cosas por las que tengo que pasar.»

Quizá sea el cegador efecto que, como una tormenta de nieve, producen los focos de la sala, o quizá sea el murmullo que nace de entre la multitud, como el ulular del viento, pero a Less le parece que todo se tambalea y la vista se le emborrona. Less se ve a sí mismo en otro escenario, cuarenta años antes, o más. La sala es más pequeña y las candilejas no alumbran tanto, pero hay también un hombre que grita a un auditorio repleto: es su padre, Lawrence Less. Perlada la frente de sudor y ataviado de una chaqueta vaquera con flecos, su padre se cimbrea sobre la escena como una anémona y grita a un micrófono. La madre de Less no está presente en ese recuerdo: están solo él, su padre, las luces y los aplausos. La gente parece haber sido objeto de un encantamiento; se le está vendiendo algo. La presencia de Less en el escenario es también un misterio; seguramente participa en lo que sea que ha organizado su padre, aunque lo único que recuerda es la silueta cimbreante de este. Aquello fue quizá medio año antes de que la policía se pusiera a investigar y la anémona desapareciera tanto de la escena como de la vida de Less: anémona pública número uno.

«Descubrimos que el narrador que hoy nos trae aquí…», empieza a vocear Less al micrófono, pero, entonces, el público se queda en silencio de inmediato, como si el oficiante hubiese pronunciado una maldición. Están escuchando, cualquiera sabe por qué. Mejor no preguntar. Él vuelve a tener el control. Un temblor se ha adueñado de su mano derecha y las hojas de papel que sostiene se mueven visiblemente. No hay otra opción que seguir adelante.

—Descubrimos que el narrador que hoy nos trae aquí —repite, y se detiene un instante a escuchar su propia voz reverberando entre las paredes de la sala—, que hoy nos

convoca…

Un rumor lo interrumpe a mitad de la frase; es el público poniéndose en pie. Less vislumbra por el rabillo del ojo una sombra que se acerca, parece un hombre, alto, pertrechado de adarga y lanza. Sabe perfectamente quién: se trata de H. H. H. Mandern, aparecido en el momento justo para desfacer el entuerto.

Una hora después todo ha terminado. Less apenas recuerda nada de lo ocurrido; aquel no se ha parecido en nada al otro evento en el que participó con el célebre escritor, hasta tal punto que alguien podría haber contratado a un actor para hacerse pasar por él. La otra vez, Less se pasó toda la entrevista preocupado por aquel novelista frágil, de avanzada edad, que apenas podía moverse por el escenario. La segunda vez, aparecía dando zancadas un dios coronado de fedora, con bastón plateado por atributo, para conducir a la grey en un festival religioso de cánticos y oraciones. Todo acabó con un rugido como de tiranosaurio emergido del patio de butacas. Mandern extendió ambos brazos para acoger los contornos monstruosos de aquel estruendo y Arthur no pudo hacer otra cosa que mirarlo fascinado.

Van de vuelta al hotel en el coche de Mandern. El gran autor no presta atención alguna a Less; mira por la ventana a las luces, que pasan veloces. Lleva gafas de sol, su característico sombrero fedora, una chaqueta de pana color rojo sangre, una barba blanquinegra y (debajo del sombrero) una mata de pelo ralo teñida de un color berenjena que no le queda mal del todo. Las mejillas, surcadas por profundas arrugas, parecen una obra de arte tallada con sierra mecánica; las orejas se proyectan hacia los lados del cráneo como las garitas de una fortaleza colonial española; su voz es un gruñido; ante todo, no obstante, destacan su tamaño y su majestuosidad. Todos estos elementos aparecen en otros personajes históricos de carisma (vienen a la mente Enrique VIII y un Orson Welles algo menos corpulento) y ahora parecen haber convergido en ese personaje para congoja de Arthur Less. Desde el otro lado de las gafas de sol, una voz pregunta:

—Entonces, ¿es a usted a quien enviaron para presentarme?… No es lo que esperaba.

—Quizá no me recuerde, pero ya coincidimos en una ocasión… —Nuestro protagonista aguarda expectante a que el hada de la memoria dé una pincelada de color a la escena. Pero Mandern no parece inmutarse—. En Nueva York —aclara Less—. Se puso usted enfermo.

El famoso escritor sigue sin dar señales de escuchar. Palm Springs pasa de largo al otro lado de las ventanillas ahumadas, como cuando en las películas antiguas se simulaba la noche siendo de día. Las palmeras y los neones parecen iluminados por una claridad lunar. El gran hombre se limita a sacar una latita del bolsillo, de la que, a su vez, extrae una pequeña gragea y se la ofrece a Less con un gruñido.

—¿Qué es? —pregunta este.

—Setas alucinógenas.

Less hace un ademán de sorpresa.

—¿En serio?

Less vislumbra un ceño fruncido tras las gafas.

—Es un caramelo, tío. Tengo ochenta y cuatro putos años, joder.

Arthur lo rechaza amablemente y pregunta adónde se dirigen. Mandern se inclina hacia él. Less puede verse reflejado en las gafas oscuras, a escala. Mandern responde cambiando de tema, un derecho adquirido, quizá, por las personas de ochenta y cuatro años.

—Tengo una pregunta muy importante para usted, señor Yes.

—Es Less.

—¿El qué? —Mandern parece sufrir de una leve sordera. Otro derecho adquirido de las personas de ochenta y cuatro años.

—Mi apellido es Less. Ele, e, ese, ese.

—Less.

—Eso es.

—¿S. O. S.?

—Less, Less.

Mandern sacude la cabeza tratando de aplacar la irritación y

continúa.

—Como quiera que se llame usted, tenemos un problema. Voy muy tarde con un libro y mi editor me tiene bajo arresto domiciliario. Marco, mi chófer, solo puede llevarme a los eventos o al aeropuerto. Soy un preso literario.

—Podemos hacer la entrevista en…

—No hay entrevista que valga —interrumpe Mandern, agitando en el aire una zarpa leonina y mirando de nuevo por la ventana—. Voy a cancelar todo el puto show.

A Less se le levanta un torbellino de pánico en su fuero interno. ¿Que va a cancelar todo? ¿Ha hecho todo este viaje y ha estropeado su jersey favorito solo para que vuelvan a dejarle caer en la precariedad económica más absoluta? ¿Qué le va a contar a Freddy? Less mira alrededor del interior del coche, como cegado de nuevo por una tormenta de nieve. Milagrosamente, sus capacidades discursivas han quedado intactas:

—Pero ¿qué…? ¿Por qué? Tenemos un vuelo a Santa Fe…

—Yo ya no monto en avión. He empezado a sufrir una especie de mareos, de vértigos. Termino como un derviche. Así que a tomar por culo. Lo voy a cancelar todo —insiste Mandern—. A menos que…

—¿A menos que qué? —inquiere Less—. ¿A menos que qué?

El viejo deja escapar un suspiro.

—Verá, tengo que encontrar a una persona.

—De acuerdo.

Mandern se gira hacia él.

—Hoy dormiríamos en el desierto. Y mañana en un oasis, el lugar donde la vieron por última vez. Si la encontramos, llegaremos a Santa Fe para el evento.

—¿«Encontramos»? ¿Me está pidiendo que vaya con usted?

—No, señor Less, estoy pidiéndole… —empieza a decir el gran autor. Las lentes oscurecidas de sus gafas apuntan hacia Less; detrás de ellas, este entrevé los grandes ojos irisados de un pulpo que, muy lentamente, se arrastrara hacia él en la penumbra del interior del coche—. Lo que quiero saber es si tiene usted permiso de conducir.

La petición, puramente práctica, llega como la cuenta tras

una noche de copas, pero, al menos, hace que el pánico de Less se disipe. Presa del miedo a que todo se desmorone y habida cuenta de su deseo o necesidad o tendencia patológica a responder a cualquier pregunta de manera directa y con sinceridad —amén de otras reglas cosmológicas—, el señor Yes no puede sino responder:

—¡Sí!

¿Cuánto tiempo puede sobrevivir un hombre homosexual en el desierto?

Estamos a punto de descubrirlo. Desde nuestra vista a ojo de halcón del interior californiano, divisamos una vieja furgoneta camperizada pintada de un intenso tono de verde, que se interna a duras penas en la noche del desierto de Mojave. Al otro lado del parabrisas distinguimos a tres pasajeros: un anciano tocado de fedora, un carlino negro y un Novelista Americano Menor al volante. La prueba comienza… ¡ya!

Todo ha ocurrido muy rápido: Less estaba de repente en un garaje donde esperaban dos «bellezas», en palabras de Mandern. La primera era Dolly, un animalito de brillante pelaje negro, un carlino que se presentó a nuestro protagonista con una mirada casi humana (es decir, de amistosa imbecilidad). «Dolly, te presento a nuestro amigo Arthur.» Dolly torció la cabeza, como si la figura humana que tenía ante sí fuese más reconocible de lado.

La segunda belleza era Rosina: así habían bautizado a aquella furgoneta camperizada. Es una de esas antiguas que se ven por la costa oeste, con unos faros que parecen gafas de abuela, un neumático de repuesto a modo de nariz y un parachoques delantero como un fino labio inferior, todo lo cual da al frontal del vehículo el aspecto entre absurdo e inexpresivo de una máscara tribal africana. La furgoneta es verde chillón y, como descubrirá más tarde, cuenta con un techo que se despliega como la bolsa de un pelícano. Al parecer, Mandern se la compró a un oftalmólogo que no la había usado nunca, como tampoco lo había hecho el novelista («Soy oftalmólogo frustrado», añadió con un suspiro). Mandern lanzó las llaves a Less y ambos subieron a la furgoneta. Less no

estaba muy seguro de en qué se estaba metiendo.

—Entonces, ¿quiere que lo lleve en esta furgoneta a Santa Fe, esta noche? —preguntó—. ¿Y por qué no en la limusina? ¿Vamos a dormir aquí dentro? ¿Y si se avería?

—Arranque —le indicó Mandern, y Less obedeció.

A Less y la furgoneta les ha llevado un rato familiarizarse el uno con el otro. Él está, desde luego, acostumbrado a conducir coches antiguos, pero no un vehículo tan… humano. Cada vez que se mueve, la furgoneta se mueve con él, como una pareja de baile borracha. La marcha atrás se hace notar: cuando la mete, vibra la furgoneta entera y, como va aferrado al volante, Less vibra con ella. Es como conducir una coctelera. Tras casi dos horas de agitación recorriendo carreteras secundarias oscuras como una casa encantada —los faros escudriñando cada curva tenebrosa como la linterna de un cazafantasmas—, viran rumbo al sur, en busca, supuestamente, de un mar interior.

El lugar del desierto donde van a dormir se llama Bombay Beach (aunque no hay ninguna playa) y el bar se llama Ski Inn (aunque no tiene nada que ver con el esquí). Su exterior, soso y un poco intimidante, oculta un interior cálido, con mucha madera, cuyo techo y paredes están casi completamente forrados de billetes de un dólar. Es difícil imaginar a nuestro protagonista en un lugar así: del techo cuelga una lámpara hecha con una rueda de carro y el suelo está cubierto de serrín y escupitajos. Less resplandece como un holograma. Para ser sinceros, es difícil imaginarse a Less en Estados Unidos, en general. Su torpeza en otros países se antoja natural, pero aquí resulta irritante. En lugares muy estadounidenses —un estadio de fútbol americano, un bar deportivo con televisiones gigantes, una cafetería tipo vagón de tren—, donde la mayoría de los ciudadanos disfrutan relajados con los suyos, liberados por fin de cualquier complicación ajena a su propia realidad, Less se queda como petrificado, como si ni siquiera estuviese ahí. Si lo colocamos en mitad de un trigal, por ejemplo, parecerá que lo han añadido en posproducción. Peor aún en una iglesia: siempre lleva puesta en la cara la expresión confusa del tipo que entra al templo esperando encontrarse con

un número del musical *Godspell*. Esa misma expresión que lleva puesta hoy.

—¿Esto es como un *saloon?* —pregunta Less, como si estuviera en el set de *La leyenda de la ciudad sin nombre*.

—Habrá estado usted en algún bar en su vida, ¿no? —replica Mandern bruscamente, dejándose caer sobre un taburete.

Less mira alrededor. El lugar está decorado con carteles indicadores de calles, fotografías antiguas de jinetes acróbatas y trastos metálicos que Less supone aparejos para caballos. La barra del bar es de una madera tan pulimentada que una pinta de cerveza llegaría resbalando de un extremo a otro sin problema. A Arthur Less todo le parece una caricatura, pero, enfundado en su traje gris entallado, también lo parece Arthur Less. Todos lo parecemos.

—¿Lo del esquí por qué es? —pregunta Less.

—¿Qué ponemos? —pregunta el barman, recogiéndose el pelo blanco en una coleta. A Less le recuerda a Thomas Jefferson.

—Dos martinis, por favor —pide Mandern con tono amable—. Muy fríos.

Arthur Less mira el techo.

—¿Cómo colocan los dólares ahí arriba? —pregunta.

—Con chinchetas y una moneda de cuarto de dólar, para darle peso —explica el doble de Jefferson mientras sirve las bebidas—. Hay que practicar el tiro. Al cabo de un rato, el billete se despliega y la moneda cae.

—¿Puedo probar? —pregunta Mandern, y Jefferson señala con un gesto del mentón hacia un cuenco lleno de chinchetas—. ¿Tiene un bolígrafo? —pide Mandern a Less, que saca del bolsillo de la chaqueta una vieja pluma que perteneció a su madre. El anciano saca un billete de dólar, estampa una ágil firma, lo pincha por el medio con una chincheta, coloca la moneda sobre la cabeza de esta, y pliega el billete sobre la moneda, a modo de envoltorio.

Jefferson:

—Dele ahí.

Mandern hace caso y, milagrosamente, el billete se pincha

en el techo. Less ríe sorprendido, pero el anciano se queda mirando el billete, sin más.

—Bueno —comienza a decir Less, dando un sorbo a su Martini—. Lo que creo que todo el mundo quiere saber, señor Mandern, es qué…

—¿Así de incómodo va a ser el comienzo de esta entrevista? —interrumpe Mandern, volviendo hacia Less su mirada, aún opacada por las lentes oscuras.

—Tenemos un acuerdo, señor Mandern.

—Le cambio un pregunta por otra —dice Mandern, sacando una pipa y colocándosela entre los labios sin encenderla—. Yo pregunto primero. Yo venía aquí con mi familia cuando este sitio era un lugar de vacaciones. Era una especie de ritual nuestro. Lo llaman el mar de Salton. No era un mar, claro, sino una llanura que se inundaba por una brecha en un canal de riego. Durante un tiempo hubo casas, moteles y uno podía bañarse y hacer esquí acuático. Eso desapareció hace mucho, claro está. (Aquello explicaba lo del esquí.)

—¿Qué pasó con el agua del canal?

Mandern parece estar mirándose en el espejo que tienen enfrente, enmarcado también de billetes de dólar. Se encoge de hombros.

—Ni idea. Ahora cuénteme usted un ritual de su familia.

—¿Un ritual?

—Ya sabe, cuando tenían ustedes que esconder la botella de ginebra porque venía la abuela a comer.

—Mi abuela era bautista del sur —explica Less, fascinado aún por la pipa vacía.

—Una pregunta por otra pregunta.

Less mira al viejo e intenta imaginarlo de niño, chapoteando en un mar evaporado.

—Mi padre se fue de casa cuando yo era muy joven —continúa Less—. El segundo marido de mi madre era químico, así que ella siempre le regalaba por su cumpleaños cosas que tenían que ver con la tabla periódica. Según los años que cumpliera y el número atómico de los elementos. Rutenio, rodio, y así.

Mandern se ríe a carcajadas y un par de clientes se vuelven

para mirarlo.

—Qué ridiculez.

A Less se le antoja una aseveración bastante contundente para un tipo con carlino, pipa y furgoneta camperizada. Less continúa:

—Cuando llegó a la plata fue todo un acontecimiento porque por fin le pudo regalar algo en condiciones. Es difícil encontrar gemelos de rutenio.

—Seguro que no tanto como cree. ¿Qué fue lo que le regaló hecho de plata?

—Unos gemelos. —Less oye un suspiro—. Hubo también un cumpleaños de oro, claro. Su último cumpleaños fue… —relata Less, tratando de recordar—. Fue el del talio.

—Talio —repite Mandern, solemnemente.

—El ochenta y uno —explica Less, contemplando la constelación de billetes de dólar—. Al plomo no llegó.

Less oye entonces un sonido que no puede ser una risa. Cuando mira a Mandern se lleva una sorpresa: el gran autor se ha quitado las gafas oscuras. Tiene unos ojos dorados, como de fiera, que flotan, con un tamaño algo menor de lo que esperaba, en el lecho seco, como el mar de Salton, que es su rostro.

—Señor Less —dice Mandern—, ¿cuándo fue la última vez que vio a su padre? Me refiero a su padre biológico.

Less examina cuidadosamente al anciano. ¿Acaso, aparte de estar loco, es capaz de leer las mentes? Observa cómo al barman que parece Jefferson lo aborda una señora mayor cuyo pelo blanco se ondula por encima de las orejas, como el de James Madison. Se susurran cosas al oído. Less se siente en el Congreso Continental.

—Creo que me toca a mí preguntar.

Mandern deja escapar un suspiro y vuelve a colocarse las gafas de sol.

Less:

—¿A quién estamos intentando encontrar, entonces?

El anciano no dice palabra.

Less está a punto de seguir preguntando, pero en su lugar deja escapar un «ay». Algo le acaba de golpear en la cabeza.

—Ahí está la moneda —aclara Jefferson mientras pasa una bayeta por la barra.

Una llamada telefónica hecha desde un hotel que no es un hotel junto a una playa que no es una playa:

—¡Bajando escalera! —me dice Less. (Es un chiste nuestro.)

—¡Less! ¿Qué te ha pasado? Se suponía que ibas a llamar desde…

—Cambio de planes. Mandern no quería hacer la entrevista a menos que le trajera a este sitio, así que…

—¿Entonces, estás en Santa Fe?

—Todavía no. Estamos en… no sé exactamente dónde. Estamos viajando en una furgoneta camperizada.

—¿Va todo bien? ¿Está intentando seducirte?

—¡No! El tipo iba a cancelar todo el asunto. Sin reportaje y sin entrevista, me quedo sin dinero, Freddy.

—Podrías llamar a Wichita…

—¡Deja ya ese tema! Tengo esto controlado.

—Toma nota de todo, es todo lo que puedo decir.

«Presta atención.»

—Lo haré. Lo prometo.

Nos decimos que nos queremos, pero, tras esa tradicional despedida, trasluce cierta preocupación. Me acuerdo de cuando mi tía abuela me decía: «No te va a durar».

Al salir del Bombay Beach, Mandern le indica el camino, rumbo al desierto, donde se encuentra el alojamiento en el que pasarán la noche. Recorren un camino de tierra entre arbustos de gobernadora. Por fin, llegan a un lugar en el que dos carpas de lona resplandecen como faroles en la llanura nocturna. Entre una y otra arde una fogata, dentro de un barril metálico. Se acerca una mujer envuelta en una piel de oveja, es negra y tiene rastas grises y pómulos tallados que captan el resplandor del fuego. Debe de ser la dueña de aquello.

—¡Dolly! —grita la mujer, y Mandern sale de la furgoneta. Less observa cómo el escritor posa a la perra en el suelo y esta se arrastra hacia la mujer. ¿Qué se supone que tiene que hacer

él ahora? Es todo un misterio. ¿Es esto lo que se siente cuando uno es un personaje en la novela de alguien?

—No dejéis fuera nada de comida —advierte la mujer a Less con gesto severo—. Ni tampoco ropa.

Él querría explicar que no tiene ropa. Le enseñan su tienda, que es uno de esos milagros de la humanidad: una gran cama de armazón metálico, cubierta con pieles de animal y mantas tejidas por los nativos serrano, que alguien ha tenido la amabilidad de arrastrar hasta ese lugar en mitad de la nada. Less hace una levísima reverencia como muestra de gratitud y se encarama en la cama.

Está a punto de caer dormido cuando oye algo al otro lado de la carpa. Es la voz bronca de Mandern:

—Estaba pensando en su padrastro.

—¿Sí?

—Creo que tendría sentido morir con el plutonio. Plutón, el dios de la muerte.

Less busca en la tabla periódica de su memoria.

—¡Pero el número atómico del plutonio es el noventa y cuatro o el noventa y cinco!

—Tiene razón —masculla el gran hombre—. ¡Demasiado joven, demasiado joven! —Less da por hecho que Mandern se ha quedado dormido con ese pensamiento en la cabeza porque, al poco tiempo, Less solo oye su pesada respiración, hasta que de entre la oscuridad emergen unas últimas palabras:

—A quien buscamos es a mi hija.

Nuestro protagonista se arrebuja bajo la colcha tratando de protegerse de la fría noche del desierto —su cuerpo diríase la única chispa de calidez en el corazón de un cristal ártico—, y yo me acuerdo de otras ocasiones en las que he ido de cámping con Arthur Less. Cómo olvidar aquel malhadado Hotel d'Amour. Sin embargo, antes de aquello mi tía abuela ya me había dado ese consejo, cuando le dije que estaba enamorado de Arthur Less: «No te va a durar», dijo. Le pregunté qué quería decir con eso. Se encogió de hombros y añadió: «Deberíais iros de viaje juntos», y así se lo propuse a él. Yo sabía que le gustaban los mapas, así que me presenté con uno:

«Hay un tren que va desde aquí hasta Portland y luego cruza el continente hasta Boston. Atravesaríamos Oregón, Idaho, Montana, una de las Dakotas… Son cuatro días, podríamos tener espacio y tiempo para nosotros, y…».

Se me quedó mirando como si yo fuera un amante proponiendo alguna extraña práctica sexual. En un primer momento pensé que, en realidad, no me consideraba un compañero de viaje apropiado, pero, tras una discusión algo acalorada, resultó que la cosa no iba por ahí. Resultó que él ya había planeado un viaje. Quería que fuese una sorpresa para mis vacaciones de la universidad, pero ahora se veía obligado a confesar.

Haríamos una primera escala en lo que Less llamó un «exclusivo resort con acceso directo a la playa», que al final no era otra cosa que una especie de proyecto artístico de un conocido: una única habitación flotando en mitad de un lago californiano; más bien, un cobertizo flotante al que se accedía por una escotilla en el techo y que no dejaba de bambolearse. Un adolescente nos llevó a los dos en una lancha motora y nos informó de que, como en un submarino, había que gritar «¡subiendo escalera!» o «¡bajando escalera!» para evitar colisiones. Nos dejó comida china para llevar que se había quedado fría, un paquete de café instantáneo y unas toallas. Por supuesto, en cuanto el chico se marchó, abrimos la escotilla y, a la voz de «¡bajando escalera!, ¡bajando escalera!», Less se lanzó escalera abajo. Cuando llegué, Less miraba alrededor boquiabierto. Resulta que el único material que el artista había utilizado en la construcción era el metacrilato: entre las paredes transparentes, dos camas separadas. Como telón de fondo, el sombrío lago (no recuerdo cómo se llamaba; digamos «lago del Alce»), en cuyas profundidades color verde botella se introducían los largos dedos de la luz del sol, como un pianista improvisando variaciones, creando refulgentes acordes de color entre los cuales, cómo no, nadaban especies desconocidas (para nosotros), en bancos o quizá jaurías, solazándose entre los centelleos dorados. Nos quedamos alucinados mirándolos, aunque probablemente no serían sino vulgares carpas. Fue difícil descansar esa noche, pero las olitas

del lago nos arrullaban como si estuviéramos en una cuna submarina. En un momento dado, me despertó un grito; abrí los ojos y vi a Arthur Less sentado en la cama. Enseguida supe lo que lo alarmaba: parecíamos confinados en un cuadrado de sol matutino y nos observaban quizá cien peces, colocados unos juntos a los otros como dagas mágicas en el fulgor de la luz.

La segunda parte de aquella estancia acuática fue bastante más compleja que el incidente del «¡bajando escalera!». Con una ilusión enorme vino a contarme que nos había apuntado a una actividad que consistía en construir nuestra propia balsa y navegar en ella durante dos días —con sus noches— por el río Buenaventura, también llamado de los Americanos. Quizá Less abrigaba alguna fantasía a lo Huckleberry Finn, como muchos escritores estadounidenses; quizá soñaba con encontrar oro, como muchos californianos; quizá le parecía erótico jugar al leñador. Lo que nos encontramos el día que empezaba la excursión bastó para espantar cualquier fantasía: un ribazo lodoso atestado de troncos desnudos y cabos enrollados, en el que esperaban otras dos parejas de turistas y una mujer de anchas espaldas, nacida en Estocolmo, que se encargaría de supervisar nuestro trabajo de construcción. Por cierto, estaba lloviendo. Cada una de las parejas debía (según las órdenes que resonaban bajo la capucha del impermeable verde de la sueca) convertir su montón de troncos en una embarcación que no se hundiera y contase además con un pequeño cobertizo bajo el que guarecerse. Teníamos que amarrar los troncos con los cabos, valiéndonos de una serie de nudos que ella misma nos enseñaría. Todo ello, claro está, metidos en el río hasta la cintura. Yo no me crie precisamente en una familia de estibadores, así que las pasé canutas para aprender a hacer los nudos, pero Less lo pasó aún peor: nuestra líder fue implacable con el valón, como si quisiera resarcir los errores cometidos en Nueva Suecia. En más de una ocasión, Less se vio arrastrado por las aguas del río de los Americanos y tuvo que salir a gatas hasta la orilla. Tardamos mucho más que las otras dos parejas en terminar la balsa, así que zarpamos mucho más tarde, si bien felices de haber perdido de vista a la feroz capataz. Nos

dejamos arrastrar perezosamente por la corriente, impulsándonos de vez en cuando río abajo con la pértiga, enormemente satisfechos de que nuestra relación hubiera sobrevivido a aquel titánico proyecto de macramé con troncos. A una orilla y otra se elevaban laderas pobladas de pinos y roca caliza. Por fin, el sol terminó empujando la lluvia y el bosque parecía acicalarse en el espejo del río. Sin embargo, nos habíamos dejado en tierra una cosa muy importante. La comida.

No tardamos en caer en la cuenta: oí un lamento en el interior del cobertizo y Less apareció gateando, con los ojos muy abiertos y una lata de cerveza en cada mano. Al parecer habíamos embarcado únicamente la caja de Dewey (la cerveza de Delaware) y el equipo de cámping. Pero la comida se había quedado atrás, muy atrás, como tantos otros recuerdos queridos. Hubo un ir y venir de acusaciones, como en una partida de tenis de mesa. Por detrás del macizo irregular que es el cerebro de Less, hombre lobo sin colmillos, empezó a asomar la luna de la ansiedad, llena y oronda. En el aire empezaba a respirarse un aroma a canibalismo.

—¡Voy a inventar la máquina del tiempo! —grité furibundo.

—¡Ah!, ¿de verdad? —replicó él.

—¡Voy a inventar una máquina del tiempo para no elegirte jamás! —continué, y él quedó visiblemente dolido. Quizá sea lo más cruel que le haya dicho nunca.

Empero, ¡cuán veloz gira la rueda de la fortuna! Una hora después, nos topamos con otra de las parejas, cuya balsa había quedado varada en un banco de arena (el río bajaba con un caudal muy bajo para la época). Así pues, optamos por a un atávico recurso: la piratería.

A cambio de cuatro latas de cerveza Dewey y un poco de ayuda para liberar su balsa, recibimos una bolsa de pan de molde, un tomate y un poco de queso. Con eso nos bastamos hasta que anocheció, cuando dimos alcance a la otra pareja, cuya balsa había encallado entre unas rocas; estos nos dieron un paquete de pasta sin gluten y más tomates. Al final, acampamos todos juntos en un lugar algo desangelado, de resonancias necesariamente homéricas: la playa del Loto. Allí,

mientras todos dormían, hurgué, para mi deshonra, entre los víveres del resto de expedicionarios, obteniendo un botín de dos huevos. Dormimos a pierna suelta, como suelen hacer los villanos. Al día siguiente salió el sol, pero nuestros infelices compañeros de viaje necesitaron de nuestra asistencia en otras tres ocasiones. No sin cierta turbación alcanzamos, con el ocaso del tercer día, el último lugar de acampada, las orillas del lago Folsom, donde el bajo nivel del agua había sacado a la luz un antiguo poblado minero inundado tras la construcción de la presa. Compartimos las últimas cervezas Dewey con nuestros fatigados compañeros de viaje y, junto al fuego, dimos buena cuenta de nuestro botín gastronómico. A la mañana siguiente, la sueca nos despertó a voces, ordenándonos desmantelar las balsas y devolverlas a su estado primigenio: madera y cáñamo empapado. Fue una triste despedida. Nuestra encantadora expedición tocaba a su fin y habíamos de despedirnos también de nuestros piratescos personajes.

Cuando llegamos de vuelta a la Cabaña, agotados y llenos de moratones, Less se sentó en el sofá y ahí se quedó, con las manos en la cabeza: nada había salido como había planeado y estaba convencido de que todo era culpa suya.

—Pues claro que es culpa tuya —corroboré yo.

Él añadió que lamentaba mucho hacer las cosas siempre mal.

—Less… —le dije a mi pobre valón.

Él añadió que yo quería inventar la máquina del tiempo para poder no elegirlo.

—¡Less! —exclamé yo de nuevo, acuclillándome junto a él —. ¡Me ha encantado!

Otro ruido desértico. Esta vez, casi seguro que se trata del aullido de un coyote. Al instante, Less está fuera de la tienda, envuelto en una manta tejida por los nativos serrano.

El paisaje se ha invertido. El desierto refulge ahora en el cielo, salpicado de heliotropos y vetas color oro, como el pelaje de un león. Parece que por encima de sus cabezas se extendieran las crestas de una gran duna de arena, al pie de las cuales descansara una oscura galaxia de cactus y plantas

espinosas. Los árboles de Josué crecen en macizos hasta el horizonte; sus ramas les dan aspecto de acólitos de alguna congregación religiosa que alzasen los brazos con fervor. ¿Desde cuándo ocurre esto en el desierto? ¿Desde siempre? ¿Por qué nadie se lo ha dicho? Las estrellas se apagan una a una, como si se ocupara de ellas algún farolero celestial, mientras en el horizonte nace una claridad expectante. De repente, Less distingue allá fuera, entre los árboles de Josué silueteados ya contra el cielo, el contorno de un anciano que, ataviado de una túnica, observa el amanecer. Lo acompaña un perrito que empieza a aullar.

La verdad es que, desde aquí, América se ve preciosa.

—¡Levántate y resplandece, que tu luz ha llegado! —le decía a Less su madre cada mañana, cuando abría los postigos para dejar entrar el sol. Indicaba siempre capítulo y versículo: «Isaías, sesenta, uno». Y a continuación alargaba al pequeño Archie un pañuelo para que se sonara la nariz.

Amanece y saluda el alba la trompeta matinal que es la nariz de Less sonándose. Este emerge de nuevo de su carpa para encontrar al meditabundo Mandern sentado ya junto al fuego del desayuno. Less bebe su café en silencio, mirando alrededor y escrutando aquel mundo extraño que es su propio país. Dirige una mirada a Mandern: ¿cuándo dará a conocer ese viejo cascarrabias sus inestabilidades internas? ¿Hoy, en aquel supuesto oasis? La noche anterior había visto a Mandern apurar dos martinis sin esfuerzo alguno, ¿caería esa noche algo más fuerte? ¿Qué eran realmente esos caramelitos mentolados? ¿Está vacía su pipa realmente? Less se protege contra el descontrol, aunque en puridad cabría decir que Less se protege contra todo.

Regresan a la carretera. El paisaje se vuelve radicalmente convencional, casi soso. Los árboles de Josué van siendo remplazados por saguaros que parecen sacados de un cómic. Less se pregunta cuánto queda para el OK Corral.

Mandern gruñe:

—Otra pregunta más, Arthur Less.

Less se aclara la garganta.

—¿Por qué está usted…?

—Otra pregunta que tengo yo para usted, quiero decir —le interrumpe Mandern—. ¿Su padre vive?

Nuestro novelista vuelve al carril derecho y se aclara de nuevo la garganta. Hace una pausa y siente el hálito del pánico, recordándose que, si lo que quiere es el dinero, tendrá que atenerse a las reglas.

—Se marchó cuando yo era pequeño —explica—. Le gustaba todo el asunto del desarrollo personal, cuando aún no estaba de moda. Se metió en una estafa piramidal. Nos dejó poco antes de que la policía apareciese por casa. La misma tarde de mi función del cole.

—¡Un delincuente! —exclama Mandern—. ¿Qué hizo exactamente?

—Pues no tengo ni idea, la verdad. Nunca volví a saber de él. Recibí una llamada… —Y, de repente, Less deja escapar una risa—. Recibí una llamada de un alguacil de White Sands, en Nuevo México. Habían detenido a mi padre por ayuntamiento carnal con una antena parabólica.

Less oye al escritor carcajearse por segunda vez. Una risa de verdad, que hace que las orejas se le pongan rojas.

—Joder, es lo más gracioso que he escuchado en todo el mes —dice—. Aunque he de confesar que está siendo un año de mierda.

Less:

—Me toca. ¿Por qué le está llevando tanto terminar esta novela?

Mandern se saca la pipa de la boca.

—Conocerá usted la historia de Penélope, que prometió casarse con uno de sus pretendientes cuando terminase de tejer el sudario de su suegro y por las noches destejía lo que había tejido durante la jornada. Pues yo igual.

Extrañamente, Less no puede evitar esbozar una sonrisa.

—Me recuerda usted a una mujer que conozco en California —dice Less.

—¿Ha prometido casarse cuando termine algo?

—No creo.

—Yo tampoco —dice Mandern, dándose golpecitos con la

pipa vacía en la palma de la mano—. Porque me estoy muriendo.

Absurdamente, quedan atascados durante media hora en un pueblo abandonado que al parecer habitan solo burros —como en una fábula— y, a continuación, cruzan el río Colorado y entran en Arizona. El carácter minero del estado sale a relucir de inmediato en los nombres de los pueblos —Quartzsite, Bauxite, Perlite—, que parecen crecer asomados a sus respectivas canteras. Los carteles de las minas clausuradas se reutilizan para anunciar «pueblos fantasmas», del mismo modo que los hoteles viejos —normalmente, con instalaciones eléctricas muy deterioradas— se publicitan como «encantados» para seguir cobrando lo mismo. Abundan las graveras y, por ende, la fealdad, y el viajero empieza a ansiar el contacto humano. A lo lejos, las elevaciones de roca rojiza arrojan su sombra entre negra y azulada y, al pie de esa belleza geológica, donde en otros estados encontraríamos un majestuoso hotel encantado, nos topamos invariablemente en Arizona con casas prefabricadas y antenas parabólicas. Por lo demás, la tierra es yerma y plana; tanto que pasan horas sin que la carretera se anime siquiera a describir la más leve curva. En un momento dado, Less vislumbra unas acacias, diríanse inmortales, que flanquean la carretera y alguien ha decorado —¿a qué ese súbito arranque de regocijo?— con adornos navideños. El desierto vuelve a titilar de belleza. Humanidad: aclárate.

AMBROGIO. EL ÚLTIMO TERRITORIO DE LIBERTAD. ¡YA CASI!, dice un grafiti pintado sobre una roca. En efecto, «casi» es una buena manera de describir ese lugar.

Arthur Less se ha sentido fuera de lugar muchas veces en su vida. Yo diría que se ha sentido fuera de lugar en casi todos los sitios, salvo en ese dormitorio con la bignonia en la ventana (y quizá a mí me ha ocurrido lo mismo). Ha estado en reuniones de los *scouts* en las que cada niño debía hacer su nudo favorito, fiestas gais donde tenía que escribir su fetiche sexual en una tarjeta identificativa (los calzoncillos bóxer), bares donde lo obligaron a elegir una canción de la máquina de discos y clases de yoga donde debía imitar posturas de contorsionista. Y cada

mañana de su vida se vio obligado a decidir qué debía hacer ese día. Ha pasado por casi todos los lugares incómodos, así que estar en un sitio donde gobiernan la anarquía y el caos no le supondrá ningún problema. De algún modo, esa es la zona de confort de Arthur Less. En ese tipo de sitios sabe cuál es su sitio.

Al principio, un espejismo parece centellear sobre el horizonte desértico, como una mota en el ojo que uno no se puede sacar. El espejismo va concretándose al poco en una cúpula rosácea, una suerte de templo que hubiera estado largo tiempo enterrado y que en la curva siguiente se revela hueco: se trata de una gigantesca valva ribeteada de resplandeciente metal. Al pie de la gran valva y en torno a ella, hileras de cubos de hormigón sin pulir se extienden en dirección a un cañón y parecen hacer una reverencia a la estructura. Esta y los bloques están rodeados, a su vez, por un muro en el que se abren varias puertas. Se distinguen manchas de verde en el cañón y en las orillas de la corriente de agua que, milagrosamente, discurre por ella. El conjunto, polvoriento y salpicado de acacias y mezquites silvestres, parece abandonado desde hace un siglo: no se ven personas ni señales de vida. Sin embargo, a lo largo del muro se repite un nombre tallado en la roca una y otra vez: AMBROGIO.

(Arthur sabe cuál es su sitio: cagarla.)

—¡El último puerto pirata! —explica Mandern—. No hay policía y no hay reglas. Hombres libres, más o menos.

—¿Aquí es donde está su hija?

—Estaba.

—¿Desde aquí fue a Santa Fe? ¡Hay que llevarle a Santa Fe!

Sin entrevista no hay dinero. Arthur tiene una breve visión en la que la bignonia aparece seca, la ventana entablada y una bola de demolición destruye su hogar.

Mandern baja de la furgoneta sin dar respuesta.

Para un lugar tan destartalado, las puertas de Ambrogio son sorprendentemente sólidas: son de acero colado y se sostienen en sendas jambas de ladrillo color albaricoque. La parte superior está rematada por una serie de campanas de bronce que el viento hace sonar aleatoriamente. Con su ancha mano

—y temblando levemente por el esfuerzo— Mandern las hace resonar todas a la vez. Aparece un joven corpulento que lleva un chaleco de piel de borrego y pantalones de ante. Tiene el pelo como salpicado de un polvo color rosáceo.

—¡Traemos té frío! —grita Mandern. Esto parece ser algún tipo de contraseña, pues el joven se dispone a abrir la puerta —con una combinación, como la de una taquilla de gimnasio— y les franquea el paso. El camino de entrada está formado por bloques de hormigón recubiertos de vidrios, bajo los cuales se distinguían esqueletos de peces e incluso un cráneo humano. El joven no los lleva a la cúpula, sino que los conduce hacia una suerte de pequeña meseta polvorienta, sobre cuya superficie han clavado cuatro postes telefónicos, con tablones claveteados entre unos y otros. En lo alto de esa improvisada escalera, dos hombres más están instalando un sistema de poleas. A Less le avergüenza reconocer que todo aquello le parece cutre y chungo y desagradable, y que probablemente implique alguna ilegalidad. Siente temor.

Mandern ríe.

—Balú ha hecho algunas mejoras, ¿eh?

—Ya ves —corrobora el joven. Sus facciones, de rasgos nobles, dan a entender un origen mestizo al que acompaña un acento californiano apenas inteligible—. Es la Plataforma de Agradecimiento al Universo.

—¿Cómo dice? —pregunta Less, que no ha entendido.

El joven masculla igual, pero más alto:

—La Plataforma de Agradecimiento al Universo.

Less sigue sin encontrarle sentido y no puede evitar recordar a un compañero de habitación de sus tiempos de universidad, un pakistaní pijo que decía que no entendía a los estadounidenses cuando hablaban y que le parecía que estuvieran mascando chicle todo el tiempo.

Mandern se vuelve con una amplia sonrisa dibujada en el rostro.

—Arthur, nos espera una vista magnífica —dice. Si a lo que se refiere es a la vista que hay desde lo alto de la estructura, su sorpresa va a ser mayúscula: él no subirá ahí ni por todos los metales preciosos del estado de Arizona.

Aparece entonces por un rincón una mujer vestida de tules turquesa y tocada de un sombrero de ala ancha. Es hermosa: tendrá entre cuarenta y cincuenta años, con una melena rizada entre ocre y dorada. Se mueve con la elegancia de una princesa persa: todo un *pasticcio,* como yo.

—¡Hache! —grita, y echa acto seguido a correr para fundirse con H. H. H. Mandern en un abrazo. Su manera de acariciar y besar las mejillas del novelista hace probable la más improbable de las suposiciones.

—¡Estás igual! —exclama.

—Tú ya no eres rubia —observa Mandern.

—Me he hecho vegana —anuncia ella con gravedad. Less no identifica el vínculo entre un enunciado y otro.

—Arathusa, este es Arthur Less. O Yes. Colega de oficio.

De repente, Less siente como si una horda de espectros turquesa se abalanzara sobre él, se confundiera con su alma y luego abandonase su cuerpo: así es como esa mujer parece interactuar con la gente, dejando tras de sí además un perfume a sésamo y a naranja, como haría un fantasma vegano.

—Qué maravilloso conocerte, Art. Soy la Líder del Consejo, Arathusa.

Arthur Less ha pasado a llamarse Art, al parecer.

—¿Qué tal?

Ella hace un puchero.

—Pues mira, Art, esta mañana mi perro se ha comido un bumerán —explica, sacándose de un bolsillo un trozo de madera masticado.

—¿Ya no vuelve?

Arathusa se queda pensando y lanza el objeto por los aires con sorprendente habilidad. El bumerán vuela con un silbido y aterriza a unos pocos metros de lo que parece una letrina. Ambos quedan mirando por un instante el lugar de aterrizaje.

—Pues no —dice la mujer, feliz—. ¡Parece que funciona solo a la mitad! Art, entonces, ¿cuál es tu filosofía de vida?

A Art le vienen a la mente unos pocos axiomas —«no comprar tomates en invierno; los hombres de más de cuarenta no deberían teñirse; merece la pena pagar más por la ropa interior»—, pero no una filosofía como tal.

—Hum, creo que no tengo.

—Todo el mundo tiene; solo tienes que descubrirla. La mía es abrazar lo afirmativo. Podría resumirse con las siguientes palabras: «Sí al sí; al no, no».

—¿Es hindi?

—¿Cómo?

—¿*Sialsi alnono* es hindi?

—¿Hindi, qué? No. Es no al no, y sí al sí.

—¿No qué?

—¡Al sí, sí, y al no, no!

—¿Es árabe, quizá?

—No —suspira la mujer.

Al parecer, Less tendrá que dormir en un tipi donde quedará al cargo de la pequeña Dolly, el tipo de animal que en cualquier otro asentamiento humano de las inmediaciones habría sido entregado a los lobos. Para Less, no hay nada en la palabra *tipi* que implique la imposibilidad de una interacción con un lobo, especialmente porque su exterior está decorado, de arriba abajo, con la silueta de ese depredador justamente. (De hecho, no es un tipi, sino un *lavvu,* que tampoco es típico de la región, pero ¿hay algo que lo sea?) En Less va abriéndose paso la convicción de que ha cometido un terrible error. ¿Pasar la noche en ese lugar lo va a ayudar a conseguir la ansiada entrevista y el dinero que necesita para la Cabaña? ¿O a no retrasar de más la reunión con su amante, Freddy Pelu (o sea, yo), que lo espera en el lejano Maine?

Less se gira para descubrir que Mandern no está; solo divisa su sombra, bajando hacia el estrecho valle que se abre a sus pies.

—¡Espere! —grita sin pensar—. ¡No se vaya sin mí!

Pero la silueta del viejo se esfuma por debajo del horizonte.

—Las puestas de sol son fabulosas aquí —anuncia Arathusa, ajena a todo lo relacionado con los lobos o las entrevistas anheladas—. Por ahí se va al comedor, por cierto; la cena se sirve en una hora, más o menos. Trae algo si puedes, ¡todo el mundo es bienvenido, en cualquier caso! Y no te olvides de ir al baño termal, está muy cerca. Solo tienes que seguir la

manguera. Sí, esa manguera de ahí. ¡Pero no toques la llave o lo inundarás todo, ja, ja, ja! El baño es el lugar ideal para ver la puesta de sol. Que va a ser casi ya, creo. Mira ese cartel, por cierto. Ya se ha puesto el sol.

La mujer se refiere a un cartel que hay junto a su *lavvu,* y sí, ha terminado de atardecer: el monarca del suroeste se ha exilado entre los picos. Todo el valle queda sumido en un calmo resplandor horizontal color calabaza que resalta el intrincado relieve de las laderas, dándoles el aspecto del cuero trabajado. Al pie de las montañas, el fulgor del ocaso se refleja en una sucesión de superficies (ventanas, charcas, el metal cromado de los coches), como cuando las distintas secciones orquestales repiten las notas finales de una sinfonía, hasta que, finalmente, el ribete metálico de la gran valva despide un último destello de luz, dando por concluido el espectáculo. Solo los *connoisseurs* se quedan mirando una vez oculto el sol, para disfrutar de los rayos de mandarina y coral que parecen no querer retirarse de la atmósfera todavía. Mientras se regodea en esta reflexión —más bien vulgar—, Less ve la silueta de una tórtola cruzar su campo de visión para aterrizar sobre un cable eléctrico que cuelga algo fláccido. El ave da inicio entonces a un número de funambulista, cabeceando y dando trompicones por el cable, empinando y bajando las plumas caudales hasta encontrar el equilibrio. Mira la paloma entonces alrededor, aparentemente satisfecha, y, cómo no, se le une pronto otra paloma, con ganas de lío. Comienza de nuevo el baile, cuya complejidad es ahora doble, y las aves agitan ahora sus colas como enloquecidas. ¿Quién entraría en un juego como ese? A ellas no parece importarles; la compostura que tratan de guardar forma parte de la farsa que se desarrolla ante sus ojos y que probablemente se repite cada tarde. Así es el amor.

Less sigue observando y se pregunta cómo seres tan sencillos pueden dominar la física de más alto nivel, cuando él no sacó más de un bien, hasta que las tórtolas (en realidad son vulgares palomas) se hartan ya de la pantomima y despegan, juntas, para desaparecer en la oscura sombra que es ya el cañón. No es hasta entonces cuando Less, sintiéndose solo, lee

por fin el cartel que se levanta entre él y su *lavvu:*

A PARTIR DE ESTE PUNTO, EL NUDISMO ES OPCIONAL.

—¡Archie!

Less ve aparecer el rostro de su hermana en la pantalla. La avanzada tecnología necesaria para ver a su hermana en directo no casa en absoluto con el fondo que hay tras de él, pintado de lobos, pero encaja perfectamente con el de ella, de austeras superficies blancas y metálicas. Ella podría estar hablando desde una nave que orbitase Júpiter, y él, desde el Neolítico.

—¿Cómo van las cosas por la costa este, Rebecca?

Su hermana cierra los ojos y deja escapar un resoplido.

—¿Cómo van las cosas por el salvaje Oeste?

—Estoy en una comuna nudista con baños termales. Me siento solo.

Rebecca lo estudia con atención. Los hermanos no se parecen demasiado, pero, cuando se los ve juntos, emerge algo inconfundible, ese toque del maestro de la pintura que aparece en su primer periodo y también en el último: la dura línea de la nariz; el labio inferior regordete que compensa el superior, muy fino; las orejas, pequeñas hasta lo inquietante; la palidez fantasmal y el pelo tan fino que se diría más bien una bruma. Hasta el año pasado, Rebecca era rubia. Ahora tiene el pelo completamente cano. Nunca le han preguntado si antes se lo teñía o si el pelo le encaneció de golpe, como un arce en otoño. Con su maraña de rizos grises, su top negro de malla y su expresión preocupada, se le antoja una profesora de ballet francesa.

—Lo siento, Archie —dice su hermana—. ¿Has olvidado de qué iba lo de viajar?

—Supongo que sí, lo había olvidado.

—No todo son jirafas y elefantes —puntualiza su hermana.

—Desde luego. En una comuna, no.

—Archie, te tengo que hablar de algo serio. —Sus facciones se recomponen en una expresión solemne; Less presta atención.

La profesora de ballet empieza la clase—. Es papá. Me ha llamado.

Less se sobresalta.

—¿Te ha llamado?

—Me ha llamado.

—¿Desde dónde? —pregunta, sintiendo un pánico desconocido—. ¿Nuevo México?

—No, desde Georgia. Dijo que estaba en una isla.

Less:

—¿Qué quería?

—Quería saber de ti —contesta ella—. ¿Te ha llamado? ¿Te ha escrito?

¿Qué es esta sensación? ¿Es la sensación de haberse liberado de algo que creías haber conquistado para que vuelva a arremeter contra ti con un tentáculo y te arrastre de nuevo?

—No, no he sabido nada de él. ¿Qué tramará?

Rebecca:

—Me ha contado que está dirigiendo una organización sin ánimo de lucro dedicada a las artes.

Less se ríe.

—Ya, claro.

—Archie, lo noté… —Rebecca hace una pausa como quien busca el cuchillo adecuado en un cajón: la palabra idónea para transmitir un mensaje difícil—. Lo noté muy mayor.

Less no se lo cree.

—¿Quería dar pena, quizá?

—No, estaba… compungido —puntualiza ella—. Como si algo le pesara.

—El peso de la ley. Probablemente.

Su hermana hace una mueca dolida.

—Archie… Si te llama…

—Rebecca…

—Si te llama, no le cuelgues —dice—. Creo que podría estar muy enfermo.

Less es incapaz de obviar la seriedad que trasluce el rostro de su hermana. Quiere decirle que ella jamás conoció al padre de ambos, que era muy pequeña, que en su memoria es un espectro como lo era el amigo imaginario que tenía con tres

años, una cabra morada llamada Manchitas. Manchitas ha llamado. Manchitas está viviendo en una isla. Manchitas se muere. Manchitas ha tenido ayuntamiento carnal con una antena parabólica. Less sabe perfectamente que Rebecca apenas se acuerda de Manchitas y que solo tiene un vago recuerdo de la repentina marcha del padre de ambos —la noche de la función escolar sobre la nutrición en que ella, muy pequeña, hacía de la mitad de un sándwich de pan integral— o de cómo, meses después, entró en la casa como un ladrón para llevarse sus cosas. Nada de aquello fue para ella tan real como lo fue para Less.

—Si quisiera llamarme, lo habría hecho ya. Pero te ha llamado a ti.

—Creo que te tiene miedo.

Less ríe.

—A mí no me tiene miedo nadie.

—Yo te tenía miedo —dice Rebecca.

Less da un respingo ante esa afirmación y parpadea varias veces seguidas. Ese dato, desconocido hasta entonces, se le hace, de pronto, evidente. Quizá porque jamás había pensado en ello. Qué cosa tan horrible, de ser cierta. Él, cuatro años mayor que ella, había proyectado sobre su hermana una parte de sus miedos a lo largo de los años, esos miedos ocultos por la arrogancia y la pomposidad de la adolescencia. Quizá esa actitud se haya alargado hasta tiempos más recientes de lo que imagina.

Rebecca es capaz de ver, sin duda, la sorpresa en el rostro de su hermano. Lo conoce bien.

—No te preocupes —dice—. Fuiste un buen hermano mayor. El mejor. Siento cargarte con esto ahora, con la marcha de Robert tan reciente.

—No entiendo por qué me está afectando tanto.

—Se ha muerto, Archie —observa ella—. Cuando mamá murió, tú y yo…

—Pero esto es otra cosa —interrumpe él—. No es existencial. No es duelo. Es algo egoísta. Muy egoísta. —Hace una pausa—. No sé cómo expresarlo.

Otro suspiro.

—Archie…

—Es que… Es que soy idiota, Reb. Rompo las cosas y me olvido de las cosas y aplazo las cosas hasta que es demasiado tarde. Siempre supe que habría alguien ahí para… arreglarlo todo. Para ser el adulto. Para comprar las entradas al sitio que fuera o para encontrar la manera de llegar al lugar que fuera o para reparar lo que fuera que yo hubiese estropeado.

—Robert.

—Cuando me venía abajo, él siempre tenía un consejo que darme. Incluso después de haber terminado. Era mandón y tenía un carácter imposible, pero siempre fue un sostén para mí.

—Archie…

—No sé si podré apañármelas sin él, Reb. No sé si podré apañármelas si no está Robert por ahí, en algún sitio.

Las gafas magnifican su expresión perpleja.

—¿No sabes si vas a poder superar la muerte de Robert sin la ayuda de Robert?

Less hace una mueca.

—Dicho así, suena a locura.

Rebecca adopta, de nuevo, una expresión seria.

—Archie, eres muy afortunado. Tienes a Freddy.

—Freddy… —Imaginen el propio nombre pronunciado con una combinación de ternura e imposibilidad. El mismo tono con el que la madre de Less suspiraba la palabra «Francia».

—¿No crees que Freddy pueda ser un sostén para ti? —pregunta Rebecca.

—No lo sé. No lo sé. Y, si no lo es, entonces, ¿qué?

—Entonces tendrás que sostenerte por ti mismo.

Less niega.

—Me vendré abajo. No sobreviviré.

—Sí sobrevivirás —replica su hermana—. Ve a meterte en ese baño termal.

A nadie sorprendió más que a este narrador ver cómo Arthur Less, con apenas una toalla echada sobre el hombro, vadeaba el anochecer hasta llegar al «baño termal» que anuncian los carteles. El baño no es más que un estanque lodoso en el que

descansan, sumergidos, dos mujeres y un hombre, todos blancos y jóvenes. Desde algún rincón, fuera de la vista, otro chico canta *Hey Jude,* de los Beatles, con guitarra y un montón de «na, na, na». Los bañistas se giran para ver a un hombre desnudo de mediana edad: Arthur Less.

Ninguno de ellos está desnudo.

Empieza a soplar una brisa bastante fresca. El universo parece contener el aliento por un segundo. A continuación, Less oye que una de las mujeres se dirige al hombre que tiene a su lado:

—*Wer ist dieser alte Mann?*

Arthur Less está salvado: ¡son alemanes! Lanza la toalla desenfadadamente a un mezquite cercano y sonríe.

[Lo que sigue es traducción del alemán.]

—Hola —dice—. Yo soy nombre Arthur.

—¡Oh, hablas un poco de alemán! —dice el hombre. Es un tipo larguirucho, rubio, con una barba pardusca como recién crecida; su rostro, redondeado y atractivo, parece no haberse visto sometido jamás a las disciplinas de cuidado de la piel.

—Me alegro de ver a alguien desnudo. Estas chicas me están haciendo sentir pudor.

—¡También pudor yo saco! —responde Less alegremente.

—Métete al agua, Arthur. Estas son Helga y Greta; yo me llamo Felix. Estábamos hablando sobre rupturas. —Helga es delgada y sonriente, lleva el pelo rubio atado en un moño con forma de *pretzel;* Greta es una sirena de pelo verde y curvas, que mantiene un gesto silencioso y perplejo.

—Esta es una conversación triste.

—Helga acaba de enterarse de que su novio la engañaba —explica Felix, y Helga asiente—. Bueno. Un lío. ¿Quieres un arándano?

Less recoge la bolsita que el chico le alarga y dirige una mirada a la chica rubia.

—Lo siento, Helga. Es una pasa.

—¿Cómo? No, son arándanos —replica ella.

Less frunce el ceño.

—No, es una pasa no —repite, repensando las palabras—. Sorpresa. Es una sorpresa, que descubres a tu novio.

Ella abre los brazos en dirección al cielo ya oscurecido.

—Yo creo que todo ocurre por una razón, ¿sabes? Ah, no te comas más de dos. Arándanos, digo. Así está bien. El universo me está guiando hacia algún otro lugar, ¿sabes?

—Sé —replica Less. Y es cierto, Less sí que sabe. Los arándanos están bañados de chocolate, lo que le resulta muy grato. Qué maravilla, creer en un universo que te sostiene y te hace los planes. Solo los más jóvenes, cree Less, pueden creer algo así. Solo los que no han pasado aún de las primeras páginas de la novela de la vida pueden confiar en que el Escritor sabe lo que hace. Por su lado, Less, que lo es, sabe de buena tinta que ningún escritor, humano o celestial, sabe lo que hace. De ahí la bebida y las drogas y la locura (prueba fehaciente: los dos escritores que viajan en esa furgoneta). Y, habiendo vivido el doble de vida que cualquiera de esos chicos metidos en el agua, sabe que el Escritor perdió hace mucho el hilo de la trama.

Desde el otro lado de un montículo, alguien insiste en los coros de *Hey Jude:* «Na, na, na, nanana-ná… Nanana-ná… ¡Hey, Jude!».

—Gracias por los muy pocos arándanos —dice Less—. Agua caliente.

Felix explica:

—Se ha roto una tubería a unos kilómetros de aquí. No creo que los de la compañía del agua se hayan dado cuenta siquiera. Casi se inunda el recinto entero. Pero hemos redirigido el caudal y ¡ahora tenemos un baño termal! Cuidado con la válvula, eso sí, o se inundará todo otra vez.

Less, de nuevo, jovial:

—¡Es como un Noa de Arco con suerte!

Todos lo miran extrañados.

—¡Noa de Arco! —insiste.

—¿Quieres decir Juana de Arco?

—¡Noa de Arco! ¡Arco de Noa! —repite, frustrado—. El Noa del arco.

—Ah, ¡el arca de Noé!

—Ah, sí. Arca de Noé. He cometido error tonto.

Helga se gira hacia él.

—Arthur, ¿cuándo besaste por primera vez a una chica? Perdón, estoy muy fumada. Pero cuéntanos.

—Por mí esto nunca sido hecho.

—¿Qué? ¿Nunca has besado a una chica?

—Es gay, Helga —ataja Felix.

Pero ¿cómo puede estar tan seguro?

Helga agita su moño de *pretzel* un poco incrédula, aunque quiere hacer una puntualización.

—¡Pero todo el mundo ha besado alguna vez a alguna chica! —dice—. ¿Nunca, Arthur? ¿Ni siquiera cuando eras joven?

—Quizá una vez. Cuando era joven —asiente Less—. En una obra de teatro a una chica besé. Estaba muy asustado. Qué obra, no recuerdo.

(Mi querido compañero, era el musical *¡Oklahoma!,* y lo recuerdas perfectamente.)

—Ah, pero eso no es un beso de verdad. ¿Y a un chico?

—Era diecinueve años.

—¡Con diecinueve años! —dice Felix, casi gritando y sonriendo pícaramente—. ¡Venga ya! Pero si vosotros sois más sexuales que nosotros. ¿No besaste a nadie, ni siquiera a otro chico, hasta los diecinueve? No me lo creo. Yo pensaba que empezabais ya con los jueguecitos en los campamentos y eso.

—Yo no —responde Less con una sonrisa emocionada—. Recuerden cuán mayor soy. Instituto a finales de los ochenta. Al final besé a un chico en…

Desnudo, en el baño termal, bajo el crepúsculo del desierto de Arizona, Arthur Less relata una versión resumida y censurada de la historia, adaptada al alemán. Permítanme ahorrarles unas cuantas páginas de vergüenza ajena.

—No es muy divertida la historia —dice Felix.

Helga sonríe y adopta un gesto que quiere consolar al narrador, llevándose el dorso de la mano a la mejilla.

—¿Cuál es tu nombre completo, Arthur?

—Arthur Less.

—¿Estás ahora con algún chico, Arthur Less?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Llámase Freddy. A través del mundo para elegirme viajó.

Greta frunce el ceño y pide a Less que repita.

—A través del mundo. Viajó elegirme para.

—¿Para elegirte?

—Para elegirme.

Less clava la mirada en el suelo. La penumbra se parece a la primera luz matutina sobre su piel desnuda, y las hojas caídas que alfombran el suelo podrían ser la sombra de la bignonia. Desde algún lugar del valle encañonado asciende un débil sonido metálico.

—¿Querrías darme un beso, Arthur Less?

¿Es este animal sumergido otro alce como aquel, pero diferente? ¿Quién se habría imaginado una propuesta así? Arthur Less las ha recibido en muchas ocasiones, claro está, pero pocas veces de una mujer. Cuando el beso termina, Less vuelve a recostarse en el borde del estanque. Helga ríe y se gira hacia sus amigos.

—¡Oye, los gais besan muy bien!

Pero Less no está pensando en el beso. Para él, no ha sido un beso, sino la transfusión a su torrente sanguíneo de un poco de esa existencia despreocupada y de ese mundo sencillo de arándanos y baños termales. El horizonte aún pálido borbotea como si fuera a romper a hervir. Less mira al cielo: las estrellas.

—¡El universo es un tren grande!

Felix hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sí que lo es, amigo mío.

—No un tren grande —se corrige Less—. Generoso. El universo es generoso —repite, incorporándose y quedándose muy quieto para levantar la mirada de nuevo hacia las estrellas —. Pero quizá también sea un tren grande.

Felix sonríe.

—¡Has emprendido un viaje fantástico en él, amigo mío!

—Un tren grande y generoso.

La brisa sigue emitiendo sus suspiros interminables, que duran lo mismo que dura *Hey Jude* en manos de un tipo con guitarra: la eternidad misma.

⋆ ⋆ ⋆ ⋆ ⋆ ⋆
⋆ ⋆ ⋆ ⋆ ⋆
⋆ ⋆ ⋆ ⋆ ⋆ ⋆

Sobreviene a continuación un vacío de unas diez horas en esta crónica. Sin duda, algunos futuros lessólogos detectarán esta laguna en la biografía lessiana y conjeturarán que durante esa temporada nuestro novelista empezó a tomar notas para su próxima novela, que, en algún lugar, bajo el follaje de las horas precedentes, germinaron las semillas de la literatura. Esos pobres entusiastas se dejarán las pestañas en cada brizna de recuerdo —cada martini de los preparados por Jefferson, cada espectro vegano, cada Noa de Arco y cada arándano—, peinando el vasto desierto del tiempo como un paleontólogo sabedor de que bajo sus pies descansa un tiranosaurio fósil, pero que como útil de trabajo cuenta con apenas un cepillo de dientes. De sus penalidades emergerá quizá alguna gran obra, no obstante.

Lo que yo opino, en cualquier caso, es más sencillo.

Los arándanos no eran arándanos.

Y, como tenemos algo de tiempo, parece que, al final, voy a seguir ahondando en la vida de nuestro novelista…

Arthur Less besó por fin a un chico en su penúltimo año de universidad. Durante unos seis meses, Less llevó una existencia virginal y triste. Y, entonces, un bonito día de primavera, cuando cruzaba el campus, a la sombra de cuyos magnolios en flor unos apuestos chicos jugaban a lanzar y atrapar discos de plástico, robando miraditas a chicas guapas que contestaban con una risita contenida mientras se dirigían a su residencia en Damascus —¡qué coincidencia!—, el joven Arthur Less se detuvo en seco. La luz moteada que atravesaba los árboles hacía resplandecer la hierba, unas palomas emprendieron el vuelo desde la capilla formando una bandada con forma de corazón y la estatua de bronce de la guerra de Independencia parecía estar dirigiéndose, sin intermediario alguno, a Less. Nuestro protagonista dio tres pasos adelante, aturdido. Miró hacia la luz, miró las aves, miró el bronce. Miró a los chicos

que lanzaban discos. Miró a las chicas. Vio que él no formaba parte de esa puesta en escena y que jamás participaría en ella. Se dio cuenta, por fin, de lo que todo el mundo, sin excepción, sabía ya.

Pasaron varios meses vacíos como diapositivas en blanco en un proyector. Ese tiempo, Less se dedicó a charlar con recién llegados más retraídos e «inquisitivos» que él consideraba sus semejantes (todos rellenitos y llenos de acné; ninguno era «su tipo»), pero el celibato se prolongó hasta más allá del invierno, hasta que decidieron celebrar, en marzo, un Baile Queer.

Paladeemos la escena en todos sus detalles: el sótano forrado de paneles de madera donde el joven Less y dos novatos con muchas preguntas habían quedado para envalentonarse a base de alcohol. Uno de los novatos curiosos no apareció. El otro llegó tarde, llevaba un jersey fino color celeste y traía consigo varias botellas de Fanta y Drambuie. Pusieron a George Michael y el recién llegado inquisitivo le propuso bailar. Llamémosle Reilly O'Shaunessy. Llamémosle así, porque así se llamaba. Era un año menor que Less (la adolescencia seguía empañando sus rasgos entre rosáceos y rubicundos) pero tenía más experiencia, pues en su ciudad, Amarillo, Texas, lo había acogido bajo su ala un dentista casado que luego le dio de lado. Imaginemos a esos dos chicos blancos bailando como adolescentes, Less con los brazos sobre los hombros de Reilly. Estaban bastante borrachos. Imagino que besarse fue para ambos una sorpresa, merced a un cóctel rancio de Drambuie, George Michael y deseo asfixiante de contacto físico. ¿Fue aquel un buen beso? Como cualquier otro primer beso, hizo su función. Lo siguiente fue Reilly quitándose los pantalones y echándose en el sofá y Less arrodillándose devotamente ante él. Reilly estuvo regodeándose en el placer hasta que, con toda naturalidad, se incorporó y, no sin antes dejar escapar un pequeño suspiro, como el de un bebé ahíto de leche materna, vomitó su cóctel rancio sobre la reverencial cabeza de Less.

Más tarde, tras acompañar al tambaleante Reilly de vuelta a su residencia y después de una hora a solas en el cuarto de lavar del sótano eliminando de su jersey y el de Reilly

cualquier rastro de la noche, Less se arrastró hasta su habitación e intentó dormir. Pero se sentía abrumado, así que escribió y reescribió varias veces una nota que dejaría en la puerta de Reilly a la mañana siguiente. De hecho, todavía conserva una de las versiones; la encontré entre sus papeles. La transcribo íntegra:

Reilly:

¡Buenos días! ¿Cómo te encuentras? Me gustaría, si es posible, hablar de lo que pasó. Estábamos muy borrachos, pero no me arrepiento de nada. De hecho, creo que fue divertido. ¡Ja, ja! Y me gustas mucho. Hablemos hoy en algún momento. También tengo tu jersey, te lo he limpiado. ¡Ja, ja! Te lo devolveré.

A.

Aquello se probaría incierto: nunca llegó a devolvérselo. Y Reilly no volvió a hablar con él. Evitaba a Less en el campus y en la cafetería y dejó de frecuentar el Club de los Chicos Inquisitivos. Por la parte de Arthur: llantos incontrolados, largas maratones escribiendo unas poesías terroríficas, tardes enteras escuchando a Leonard Cohen y momentos de intimidad en los que hundía la cara en el jersey celeste de Reilly, tratando de recuperar alguna molécula perdida, algún aroma sobrante, que él mismo, como conté antes, se había encargado de borrar. Fueron meses así. Es posible que, de alguna manera, Less jamás superase aquello. Y todo por un tío que ni siquiera era su tipo.

Por esto les cuento su primer beso: en cierto modo, ese beso franqueó el paso hacia Robert. Y, después, hacia mí.

Less solía llamar a su hermana tras cada cita que terminaba en desastre: «Lo único que quiero es ser joven y estar enamorado», le decía. Ella escuchaba y suspiraba. Lo único que él quería era ser joven, estar con alguien y estar enamorado. ¿Era demasiado pedir?

—Nadie consigue eso —aducía ella—. Nadie. Tu problema es que estás convencido de que tienes un tipo.

Él replicaba que por supuesto que tenía un tipo, pero ella no cejaba en su empeño:

—Déjalo ya. Encuentra a alguien que te trate decentemente.

Por su mente siguen desfilando algunas escenas románticas, aun a los cincuenta años. Como un cine que pusiera siempre las mismas cuatro o cinco películas antiguas. Recuerda su primer encuentro sexual con otro hombre, un alemán de gesto amargo que, al enterarse de su virginidad, comentó: «¡Bueno, esto explica muchas cosas!». El italiano bajito que se esfumó cuando Less estaba en el baño y que, al preguntarle por ello, respondió: «No eres lo suficientemente atractivo». El estudiante de posgrado portugués que, en los gozosos momentos inmediatamente posteriores al acto, miró a Less y le dijo: «¿Sabes? Tus ojos no son del azul adecuado». Y así sucesivamente. Desde la distancia que ofrecen las décadas pasadas, el diagnóstico es sencillo: aquellos hombres sufrieron también sus propios desengaños. Sus miradas por encima del hombro, su desprecio, sus silencios sin sentido frente al hombre que amaban. ¿Es posible saber cómo manejar el corazón de otro? Al fin y al cabo, todos eran novatos en las artes de la magia oscura: el Sexo Gay, que de por sí era ya una asignatura avanzada, era pan comido en comparación con ese ciclo de estudios de nivel superior para el cual nada en la vida de los años setenta —ni el instituto, ni la televisión, ni las películas, ni los libros de la biblioteca, ni meter mano a chicas, a chicos o a uno mismo— preparaba a aquellos pobres jóvenes para el Amor Gay. Permítanme ahora poner sobre la mesa una cruda realidad: Robert Brownburn fue el primer hombre que trató bien a Less.

Tras mudarse de Nueva York a San Francisco, años después de aquel primer beso, Less conoció a Robert y Marian Brownburn y, no mucho más tarde, en un restaurante italiano de North Beach, el poeta tomó la mano del joven Arthur Less y lloró de amor. Quiero pensar que Less se sentó atónito ante esta demostración. Porque allí, ante él, tenía al alcance de la mano lo que siempre había querido. He ahí un hombre que lo amaba y estaba dispuesto a sacrificar el matrimonio y los amigos y una vida resuelta por Arthur Less. ¡Arthur Less! He ahí un hombre decente. Y, más aún, he ahí la forma de acabar con todos los riesgos que Less se había convencido de asumir necesariamente: un análisis de sangre cada seis meses, la

agonizante espera de dos semanas por los resultados, visiones del sida entrando y saliendo de sus sueños. He ahí un hombre que cerraría las puertas a la Muerte.

¿Amaba a Robert? Por supuesto. Pero Robert no era joven. Y, para el momento en que la relación había terminado, quince años más tarde, Arthur Less tampoco lo era. Sin embargo, hemos de reconocer que Less jamás había tenido lo que quería y jamás obtendrá lo que quiere: jamás será un hombre joven con pareja y enamorado.

Con respecto a su tipo —según su hermana—, el asunto era bien sencillo: quería un tipo bajito y de pelo rizado, con gafas, que lo amara y lo hiciera reír hasta el infinito.

(Me sonroja escribir estas palabras.)

Arthur Less se despierta en la oscuridad. Una oscuridad que no es total, sin embargo: por encima de él, muy claramente, distingue (gracias a ese milagro óptico que es el efecto túnel, que los niños reproducen mirando a través del canuto de cartón de un rollo de papel higiénico o usando el puño semicerrado a modo de catalejo) el refulgente cúmulo estelar de las Pléyades. El túnel es el que forma la parte superior del *lavvu,* y a Less le lleva apenas un instante darse cuenta, gracias al peso aplastante de la colcha y la piel de vaca, y al aroma de pachulí flotando en el aire, que se encuentra a salvo, en «casa». Ha estado soñando en alemán lento. Desde un rincón de la chocita (es una manera de hablar; en un *lavvu,* claro está, no hay rincones) lo mira un fantasma. Less se incorpora de un respingo. El fantasma flota hasta su lado, como una nube de plata. «¿Robert?», pregunta con un susurro. Uno a uno vuelven a él los sentidos: el fantasma es su traje. Desde el desierto exterior, una criatura aúlla a una luna ausente. ¿No hacen los coyotes un ruido tipo yip, yip? ¿Qué es eso, entonces? ¿Un lobo? Ven, lobo, ven a darte un festín con Dolly. Less mira alrededor y la descubre (antes de despertar completamente) sana y salva, acurrucada en una esquina del colchón, roncándole a la misma luna ausente. La había confundido con un almohadón. ¿Cómo ha terminado Less acostado y con el pijama puesto? ¿Cómo ha caído en el profundo pozo de la

noche sin un rasguño? Bien, querido Less, el mundo está diseñado para que los hombres como tú terminen (casi) siempre en la cama, sanos y salvos.

Fuera, el mundo está frío, friísimo. Less tirita bajo la piel de vaca. Se ha perdido la cena, no fue capaz de «prestar atención» y tampoco hizo la llamada prometida a su pareja. A mí, a Freddy Pelu. El mundo está tan frío y silencioso, y la Vía Láctea se extiende sobre su cabeza como el humo de un colosal incendio que hubiese ardido hace mil millones de años. Elige un sitio en el que hacer pis, lejos de escorpiones y espinos, y sonríe mirando el cielo nocturno. ¿Qué constelación será esa, sobre el horizonte, con forma de signo de interrogación? El Signo de Interrogación, quizá. Aparece siempre al final de una duda cósmica en perenne expansión, surgida cuando se apretó la primera tecla del Tiempo. Ojalá existiera otra constelación llamada la Respuesta. Quizá haya a nuestro alcance alguna respuesta al menos tentativa, pues ¿acaso no está entre nosotros el señor Yes?

A los pies de Less, la luz de las estrellas riela sobre un lago oscuro. Termina de mear. Mágicamente, el rumor del chorro de pis se prolonga en el silencio. Less frunce el ceño e intenta, pese a su miopía y deficiente visión nocturna, aguzar la vista en dirección al lago. Eso no estaba ahí antes, ¿verdad? ¿Ese lago? Definitivamente, esa agua ha venido desde algún lugar. Less mira a su alrededor, a los escorpiones y los espinos, y ve una gruesa tubería que deja escapar agua en grandes cantidades. El agua baja por la ladera hacia Ambrogio. A su mente, aterida de frío, le lleva un instante entender, y solo deja caer la piel de vaca al suelo de tierra y rompe a gritar en alemán: «¡Noa de Arco! ¡Noa de Arco!».

«Yo, Arathusa, Líder del Consejo, convoco esta asamblea. El aquí presente, Art Yes, comparece hoy acusado de manipular el sistema de provisión de agua de Ambrogio, provocando con ello una inundación en el recinto y poniendo en peligro la integridad de sus habitantes. El Consejo ha votado expulsarle permanentemente de Ambrogio. ¿Tiene algo que decir en su defensa?

Una pausa. Y, entonces, la voz de nuestro querido héroe:

—¿Sí al sí; al no, no?

Horas después, la furgoneta Rosina traquetea carretera adelante bajo un gélido cielo gris. Cada tantos kilómetros aparecen unos cuantos tenderetes de carretera, todos cerrados a esa hora temprana del día. En California, en este tipo de puestos se venden aguacates, almendras y alcachofas; aquí las hortalizas son reemplazadas por la más amplia variedad de gemas y geodas. Uno de los puestos se anuncia con un cartel que parece exclamar ¡FÓSILES! en una fuente tipográfica que transmite el más sincero asombro. ¿Quién no pararía? Sin embargo, Rosina pasa de largo; en cualquier caso, la ilusión por hacerse con un hueso de dinosaurio topa casi invariablemente con la realidad del anodino y ubicuo amonites. En eso quedan los sueños a la luz de la mañana.

Mandern, que, no se sabe cómo, ha conseguido ducharse y acicalarse, huele a sándalo y viste una americana de pana distinta a la del día anterior. No dice palabra, oculto tras sus gafas oscuras. Tras un rato, toma aire profundamente y dice:

—No me esperaba este desenlace, la verdad.

—Voy a llevarlo a Santa Fe —gruñe Less por toda respuesta.

—No sabía que estaba en manos de un demente.

—Ya me encuentro mejor.

Mandern ríe.

—¡Noa de Arco! ¡Noa de Arco!

—Los alemanes sabían que me refería a que se estaba inundando todo.

—Bueno, a decir verdad, el sitio necesitaba una limpieza. —A Mandern le divierte la situación y, extrañamente, parece impresionado por su compañero de viaje. Este, sin embargo, no quiere extenderse sobre el tema. Repone, sin más, que espera que Mandern haya encontrado en ese sitio lo que había ido a buscar, porque iban a tener que pisarle al acelerador para llegar a Santa Fe a tiempo.

—El evento empieza dentro de unas ocho horas.

—No vamos a Santa Fe —dice Mandern—. Vamos a salir de Estados Unidos.

Pánico.

—¡Yo no pienso ir a México!

—Vamos a la Nación Navajo —replica Mandern—. El hogar de la Abuela Araña. Sigue mis indicaciones. Todo recto, y entonces…

—Tengo que llevarlo a Santa Fe.

—¿No quiere hacer esta entrevista? —pregunta Mandern.

—Una pregunta —dice Less.

Mandern se aclara la garganta.

—Si su padre apareciera de la nada para pedirle perdón, ¿qué haría? Tome la siguiente a la derecha, dirección Flagstaff.

—¿Me está preguntando si lo perdonaría?

—Supongo que sí.

—Pues no lo sé, la verdad —dice Less—. Me toca.

—Eso no es una respuesta.

—¿Qué le ha hecho usted a su hija para que tenga que perdonarlo? —pregunta Less.

Mandern carraspea y Dolly, con un gruñido, se recoloca en su regazo.

—Pensaba que lo sabía —responde el viejo—. Hacerme escritor.

Desde Flagstaff salen dos carreteras en dirección norte.

Una de ellas lleva al Gran Cañón, que Less visitó en una ocasión durante un fortuito viaje al suroeste, cuando tenía cuarenta y pocos años. Llegó antes del amanecer e hizo una ruta a pie hasta un promontorio —en la más completa soledad— para contemplar una de las grandes maravillas de Estados Unidos. El cañón comenzó a iluminarse capa a capa, como pintado por un virtuoso de los mandalas, y muy pronto el paisaje se saturó de tonos sepia, ocre, beis y broncíneos. Todo el paisaje se le antojó extrañamente plano. Sintió como si estuviera contemplando un mural pintado en el salón de actos de un instituto. Dio un trago a su cantimplora y comenzó a descender por la pared del cañón. Recién despiertos, los pájaros empezaban a cantar, la neblina se retiraba en una especie de estriptis geológico y él disfrutaba en total soledad del fresco aroma de la naturaleza, cuando, de repente, tras

media hora caminando, se topó con una agente forestal que parecía esperar a la sombra de un pino. «¡Hola! —saludó, agitando la mano—. ¿Cómo le va?» Era joven y alegre, llevaba un hiyab por debajo del sombrero de ala ancha y vestía un pulcro uniforme con la raya perfectamente planchada. Estaba comiéndose una barrita de cereales. Less contestó que estaba bien, gracias. «¿Lleva agua suficiente?», preguntó la agente, a lo que él respondió mostrándole la cantimplora, sonriendo y haciendo ademán de seguir camino. «¿Sabe? —continuó ella, saliendo de la sombra para cortarle el paso—. La siguiente hora de ruta es una lata y la vista es exactamente la misma. ¡Puede disfrutarla desde aquí y volver!». Esbozó una sonrisa luminosa pero desalentadora. Less se preguntó si su trabajo era obligar a darse la vuelta a todos los escritores gais de mediana edad que intentaban hacer rutas por el Gran Cañón con zapatos de diseño. Y, tras preguntárselo a sí mismo, se lo preguntó a la chica. Ella contestó que, básicamente, sí. Creyó oír a una ardilla hacer un ruidito desde su madriguera en la roca. Y, seguidamente, se dio la vuelta y se dispuso a deshacer el camino. Juró no volver nunca al Gran Cañón.

Y no lo hará, al menos no en este viaje. La otra carretera que discurre rumbo al norte desde Flagstaff lleva a otro lugar distinto al Gran Cañón y los turistas no la toman nunca. Cómo no, esa fue la carretera que enfilaron nuestros dos novelistas.

Acceden a la Nación Navajo y serpentean por el cañón del río Colorado Chiquito, el humilde primo hermano del Gran Cañón, cuya estrecha garganta deja intuir, a esa hora y desde ese ángulo, que entre sus paredes alberga lóbregos pero maravillosos paisajes (como el manuscrito de cualquier Novelista Americano Menor: ojo, Arthur Less). Baja desde un cielo mudo y gris una nieve como azúcar glas que permite, en su caída, discernir, recortada contra el horizonte, la ciclópea meseta de Kaibab: torres de roca glaseadas se ciernen sobre un abismo insondable. La nevada consiste primeramente en unos cuantos puñados de harina lanzados por unos dioses juguetones en su cocina celestial, pero se intensifica hasta que el juego deviene una batalla campal de tartazos de nata. Es, básicamente, uno de esos nevazos habituales en las

altiplanicies del desierto. La garganta desaparece de la vista y las torres de piedra también; Rosina se zambulle en un mundo ahogado de una blancura que ciega y se vuelve peligrosa. Less (quizá aún bajo el efecto de los arándanos) se muestra encantado por todo aquello, y el cañón le parece la entrada a algún ignoto reino mágico. Mandern, tomando el papel de sabio hechicero, aconseja parar.

Esperan a que pase lo más duro de la tormenta de nieve en una tienda de recuerdos regentada por una anciana navajo, a orillas del río Colorado Chiquito. Less observa la corriente durante la hora larga de su parada: las partes más profundas son de color añil y en la superficie se forman crestas como coronadas de crema batida o helado de nata. A Less le parece mágico, mucho más que el gigantesco y musculoso primo mayor que abre la tierra en dos al oeste de donde ellos se encuentran. Cuando Less dice a la propietaria que nació en Delaware, ella le cuenta que una vez visitó a una hermana suya que vivía allí. «¡Fue como un milagro! —dice, extendiendo completamente los brazos—. ¡El agua sale de las rocas!» A Less no le entra en la cabeza que Delaware pueda parecerle milagroso a nadie.

Más tarde, mientras Mandern examina una recreación en cerámica de las viviendas típicas de la región, Less se vuelve hacia él y le pregunta:

—¿Qué significa H. H. H., por cierto?

Mandern carraspea con fuerza.

—No sea usted tan previsible. Mire qué ponchos tan magníficos. Voy a comprarle uno…

—No lo sacaré en el reportaje —asegura Less—. Solo quiero saberlo.

Mandern se vuelve hacia él sosteniendo un poncho en su percha.

—Pues verás, Arthur Less, resulta que me lo inventé.

—¿De verdad?

—Y Mandern también. Quería algo que sonara… agresivo. Eran los tiempos de los grandes escritores viriles, ¿recuerda? —Sonríe lóbregamente mientras observa el poncho de lana—.

¿Quién iba a leer nada de un tipo llamado Parley Cant?

—¿Parley Cant?

—Es un nombre mormón —explica Mandern, dejando la prenda en el mostrador—. Dejé atrás esa fe y, con ella, el nombre. ¿Y de dónde viene Less?

Nuestro protagonista relata la historia de Prudent Deless, el gran valón.

Para sorpresa de Less, el viejo parece intrigado.

—Qué curioso, yo tengo una historia similar. No por la parte de los valones, sería absurdo. Pero me dijeron que Alistair Cant fue expulsado de Nueva Suecia por granuja. En 1654. ¿Cómo se queda?

—Sí que es una coincidencia curiosa.

—Quizá a los dos nos contaron la misma patraña, Prudent Deless.

—Podría ser, Parley.

Poco después, en el único rincón de la esquina con cobertura, empieza a dar timbrazos el teléfono de Less:

—Hola-por-favor-desea-comunicarse-con-usted-Peter-Hunt-no-cuelgue.

De fondo, una versión cantada por Céline Dion de *Children of the Grave,* de Black Sabbath. Silencio. Y, a continuación, una voz:

—Arthur, déjame que vaya al grano…

—¡Peter!

—¿Cómo está yendo el reportaje?

Arthur mira alrededor, Mandern está curioseando de nuevo entre los atrapasueños.

—No como esperaba…

—¡Tengo una buena noticia! Hay un grupo teatral del sur que va a hacer un montaje de tu relato…

Le parece que esa noticia se la hubieran dado hace muchos años.

—*La obra sobre la nutrición*. Me acuerdo.

—Vas a ir para allá.

—¿Qué?

—Están locos por contactar contigo —explica Peter—. Pero

sé que tienes mucho lío con el reportaje, así que he mediado. Tienes que estar en Breaux Bridge, Luisiana, el próximo martes.

—Pero ¡yo no he dicho que sí! —alega Less, presa del pánico—. Tengo que escribir este…

—Has dicho que necesitabas el dinero, Arthur. Un donante anónimo se ha puesto en contacto con el grupo de teatro…

—Deberías hacerlo, Less.

—Freddy, es un viaje larguísimo.

Me río.

—Tampoco es que tengas una casa a la que volver.

—Podría ir a Maine —me dice.

—¿Quieres que nos mudemos a Maine? Podría enseñar la poesía de Longfellow y los cuentos de Hawthorne en una escuelita de troncos en el bosque.

—La verdad es que con lo de la obra de teatro tendríamos la mitad de la vida resuelta.

—Vas a hacer lo que prometiste —insisto—. Vas a arreglar las cosas. Gracias.

—Te echo de menos.

—Creo que lo que quieres decir es que lo sientes. Yo también te echo de menos.

Solo cuando la ventisca empieza a amainar y Mandern ha comprado atrapasueños más allá de lo prudente y escuchado todas las historias de la anciana, Less se fija en que el sobrino nieto de la dueña se ha sentado a una máquina de coser que hay en otro de los rincones de la tienda. El joven, de unos veinte años, corpulento pero de ademán delicado, lleva el largo pelo negro echado sobre un hombro como un chal de satén y trabaja, al parecer, en un vestido rojo de lentejuelas. ¿Cómo no se dio cuenta antes? Es la única luz de la habitación y ahora parece que refulgiera desde el techo.

—¿Para quién es eso? —pregunta Less, y el joven lo mira.

—Tengo clientes en Flagstaff —dice en voz baja. Tiene en la parte izquierda del labio un lunar que sube y baja cuando

habla. Hay una pausa y la nieve sigue corriendo y acumulándose, formando crestas en el exterior: un desierto blanco. Entonces, el joven sonríe, como convencido de ir a decir algo—. Son *drag queens* —aclara, riendo por lo bajo—. Todas me llaman a mí —Less, asombrado, le pide detalles—. Hago vestidos, pero mi especialidad son los zapatos. Trabajo mucho con abalorios. Lo aprendí de mi abuela. Hago todos los zapatos de Flagstaff. Esto es para Rachel N. Justice. Puedes ver su espectáculo este sábado —Less le pregunta si él también actúa. El joven mira de reojo hacia la caja, a su tía—. Cuando ella me deja —susurra, y se enfrasca de nuevo en su labor. La ventisca disminuye y, como las candilejas de un escenario que se encendieran tras un ingenioso cambio de decorado, el sol aparece y brilla sobre ese nuevo paisaje como lunar. Y nuestros escritores siguen adelante.

De muchos equinos se dice que «tienen su propia personalidad», pero no es el caso de la burra que Less monta en este momento. La mente del animal está diligentemente sintonizada con la de nuestro héroe y se mueve exactamente como Less no desea que lo haga. Y, sin embargo, él y Motitas (que así se llama) serpentean como un solo ser por la larga pendiente que une el borde del cañón y el cauce del río, a unos pocos pasos tras Mandern (que monta una vieja yegua de bamboleante lomo; Dolly se ha quedado en la furgoneta) y Delbert, su guía, originario de la tribu local, que cabalga un orgulloso corcel de resplandeciente pelaje. El cañón de Chelly («detrás de la roca», en navajo) forma parte de la Nación Navajo y solo es accesible para los residentes, que a veces hacen de guía para turistas como nuestros escritores (quienes evidentemente no son navajos). Delbert viste un sombrero y una chaqueta de camuflaje verde y usa gafas rectangulares de montura metálica. No establece contacto visual directo con sus clientes; solo mira su caballo y las paredes del cañón, color rosa damasco, que se ciernen sobre el grupo. No es precisamente una fuente de datos e información; cuando Less pregunta si la cosecha de melocotones ha sido buena este año, Delbert responde «no». Al preguntarle si los navajos

construyeron las estructuras de adobe en ruinas que asoman por encima del alto muro natural de arenisca, Delbert responde «no». Lo mismo con los dibujos que aparecen en las paredes, del color del humo. Es como si desconociera la palabra *sí*.

El descenso desde el desierto yermo y alfombrado de nieve al valle que lo hiende podría compararse, en una imagen referida al cine en celuloide tan amado por Less, con el paso del blanco y negro al color o, acudiendo a la sinestesia, con el paso del cine mudo al sonoro: es la sensación de dejar atrás la sordera invernal para regresar gradualmente a la percepción, al murmullo de los sauces y a los rasguños provocados por las ramas de los melocotoneros que se inclinan sobre el veloz curso del río. De entre todos los lugares a los que Less no quiere ir, Motitas, cómo no, escoge el río y se las apaña para embarrarle el traje gris de cintura para abajo. A continuación, Delbert señala hacia un barracón prefabricado situado junto a una casa de piedra hexagonal. La comitiva se aproxima: los dos caballos al paso, y Motitas chapoteando sin ton ni son por la orilla del río. De la casa de piedra emerge una mujer. Viste falda vaquera y lleva el plateado pelo trenzado y enrollado en un moño. Mandern desmonta y la señora lo mira muy seria.

—Parley Cant.

Mandern sonríe nervioso.

—Hola, Lacey. Qué guapa estás.

—Balú me avisó de que vendrías.

Los dos se escrutan por un instante y, a continuación, Mandern se gira hacia Arthur y dice:

—Lacey bajó una vez veintidós pisos de un edificio en La Habana, durante un apagón. Era un caos total y no se veía nada. Cuando llegó abajo, la estaba esperando el ejército. El capitán se le plantó delante y le dijo: «Señora, es usted una heroína de nuestra revolución».

La mujer sonríe, atenta.

—Esa fue madre.

—Tú también estabas.

—Tenía cinco años.

Lacey se gira hacia Less por fin y lo contempla de pies a cabeza. Nuestro protagonista está a la mitad cubierto de barro,

como si lo hubieran mojado en un chocolate a la taza. A continuación, Mandern se vuelve hacia el guía.

—Hola, Delbert. ¿Has terminado de levantar tu valla?

—No.

—Este es Arthur Less, por cierto —presenta Mandern, dirigiéndose seguidamente a este—. Me gustaría hablar a solas con mi hija. Vuelvo en un momento.

—Señor Mandern, Santa Fe…

—Delbert te hará compañía.

—No me deje… —empieza a decir Less.

Pero padre e hija desaparecen en la casa prefabricada. Less y Delbert se quedan con los caballos, que ya rascan el suelo con las pezuñas, y el burro. La nieve cae en nubecillas desde lo alto de las paredes del cañón con un rumor sibilante. El río baja rumoroso. En algún lugar, río arriba, desde lo alto de su esbelto pilar de piedra caliza, la Abuela Araña debe de estar riendo entre dientes.

Less se vuelve hacia Delbert.

—¿Es Lacey pariente suya?

—No.

¡Lo que daría por retratar ese momento! Enmarcarlo para siempre en el recuerdo para poder sacarlo y encontrar en él alivio cuando los fantasmas de siempre acometan en la noche: Arthur Less, como un turista recién bajado de un avión, mitad barro, mitad traje de seda gris confeccionado en Italia, rematado por un poncho de lana, a lomos de un jumento, mientras su guía, Delbert, quizá para intentar borrar esa estampa de la retina, se quita las gafas y las limpia con una gamuza. No se sabe cómo, un pavo ha entrado en plano, como una señora mayor que se cuela sin querer en un prostíbulo. En torno, tan indiferentes ante esa comedia como lo han sido también siempre a nuestras tragedias vitales, las paredes del cañón —que comenzaron siendo dunas de arena y, removidas, compactadas y cocinadas a fuego lento durante milenios, se convirtieron en dura roca para luego ser horadadas por un río hasta asemejar una tarta cortada con un cuchillo poco afilado— se elevan infinitamente hasta un cielo azul decorado por

nubecillas y la silueta de una rapaz. Una polvareda de nieve cae sobre los melocotoneros, que, milagrosamente, han florecido. Visto desde aquí, todo parece ir bien en América.

Del barracón no sale un ruido. Arthur Less decide tratar de entablar conversación.

—Delbert, ¿qué son esos parches que llevas en la chaqueta?

—De rodeo.

—¿Estás en el rodeo? —pregunta Less.

Less no se expresa como habría querido; aquello le ha sonado a «¿estás en el circo?», y Less se queda esperando otro «no», pero algo ha cambiado en la actitud del tipo, pues asiente con la cabeza.

—Pagaban bien. Una vez me clasifiqué para ir a Albuquerque. Llevé a mi hijo.

—¿Tienes un hijo?

Otro gesto afirmativo. Quedan en silencio y Delbert mira a Less a los ojos.

—Tengo dos familias. Mi clan, aquí en el cañón, y mi familia del rodeo. Son buena gente. Con ellos, siempre tengo un lugar en el que vivir.

—Pensaba que vivías aquí.

—A veces. Mi tía tenía una parcela de tierra calma. Le pedí permiso para trabajarla. En verano duermo bajo un gran olmo. Ya has oído que no he terminado aún la valla. No me queda mucho tiempo libre.

—¿Tienes mucho trabajo como guía? ¿Durante todo el año?

—Depende. En realidad, trabajamos mucho en búsquedas y rescates. La gente no quiere contratar guías o no quieren contratar a un navajo, mejor dicho, así que aparcan arriba y bajan caminando. Es más difícil de lo que la gente cree. La bajada es muy abrupta. Les llevamos comida y agua, o mantas, hasta que la gente del parque los saca. El año pasado sacamos a un chico gay. Iba con unos zapatos como de diseño.

Un largo silencio sigue a esta observación. Lo único que se mueve es el pavo, aparentemente asombrado con la extensión del corral, en el que sin duda ha vivido toda su vida. Llega desde la casa prefabricada una explosión de risas. En ese momento, Arthur Less recibe un mensaje al móvil. (¿Cómo

puede ser, en este remoto cañón? ¿Es Abuela Araña una especie de rúter divino?) Da por hecho que tendrá que ver con el jurado del premio. A fin de cuentas, se las ha arreglado para perderse otra reunión más. Pero no, no lo es; Less escudriña la pantalla, tratando de descifrar lo que para cualquier otra persona estaría muy claro.

—¿Cómo dice? —pregunta Delbert. Al parecer, Less ha emitido un ruido.

—Nada. Me ha llegado un mensaje.

—¿Malas noticias?

—Es posible.

Delbert hace por fin la pregunta que quizá lleva rondándole la cabeza un rato.

—¿Qué viene buscando el padre de Lacey?

Less alza la mirada. El sol sale de detrás de una nube y lanza una cinta de luz dorada que impacta sobre el suelo justamente frente al pavo, que gluglutea asustado y corre a esconderse tras el barracón.

—Viene buscando perdón —contesta Less.

Delbert hace un último gesto de aquiescencia: él lo sabe todo sobre búsquedas y rescates. Levanta los ojos hacia un afloramiento rocoso cercano, ennegrecido por el humo, y saca de su mochila un trozo de espejo. Lo mantiene en alto para proyectar sobre la roca un reflejo de luz de forma rectangular. Less entrevé, trazado en el hollín, el viejo dibujo de un hombre que monta un caballo. Delbert vuelve a guardar el espejo sin dar ninguna explicación. Yo espero que Arthur Less se dé cuenta de que no sabe nada de nada sobre las personas que habitaron antaño ese lugar y tampoco sobre las que lo habitan hoy. Less siente un escalofrío bajo el poncho. Supongo que ya tengo el retrato que buscaba.

Un mensaje en la pantalla de un móvil en el suroeste de país:

Archie, te veré en el sur. Me ilusiona poder apoyarte en tus empeños literarios por fin. Wir sehen uns im Süden.

Liebe, *papá*

Pánico. ¿Qué querrá decir aquello? ¿Que su padre, Lawrence Less, planea emboscarlo en algún rincón del sur del país? ¿Y eso de los «empeños literarios»? Quizá el lector se pregunte también a qué viene el alemán. Para contestar estas preguntas y llegar a la raíz de la cuestión, hemos de viajar atrás en el tiempo. Imaginemos una estancia como un santuario, listada por la luz que filtran los postigos e iluminada tenuemente por varias lamparitas con forma de polluelos de ganso, cuya luz ilumina el rostro familiar de un hombre que parece estar reparando un pequeño artilugio. Es el padre de Arthur, Lawrence Less: «Niños, ¿en qué andáis?», pregunta. El pequeño Archie Less se asoma a la puerta del taller junto con Jeff Cooper, ambos tienen siete años y van en pijama. En realidad el padre no pregunta eso, sino *Was habt ihr Jungs vor?* «Es alemán —explica Less a su amigo—. Un idioma distinto.» Jeff Cooper hace un gesto con la cabeza, como en trance. A Lawrence Less se le ve iluminado como un personaje pintado por Caravaggio. Su alianza de boda refulge un instante y desaparece después de la vista.

En este tiempo, su padre —que ya es un tipo tocado de una aureola mágica, gracias a su pipa, sus artilugios, sus promesas y sus fantasías— hace gala de una personalidad cambiante. Al pequeño Archie le parece que una persona puede tener dos yoes y que puede existir igualmente en dos mundos, multiplicando así por dos su existencia. Archie es como el aprendiz de brujo que no puede apartar la mirada del libro de conjuros. ¿Por qué su padre nunca le contó que las cosas eran así de sencillas?

—*Gute Nacht, Jungs* —los despide su padre, cerrando la puerta mágica.

Hoy día, nuestro Less, de pie y a la sombra de la Abuela Araña, recuerda como si fuera ayer al joven Archie en la biblioteca del barrio, llevándole a la bibliotecaria una torre de cintas de casete para sacar en préstamo. Las recuerda perfectamente, en sus cajitas de plástico transparente. ¿Título? *Lecciones de alemán lento*.

Less cierra con la mente aquella puerta mágica en el mismo momento en que Mandern sale del barracón. Trae un aire

taciturno y le dice a Delbert que se prepare para salir de vuelta. El resto es otra lección de equitación en burro (lento).

Less trata de retomar el cuestionario, pero Mandern, parapetado tras sus gafas de sol, guarda un pertinaz silencio durante el atropellado viaje hasta Santa Fe, que dura casi cinco horas. Otra tormenta de nieve los obliga a parar en un restaurante de carretera famoso por un postre al que llaman «batido de tartaletas»: una señora mayor hace tartaletas de manzana, cereza o melocotón y se las pasa a su marido, que con gesto adusto las destruye en una licuadora junto con un par de bolas de helado. Y los clientes pagan por lo que sale de la licuadora. Así es el amor. Cuando Mandern y Less se echen de nuevo a la carretera, el ocaso habrá convertido la nieve que aún cae en una bruma color lavanda. Mandern parece dormir tras las lentes oscuras; Dolly ronca (es ella, sin duda). La llegada a Santa Fe se ve ralentizada únicamente por una silenciosa manifestación que corta la carretera: una procesión de mujeres vestidas de violeta se dirige hacia la oscuridad que desciende sobre el mundo. Less intenta leer las pancartas para averiguar contra qué protestan.

Al final, su pasajero se pronuncia:

—Entonces, ¿vas a ir a ver a tu padre al sur?

Less se vuelve para mirar a su compañero, pero, debido a las gafas de sol, es imposible dilucidar hasta qué punto duerme o está despierto. Los atrapasueños se balancean a un lado y a otro a través del espejo retrovisor.

—Sí, creo que sí.

—Después de todos estos años… —repone el hombre en voz baja. Less no está seguro de qué ha ocurrido en el cañón de Chelly, si el escritor se ha reconciliado con su hija. Imagina que no.

—Ya estamos casi en el lugar donde vamos a hacer la entrevista.

—¿Merece la pena, Arthur?

—¿El qué?

—Es la última pregunta. ¿Merece la pena ser escritor?

Less se queda sin palabras, como aturdido. A él le resulta

imposible responder porque ser escritor es lo único que sabe ser. Es como preguntar a un escarabajo pelotero si merece la pena ser escarabajo pelotero. Por supuesto, hay cosas mejores que ser y hay vidas más fáciles, como las del leopardo o la del cocodrilo. Al escarabajo pelotero solo se le da bien una cosa.

—Sí, merece la pena —responde Arthur Less.

—Bien.

—Me toca, señor Mandern.

—Cómo no.

—¿A usted le merece la pena?

De entre la bruma lavanda aparece una edificación con un viejo escaparate, al parecer es una tienda de novias, con un cartel que dice: ¿PLANES DE BODA? Tanto el cartel como la tienda llevan tiempo abandonados, vencidos por los elementos, como tantas viejas ambiciones. Mandern está inmóvil, salvo por la mano, que se mueve de un lado a otro para acariciar a su perra:

—¿Sabes? Seguimos viviendo en la Edad de Hierro —Less no tiene ni idea de a qué viene eso, pero Mandern ya se ha embarcado en la perorata—. Hesíodo decía que las edades del hombre eran cinco. Ovidio habla solo de cuatro, como los textos védicos. Pero unos y otros coinciden en una cosa: estamos en la más mezquina de todas.

Al otro lado de la ventanilla corre un paisaje que va sumiéndose en la oscuridad: hay coches abandonados a un lado de la carretera, y arbustos de artemisa, y cae un relámpago a lo lejos.

—¡La Edad de Hierro —repite Mandern, riendo por lo bajo—, en la que el hombre ha olvidado a los dioses! ¡Sobrevive apenas un poco de la vieja magia y los impostores campan a sus anchas! —El anciano dirige la mirada al exterior, la lluvia cae a chorros por las ventanillas. La sonrisa se desvanece—. Pero, Arthur, hay esperanza: nosotros somos ese poco de la vieja magia que queda —concluye el gran autor en voz baja.

Reconozco esa expresión en el rostro del escritor y Less también la habría reconocido, de no tener la vista fijada en los tráileres que pasan uno tras otro en sentido contrario, pura ostentación de luces y cláxones. El rostro de Mandern trasluce

vanidad, éxtasis y un profundo dolor: génesis, gozo y destrucción. Conozco esa actitud, la conozco muy bien: hablan con la gente pero no escuchan nada de lo que la gente quiere decir, prestando atención solo a cómo el interlocutor se toquetea una cicatriz en la sien mientras hablan o en el acento de Michigan que trata de esconder. Lloriquean hasta el temblor en la cama por la mañana, pero, sonrientes, se sirven una copa de vino en la cena. Roban: exprimen a los amigos para extraer de ellos anécdotas; de los amantes, sentimiento; de las historias, estructura; de las familias, secretos; de las charlas insustanciales, rencor; del rencor, comedia; de la comedia, oro. Y de ahí al triunfo. Un fruncimiento del labio expresa satisfacción, no por el trabajo hecho y bien hecho, sino por lograr algo que nadie ha logrado antes. Una sonrisa, un suspiro, una carcajada, un jadeo. El Arte es una diosa de muchas caras.

Yo conozco esa expresión, aunque a mí nunca me preguntaron: «Freddy, ¿merece la pena?».

El centro de convenciones de Santa Fe es en sí mismo una especie de atrapasueños; sueños de la antigua pero todavía vibrante cultura de los pueblos, del letal régimen impuesto por la España imperial y de la bohemia vivida en las colonias artísticas de la pintora Georgia O'Keeffe y el fotógrafo Alfred Stieglitz. Todos los rasgos arquitectónicos (la torre de tierra cocida por el sol, las vigas de madera, el fuego que ruge y la abstracción enmarcada) han sido rescatados del pasado y puestos al servicio de este sueño moderno: la asamblea corporativa de inspiración capitalista y, también, de un peculiar evento literario. Una pancarta colocada bien a la vista de todo el mundo reza: ¡UNA VELADA CON H. H. H. MANDERN! (No se menciona a ningún otro literato.) Nuestro protagonista, en cualquier caso, accede al vestíbulo principal con su poncho manchado de barro y se acerca a la recepción.

—Hola, soy Arthur Less. Presento esta noche una entrevista con el señor Mandern.

—¿Quién? —responde la recepcionista.

—H. H. H. Mandern, el escritor.

Ella sonríe como si el tipo hubiera contado un chiste.

—No, me refiero a quién es usted.

Él repite su nombre y añade:

—¿Ofrecen por casualidad servicio de cuidado de mascotas?

—He decidido ir —me dice Less, durante una llamada hecha desde el camerino del centro de convenciones de Santa Fe.

—¿A Maine?

—No, al sur —puntualiza—. Para este asunto del teatro. Solo nos quedan tres semanas para pagar lo que debemos de la casa y solo tengo la mitad. Y tengo una ocurrencia loca acerca de mi padre…

—Sí, yo también creo que deberías ir.

—Creo que es él quien ha donado el dinero a la compañía de teatro. Y creo que quiere volver a verme.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Un mensaje que me ha enviado. Ahora dirige una fundación dedicada a las artes. Rebecca cree que está enfermo. Tengo que ir.

—Mi única preocupación es Alabama. He oído que allí a los gais nos matan.

—Freddy, Freddy. Estaré perfectamente a salvo.

—Ser blanco no basta, al parecer.

—Lo siento, hay poca cobertura. Ojalá estuvieras aquí, Freddy. Inundé una comuna y dormí en un tipi y monté a caballo por un… —la conexión se corta brevemente para volver al momento— no hay invierno.

—Me alegro de que estés viviendo tantas aventuras.

—Lo siento, tengo que irme, he dejado a Mandern solo en el camerino…

—No pasa nada.

—Freddy, ¿estás bien? ¿Quieres que…?

La llamada se corta.

Permítanme presentar un contrapunto al consejo que me dio mi tía abuela. Durante su quincuagésimo aniversario de boda, en Florida, celebración a la que también asistió Arthur Less,

me dijo que lo mío con él no iba a durar. Lo trataron con mimo y adoración, y mi tío abuelo Enrico, tras haberse bebido toda la *grappa* que había a su alcance, se llevó a Less a un aparte. Más tarde, mi tío abuelo me diría a mí exactamente lo mismo que le había dicho a Arthur, así que puedo repetir su consejo palabra por palabra.

[Lo siguiente está traducido del italiano.]

—Me gustaría charlar contigo, Arthur. Entiendes bien italiano, ¿verdad?

—Pequeño.

—Bueno. Quiero hablar contigo sobre Federico y sobre ti. Quiero hablar sobre el amor. Yo llevo mucho tiempo con mi esposa, la tía abuela de Federico. Quiero que sepas que el amor no es algo que se celebra cada diez años ni cada cinco. Es algo diario. ¿Me comprendes? Yo creo en un Ser Superior. No sé quién es Dios, no tengo ni idea, pero sé que María está aquí ahora por su causa. El problema del mundo es que no nos tratamos bien unos a otros. Y eso es lo único que tenemos: los unos a los otros. Y nada más. Hay que celebrar que nos tenemos. Recuérdalo. Me da igual a quién ames, pero, si lo amas… Si amas a alguien, hay que demostrarlo cada día. Tienes que elegir a esa persona cada día.

Mi tío abuelo lo tomó de la mano; por su rostro corrían las lágrimas. Un momento después, encontré a Less en mitad del pasillo, con aspecto levemente aturdido.

—¿Qué te ha dicho mi tío? —pregunté.

Quizá porque le duraba la resaca, quizá por la confusión lingüística, respondió de la manera más lessiana posible:

—Freddy, no tengo ni idea.

Así que ahí quedan los consejos de nuestros mayores.

Aquí, en Santa Fe, Arthur Less da cabezadas en otro camerino más, sentado junto a otra bandeja de fruta. Agotado, se pregunta si los días pasados en el desierto fueron reales o si sus aventuras no han sido sino el sueño de un hombre que da cabezadas en un camerino. Comienza, en cualquier caso, a armar en su mente la entrevista y el reportaje: el acto de destilar las toxinas del caos y el desorden para extraer un

revigorizante tónico que cuente una historia divertida.

El hombre que tiene a su lado emite un gruñido gutural. Less pregunta:

—¿Se siente bien, señor Mandern?

El gran escritor está sentado en una silla plegable con Dolly en el regazo, la pipa colgando entre los labios y las gafas de sol aún puestas. El hombre habla:

—¿Cómo vas a viajar al sur?

Less comparte con Mandern su plan de coger un avión destino a Nueva Orleans.

—No te eches tan pronto en brazos de lo prosaico —recomienda el gran literato—. Llévate a Rosina. Para tus futuros viajes. No creo que la vuelva a necesitar nunca más. Después de esto me iré a casa, a Palm Springs, y acabaré con todo.

—¿Con el libro, se refiere?

—Con eso también. —Mandern lo contempla una vez más con sus ojos de pulpo—. A cambio, te pido un favor. Llévate a Dolly. No quiero que se quede al cuidado de un moribundo.

—¿Llevarme a Dolly? No sé si…

—Necesita aventuras.

—Pero no sé si soy la persona indicada para eso.

—Quizá no lo sepas, Arthur Less, pero tú rebosas aventura. Eres un temerario.

¿Ha hablado alguien así a Arthur Less alguna vez? ¿Alguien se ha equivocado más al juzgarlo? ¿O somos los demás quienes estamos equivocados? ¿Hemos pasado por alto el resto de las señales y los augurios que permitían ver en ese ridículo, titubeante y bufonesco hombre *queer* a un temerario, capaz de cualquier cosa? Lo cierto es que, a su modo, Arthur Less es temerario como un animal acorralado en un rincón…, y para Arthur Less el mundo son todo rincones. Como un *lavvu*.

Lo único que puedo decir es que nuestro protagonista se va a perder también su siguiente reunión del jurado. Estará ocupado escribiendo el reportaje sobre Mandern, aparcado a las afueras de Muleshoe, Texas. Lo revisará en un párking de Waxahachie y lo enviará por correo electrónico desde Nacogdoches, tras lo cual llamará por teléfono a «Hola-por-

favor-desea-comunicarse-con-usted-Peter-Hunt-no-cuelgue» para que le hagan la transferencia. Estará entonces a medio camino de salvar su casa.

¿El título de la pieza? «Visto desde aquí, todo parece ir bien en América.»

De repente, un fantasmal susurro en el oído:

—Arthur.

H. H. H. Mandern está profundamente dormido, con la mandíbula colgando y las manos aferradas a los brazos de la silla. Dolly ronca en su regazo, pero el fedora y las gafas de sol han caído al suelo. El tinte solo le colorea la parte del pelo que el sombrero deja ver; por encima de esa línea es blanco como una nube. Visto así recuerda a un huevo de pascua o a un derviche.

Less entra en pánico y se arrodilla ante él:

—¿Está usted bien?

—¿Ya hemos terminado? —musita el anciano, tal y como hizo tantos años antes en Nueva York. El fulgor de sus ojos ha desaparecido, amortizado ya por fin. Less piensa en un padre con cáncer, en un poeta que bebe de una fuente de aguas contaminadas. «No me dejes aún.»

—Voy a llamar a alguien. ¿¡Hola!? —grita Less en dirección al pasillo, buscando a alguien que lleve carpetita. Se levanta y se asoma a la puerta—. ¿¡Hola!?

—No puedo seguir con esto —oye decir al escritor con voz desvalida.

—¡Hola! —grita Less. Deja a Mandern solo y echa a correr por el pasillo—. ¡Necesito un médico! —Less es capaz de ver los titulares: «El Dickens estadounidense muere a manos de un novelista completamente desconocido». Resuelve, no obstante, que esta novela no termine así. «El asesino había destruido anteriormente un tesoro arquitectónico del suroeste americano.» Faltan apenas unos instantes para el inicio del evento y, aunque el patio de butacas está atestado de admiradores, el pasillo está desierto de personas con carpeta, algo que a Less se le antoja un error rayano en el delito. «En la sangre del asesino se encontraron trazas de arándano.» Tras los bastidores se extiende un laberinto de pasillos y almacenes,

pero sus habitantes parecen haber sido raptados por algún tipo de minotauro municipal. «Un *pug* tendría la clave del suceso.» Less, bañado ya en sudor, regresa al camerino. Dolly levanta la cabeza y lo observa con desdén. Less es presa del pánico, pues descubre que en el camerino no hay ningún escritor famoso. ¿Se ha fundido Mandern con el resto de la materia universal? ¿Acaba Less de ser abandonado por otro señor mayor más?

Entonces, Less oye un estruendo, como una presa que reventara; mira hacia la salida al escenario, y allí, sacando pecho bajo los focos, como si no necesitara más que el rugido de la multitud para volver a la vida, ve al célebre novelista. Con una mano alzada en señal de saludo e iluminado por varios focos cegadores, H. H. H. Mandern parece una estatua de mármol de sí mismo. ¿Qué paloma se atrevería a posarse en ella? No hay rastro del Mandern derviche; parece haber olvidado que su hija no le perdona y que su novela sigue sin escribirse. Lo sostiene apenas su voluntad, o quizá tan solo la arrogancia. Qué fácil es sustituir a ese hombre por Robert Brownburn, cuando subía a los estrados —el guapo, de mediana edad, el famoso Robert Brownburn, el hombre que Less conoció en la playa, que lo invitó a City Lights, que compartiría su vida con él quince años—. Ese Robert Brownburn ordenaba sus notas, como hacen los poetas, y luego miraba a la multitud para dirigirse a ella, y entonces lo único que existía era Arthur Less y Robert Brownburn y el poema.

Nuestro protagonista mira estupefacto cómo Mandern hace bullir al público. Quizás esto mismo es lo que el futuro depare a Less. Llegado a esa edad, alcanzada esa estatura escénica, embelesará al público simplemente narrando. Será capaz, gracias a su talento, de engañar al amor y quizá aun a la muerte.

Pues, en efecto, ¿no somos ese poco de la vieja magia que queda?

Sureste

Arthur Less ha dejado atrás media América y está también a medio camino (o eso imagina) de dejar atrás todas sus cuitas.

Cargado con un carlino y un poncho, traquetea montaña abajo al volante de Rosina. No volverá a ver la nieve en ese viaje. ¿Qué es lo que siente en esa nueva etapa, sin un Freddy al lado que lo apoye y sin un novelista famoso que lo oriente? Por extraño que parezca, se siente libre. Solo y libre y, solo un poquito, siente aquello que dijo el anciano, aunque Less no estaba seguro de haberlo entendido del todo. Ningún fantasma podía seguirle el ritmo a una furgoneta camperizada en esas serpenteantes carreteras y no había incertidumbre que lo inquietase mientras tuviera problemas más inmediatos y graves: Arthur Less podía perecer en las fauces de un coyote, o de sed, o por la mera exposición a los elementos; podía darse de morros con el severo cañón de un fusil empuñado por alguien y escapar con la alegría de saber que ha arrebatado otro día a la Muerte. ¡Qué bien dormiría esa noche! Podría decirse que lo está pasando como nunca en su vida. Podría decirse que, por fin, Less está perdido.

Estimado señor Less:

¡Estamos encantados de que se una a la troupe *teatral Última Palabra para acompañarnos en esta pequeña gira por el sur del país! Como ya sabrá, presentamos obras literarias (el texto completo) a través de diálogos, baile y canciones (nuestra compañera Marjorie tiene una voz fenomenal). Estoy segura de que conoció nuestra representación de* Al faro*, que dura seis horas (yo hacía de faro) y también nuestra adaptación de* El arcoíris de gravedad*, de ocho (yo hacía de arcoíris), que tuvo el honor de ser cancelada por las autoridades sanitarias. ¡Espero que disfrute la*

puesta en escena de su relato!

Como sabe, lo representaremos primeramente en Natchez (Misisipí), y más adelante en Muscle Shoals (Alabama) y en Augusta y Savannah (Georgia). Estamos deseando conocerlo y lo esperamos con los brazos abiertos en El Zarzalejo, nuestro hogar familiar, a las afueras de Breaux Bridge, en la hermosa Luisiana. No dude en llamar por teléfono si encuentra alguna dificultad para llegar. ¡Yo me comprometo a bordar el papel de anfitriona sureña!

Su entregada lectora,

Dorothy Howe-Gorbaty

Son cuatro días de viaje desde Nuevo México a Luisiana cruzando Texas: un largo y árido episodio del territorio estadounidense apto únicamente para viajeros acostumbrados a lo más agreste y equiparable al largo y árido episodio titulado «La blancura de la ballena», de *Moby Dick,* tedioso hasta volver loco a casi cualquier lector. Less y Dolly atraviesan Amarillo (¡hola, Reilly O'Shaunessy, y hola, amado dentista de Reilly!) y se internan en un erial de matorrales de savia y armadillos atropellados, más iglesias que tiendas de dónuts y más tiendas de dónuts que gasolineras. El resto es sol y tierra dura. Lo sé porque Less me llamaba a diario en un estado semicomatoso, mascullando cosas sobre autocaravanas.

En torno a la esfera de conocimientos de Arthur Less, pero externamente a ella, orbitan muchas cosas maravillosas: la física teórica, el desmontaje y limpieza de armas de fuego, el amor puro y limpio de una mujer. Sin embargo, con el paso de los días, Less ha tenido que formarse en un campo para el que, por sorprendente que parezca, no se siente en absoluto preparado: la acampada recreativa o, coloquialmente, cámping.

El primer obstáculo es el lugar de acampada. Less era apenas un niño cuando empezó a hacer cámping: como sabemos, a su padre (anémona pública número uno) le pareció que los campos de batalla de la guerra de Secesión eran un lugar apropiado para acampar y fortalecer el vínculo entre padre e hijo. Así pues, Less no tiene ni idea de dónde podría acampar un hombre de mediana edad que viaja en una

furgoneta camperizada con un carlino. Sus primeras exploraciones dieron en callejones sin salida: parques naturales donde solo permitían poner tiendas de campaña; parques en pueblos donde solo pueden entrar humanos; parques en el centro de ciudades donde para entrar hay que enseñar un cartón de vino. Hasta que, por fin, se da cuenta de que él pertenece a un raro grupo de población: el de la gente que viaja en autocaravana. Empieza entonces a percatarse de carteles aquí y allá (¡BIENVENIDOS, CARAVANEROS!) detrás de los cuales se halla casi siempre la solución a sus problemas. En los parques de autocaravanas privados se abre el umbral a mundos antes ignotos. El primero, situado al sur de Muleshoe, Texas, se muestra como el lugar perfecto para familiarizarse con esos mundos: básicamente, son unas decenas de plataformas de cemento (cada una de ellas con una especie de tipi, de cemento también) junto a un estanque, todas vacías, salvo dos, que ocupan sendos mastodónticos vehículos de recreo, cuyas decoraciones navideñas dan a entender el carácter semipermanente de esa vivienda. Arthur encuentra al «anfitrión» en una de ellas (un tipo que le recuerda a su tío Chuck, pero con corbata de bolo), firma un par de papeles y recibe un cono de plástico naranja, cuya utilidad no sabe explicar. Deja el cono en el interior del tipi de cemento y se siente satisfecho por la simetría de la vida. A continuación, se vuelca en la tarea de convertir Rosina en un alojamiento acogedor: despliega el techo y pliega la mesa, saca el sofá, hace la cama, corre las cortinas y, ya con escasa habilidad tras la larga jornada de viaje, encaja los correspondientes paneles opacos en cada una de las ventanillas. Dolly se acomoda: una media luna de pelo sobre lana color añil. En el fuelle de material plástico que se despliega al abrir el espacio superior hay una malla que deja pasar la brisa. A través de ella, Less puede distinguir, en el cielo negro, media luna de estrellas. Muy pronto, Less se deja llevar flotando por la corriente del sueño. La mañana siguiente le tiene reservada otra ingeniosa metáfora vital: la ducha funciona con fichas que hay que comprar y cada una ofrece apenas un minuto de agitación bajo el agua, corto tiempo durante el que dar rienda suelta al

anhelo que en ese momento embarga al corazón —el aseo personal—, antes de que la vida se escape entre los dedos. La muerte está en todos lados.

Así van las cosas durante esos cuatro días, con variaciones. Por ejemplo, muchas personas blancas —la mayoría le recuerdan a su tío Chuck— que le entregan formularios y lo saludan desde las ventanillas de sus autocaravanas (de marcas que a Less le suenan a grupos de rock de los ochenta: Airstream, Southwind, Bounder, Hurricane, Horizon, Phaeton, Zephyr). Eran denominador común a todos los parques de caravanas las plataformas de hormigón, las barbacoas —más robustas que una torre petrolífera—, las lavanderías y duchas que funcionan con fichas, etcétera. No cambia el acento de la gente y Less avanza en su viaje sin más dificultades. Hasta que cruza el límite con Luisiana.

—¡Hola! ¿Tiene una plaza para una furgoneta para esta noche?

—¡Claro que sí! —dice la sonriente anfitriona—. No eres de por aquí, ¿verdad, cielo?

—No. ¿Admiten perros?

—¡Desde luego, cariño! —Se trata de una anciana de plateado pelo rizado, gafas tintadas y una camiseta en la que pone: DE CAMPO Y ORGULLOSA (que también podría haber llevado su tío Chuck)—. ¡Cuidado con los caimanes! ¿Es usted holandés?

—No. No, soy de Delaware. ¿Caimanes?

—Ah, pues mire, pensé por su acento que era usted holandés.

Less sabe perfectamente a qué se refiere. Esa pregunta adquiere muchos formatos: «¿Es usted actor?» «Me recuerda usted a mi primo, ¿no lo conocerá, por casualidad?» «¿Nunca le han dicho que se parece a…?». Él jamás sabe cómo responder. Porque lo que ella está preguntando, sin darse cuenta siquiera, sin querer llamar la atención sobre nada más que el mero hecho de que detecta cierta manera de hablar, es: «¿Usted es homosexual?».

¡Desde luego, cariño!

Less aparca a Rosina sobre la parcela de hormigón (junto al

lago artificial del que supuestamente salen los caimanes) y vuelve a transformarla en habitación de hotel. A continuación, se dirige al baño y se mira en el espejo la barba que le ha crecido atravesando Texas. ¿Quién le había dicho que en el sur mataban a los gais? (Fui yo.) Se afeita todo, pero se deja un mostacho a lo Pancho Villa. Al día siguiente, para en una tienda del tamaño de un hangar de aviación y se compra una bandana roja, unas gafas de sol tipo Hulk Hogan, una camiseta que dice DE CAMPO Y ORGULLOSO, unas chanclas, una gorra de béisbol, un sombrero de vaquero, una corbata de bolo y seis banderitas estadounidenses. Más tarde, se quita el traje embarrado y el poncho y se pone algunas de sus compras. Guarda los atrapasueños, coloca una banderita en cada una de las esquinas de la furgoneta y pega otras dos en las ventanas traseras, por seguridad. Al dejar el parque de caravanas, despide con la mano al vigilante del aparcamiento. Arthur Less siente una auténtica oleada de alivio cuando, al volver a la carretera, acciona el limpiaparabrisas para limpiar la acumulación de insectos que el vigilante había llamado «bichitos del amor». Había sabido anticiparse al peligro: ahora (o al menos eso cree) nadie lo tomará por holandés.

¿Y qué es de Dolly? Less, sin Chicazo (la acogió un amigo), encuentra solaz en la perra. Se percata bien de que ella también ha tenido que separarse de su gran amor (como tantos otros seres), así que todas las noches le deja un hueco para que se acomode en la cama, imaginando lo mucho que debe sufrir. No obstante, déjenme contarles algo (y no se lo digan a nadie): la perra no sufre. No sufre en absoluto. Gruñe y resopla con altivas maneras, como antes de marchar Mandern. ¿Es Dolly un ave canora que deleita a quienquiera que la escuche, sin hacer distingos? ¿Acaso no tiene corazón? ¿O se asemejan sus pasiones a las de Less más de lo que este imagina?

Cada noche, tras desplegar el dormitorio, echadas las cortinas e iluminado el pequeño espacio por una solitaria luz de lectura, Dolly da comienzo a su espectáculo. Haciendo de su camita un escenario, agarrando con la boca y por una esquina una toalla de baño sucia que ella usa, Dolly ejecuta una danza

apache. Es fácil imaginar una partitura de Offenbach: el animal da a la toalla la figura de su amado para luego lanzarla al otro lado del escenario; luego, va en su busca y la atosiga otro poco, a ratos amorosamente, a ratos con violencia; hasta que, por fin, la toalla adopta la forma deseada y Dolly se acuesta, satisfecha, sobre su conquista amorosa. Less observa con interés la representación; se reconoce en ella. Esa lucha aparentemente sin sentido con lo inanimado, con gruñidos frustrados y gemidos amorosos… solo para crear algo que únicamente existe en la mente de la creadora. Esta contempla su creación con un suspiro, recreándose en ella, y se queda dormida en ese mundo en el que las cosas son tal y como ella las hace. Nuestro protagonista mira envidioso esa criatura que tanto se le parece en realidad, reconociendo en ella a una compañera artista (más exitosa que él, todo sea dicho, en su disciplina elegida).

Hablando de la disciplina artística del propio Less, no ha escrito nada últimamente. Es el año de barbecho posterior a la publicación de una novela. Es un año para leer y para votar por el ganador de un premio literario. Aun así, cada noche, cuando Dolly ejecuta su danza apache, antes de acomodarse de nuevo en su camita, Less coge un libro tras otro…, pero es incapaz de hacerse desaparecer a sí mismo entre las páginas. ¿Ha crecido Peter Pan y ya no puede entrar en Nunca Jamás? ¿No cabe ya Alicia por la madriguera de conejo? Podría ser (y ¿qué le va a contar al resto del jurado?). Sin embargo, mi teoría es la contraria: Less ha revivido a través de sus sentidos, su curiosidad, sus miedos, su memoria. Ha accedido a ese reino del ser en el que el mundo exterior no se desvanece, en absoluto, sino que se le clava a uno con dolorosa minuciosidad. Se ha internado en un territorio que no pertenece al lector ni al crítico, sino a la criatura que sufre atrapada tras el espejo: el escritor.

Por el momento, Less se ocupa de prestar atención.

Less llega a El Zarzalejo, el «hogar familiar» de los Howe-Gorbaty. Aparcando la furgoneta a la sombra de aquella mansión de ladrillo de estilo palladiano no se siente tanto novelista como un técnico de aire acondicionado. Se levanta

repentinamente una brisa ligera que hace tremolar las banderitas estadounidenses.

Una elegante dama que se abriga con una rebeca verde sale de la casa y camina hacia él, con el brazo extendido, ofreciéndole una mano para estrechar. Lleva el pelo cuidadosamente arreglado, teñido de un tono palisandro, el mismo exactamente de los muebles del viejo dormitorio de sus padres. Es Dorothy Howe-Gorbaty, cabecilla de la *troupe.* Los grandes ojos saltones —condición debida quizá a algún padecimiento sufrido en la infancia: todos acarreamos cargas pesadas— le facilitan un amplio espectro expresivo, así que Less imagina que, aun cuando no tenga líneas de texto, esa actriz sabrá muy bien interpelar al público con mudas reacciones. Así lo parece, al menos fuera del escenario, donde su gesto gélido y su mirada fija hacen pensar en un personaje a punto de tragar el contenido de una ampolla de cianuro.

—¡Arthur! ¡Qué emoción tenerlo ya entre nosotros! ¿Cómo fue el vuelo?

—En realidad, he venido en furgoneta.

—¿Ha venido en furgoneta desde California?

Less no ha tardado en categorizar a Dorothy como un ejemplar de la subespecie Nancy Reagan: blanca, menuda, *chic,* atractiva, con el aspecto de una ardilla a la caza de una nuez. El novelista empieza a explicar:

—No… Bueno, en realidad, sí.

—¿Ha atravesado todo Texas? —pregunta la señora con tono grave, dramático.

—Es una larga historia.

—Bueno, Dios lo bendiga, en cualquier caso. ¡Lo de la furgoneta nos ayuda a resolver un gran problema que tenemos!

Less se pregunta qué problema podría ser ese que Rosina puede ayudar a resolver. Y cae al momento en la cuenta.

—¡Ah, lo del hotel!

—No, no es eso. ¡Ha resuelto usted el problema de la escenografía!

—Del atrezo.

—Ya sé que usted no tiene que ver con el mundo del teatro. ¡Hemos creado una escenografía maravillosa! ¡Para su

maravillosa historia! Con rocas y árboles y todo. Pero, entonces, nos pusimos a pensar… ¿Cómo vamos a llevar todo ese material de un lado para otro en los cochecitos que tenemos? Pero ¡usted tiene una furgoneta maravillosa! ¿Acaso no soy una *enfant gâtée?*

—¿Disculpe?

—Este es mi esposo: Vladimir Gorbaty. Todos le llaman Vlad.

Vlad se le antoja a primera vista el típico hombre de negocios curtido en lo mundano, de pelo plateado e iris de un azul hielo antártico. Sin embargo, Less detecta, al otro lado de esa coraza sombría, a un hombre que se mantiene alerta ante su propia condición de extranjero, lo cual, en cualquier caso, parece divertirlo. Para terminar de convertir al pobre hombre en matrioska, Less es capaz de entrever a otro hombre más ahí dentro: el tipo que está enamorado de Dorothy y también —vicariamente por los encantos de esta, tan firmes y americanos— de Estados Unidos. Sin duda, en el corazón de ese último Vlad, oculto tras mil capas, late el Vlad auténtico, tallado en una pieza única de madera: Vlad, el hombre. La nuez que Dorothy busca.

Vlad alarga el brazo y extiende una mano como la zarpa de un oso:

—Buenas tardes, señor Less.

—Hola, Vlad. Puede llamarme Arthur.

Dorothy ríe.

—Y, ahora, ¡venga a conocer a todo el mundo!

«Todo el mundo» resulta ser una constelación de seis mujeres y un hombre, sentados en el jardín como las Pléyades, centelleando en variados tonos pastel. Y, en efecto, Less se les acerca como si fueran visitantes alienígenas procedentes de ese cúmulo estelar. ¿Cómo interpretar tantas sonrisas? ¿Tanta pestaña postiza? ¿Tanta mano manicurada tomándolo del brazo en señal de bienvenida? No todos son blancos —Marjorie, la famosa cantante, que lleva las trenzas al estilo ghanés recogidas en un moño, y su hermano, un chico atractivo con gafas llamado Thomas, son negros—, pero todos

pertenecen al mismo colectivo: son cómicos, gente del teatro.

—Van ustedes a hacer una representación de mi relato *La obra sobre la nutrición,* ¿cierto? —pregunta Less.

Dorothy posa su mano sobre el antebrazo del escritor.

—Créame, ¡no fue nada fácil dar con usted! Desde la fundación nos pidieron que adaptáramos algo de Arthur Less para escena. ¿Sabe usted que hay otro Arthur Less, estrella del rock cristiano? ¿Y también otro más, al parecer exitoso magnate inmobiliario? ¡Hay miles de Arthur Less! El caso es que Leila lo localizó por fin en el ordenador. Cuando vi su foto, supe que habíamos dado con el Arthur Less escritor. ¡Su relato es divino!

—Gracias —respondió Less, tal y como le había enseñado su madre a hacer.

Thomas se le acerca con una tímida sonrisa que deja entrever un diastema. Es más bajo que Less, viste vaqueros y un jersey de cuello vuelto azul pastel, y cubre su rostro una barba incipiente como una sombra gris. Debe rondar los cuarenta años y se desenvuelve como un bailarín: hombros atrás y alta la barbilla.

—Buenas tardes, señor. Me gusta su furgoneta —le dice a Arthur Less. Nuestro protagonista no está seguro de si bromea. Thomas baja la barbilla y añade—: Yo hago de usted en la obra.

—¡Oh, Dios mío! —repone Less, mayormente como reacción al tratamiento de «señor»—. ¿De mí? Pero no soy yo. Es ficción. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarles?

Thomas se ajusta las gafas color ciruela, dejando a la vista unas cuentas pecas a un lado y otro de la nariz.

—Sí, yo tenía unas cuantas preguntas.

—Las que quiera —responde Less.

Less espera que le pregunte por su juventud, por su padre, por su madre, por todas esas cosas. En su lugar, Thomas inclina lateralmente la cabeza, fija la mirada en el infinito y, a continuación, dice:

—Estoy trabajando en el trasfondo del personaje y quería que usted me contara cómo se vive lo de…

—¿Ser gay?

Thomas sonríe.

—No, lo de ser de Delaware.

—¡Lo de ser de Delaware! —exclama Less, completamente desconcertado. No se le ocurre nada que decir sobre Delaware. Es como intentar describir un almuerzo de avión que comiste hace medio siglo.

Thomas asiente con la cabeza.

—O ser gay en Delaware —añade, endureciendo el gesto y acercándose un poco más a Less y mirándolo a los ojos—. Estoy intentando tejer una historia.

—¿Una historia?

—Sobre un chico que no sabe si merece ser amado —explica Thomas.

Less se queda mirando a ese hombre unos instantes sin decir nada. ¿Qué puede uno decir ante la belleza? ¿Qué puede decir uno ante la verdad? Thomas espera, paciente.

Nuestro protagonista toma aire profundamente y dice:

—Pues, veamos, había un bar en Dover que se llamaba SecretS…

El atrezo no es poca cosa. Consiste en tres grandes rocas de fibra de vidrio, dos árboles de verdad encastrados en un pie de cemento, un montón de tablones de madera (¿simulación quizá de la escuela?) y una estatua de un santo en papel maché a tamaño real. ¿Quieren ser todos esos elementos representación del pueblo en el que sucede esta historia, trasunto de su lugar de nacimiento, Camden, Delaware? Less siente en los hombros la carga de un creador que no ha dedicado ni un instante a reflexionar sobre lo esforzado de trasladar sus ideas a la realidad. Ese peso es igualmente real: es él quien tiene que transportar todo ese material.

—¿Qué le parece, Arthur?

—Muy artístico.

—Me refiero a la furgoneta.

—Estoy seguro de que cabe todo —repone—. Tendré que sacar las cosas por la noche para dormir.

Dorothy le susurra:

—Será un sugerente retablo, ya va a ver usted.

Le pide a Thomas que lo ayude con el material («¡Dos hombres fornidos!», bromea este) y cargan todo en la furgoneta pese a las irritantes objeciones de la pequeña Dolly, que ladra sin parar a la estatua, como los perros de las películas cuando descubren a un impostor.

—¡Lo veremos en Natchez! —se despide Dorothy, casi cantando. El resto de los actores y actrices se despiden con la mano, acompañándola. Less ve cómo Thomas extiende en el aire un brazo como de maestro halconero en dirección a su hermana.

—¡Por nuestra primera obra! —desea en voz alta.

A decir verdad, a Less le emociona que vayan a montar la representación. Jamás ha visto su obra fuera de la página. Los derechos de sus obras nunca han sido cedidos por la industria editorial (una especie de espacio poliamoroso donde solo el escritor debe ser fiel) a otros medios, como el teatro, el cine o la televisión. Nunca lo tradujeron a otros idiomas, salvo que contemos la versión británica de *Materia oscura,* para la cual se adaptaron apenas algunos detalles ortográficos. No se imagina cómo sería verter sus palabras en imágenes y proyectarlas en la mente de otras personas, en la pantalla en blanco y negro que es la psique de un espectador; nunca se ha parado a pensar en la armonización con que cada lector enriquece sus sencillas melodías literarias; jamás le abrió el cráneo a un admirador para escudriñar ese colorido y parpadeante mecanismo en marcha. En resumidas cuentas, espera que sea un musical.

Me avergüenza decir que Arthur Less no se siente cómodo con esa amigabilidad sureña, sobreactuada y un poco falsa. Quizá por haber nacido en la costa este, donde la afectuosidad se guarda en la alacena junto con las linternas para usar en caso de huracán, o quizá sencillamente porque sus padres —también su amorosa madre—, que eran incapaces, sencillamente, de decir «te quiero» (como cuando una estrella del cine omite sin más una línea de guion que no le sale). Less solía bromear con su madre: él sabía que ella lo quería, lo sabía sin ningún género de duda, pero terminaba todas las llamadas telefónicas con un «te quiero, mamá», que era como

intentar hacer sonreír a un guarda del palacio de Buckingham porque su carácter le impedía físicamente responder otra cosa que no fuera «adiós, hijo». Quizá se debiera a la ansiedad del adolescente homosexual en el círculo de amigos: «Estate tranquilo, no te dejes llevar, y, sobre todo, ¡no le digas que lo quieres!». Quizá fue su vida junto al poeta Robert Brownburn, quince años junto a un hombre cuya carrera literaria había consistido, de principio a fin, en despojar la escritura de cualquier sentimentalismo. Habría sido divertido ser la pareja de Byron, de Shelley o de Keats y encontrar, cada tanto, un mensaje de amor clavado en el tronco de un árbol; estar casado con un poeta del siglo XX significaba bregar con un «hoy / mi cicatriz / está más rosada / que ayer» *(sic,* de una nota que Robert le dejó por San Valentín). Quizá había nacido demasiado pronto para los enamoramientos de Lyndon B. Johnson y demasiado tarde para los escarceos de Clinton. Había crecido en los ochenta como joven gay de barrio residencial, blanco, modoso y formal. ¿Qué tipo de plantas podían florecer bajo el frío sol de la era Reagan?

—… Misisipí arriba hasta Arkansas y luego a Natchez, y después hasta Muscle Shoals, que está en Alabama, y desde ahí a Georgia…

—¿Y tu padre va a ir a alguna de las representaciones? —pregunto.

—Más que eso: nos va a financiar dos terceras partes de los gastos. Y sí, eso es lo que dijo, que vendría.

—¿Qué opina Rebecca de todo esto?

—Dice que debe de estar terminal. Aunque a lo mejor trama otra cosa…

—¿Se ha muerto alguna vez antes?

—Podría decirse que sí. Cuéntame cosas de Maine, anda.

—A lo mejor me marcho antes de que termine el curso. Quiero escribir una cosa.

—¿Escribir?

—Sí, una cosa en la que estoy trabajando. He descubierto una isla que se llama Valonica. Es la isla habitada más oriental de Estados Unidos.

—No me habías dicho que estabas escribiendo. Y ¿te vas a ir?

—Podría decirse que me has inspirado.

—¿Estarás en Maine cuando yo llegue?

—Sí, estaré. Y, si no consigues llegar, igual vuelvo a California en tren, atravesando todo el país…

—¡Lo conseguiré, Freddy! Te echo de menos.

—Ya sabes dónde estaré.

Less toma la carretera más pintoresca de las que llevan a Natchez: pasa junto a pantanos y manglares, criaderos de caimanes y puertos fluviales con talleres de diverso pelaje junto a los cuales siempre se levanta un club náutico masculino, como esos campamentos que levantaban las mujeres que acompañaban al frente a los soldados confederados. El musgo español cuelga de las ramas de los árboles como festones, ornamentando la carretera, al igual que las raídas pancartas que, entrando a cada pueblo, anuncian eventos celebrados meses atrás —¡FESTIVAL DEL ARROZ! ¡FESTIVAL DE LA RANA! ¡FESTIVAL DE LA ZARIGÜEYA!—. En el interior de la furgoneta, los trastos de la escenografía se agitan de un lado a otro ruidosamente hasta encontrar cierto equilibrio amable, encajados unos con otros. Solo el san José se bambolea de un lado a otro en el espejo retrovisor.

El elenco se alojará en casa de amigos de Dorothy Howe-Gorbaty (y dormirá en colchones de aire, como auténticos titiriteros), pero Less cuenta con Rosina. Encuentra un descampado al otro lado del río que atraviesa Natchez, donde descomunales autocaravanas se acomodan unas junto a otras, como bueyes en un abrevadero. Motean la orilla del río coloridas tiendas de campaña que recuerdan a caparazones de tortuga.

—¿Es su primera vez en el sur? —le pregunta una sonriente señora con aspecto de manzana deshidratada—. ¿Cuál es su versículo favorito de la Biblia? —añade.

Less da por hecho, por su expresión amable, que la señora no lo está poniendo a prueba. Para ella, preguntar algo así debe de ser tan anodino como que un neoyorquino te pregunte

cuál es tu *bagel* favorito.

—«¡Levántate y resplandece, que tu luz ha llegado!» —responde Less instantáneamente—. Isaías, sesenta, uno.

—Bendito sea el Señor, ¿no es hermoso?

—¿Cuál es el suyo?

La mujer esboza una sonrisa amplia que deja ver su dentadura postiza.

—«Como perro que vuelve a su vómito, así es el necio que repite su necedad» —contesta la mujer—. Proverbios, veintiséis, once.

La representación será en la antigua terminal de pasajeros, a la que se llegaba desde el pueblo por un camino tan estrecho como inclinado, traicionero hoy como debió de serlo cien años atrás, cuando los misisipienses viajaban por el río a bordo de trasbordadores llamados *Robert E. Lee,* por ejemplo. Le parece un pequeño milagro que Rosina llegue sana y salva. En cuanto aparcan, la pequeña Dolly rompe a ladrar, una vez más, al san José, y no deja de ladrar mientras Less lo descarga de la furgoneta y lo lleva en brazos hasta la entrada de la extraña y diminuta edificación. Digo «extraña» porque el teatro no está en el mismo pueblo, sino «al pie», como dicen los lugareños, es decir, en un diseminado que se encaja entre la orilla del río y el acantilado al que se asoma Natchez. Los antiguos edificios, de innegable encanto, disimulan su pasado como refugio de granujas, bribones, truhanes y bastardos: el barrio de la farándula.

Thomas se acerca, saluda a Less con la mano y los dos fornidos hombres empiezan a descargar el resto del material.

—¡Arthur, llegó! —exclama Dorothy cuando Less y Thomas entran al teatro llevando a san José a la sillita de la reina. Lo colocan y Thomas se enjuga el sudor del entrecejo. Dorothy continúa.

—¡Estamos tan pero tan emocionados de que vaya a estar en la representación! ¡No voy a decir palabra porque todos queremos que sea una gran sorpresa! Bien, díganos, ¿qué querrá tomar? ¡Deseo que disfrute de la famosa hospitalidad sureña!

—¿Dónde está Vlad?

—¡Oh, se ha quedado en casa, pero se nos unirá en Savannah! Bien, póngase cómodo.

—Yo tengo que ir a maquillarme —dice Thomas dirigiéndose a Less, y se marcha. Less se pregunta qué tipo de maquillaje podrá convertir a Thomas en el niño vergonzoso que él fue.

Less escudriña entre los asistentes en busca de su padre. En la platea identifica cinco butacas de la segunda fila de las que cuelga un cartel: RESERVADO. Less se sienta en una de ellas con un burbon en la mano. En las otras no se llega a sentar nadie. El público, en su mayoría, se caracteriza por su avanzada edad y cierto estado de perplejidad, como si estuviera esperando algo distinto. ¿Es posible que las personas mayores den siempre esa sensación? Se han ocupado aproximadamente la mitad de las localidades, y Less se siente satisfecho (al término de esta reflexión, advierte que en el teatro no hay una sola persona blanca). Las luces se atenúan y Less se dedica a sí mismo un gesto de cabeza, dando por hecho que, definitivamente, su padre no aparecerá por Natchez. Quizá acuda a la representación en Alabama. Less da un sorbo a su burbon y trata de disfrutar de la expectativa, del no saber qué va a presenciar. Comienza la música y, a continuación, la voz… Y el corazón de Less canta también. Esa noche va a cumplirse el sueño de al menos una persona: la obra es, en efecto, un musical.

¡De haberlo sabido, Less habría invitado a su hermana! Marjorie se ha transformado: gracias a dos pompones de pelo afro y un chándal fucsia se mete en la piel de la pequeña Rebecca, mientras se prepara para la obra de teatro sobre la nutrición que va a representar en el cole, con la canción *Medio sándwich de pan integral.* Y ahí está el pequeño Archie Less, interpretado por Thomas. Este encarna al autor contemporáneo y también —enfundándose una camisa fruncida que remedaba a la que el pequeño Less insistía en ponerse a todas horas— al niño que vivía cautivado por los encantos de su padre. De hecho, una de las canciones que interpreta se titula *El encanto*

de mi padre. Thomas la entona con una voz grave y temblorosa, parpadeando incómodamente en lo que Less juzgó una muy acertada imitación. Una actriz llamada Georgia interpreta a su madre, la mujer silenciosa que proveía. Y —¡sorpresa!— la mismísima Dorothy Howe-Gorbaty interpreta a Lawrence Less, su padre, de principio a fin de la obra. El carisma, la jovialidad y la promesa constante y disparatada, rasgos característicos de su personalidad, han desaparecido por completo: quien campa por el escenario no es otro que Lawrence Less, con chaqueta vaquera de flecos y todo. En el clímax de la trama, la otra mitad del sándwich desaparece *(Medio sándwich de pan integral [repetición])* y, con ella, Lawrence Less. Thomas-Archie cae en la cuenta de que su padre se ha marchado para siempre y, con el aliento entrecortado, da muestras de entenderlo todo, Arthur Less rompe en sonoros sollozos, que se deben, en parte, al dolor revivido y, en parte, a la emoción propia del teatro musical. Mi compañero, demostrado queda, es ese tipo de hombre gay capaz de distinguir qué sollozos se deben a cada cosa.

—¡Ha sido maravilloso! —dice Less a Thomas cuando todo ha terminado.

—¿De verdad? —pregunta el actor. Aún no se ha desmaquillado ni se ha quitado las lentillas, lo que le hace parpadear repetidas veces… ¿O sigue quizá imitando a Less? —. ¿Ha sido como te habías imaginado?

—¡No! —exclama Less. Pero, al ver el gesto decepcionado del pobre cómico, añade al instante—: ¡Ha sido mejor! ¡Mucho mejor!

La señora Dorothy Howe-Gorbaty se les suma, dejando escapar una exhalación de gozo.

—¿Sí? ¿Eso le ha parecido? ¡Qué bien! ¡Estábamos aterrorizados, aterrorizados, créame! ¡Creíamos que no le iba a gustar!

—Arthur, ¿estás llorando? ¿Qué ocurre?

—Nada, nada. Y el coloquio de después ha sido agradable —añade, aunque ha consistido principalmente en preguntas del público, que quería saber qué tipo de pluma usa para escribir

(una antigua, de su madre), si bebe whisky escribiendo (no, vino) y por qué una compañía de teatro representa obras literarias de cabo a rabo (aunque, en realidad, al final no usan el texto íntegro).

Dorothy da una palmada al aire.

—¡Nos alegra mucho que haya venido! No podemos decir lo mismo de nuestro patrocinador…

—¿Qué hay del patrocinador?

—Oh, acompáñeme, tomemos una copa.

Less se vuelve hacia Thomas.

—¿Vienes?

Thomas se gira, sonriendo tímidamente.

—Oh, no —responde—. Debería descansar. Pasadlo bien —desea, y se marcha, dirigiéndole a Less una mirada antes de internarse en la noche de Natchez y desaparecer tras la furgoneta. A los pocos momentos, Less está siguiendo a los demás por la carretera en dirección a un edificio de madera, en cuyo porche unos cuantos tipos sentados en mecedoras fuman y beben cerveza. A la puerta hay unas cuantas motos aparcadas, amontonadas casi unas sobre otras. Al otro lado del camino se encuentra el antiguo muelle de los transbordadores de vapor, convertido hoy en un vulgar aparcamiento. Más allá, cómo no, fluye el Misisipí, tan turbio y silencioso como el cielo nocturno.

—Señora Howe-Gorbaty, me pregunto si podría usted contarme algo más sobre mi benefactor.

La mujer ríe.

—¡Oh! ¡Tiene gracia! ¡Yo iba a preguntarle a usted lo mismo!

—¿Quiere decir que no lo conoce?

—¡No tengo el gusto!

¿Será mera coincidencia que su padre le dijera por escrito «te veré en el sur» y «me ilusiona poder apoyarte en tus empeños literarios»? ¿Y eso de que dirige una fundación para las artes? No, queridos lectores, en este viaje no existen las coincidencias: solo hay señales que nos negamos a reconocer…

La dama le posa una mano sobre el antebrazo.

—Por cierto, Arthur, aquí todo el mundo me llama «doña

Dorothy» —explica con esa voz profunda de que hizo gala cuando se conocieron. Less recuerda las películas antiguas en las que se simulaba la noche tiñendo el celuloide de azul; de igual modo esa mujer tiene un registro de voz que es capaz de alterar. Esa es su voz íntima—. Se dará cuenta usted de que a muchas señoras casadas nos llaman con ese título. Es usted un hombre encantador, así que me permitiré llamar su atención sobre el hecho de que en esta tierra a las mujeres siempre se las llama «doña», y a los hombres, «don». A sus anfitriones nos encantaría que usted lo hiciera también. ¡Al viejo estilo sureño!

Tengo por aquí apuntado que Arthur Less —fuera del error que cometieron en la secretaría de la universidad y por el que se vio obligado a entrenar con el Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva (él pensaba que era clase de improvisación)— jamás ha utilizado «don» con nadie.

Atraviesan las puertas de la taberna para acceder a una gran sala cuyo techo está forrado de placas de estaño tallado, decoradas a su vez con billetes de dólar (¡qué recuerdos del Bombay Beach!). Una multitud de personas de raza blanca parecen estar despejando el espacio y arrimando las mesas a las paredes; mientras, en un rincón, una banda se prepara para tocar. El vocalista es un tipo enjuto y de aspecto fatigado que, no obstante, peina una larga melena rubia, digna de una aspirante a *miss* en el Festival de la Zarigüeya. Less sigue a doña Dorothy hasta un taburete junto a la barra.

—Entonces, ¿yo soy don Arthur?

—Para mí no, Arthur. Para mí es usted Arthur, sin más. ¿Qué va a tomar?

Y, a continuación, doña Dorothy hace algo que jamás se le habría ocurrido a Arthur: después de pedir al barman —un tipo con orejas como dos coliflores— un whisky *sour* para Less y vino blanco para ella, pide una ronda de cervezas para los chicos de la cocina. El barman asiente con la cabeza y se lleva su tarjeta de crédito.

—Arthur, ¿no dijo que su familia era del sur? —pregunta doña Dorothy elevando la voz por encima de la música.

—Mi madre era de Augusta, Georgia. La familia de mi padre era de Delaware.

—¿Bajabas al sur a menudo?

Less deja que el cóctel lo suelte un poco por dentro.

—En Navidades bajábamos a Georgia, sí. Para ver a mis abuelos. Mi hermana y yo dormíamos en un colchón que mi abuela ponía en el suelo, en el cuarto de coser. Era modista. Las señoras venían con una página arrancada del *Vogue* y ella les hacía la ropa.

—¿Y tu abuelo?

—Era carnicero —contesta—. Trabajaba para la cadena de carnicerías Piggly Wiggly.

Doña Dorothy parpadea enérgicamente y sus pestañas embadurnadas de rímel se agitan arriba y abajo.

—Arthur, jamás habría pensado que su familia era de clase obrera. De hecho, suponía que era usted extranjero. Habla de manera muy… minuciosa. Como un personaje de novela.

A Less no se le ocurre cómo responder a eso.

—Gracias.

Desde la cocina, una maraña de brazos levantados ofreciendo un brindis; doña Dorothy sonríe y saluda con la mano a través del hueco que comunica con la barra. Los cocineros le devuelven el saludo. Ninguno es blanco.

—Mi familia era de clase obrera también —relata ella—. Sé que no lo parece, por la casa que tengo y todo eso. Todo eso viene por mi esposo, y ni siquiera es real. Cuando compró la casa estaba cayéndose a pedazos. No se deje engañar por las cosas que vea por aquí abajo, Arthur. Hay un afán por aparentar al que quizá no esté habituado. Mi madre creció en una cabaña de madera, en el monte. Ya sabe, con un porche desvencijado de madera y una lata de judías con tomate vacía clavada a un poste para escupir dentro el tabaco de mascar. De mi familia decían que no podíamos ni poner una mesa —doña Dorothy sonríe— porque nuestra vajilla no tenía dos platos ni dos tenedores iguales. ¿No es curioso juzgar a alguien de esa manera?

—Cuando la oigo hablar no se me hace que se haya criado usted en el monte.

—No se me nota en el acento. Pero quizá dentro de un rato, cuando me haya tomado unos cuantos de estos, se me suelte la

lengua. A lo mejor a usted también.

Less piensa que lo que su acento esconde no es una infancia pobre.

De repente, siente una punzada de curiosidad.

—¿Desde dónde llegaron sus antepasados?

—Desde Lachlan Doyle, en Irlanda. ¡Llegaron a Charleston en 1717! ¡Ese antepasado mío al parecer fue un granuja! —ríe—. Se apellidaba Ó Dubhghaill, que en gaélico quiere decir 'forastero oscuro'. ¿No le parezco una forastera oscura?

—Pues la verdad es que no.

—En mi familia decían que lo echaron del Ulster porque tenía varias esposas. ¿Y usted, Arthur?

—Pues, veamos, en 1638… —empieza a relatar Less, para detenerse a continuación. ¿Cómo es posible que todas esas historias familiares coincidan? Por suerte, doña Dorothy no le deja mucho tiempo para narrar la odisea valona.

—¡Oh, esta es de The Tams! —anuncia, refiriéndose a la canción que el grupo acaba de empezar a tocar. El vocalista del pelo bonito puntea la guitarra y mueve la barbilla arriba y abajo mientras se aproxima al micrófono—. ¿Bailamos?

Ella salta del taburete y pone rumbo al pequeño espacio que queda libre para bailar. Otras mujeres se levantan y avanzan contoneándose entre las mesas, chasqueando los dedos y moviendo las caderas. Unos cuantos hombres se unen, pero no muchos.

El cantante del pelo bonito empieza a cantar: *No dejes que el amor se te escape, se te escape.*

Less observa la escena presa del asombro: no por doña Dorothy ni por ninguna otra mujer en particular, sino por el grupo, porque todas parecen conocer el mismo tipo de baile. Se mecen de un lado a otro, ligeramente inclinadas hacia delante, con los codos encajados en las costillas, como garcetas de alas entreabiertas. Cierran los ojos y sonríen, dando palmas de cuando en cuando, moviendo no las caderas, sino las rodillas: es el *shag* de Carolina. ¿Qué tipo de brujería es esa? Porque, para sorpresa de Less, su madre ha sido invocada, sublimada a partir del aire espeso de Misisipí. La ve bailar en la cocina de Delaware, cocinando tortitas de cangrejo. Su madre bailaba

justo así. Less distingue la sonrisa valiente de su madre, su piel tersa por el aceite de Olay, la boca pintada con un carmín pastel de niña y unos pendientes de pinza con dos amatistas que Less atesora aún con cariño. Aquella mujer cayó en la pobreza, hasta un punto que Less no es capaz de imaginar. Toma de la mano a ese niño, el pequeño Archie Less, y baila con él, haciéndolo girar, y a continuación se aleja paso a paso, como si la reclamase otro compañero de baile invisible. Taconazo, vuelta y esa sonrisa tan suya, tan íntima. A continuación, se gira de nuevo hacia Less y de nuevo el rostro alegre. Lo hace girar y girar, y los dos ríen, aunque él no sepa por qué. Y aquí tiene la respuesta de repente: el baile que su madre aprendió de niña era un *shag* de Carolina. Tan tímida, con su complexión esbelta y su melena castaña alisada y peinada al estilo años sesenta. Esperando que alguien la eligiera.

«Sé joven y haz el tonto, pero sé feliz.»

Doña Dorothy se vuelve hacia él, enjugándose lágrimas provocadas por la risa. Las lágrimas son negras, y a Less se le aparece entonces Robert Brownburn.

—Reb, ¿tienes un decorador nuevo?

Nos encontramos en un parque de autocaravanas situado a las afueras de Natchez, Misisipí. Less charla con su hermana Rebecca, de nuevo con una pantalla por medio, pero en esta ocasión a espaldas de ella se distinguen una boya y una gran red de pesca.

—Sí, se llama Robinson Crusoe —responde ella.

—Me encanta su trabajo.

—Es rollo náufrago-chic. ¿Qué tal por el sur?

—Papá no se ha presentado aún —cuenta Less—. Pero voy a pasar por Augusta.

—¡Oh, Augusta! ¡Las navidades…! —repone ella con una sonrisa—. Ya sabes que yo heredé algo de la abuela. Y quizá tú también.

—¿La cubertería de plata? —aventura Less. Al otro lado de la puerta abierta de la furgoneta, Less ve a una decena de adolescentes intentando montar una tienda de campaña

militar. Parece una especie de juego de mikado gigante en mitad de una nube de humo de marihuana.

—Por ahí va la cosa. ¿Recuerdas que cuando la visitábamos en Navidad y ella… ella se ponía como loca a limpiar toda la casa y a cocinar y, después, justo después de que hubiera puesto la mesa entera, empezaba como a… temblar? Yo he heredado su sistema nervioso.

Less se queda en silencio y, por un instante, escudriña la imagen de su hermana. Le parece muy relajada.

—Pero ¿a ti te dan temblores?

—No, es mejor aún —puntualiza, esbozando una sonrisa ancha a la vez que adelanta ambas manos para que se vean en primer plano—. ¿Recuerdas que a la abuela le temblaban las dos manos? A mí me tiembla solo la derecha. Un momento, a lo mejor sale. Normalmente soy capaz de reprimirlo. Es como si se me apretara la mano derecha, así, y entonces empieza a temblar. —Rebecca saca la mano izquierda del plano, acerca aún más la derecha, aprieta las yemas de los dedos unas contra otras, y la mano empieza a agitarse—. Yo lo llamo la campanita de la sirvienta. —En efecto, parece exactamente una antigua ama de llaves agitando una campanita.

—Dios mío, Rebecca.

—¡Jeannette! —exclama, llamando a una doncella invisible a la vez que hace sonar la campanita imaginaria—. ¡Oh, Jeannette! —añade, para a continuación romper en carcajadas.

—¡Pero, hermana! ¿Por qué te pasa eso?

—El miedo —apunta, encogiéndose de hombros—. Algún tipo de miedo. Pero esto no es nada nuevo, ¿no te parece? A mí me asalta cada vez que cometo un error. O cuando olvido llamar a alguien. O cuando me acuerdo de algún error que cometí hace mucho tiempo. Cuando me quiero dar cuenta, estoy llamando a la sirvienta.

Less está sobrecogido. ¡Su hermanita!

—Pero ¿te duele?

Ella baja la mano.

—No. Más o menos. Sí, supongo. Cansa. Mi terapeuta dice que es un tic, lo cual resulta bastante obvio. Y que es involuntario, pero no incontrolable. Empieza solo, pero puedo

pararlo.

—¿Cuándo empezó a ocurrirte?

—Tras el divorcio. El día que me marché. Fui a un hotel muy bonito en el SoHo. Me di un baño larguísimo, pedí helado de chocolate al servicio de habitaciones, me tumbé en la cama, que era enorme, y vi un montón de películas malas. ¡Fue maravilloso! Y, entonces, de la nada… —hace sonar otra vez la campana invisible— empecé a llamar a la sirvienta. Sentí terror. No tipo «oh, estoy preocupada por cómo irán las cosas», sino terror nivel película de miedo. Nivel «me ataca un tigre». Siguió durante toda la noche. Y, no sé, me sale cinco o seis veces al día. ¡Mira, otra vez! —El brazo se le levanta y empieza a temblar violentamente—. Ya sé. Es horrible.

—Vas a romper la campana.

—¿A ti no te pasa nada de este estilo?

—No… Bueno…

No, no le pasa nada de eso. O no exactamente eso. No ese absurdo temblor de posesa. Sin embargo, cuando su hermana ha mencionado el tigre atacando, él ha sabido exactamente a qué se refería. ¿Por qué nunca han hablado de esto? Less pensaba que era el único para quien pedir un sándwich en cualquier tienda y luchar contra un caimán eran experiencias que podían causar el mismo tipo de miedo. Esta es una de las razones por las que siempre lo he juzgado el hombre más valiente que conozco, pues ¿quién puede adivinar las hazañas que ha protagonizado simplemente para bajar a la puerta de su casa? Para llegar hasta donde está, por ejemplo, ha perdido a su primer amor, provocado el aterrizaje de emergencia de un avión, inundado un tesoro arquitectónico y cruzado el Misisipí con un carlino en brazos.

Dolly está sentada en la ventana, observando ávidamente cómo un gato amarillo mostaza se abre paso por la grava diciendo: *Ciao… ciao… ciao*. De repente, le embiste un recuerdo.

Rebecca le dice que se tiene que ir.

—Archie, da recuerdos de mi parte en Augusta, Georgia.

—Eso haré.

—Y saluda a papá de mi parte también.

Él contesta que ninguno de los dos debería contar demasiado con Lawrence Less.

Less saca a Dolly a un último paseo antes de ir a dormir. Siente el frío, ese amante pertinaz, tratando de abrirse paso hasta su cuerpo a través del fino traje. Se arrebuja en él para ahuyentar el helor. Aquí, el mundo está silencioso y oscuro. Algunas voces reverberan desde el otro lado del parque de autocaravanas y Less vislumbra una vela que arde en el interior de un tarro, en torno al cual un grupo de cuatro o cinco jóvenes comparte una botella de vino. Sustituyendo el olor a marihuana por el aroma de los cigarrillos de clavo y el crujido de la grava bajo los pies por el de las hojas secas de eucalipto, aquello podría muy bien ser San Francisco diez años antes: él estaría hablando con un joven en la oscuridad y una vela metida en un tarro proyectaría una luz como de linterna mágica. Elevando la voz por encima del estrépito del tranvía, en pie junto a una gran maceta de lavanda, el joven habla sobre literatura estadounidense, y Less se vuelve para mirarlo; el joven, a continuación, se quita las gafas rojas, las limpia con el dobladillo de la camisa, levanta la vista para mirar a Less y se queda callado. Canta un ave nocturna: ¡quiquicú! El joven soy yo. Doy un paso hacia él; Less no se mueve, y es entonces, hace diez años, cuando le doy un beso por primera vez.

Por un momento, se presenta ante él el pasado. No un recuerdo, sino el mismísimo pasado.

El grupo de chavales prorrumpe en risotadas. Less deja que el ruido se disipe y se vea reemplazado de nuevo por la grava, la vela, el sur. ¿Te deslumbras, valón mío? ¿Deslumbra esa obra de arte oscurecida por el tiempo y devuelta a sus tonos originales? ¿Tan ajena se te hace esa forma zafia de sentir?

Less vuelve al interior de Rosina y convierte la parte de atrás de la furgoneta en dormitorio, y Dolly se acurruca a su lado.

Uno pensaría que nada en este mundo ha de estar tan bien engrasado como las grúas que se asoman al río Misisipí. Y, sin

embargo, chirrían durante toda la noche.

Less, Dolly y Rosina viajan hacia el noreste en paralelo al llamado camino de Natchez, una larga y sinuosa ruta que cruza el estado de Misisipí de una esquina a la otra, flanqueado por prados a ambos lados, allende los cuales crecen bosques mantenidos con esmero. El camino es herencia de aquellos días salvajes en que los colonos europeos embarcaban sus carretas en gabarras que remontaban el río hasta Nashville o, antes aún, cuando los creek y los choctaw recorrían largas distancias siguiendo las crestas de las montañas o, quizá aún más atrás, cuando los bisontes se abrían camino en busca de afloramientos salinos (en el sur no hay alces). Hay algo estadounidense también en los prados eternos y la tranquilidad sombreada. Aun así, Less no puede quitarse de encima la sensación de que algo terrible ocurrió en esos lugares. Se sorprende a sí mismo mirando alrededor con desasosiego, pero no hay nada que ver salvo claros de un verde lujuriante. Que se sepa, los fantasmas no caminan; toda una sorpresa, teniendo en cuenta los salteadores de caminos y asesinos que tan mala fama dieron a esta ruta siglos atrás y las personas afrodescendientes a las que se obligó a recorrer aquellas largas distancias, formando largas cuerdas y encadenados de pies y manos. Ante sí, esos hombres y mujeres tenían el largo sendero que bajaba hasta Natchez, como un río verde, y nada más. Ni un hombro en el que apoyarse los momentos de turbación. Pues ¿qué turbación podría quedarles?

Less toma dos desvíos. El primero, a un pueblo llamado Oxford, donde se asoma tímidamente a una librería donde comete el típico pecado de escritor: pregunta por su propio libro. La librera, una joven negra que lleva el pelo recogido con un pañuelo naranja y gafas a juego, demuestra una jovialidad literaria tan vistosa como su atuendo. Al momento vuelve con el libro. Es de Arthur Less, pero del otro.

—Una obra maestra —asevera emocionada la librera—. ¡Toda una obra maestra!

Less lo compra, cómo no. De vuelta en la furgoneta, lo coloca junto a Dolly. ¿El título? *Domingo*. A continuación,

visita Rowan Oak, la finca donde descansa el cuerpo descompuesto de William Faulkner. La mayoría de visitantes, ya entrados en años, suelen preguntar amablemente quién fabricó los muebles de la casa, pero no muestran tanto interés por las ficciones literarias del autor.

A continuación, visita Grinder's Stand, una réplica de la famosa fonda de la época de los pioneros. La cabaña de madera, fielmente reconstruida desde los cimientos, tiene un hogar construido de espaldas a la entrada, para evitar el viento. En ella pasó el explorador Meriwether Lewis su última noche con vida. En pie ante la chimenea, Less se imagina al aventurero de treinta y cinco años limpiando sus botas de barro y recibiendo la bienvenida de la señora Grinder, quien a continuación le mostraría sus aposentos. Moriría antes del alba. Enterado del suceso, su compañero Clark escribió: «Temo que no haya sido capaz de soportar el peso de su mente». El mismísimo Thomas Jefferson habló de los «abatimientos y melancolías» de Lewis. Alcoholismo, fracaso, soledad. Existe también la leyenda de que era gay, fundamentada apenas en su matrimonio fallido y su reticencia a vestir casaca militar, que sustituía por tocas de piel: «El cinto está mal hecho», argumentaba al parecer. Escribió palabras ardorosas a Clark: «Creo que sería extremadamente feliz en tu compañía». ¡Pobre Meriwether gay! Less contempla el interior de la cabaña y piensa en el solitario Lewis, perdido en los confines de Tennessee. Y también en el solitario Lewis, recorriendo la lejana Texas. Arthur Less, mi prudente trasunto de tu ancestro Prudent, ¿también tú te sientes solo?

Less alcanza el límite con el norte del estado de Alabama y pasa abruptamente de la fantasía boscosa en la que se había internado siguiendo el camino de Natchez a la dura realidad de las carreteras secundarias de esa región apartada, con sus aldeas diminutas, apenas un puñado de cabañas de madera desvencijadas, y sus pueblos grandes, de calles mayores flanqueadas por soportales de hierro fundido. Hace una pausa en el viaje en uno de estos poblachones para tomar café y un sándwich. El restaurante tiene un espacioso comedor decorado

con carteles antiguos que probablemente colgaron antaño en distintos rincones del pueblo —óptico, zapatero, sastre—. Tras la barra cromada, que se alza en mitad del espacio como una isla, dos chicas jóvenes atienden una sibilante máquina de café; una de ellas, blanca, lleva el pelo teñido de morado y la otra no tiene. No tiene pelo, quiero decir; lleva la cabeza afeitada. Cuando Less se sienta, esta le sirve café sin preguntar; lo que sí pregunta es de dónde viene. Él contesta y devuelve amablemente la pregunta; la chica responde que es de ese pueblo.

—Me mudé a Nashville, pero mi madre se puso mala y tuve que volverme —dice, colocando el sándwich en la plancha y haciendo un gesto a su compañera—. Pero es que tenía que largarme de aquí, ya me entiende —añade, guiñando un ojo. Sorprendido, Less comprende que lo ha calado y que ella, en realidad, también es holandesa. (¿Aquí en Alabama no nos matan, entonces?)

En algún momento del viaje, Less ha empezado a hablar a Dolly. No los típicos «qué perrita más buena» o «ven aquí, gordita» o «ni se te ocurra meter el hocico en mi quingombó», sino auténticos y elaborados monólogos, confesiones y diatribas. Dolly escucha atenta y sin juzgar. Discuten sobre cómo se usan los distintos almohadones que llevan en la furgoneta y luego hacen las paces haciéndose carantoñas. Less empieza a volver a algunos viejos hábitos. Una mañana, por ejemplo, abre de golpe la puerta del pequeño aseo gritando: «¡Champán!».

Less deja atrás la caña de azúcar y se adentra en las tierras del algodón, por carreteras barridas por vientos que arrastran un material que se pega al parabrisas de la furgoneta. Atraviesa llanuras nevadas que se extienden hasta donde alcanza la vista y se topa a cada curva con camiones pesados, cuyas cargas teme que se le vengan encima en el siguiente bache. Descubre especies desconocidas de insectos y se ve obligado a dedicar una infeliz hora a librarse de una apestosa chinche que ha anidado debajo del volante; más tarde, ese mismo día, soltará un grito al descubrirse una cigarra pegada a

la manga. Recorriendo una interminable carretera secundaria que serpentea entre bosques de pinos que huelen a humo por un incendio cercano, decide detenerse en un cementerio de perros de caza al ver el cartel indicador de hierro forjado; allí come su almuerzo (un sándwich lésbico a la plancha) y le lee a Dolly en voz alta los nombres de una veintena de perros que figuran en sendas lápidas. Algunas están decoradas con la efigie del can fallecido aullando bajo un árbol; otras presentan, tallados en granito, los premios que recibieron en vida. La mayoría, no obstante, son simples postes de madera tallados con amor. Destaca uno, dedicado a un sabueso llamado Frasco, que murió en 1996:

NO ERA EL MEJOR, PERO FUE LO MEJOR QUE ME PASÓ

Less se queda mirando fijamente a esta lápida durante largo tiempo, antes de volver a la carretera.

Todas las canciones que suenan en la radio hablan invariablemente del anhelo por una señorita o por un camino polvoriento o por un acorde fuera de los cuatro obvios: esas son las cosas que al parecer los cantantes añoran. Aun así, la frase de Lewis no deja de perseguirlo: «Creo que sería extremadamente feliz en tu compañía».

Llega por fin a Muscle Shoals, donde volverá a representarse la obra basada en su relato (Less tiembla ante la pregunta: ¿estará su padre?). El parque de autocaravanas se sitúa en un espolón entre dos ríos (quizá para que los caimanes puedan hacer cola en su particular bufé por un lado y por otro). Varios sauces se reclinan sobre el río como pretendientes rechazados y los mapaches ejercen de inspectores de la basura, sacando a relucir trapos sucios. Less distingue, en ese lugar mágico en el que los dos ríos se hacen uno, una superficie teselada, no muy diferente de un tablero de *backgammon,* donde las aguas claras y las turbias coexisten sin mezclarse. Así es el amor. En la orilla, frente a ese lugar, hay un banco junto al que se levantan dos enormes gallos de cerámica.

Less accede a un remolque de tráiler adaptado en cuyo exterior cuelga un cartel que dice ANFITRIÓN. En el interior es recibido por un lúgubre *basset hound,* pero al parecer no hay

nadie más. Vuelve a salir al exterior y da un breve paseo acompañado de Dolly; después, vuelve a entrar en el tráiler. Como en una fábula, el *basset hound* se ha transfigurado en un voluminoso anciano barbado de piel blanca. El encargado asigna a Less un espacio junto a los gallos, a los que el tipo demuestra especial cariño: «Los trajo mi abuela de Francia». Less recibe la preceptiva advertencia sobre los caimanes y un cono naranja.

—¿De qué parte de Europa viene, hijo?

Y así todo.

Su padre no ha ido. El resto del pueblo debe de estar de barbacoa; apenas se llenan la mitad de las localidades. Ninguna de ellas está ocupada por Lawrence Less. Nuestro protagonista vuelve el rostro hacia el escenario. Queda una solitaria guirnalda del FESTIVAL DEL REPOLLO celebrado la semana anterior, junto con un trozo de la pancarta, en el que solo se lee POLLO. Se atenúan las luces. «¿Archie?», dice una voz en la oscuridad. Oh, Archie debe de andar por los cuarenta años ya. «Archie, ¿en qué andas metido?» Se abre la puerta principal de la casa de su madre dejando pasar el resplandor de las farolas que iluminan el barrio por la noche y, recortada, la corpulenta silueta de su padre. «Solo quería recoger unas cosas, no quiero molestaros a tu madre ni a vosotros, niños. ¿Cómo estás, hijo?» Esa sensación infantil y gélida de no saber ya qué está bien o qué está mal. «Archie, *warum gehst du nicht ins Bett?*» Arranca la música y Arthur Less ya no está en Delaware ni tampoco en Alabama; ha despegado y vuela ya hacia el calmo empíreo del teatro.

¿Importa que las melodías sean poco originales y que toda la música sea grabada? ¿Que la trama sobre una traición consumada durante una función escolar chirríe y resulte como poco cuestionable? Digamos que, definitivamente, no. El público, que en primera instancia se hace muy presente merced a las toses, los bisbiseos y el gorjeo de los dispositivos electrónicos, se desvanece y Arthur Less se siente solo ante el escenario y transportado a la infancia. En una ocasión, un vecino lo llevó al teatro y él no pudo por menos que pensar

embelesado: «¿Por qué nadie me dijo que la vida podía también ser esto?». Lo mismo pensó cuando vio por primera vez las Montañas Rocosas: era como si se lo hubieran estado ocultando. En lugar de trabajo duro, puritanismo, fallidos planes para hacerse rico, promesas rotas y batallas sinsentido, la vida podía consistir en música y lentejuelas. Tuvo la sensación de que le habían mentido toda la vida, desde la historia de los peregrinos llegados del Viejo Mundo en adelante. Le habían ocultado el secreto como quien encierra a una tía loca en el sótano, a la que un día un vecino libera inconscientemente… y resulta ser una mujer maravillosa. Dio por hecho que todo el mundo estaba equivocado acerca de la vida y que, siendo así, podrían estar equivocados también sobre él. Al menos durante esas dos horas se le antojó posible que también él, en algún rincón de sus adentros, fuera pura música y lentejuelas.

—¡Bravo! —grita Less al terminar la representación, poniéndose en pie mientras el resto del público aplaude, algo desconcertado. Perdonemos su error de género y número gramatical, como tantas veces hemos perdonado a Arthur Less sus reacciones en estos escasos y bien merecidos momentos de felicidad.

—Ven, te va a encantar —le dice Thomas, ya fuera del teatro, intentando convencer a Less de acompañarlos a una fiesta que organiza otro grupo de teatro al que conocen. El actor lleva sus gafas color ciruela y un grueso jersey de un tono amarillo como el de la luna—. Son un grupo teatral de aquí, de Alabama, que también lleva a la escena obras literarias con sus textos completos. Aunque ellos no cantan —añade Thomas con un guiño.

—Hum… —repone Less, cargando con uno de los arbolitos de la escenografía.

—¡Habrá improvisaciones! —agrega Thomas enarcando las cejas con gesto tentador.

—Hum… —repite Less, fijándose en las cejas de Thomas, en sus pecas, en el aroma cítrico que flota en el aire. Hay algo que lo aterroriza, parece—. Creo que no me apunto. Escucha, ¿no

dijo doña Dorothy que en Georgia debería visitar la plantación Gillespie?

—Oh, sí —responde Thomas, colocando cuidadosamente el san José en la parte trasera de la furgoneta—. Deberías ir a visitarla. Oye, ¿de verdad vives en la furgoneta?

—Solo durante este viaje. Es cómoda. ¿Nunca has dormido en una?

—Oh, no —responde Thomas—. Nunca. Mi vida ha girado en torno a los escenarios desde que terminé la universidad. En autobuses sí he dormido, y en habitaciones de hotel. Te podría dibujar de memoria todas las habitaciones en que he pasado la noche. Son todas iguales. Ya he recorrido todo el sur. Me crie en Pickens, en Carolina del Sur, pero me marché pronto. Un profesor me decía que tenía algo especial. Fui a Nueva York y resultó que ese «algo especial» no era suficiente. Así que regresé al sur y mi hermana y yo nos instalamos con doña Dorothy. Podría decirse que soy un nómada, pero nunca he vivido en una furgoneta como esta. Supongo que tú también eres un nómada.

Por una vez, Less se siente sin palabras.

—Es una cámper capuchina.

—¿Cómo?

—Eh… El techo se eleva —explica Less—. Tiene mucho espacio.

—¿Para qué?

—Para… ¿dormir?

Thomas ríe.

—¿Cómo se duerme?

—Pues… ¡bien! ¡Es muy silencioso! Deberías probarlo algún día —apunta Less y, acto seguido, frunce el ceño—. Quiero decir que…

Thomas aparta la mirada, tímidamente, inclinando la cabeza sobre un hombro.

—Tendrás que hacerme una visita guiada cuando no esté atestada de trastos.

—Me encantaría.

Thomas sonríe con ademán triste.

—Entonces…, ¿no vienes a la fiesta del teatro?

—Esta noche no, gracias. —Less se queda en silencio unos instantes y a continuación pregunta—: Thomas, ¿por qué llevas jersey? Hace calor.

Thomas se encoge levemente de hombros y dice:

—Como dice mi abuela Cookie…, ¡cada uno cuenta la feria según le va en ella!

Y así es, desde luego.

Less ve cómo Thomas se marcha caminando. Se apodera de él un sentimiento de soledad, quizá por lo que acaba de rechazar. Vuelve a la carretera y decide detenerse junto a un bar cuyo luminoso dice: STAGGER LEE DA LA BIENVENIDA A TODO EL MUNDO. Less le toma la palabra —como a todos: desconocidos, amantes, políticos— y, acompañado de Dolly, se dirige bajo la llovizna hasta la entrada. Se trata de una edificación baja de ladrillo con tejado plano, aislada en mitad de un solar cubierto de grava; en una vida anterior, podría haber sido un local de pollos fritos o una tintorería o una tienda de tubos de escape. Las ventanas están todas ennegrecidas y Less se siente transportado a otro bar, igualmente opaco, que de joven lo aterrorizaba: el SecretS. Estaba en Dover, estado de Delaware (y podría seguir estando), y el Less de apenas dieciocho años solía dar vueltas a la manzana del bar durante una hora, haciendo acopio de valor. Dentro, en realidad, no había más que una mesa de billar, una máquina de discos y una barra iluminada con estridentes focos de colores. Poblaba ese lugar una clientela tan solitaria como desconfiada. Todo bastante parecido al Stagger Lee, en realidad.

—¿Qué vas a tomar? —pregunta apremiante la camarera, una mujer bajita con top de encaje amarillo y una impresionante cola de caballo hasta la cintura. A primera vista parece joven y desborda vitalidad, una sensualidad audaz y cierto gesto travieso. Sin embargo, vista más de cerca no es joven para nada, sino de la edad de Less. La camarera señala con el dedo a nuestro protagonista para dejarle una cosa clara —. Por cierto, no soy camarera cualquiera; yo pongo cervezas. Elige marca y te garantizo que te serviré la más fría que tenga.

La estancia es amplia y oscura y está despojada de cualquier

cosa, más allá de unas cuantas sillas y mesas, una máquina de discos y una barra curvada en un rincón. Está prácticamente desierta, salvo por unos pocos señores mayores, un tipo rubio de la edad de Less y una jovencita diminuta, de pelo rosa y gafas gruesas. Todos están sentados en la barra y todos son blancos. Less se sienta en un taburete forrado de vinilo rojo junto al hombre rubio, de semblante monolítico y gorra de camionero. El hombre fuma con una mano; le falta la otra. Lleva una pistola colgada del cinturón. A Less ni lo mira. No se oye ninguna música. Y no tendría sentido alguno contar todos los tatuajes que suman entre la clientela y la chica de la barra.

—Qué culo tienes, Teresa —dice uno de los hombres mayores.

La tipa de la barra se gira y le grita:

—¿Bonito culo? Además de ser una viejales, estás cegato. ¡Yo no tengo culo! ¡Tengo tetas!

—Qué culo tienes —repite el señor en voz baja.

La mujer se dirige ahora a todo el bar.

—Este señor no ha visto un culo de verdad en años. ¿Qué te pongo, guapo?

Less echa un vistazo a lo que beben sus compañeros de barra: Bud Light, Bud Light, Bud Light y Bud Light.

Por extraño que parezca, nuestro Novelista Americano Menor se siente seguro en este lugar. Precisamente por sentirse tan desubicado como treinta años atrás, sentado en la barra del SecretS. Las mismas miradas de sospecha y juicio, la misma oscuridad y casi la misma máquina de discos, con el mismo tipo rubio con gorra de camionero fumando a su lado. «¿Qué vas a tomar, guapo?» Hasta la pregunta se le hace familiar, terrorífica, aunque no tanto como cuando se sentó en aquel bar gay, pidió una cerveza con el carné de identidad de otra persona (el carné era de su amigo Ben, un chico mucho más guapo que él: doble estafa) y se quedó allí sentado pensando: «Entonces, ¿este es mi sitio?». Ese bar de carretera del sur no es en modo alguno su sitio, y el resto lo sabe, y se lo hace ver. Después de viajar por todo el mundo y por todo el país, tras años de clases de taekwondo, en el equipo de debate, en el coro de la universidad, en la calle 4 Oeste, en la playa Baker y

el río Russian y en la Cabaña de los Vulcan Steps con Robert Brownburn y conmigo, Freddy Pelu (por no mencionar la casa familiar de Delaware), para Arthur Less es normal sentirse fuera de lugar. ¿Qué puede ser más normal que sentirse fuera de lugar en cualquier sitio? ¿Habrá algo más estadounidense?

—Una Bud Light, por favor —pide Less, para inmediatamente añadir—: Señora.

—Puedes llamarme Terry. —Less le dice su nombre y ella se inclina sobre la barra para acercársele. Less percibe un aroma a perfume floral, mientras ella le mira de la cabeza a los pies—. ¿Acabas de salir de la cárcel, Arthur?

¿Ha funcionado por fin el bigote?

—Pues… En realidad, no… Estamos de paso.

—Le está tomando el pelo, señor —oye decir a una voz. Less supone que viene del hombre que se sienta a su lado, pero el tipo está justo en ese momento llevándose a la boca el botellín de cerveza (viejo truco de ventrílocuo).

Terry sigue con su charla, desapareciendo en el arcón frigorífico que tiene tras la barra, de manera que queda solo su voz en el aire:

—Por aquí pasan muchos chicos de Lauderdale tratando de rehabilitarse un poco antes de volver a meterse en líos. Mi exmarido, por ejemplo. —La mujer vuelve a aparecer con una Bud Light en la mano; la abre—. El otro día llegó un chaval, un forastero, como tú, y lo primero que preguntó fue que dónde se podía comprar maría. Pero ¿cómo haces eso, muchacho? Presentarte en un bar al que no has ido en tu vida y preguntar por marihuana. Son dos dólares, cielo. Lief, tú estabas, ¿te acuerdas? Ese chaval estaba un poco ido… ¿Qué tenemos aquí?

Less se ha quedado paralizado. Terry lo mira como si hubiera intentado pagar la cerveza con uranio enriquecido.

El bar entero los está mirando.

—Pero ¿y este perro tan mono es suyo?

Less baja la mirada: Dolly se despereza de la siesta que estaba echando en su regazo, aupándose a la barra con una patita y asomando la cabeza. La pose es la de una estrella de Hollywood que baja la ventanilla de su limusina no para ver a

la multitud, sino para dejarse adorar por ella.

—¿Cómo se llama está puñetera preciosidad?

—Se llama Dolly.

—Pero, bueno, joder, qué bonita eres, coño. ¡Hola, Dolly!

Less no sabe si la mujer de la barra está haciendo una referencia al musical de 1964 de Jerry Herman, a la versión cinematográfica de 1969 protagonizada por Gene Kelly o si está usando el idioma sin más pretensión.

Dolly recibe autorización para caminar por la barra y Terry la manosea, extasiada. Probablemente no sea la primera infracción de la normativa sanitaria ni el primer manoseo que se cometen en el Stagger Lee. Less esboza una sonrisa de resignación hasta que se da cuenta de que la parroquia lo mira ahora con más afecto. El principal indicio es que el manco que se sienta a su lado le mira a los ojos y le dice:

—Qué locura de perro.

Terry le alarga a Less dos monedas de cuarto de dólar.

—Arthur, ve a poner algo de música. Te advierto de que son todas canciones grabadas de la radio. Empiezan por la mitad y las partes donde hay publicidad están cortadas. El dueño es un tacaño.

Arthur Less, cuyo gusto musical no abarca mucho más allá de los musicales, se enfrenta con una selección de canciones que le son totalmente ajenas, así que elige una al azar. Se titula *Más paleto*.

Terry estalla en risas.

—Esa canción es ridícula, ¿no la has oído? —Lief niega con la cabeza. Terry se vuelve hacia el resto de los clientes, que también se carcajean—. ¡Súbela! —¿Acaso ha dado Less con el único lugar de Estados Unidos donde la gente es capaz de bromear? ¿Se ríen también cuando pasan por debajo de la pancarta que cuelga del juzgado y que dice: NUESTROS CIUDADANOS SON LA MEJOR GENTE DEL MUNDO?

Te crees que eres muy de campo,
pero yo soy más de campo que tú

—¿Has ido hoy al funeral, Tragaperras? —pregunta Terry—. A Lief lo llamo Tragaperras. Es mi manco favorito.

Lief niega con la cabeza.

—He ido a ocho ya este año. No puedo más. Maldito pueblo.

Terry le da un sorbo a su cerveza.

—Lief lleva años queriendo irse del pueblo, pero tiene que cuidar de su madre. Creo que no le queda mucho tiempo de vida, ¿no es así, Lief?

Lief asiente solemnemente.

—¿Qué harás entonces?

Es Arthur Less quien ha hecho la pregunta. Terry lo mira con interés.

—Tengo una furgoneta. Como la tuya. La he arreglado y le he puesto cama, frigorífico y hasta calefacción. En cuanto pueda, me echo a la carretera con ella. Quiero ver todos los sitios por los que antes pasaba con el camión.

—¿Adónde vas a ir primero? —pregunta Less.

Terry se echa a reír.

—Misisipí no, ¡eso seguro! Arthur, a Misisipí no te acerques. Son unos catetos, mala gente. No te van a tratar como te trata la gente en Alabama.

Quizá Terry está tratando de echarle un cable a Lief cambiando a un tema que a todo el mundo entusiasma en ese bar. Pero Lief se limita a darle una calada a su cigarrillo.

—Creo que en Maine hay un sitio que es donde primero da el sol de todo Estados Unidos. Quiero ir a verlo. Eso es lo que quiero ver. El primer sitio de América donde se ve el sol.

Less se termina la cerveza de un par de tragos. Allí, en ese bar de Alabama, de repente, se le ha aparecido Freddy Pelu. Con su pelo oscuro y rizado y sus gafas rojas, aunque, desde luego, no con una Bud en la mano. Less se queda en silencio; sabe que no puede contar que su pareja está en Maine. De todos modos, tampoco sabe exactamente dónde. A continuación, Lief apaga la colilla del cigarro en el cenicero y le sorprende con una pregunta.

—Tengo una pregunta para ti, amigo.

—Dispara —responde Less, dándole un sorbo a su cerveza.

—No he conocido nunca a un homosexual —dice, reflexivamente—. ¿Cómo es ser homosexual?

Less no puede evitar escupir la cerveza como un aspersor.

Logra apuntar hacia su izquierda y consigue no mojar a nadie. No le da tiempo a responder, pues en ese mismo instante llega desde la puerta un jaleo de voces con acento sureño. Acto seguido entra en el local otra chica de pelo rosa, a la que llaman Mordisquito, y un tipo bajito con un parche, al que apodan el Gallo. Invade el local una especie de tensión, algo amenazador, como si se hubiera roto una tregua. El Gallo empieza a vociferar: «¡A prepararse!». Mordisquito tiene que tranquilizarlo. Cuando Less da la espalda a Lief, su compañero de barra se ha embarcado en una conversación con un chaval que tenía al lado y que trabaja como soldador, un tipo flaco con bigote de aficionado (el profesional es Less), que dice que en verano pasa demasiado calor, y en invierno, demasiado frío. Lief le aconseja que se haga electricista y así podrá trabajar siempre en interiores. El chaval toma nota de su consejo y Lief lo tranquiliza: «Tienes tiempo de hacer los cambios que quieras en la vida».

El Gallo sigue gritando —«¡A prepararse! ¡A prepararse!»— y se endereza ante todos sosteniendo un objeto oscuro y pesado en la mano. Mordisquito corre para detenerlo, pero es demasiado tarde: el Gallo se lo lleva al mentón. Less nota cómo se le para la sangre en las venas y hace amago de esconderse detrás de Lief. La máquina de la música se detiene y en la estancia parece haber caído la temperatura como si por la puerta entrase un viento helado. Less no tarda en darse cuenta: lo que el Gallo tiene en la mano es un micrófono. Está a punto de cantar una canción del karaoke, que ya está en la cola: *Oh, What a Beautiful Morning,* la canción del musical wéstern *¡Oklahoma!* Less queda maravillado.

Para su sorpresa, cuando sale del bar, Terry salta desde detrás de la barra y le propina un abrazo de oso.

—No dudes en volver si tienes que pasar alguna vez de nuevo por el pueblo. En este bar es bienvenido todo el mundo, ¿me has oído?

Less se queda mirándola, pero el rostro de nuestro protagonista es como un signo de interrogación.

Con respecto a la pregunta de Lief…, mejor no hacérsela a un mal gay.

Esta noche en Alabama, en el interior de su furgoneta camperizada, Less se las arregla para asistir a la siguiente reunión en línea del jurado. En esta ocasión, la asamblea se celebra en una nueva sede. Finley Dwyer ha configurado la videoconferencia para que los rostros aparezcan en recuadros adyacentes y Less no puede evitar recordar el noveno círculo del infierno en el que languidecen Caín, Mordred y otros malos de la historia, asomando solo las cabezas entre el hielo. Es agradable, pero bastante llamativo, ver al resto del jurado retratado de este modo: Gratis lleva una inesperada mata de rizos a lo Angela Davis; Vivian, con gesto serio y mentón afilado, sentada en una especie de sitial gótico, y Finley Dwyer, luciendo su barba negra aterciopelada y un traje de terciopelo marrón, echado sobre un sofá de terciopelo verde y fumando (en cualquier momento podría maullar). Solo falta el rostro de Edgar, reemplazado por un recuadro gris (por cuestiones no tanto técnicas como relacionadas con su forma de ser), desde el cual emergen bisbiseos y ruidos de cosas rompiéndose. Por supuesto, Less se ve a sí mismo: un fantasma entrado en años, con cara de conejo y piel moteada, entre blancuzca y rosácea. Y bigote a lo Pancho Villa.

—Arthur, ¿te has hecho algo en el pelo?

Less se da cuenta de que no se ha quitado el disfraz de sureño.

—No, es que me he dejado…

—Te hemos echado de menos en las reuniones pasadas. A lo mejor te sientes más cómodo como candidato… ¿Quieres que te retiremos del jurado?

—No, lo único que pasa es que…

—Vamos a ver qué tienen que decir los compañeros sobre las obras presentadas, Arthur. ¿Edgar?

Desde el recuadro de Edgar llega un ataque de tos y, a continuación, se oye lo siguiente:

—Me gusta la de Overman.

Less suspira levemente. Leer una novela de Overman es como quedar al cargo de un familiar que nunca se ha cuidado: puede morir cualquier personaje o aparecer sin aviso recuerdos violentos, y todo tipo de drogas terminan inyectadas en las

venas de cualquiera. Además, Overman es gay.

—¿La de Overman? —pregunta Finley, incrédulo—. ¿Alguien más la ha leído?

Less trata de intervenir:

—Todavía no, pero yo creo que…

—Un momento, Arthur. ¿Gratis?

Gratis frunce el ceño y dice:

—No sé si era la novela de Overman o la de Underberg, pero una de las dos no me gustó.

—A mí tampoco —asevera Finley—. Edgar, ¿qué es lo que te ha gustado?

—El lenguaje, la estructura… Me parece muy experimental. La historia de amor homosexual. Al final lloré.

—Yo también lloré —tercia Vivian.

Finley hace un gesto con la mano.

—Pues, claro, yo también he llorado. Sí, lo de la estructura experimental… Pero lo cierto es que yo discrepo mucho de la historia de amor homosexual.

—¿De verdad? —pregunta Less.

—Arthur, qué parlanchín estás hoy. Sí, de verdad. Estoy seguro de que estaréis de acuerdo conmigo. Todos hemos vivido esa época en la que no se presentaban relatos *queer* a premios como este y nuestros agentes nos rogaban que no nos definiéramos como *queer,* que no participáramos en el mundo literario *queer* de ninguna manera. Sé que vosotros seguisteis ese consejo. Y me alegra ver que el mundo está cambiando. Cuando me pidieron que presidiera este jurado, lo acepté prometiéndome que trabajaría para promover la literatura y los temas LGTBIQ+. He leído la novela de Overman con mentalidad imparcial. No se trata de si es buena. Y mi opinión es firme. —El resto de los rostros esperan expectantes—. Es que… No es así como se debe escribir… sobre lo LGTBIQ+.

No hay nada más que decir: el jurado enmudece ante este dictamen. El conjunto de rostros asiente al unísono con solemnidad. Sin embargo, Arthur Less se retuerce visiblemente dentro de su pequeño recuadro en la pantalla, como un alumno de primaria que se sabe la respuesta (¡esta se la sabe!), pero al que no le dejan hablar.

—¿Estás diciendo…? —empieza Less.

—¿Sí, Arthur?

—A ver, ¿estás queriendo decir que…?

—¿Qué?

—¿Estás diciendo que Overman es un mal gay? —suelta por fin. De repente, una luz parpadeante, versión digital del mazo del juez, anuncia el cierre de la sesión.

—Lo siento —dice Finley—, pero tenemos que terminar aquí. Tengo una cuenta gratuita y hay un límite de cuarenta y cinco minutos. No te pierdas más reuniones, Arthur. ¡Hasta la próxima!

Uno a uno, los rostros desaparecen de su vista, justo cuando Less había tomado carrerilla. Tal vez la próxima vez.

A la mañana siguiente, Less se despierta con un golpe en la ventanilla de la furgoneta. Como dentro de Rosina está completamente a oscuras, Less tira al suelo varios objetos antes de poder abrir la puerta. Es temprano y una niebla opalescente parece descansar sobre las turbulentas aguas. Se percata de que uno de los gallos se ha caído de su zócalo y yace hecho añicos en el suelo. Dos adolescentes atemorizados permanecen en pie junto a él, con sendas toallas en la mano. Al instante, Less ve cómo el anciano barbudo que hace las veces de anfitrión sale de su caravana blandiendo un bate de béisbol. Se acerca a grandes zancadas a los adolescentes, empuña el bate… y destroza el otro gallo. La incredulidad se puede cortar con un cuchillo. El dueño camina de vuelta a su tráiler. Ve a Less y se detiene.

—Sería demasiado triste verlo solo —sentencia, para acto seguido entrar a su tráiler y cerrar tras de sí.

Less vuelve la mirada hacia los dos gallos destrozados. Dolly pide el desayuno con aullidos lastimeros. El teléfono empieza a sonar.

—Hola-por-favor-desea-comunicarse-con-usted-Peter-Hunt-no-cuelgue.

Arthur Less se sienta sobre la cama nido de Rosina, pestañeando ante el sol matutino mientras Céline Dion interpreta *Enter Sandman,* de Metallica, tema al que sigue un

interludio silencioso, seguido a su vez por la voz de Peter Hunt:

—Arthur, hola. Escucha, voy a ir al grano…

—¡Peter!

—¿Qué tal va el *show business?*

—¡No hay *business* como el *show!*

—Vale, vale —interrumpe el agente—. Te he buscado unas cuantas conferencias en la costa este. Me dicen que ya habías contactado con ellos.

—¿Qué? ¡No, yo no he contactado…!

—Es una agencia literaria que se llama Balanquin o algo así. Pero ¿me dejarás que lo gestione yo? La primera conferencia es en Dover, Delaware.

—¡Donde yo nací!

—¿En serio? De Dover irás a Baltimore, etcétera. Los honorarios totales son de…

—¡Con eso me bastará para pagar todo lo que debo, Freddy! ¡Casi lo he conseguido!

—Espera, ¿cuánto tiempo tendrás que dedicarle a eso?

—Será otra semana o algo así. Aún me tienen que dar los detalles. Quizá tres semanas en total. Justo a tiempo.

—Sabes que no tienes que hacerlo, ¿verdad? Puedes venir a Maine, como habías planeado. Puedo pedirle dinero prestado a Carlos…

—¡No! A Carlos no le pienso pedir dinero. En fin, al menos podré ver a mi hermana. Quizá sea divertido.

—¿Te ha picado el bicho de los escenarios?

—Reconozco que es agradable que celebren la obra de uno.

—Less, anoche fui a una fiesta.

—¿Sí? Qué divertido.

—Es posible que no tenga cobertura durante unos días.

—¿Por una fiesta?

—He alquilado una habitación en una especie de albergue con habitaciones en la isla —«¿Isla? ¿Fiesta? ¿Qué está pasando?»—. La isla de la que te hablé. La isla habitada más oriental de Estados Unidos. Estoy trabajando en un nuevo proyecto.

—¿No te podré llamar? —pregunta Less.

—La dueña del albergue dice que el único teléfono que funciona es uno marca Bell que tiene de antes de la guerra. Es todo un personaje. Se hace llamar la Viuda del Ballenero y dice que es la última que queda.

—¿Cuándo te marchas?

—Mañana. El albergue se llama Fonda de la Viuda del Ballenero. Por aquí las cosas son bastante transparentes.

—Entonces, ¿no podremos hablar a partir de mañana?

—Tú vive tu aventura. Hablaremos cuando regrese de la isla. Quizá podamos coger ese tren en el que siempre has querido viajar.

—¿Me estás dejando? —pregunta él.

Río.

—No, Less, ¡claro que no!

—¿Qué está pasando entonces?

—Less, hay cosas de nuestra relación que deben cambiar.

Un silencio. La seguridad de Less comienza a hacerse añicos, como un gallo de cerámica.

—Freddy. Siento no haber estado ahí para ti. Lo siento. El dinero, mi padre y…

—Te noto asustado.

—¡Estoy asustado, Freddy! No puedo hacer esto solo —afirma, para a continuación añadir—: No puedo hacer esto sin ti. ¡No me dejes!

—Te quiero, Less. Ni más, ni menos.

—No me dejes, Freddy.

La contundente súplica me deja sin palabras por un momento.

—Pero ¿de qué estás hablando? —le digo a mi amor—. ¡No voy a dejarte!

¿Qué fue lo que dijo Arathusa, la Líder del Consejo, en Ambrogio? Después de lanzar su bumerán roto, esperando que volviese.

«Parece que funciona solo a la mitad.»

En Georgia esperan a Less más campos sobrevolados por pizquitas de algodón, pero Less no puede pensar en otra cosa que no sea la conversación telefónica. «¡Estoy haciendo lo que debo hacer! —argumenta a Dolly—. ¡Tengo que ver a mi padre. Tengo que ver a mi hermana. Necesitamos el dinero. ¡No podía no aceptar!» Dolly inclina la cabeza hacia un lado, como tratando de identificar el acento de su dueño. Acercándose a Atlanta, los pueblos, además del proverbial puesto de comida —fritos, normalmente— y la tienda de todo a un dólar, empiezan a ofrecer bares con terraza, tiendas de dulces y «galerías de arte», en las que se venden enanos de piedra y ruedas de carro para decorar el jardín. En un pueblecito vive un momento de éxtasis al pasar por debajo de una pancarta que dice «Orgullo lavanda». Se trata del típico evento en el que se dan besos a cambio de donativos para la beneficencia, se representan números musicales y hay un armario de verdad para quien quiera salir de él. Este lo patrocina la iglesia local, de la rama unitaria. Por desgracia, es el fin de semana siguiente. Se instala en un parque estatal situado a orillas de un lago que muy bien podría estar encantado. Está preparándose para ir al teatro cuando, por primera vez, teme por su propia seguridad. Oye una voz masculina a su espalda: «Bonita furgo».

Se trata de un tipo blanco, bajito y sonriente, con una perilla también blanca, quizá seis u ocho años mayor que Less (difícil de calibrar, más allá de los cincuenta y pocos). El hombre viste una camisa con estampado floral y tirantes. En el rostro, llama la atención la redundancia de las gafas oscuras con lentes de color y el delineador de ojos verde oscuro, como de crupier. Nuestro protagonista se ve obligado a explicar el funcionamiento de su curioso vehículo (cómo se despliega el techo elevable). El tipo asiente con la cabeza y replica:

—Yo lo tengo también bien montado. Mi mujer y yo tenemos televisión por satélite, microondas, de todo. Ven a echar un ojo.

Less y el tipo cruzan un pequeño prado cubierto de compost, en el que hay aparcada una autocaravana que, sin duda, no ha pertenecido a ningún oftalmólogo: los faros están

llenos de lamparones y el parabrisas opacado por el polvo. El toldo extendido cede ante el peso de las hojas secas. «Entra, entra», invita el hombre. Dentro es aún peor: se trata de un cubil inundado de color sepia, con un sofá atestado de revistas viejas y una mesita de desayuno plegable sobre la que descansa una llamativa selección de salsas y condimentos para hamburguesas. Un armarito abierto deja entrever una impresionante colección de DVD. Más allá, iluminada por un rayo de sol en el que flotan infinitas motas de polvo, una cama deshecha. El hombrecillo (que responde al inopinado apodo de Tapón) gira sobre sí mismo con un gesto, dando a entender que aquel es su pequeño oasis.

—¿Sabes? Mi esposa está fuera y no va a volver hasta dentro de dos o tres horas. Podríamos pasar un buen rato. Tú y yo.

No sabemos cómo se las apaña Less para escapar de aquella situación tan terriblemente incómoda. Encontramos de nuevo a nuestro héroe dentro de Rosina, con el seguro echado. Dolly, en dos patas, empaña con su aliento el vidrio helado de una de las ventanillas. Sano y salvo, pero ¿de qué lance horroroso exactamente, Arthur Less? ¿De que haya sido descubierto tu disfraz de Walmart? ¿De la desesperación propia de la mediana edad? ¿De la extinción del DVD? ¿De un pobre diablo en busca de algo tan común que lo vemos ofrecido o solicitado en las puertas de cualquier baño de carretera? ¿O ha tenido Less quizá una visión de lo que sería la vida sin Freddy en el interior de la destartalada cueva de Tapón?

Less conduce hasta la sala donde se va a representar la obra y ayuda a descargar el material. Escruta la audiencia, pero no, Lawrence Less tampoco está en este patio de butacas. Nuestro protagonista empieza a entender. Como perro que vuelve a su vómito, así es el necio que repite su necedad: su padre no está. Jamás estará. Es la misma mentira, alargada durante medio siglo. Imagina entonces a Tapón tocando a la puerta de su autocaravana. Pero en ese momento se atenúan las luces en un teatro de Georgia y Thomas empieza a cantar.

Less tiene que viajar al día siguiente, pero, quizá por evitar

otro encuentro con Tapón, decide retrasar la vuelta al parque de autocaravanas entrando a un bar: GIBSON, dice en letra cursiva el neón rosado. Es el apellido de soltera de la madre de Less, que lo interpreta como una señal de buena fortuna. El exterior es parecido al del Stagger Lee, y también lo es el interior, salvo por una cosa: el único blanco del Gibson es él. Less está acostumbrado a saberse la única persona homosexual en muchos lugares que frecuenta; es parecido a ser el único que va disfrazado a una fiesta que en realidad no es de disfraces. Contemplemos, no obstante, a Arthur Less en ese entorno, embargado por una incomodidad a la que no está tan habituado. Vean cómo trata de abrirse paso entre la gente, forzando la sonrisa, deslumbrado por las luces de la máquina de discos, para encontrar un rincón propio en ese lugar atestado.

La camarera es una chica diminuta que lleva una diadema de orejas de gato y tiene el ademán tímido y perspicaz de la bibliotecaria que sabe cuál es el libro idóneo para ti. Se inclina sobre la barra para acercarse más a Less y dice: «Bienvenido, señor. Usted quiere un combinado». No es una pregunta. Less dedica una mirada a un señor mayor con gafas bifocales que está en la barra junto a él y el tipo hace un gesto de asentimiento con la cabeza. Cuando se trata de bebidas alcohólicas, quizá haya que aplicar el sí al sí; al no, no. Less asiente a su vez y la camarera le dice: «Jack Daniels con Coca-Cola». Él asiente de nuevo. La chica desaparece y vuelve al poco con los ingredientes del cóctel: una botella de burbon, una botella de refresco de cola marca blanca y unos hielos en un cuenco. Vuelve a inclinarse sobre la barra y le dice a Less:

—Señor, espero que se sienta usted seguro en este bar.

A Less le sorprende tanto ese comentario que se le cae un cubito de hielo. El señor de las gafas hace otro gesto de asentimiento y se gira para darles la espalda.

—Sí, señorita —responde Less—. Sí, gracias, señorita.

Ella sonríe y se ajusta la diadema de orejas de gato. Él recuerda haber pronunciado esas mismas palabras cuando llevaba a algún amigo hetero a un bar gay, las mismas que se le dicen a alguien que porta un arma a la vista: que esperas

que se sientan seguros, porque, desde luego, el peligro son ellos.

Empieza a sonar una canción, un blues cantado por una rasposa voz masculina. A Less le lleva unos cuantos tragos de combinado darse cuenta de que el tipo que canta es el señor de las gafas: distingue, al otro lado del bar, su cabeza inclinada ante un micrófono sobre un escenario. Cuanto termina, el micrófono pasa a otro parroquiano. Llegado el turno de Less, este casi se ha terminado el burbon-cola y está un poco achispado. La camarera le dice que pida una canción. *Anything Goes,* dice. Sin hacer juicio alguno, la mujer la busca en el portátil y el bar escucha en silencio a Arthur Less cantar *Anything Goes:* «Qué sorpresa se llevaron los puritanos —canta con su clara voz de tenor (algo sosa)— al saltar al mar americano». Cuando termina es agasajado con un cortés aplauso y, para sorpresa de Less, la camarera coge el micrófono y se arranca con un tema del musical *¡Oklahoma!:* «Flota sobre la pradera una resplandeciente neblina dorada…».

En los baños del parque de autocaravanas, en el acero pulido que hace las veces de espejo, Less vislumbra un rostro amenazante y da un respingo. No es Tapón. Es él mismo, Arthur Less. Sobre la rayada superficie metálica, Less solo ve el rostro de un tipo de campo, magro y quemado por el sol, un bigote a lo Pancho Villa, la nuez y la barbilla huidiza heredadas de su abuelo de Georgia: un paleto, como los llamaba desdeñosamente su madre a él y a todos sus familiares paternos. Less se ha camuflado hasta el punto de resultar amenazante, como las polillas que ahuyentan a los murciélagos imitando los ultrasonidos que emiten sus primas hermanas venenosas. «Señor, espero que se sienta seguro aquí.» Un primo venenoso, desde luego.

Less decide afeitarse los extremos del bigote y el resto del rostro. Tira la camiseta al cesto de la ropa sucia junto con la gorra de béisbol. A partir de ese momento, vestirá camisas blancas limpias y su traje gris, que siempre cuelga en el exterior para que no se arrugue. Su disfraz no ha engañado a nadie, salvo a sí mismo.

De modo que, a la mañana siguiente, viaja al destino que le espera ese día, de nuevo con su anodino bigote de siempre.

«Buenos días, me llamo Lynn y les doy la bienvenida a la plantación Gillespie. La plantación nació en 1830. Entonces solo había una sencilla cabaña de troncos, pero hoy se extiende por más de ochocientas hectáreas. La desmotadora de algodón a vapor, inventada en 1879 por Robert Sylvester Munger y su esposa, Mary Collett Munger, a usted no le interesará en absoluto, Arthur Less, ni tampoco las particularidades botánicas de la planta del algodón, cuyos botones se convierten en flores que, a su vez, crecerán hasta convertirse en los frutos del algodón, que del blanco evolucionan a un resplandeciente color rosado antes de madurar. No, señor Less, me está usted mirando a mí, Lynn, una mujer blanca y sesentona con la boca manchada de azúcar glas de un dónut que me he comido justo antes de esta visita guiada, y también está mirando usted a sus compañeros de visita, también manchados de azúcar glas: un matrimonio francés entrado en años, con gafas de sol y chándales color añil unisex; tres señoras mayores que visten suéteres finos y decoran sus escotes con diamantes de imitación, y la joven pareja hetero que viste al estilo años cincuenta y viene de alguna ciudad un poco de moda, como Asheville o Nashville. Los está juzgando a ellos igual que me juzga a mí, profesora de secundaria jubilada de Athens, Georgia, que hace todo lo que está en su mano por no desaparecer de este ingrato mundo sin hacer algo de ruido. Pero ¿han juzgado ustedes a Arthur Less? ¿Cree usted, caballero californiano, que no forma parte de esto? Nos ha contado que nació usted en Delaware, un estado que fue esclavista hasta después de la guerra de Secesión y, por lo que sé, sus paisanos nunca han sido muy dados a moverse. Llevan allí asentados mucho tiempo, el suficiente. Usted está tan metido en esto como el resto, amigo mío. Ahora, acérquense y prueben la desmotadora a vapor, que vino a sustituir al artilugio manual, aparecido en la India sobre el año quinientos después de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Ha tocado usted alguna vez una cápsula de algodón? ¿Ha tocado alguna vez una

panícula de arroz? ¿Una caña de azúcar? ¿Algún cultivo real? Bien, pues acérquese. Pero cuidado con los dedos, Arthur Less. El algodón es abrasivo.»

La mente ensoñada de Arthur Less vuelve de sopetón al grupo, que ya sale del molino algodonero para caminar de nuevo bajo la intermitente lluvia sureña. Doña Dorothy le había sugerido visitar la plantación Gillespie y Thomas coincidió en la recomendación, así que Less se ha levantado temprano y ha conducido entre los campos algodoneros hasta dar con el cartel indicador: PLANTACIÓN GILLESPIE. VISITAS GUIADAS TODO EL DÍA. El límite occidental de la plantación estaba acordonado con una cinta que decía POLICÍA, pero Less aparcó, entró y descubrió que TODO EL DÍA quería decir que debía sumarse a una visita ya empezada, como ocurría en la sesión continua de los cines antiguos, tan dada a la prolepsis: era habitual entrar a una comedia romántica y que los protagonistas se hubieran casado antes de conocerse.

A continuación, Lynn les invita a cruzar un prado hasta una cabaña de troncos de forma oblonga, con techo de abedul, en cuyo interior toman asiento.

—Esta es la cabaña original. Ahora se proyectará una breve película. Después harán un recorrido por las distintas dependencias. Hasta ahora.

El vídeo ha sido dirigido por una de las nuevas propietarias, que hace también las veces de narradora («Hola, soy Ethel Doss y les doy la bienvenida a la plantación Gillespie.»). Es una mujer blanca de pelo rubio y hermosas facciones, que lleva un vestido de raso verde cuya amplitud da a entender que, debajo, viste también unas enaguas. La calidad de la película es deficiente, especialmente la música —suena *Greensleeves* cada vez que se menciona a Inglaterra; para Egipto se ha seleccionado un blues, *Hoochie Coochie Man*—. A pesar de esta incompetencia, los datos históricos son precisos y no se edulcora nada: «La prohibición de importar personas esclavizadas no hizo más que exacerbar la violencia ejercida en las plantaciones de trabajos forzados, como esta». La película termina, de forma algo prematura, justo antes de la guerra de Secesión. Doña Ethel aparece de nuevo, vestida de señora

Claus: «¡Vuelvan en las fiestas para vivir la Navidad al estilo Gillespie!».

Antes de que se enciendan las luces por fin, a los turistas se les regala el oído de nuevo con *Greensleeves*.

—¿Qué les ha parecido la película? —pregunta una voz desde el fondo.

—*C'était bizarre* —murmura la francesa.

Una de las ancianas se gira y dice:

—Pero ¡usted no es Lynn!

—No, señora. No soy Lynn. —Detrás de los bancos donde se han sentado les espera una mujer negra excepcionalmente alta, dotada de una belleza sencilla y descarnada, que lleva el pelo recogido en un moño. Camina por el pasillo central con la cabeza inclinada hacia un lado para no golpearse con las vigas bajas. Viste un conjunto suelto de color índigo y se adorna con un collar de plata, con cuyas cuentas juguetea—. Me llamo Gwen y me crie en la casa de los aparceros, en el límite de la plantación. Voy a llevarlos a conocer dónde vivían los míos.

Gwen abre una puerta lateral de la cabaña y salen de nuevo a la lluvia. El terreno ha empezado a embarrarse. Rodean la cabaña en busca de la explanada trasera y, a su izquierda, Less vuelve a ver la cinta policial.

—¿Por qué han puesto esta cinta? —pregunta.

—Oh, esa es la antigua casa del hacendado y su familia —dice Gwen, sonriendo—. Se quemó el año pasado. Nunca se supo cómo.

Una de las señoras pregunta, con voz preocupada:

—¿Cómo es la Navidad en Gillespie?

—Bien, esto es el ahumadero —anuncia Gwen al grupo, levantando ambas manos en el aire para llamar la atención. Less se da cuenta de que la pareja de jóvenes vestidos al estilo años cincuenta se ha separado del grupo y ha puesto rumbo a la tienda de recuerdos; quizá ellos se sumaron a la visita justamente ahí, en el ahumadero. Gwen pone los brazos en jarras, se endereza hasta alcanzar su máxima altura y se dirige a los seis visitantes:

—Ustedes, los blancos, nos daban menos de dos kilos de carne de cerdo a cada familia por semana. Con eso teníamos

que alimentarnos. Nos daban también harina de maíz, con la que hacíamos tortitas de pala. Contábamos con un rodal de tierra en el que plantar verduras, en el que trabajábamos por las noches, porque pasábamos las jornadas completas trabajando en sus campos de algodón.

Lo único que se oye, aparte de la voz de la guía, es el cuchicheo de la mujer francesa, que interpreta para su marido. ¿Habrá captado el cambio a la segunda persona del plural que ha hecho la guía? ¿Sabrá el suficiente inglés como para trasladar el sentido de ese cambio? Nuestro novelista se ha dado cuenta, desde luego. La llovizna se acumula en el reborde del paraguas y los extremos de las varillas y cuelga en forma de gruesas gotas que no llegan a caer. Gwen no tiene paraguas: cubre su pelo un tocado de gotas de lluvia que forman una suerte de encaje.

Una de las señoras con diamantes de imitación pregunta:

—¿Las tortitas de pala eran como las que hacemos hoy en día para desayunar?

—Sí, señora. Según dicen, se cocinaban en una pala de cavar, puesta a calentar en el fuego.

—¿Dice usted que creció aquí mismo? —pregunta Less.

—Bajando por el camino, sí. Empecé a trabajar hace poco, acabo de terminar un máster en junio. De Historia —explica Gwen, sacando pecho. Un recuerdo la hace sonreír—: Debería haber oído a mi hermana, ¡estaba verde de envidia! Odia cuando consigo algo que ella no. Lo mismo que en Navidad: a mí me salen mejor las tartas —cuenta, agarrándose el collar con la mano.

—¿Qué tipo de tartas son? —inquiere Less.

Ella le dirige una mirada y cae en un abrupto silencio que dura unos instantes.

—De boniato y pacanas —dice, soltando el collar—. Síganme, vamos a entrar en esta cabaña.

«Esta cabaña» es una casa estrecha, de madera pulida por el tiempo, dividida en dos estancias por una chimenea. Los maderos que sujetan la techumbre de chapa parecen más modernos. En un rincón hay un bastidor de cama pintado de blanco, con un somier de cuerdas sobre el que descansa un

colchón. Su sencillez es tan anodina como el tono de voz de doña Ethel en el vídeo.

—Este tipo de camas eran poco habituales. Podría decirse que esta familia gozaba de ciertos favores —explica Gwen tocando el armazón de hierro. Lo contempla como si su hermana, la envidiosa, estuviera ahí echada, dormitando y soñando con el complejo amor que sienten la una por la otra. El dormitorio queda en silencio por unos momentos, excepción hecha del zumbido de una mosca. Cuando Gwen habla de nuevo, lo hace con una voz más grave y tranquila—: Me acuerdo de que esta cama se encalaba para ahuyentar los insectos. Los niños dormíamos sobre esteras de paja —dice Gwen, señalando hacia el piso de hormigón, evocando una escena que parecía quedar a un mundo de distancia—. Aquí mismo, sobre este suelo.

Less se da cuenta de que la francesa ha dejado de traducir. El marido le bisbisea algo al oído y ella agita la cabeza.

La señora de los diamantes de imitación se mantiene imperturbable:

—¿Puede contarnos más cosas sobre los dueños de la plantación?

Gwen emerge de su ensoñación y sonríe.

—No hay mucho que contar. Fueron cinco generaciones. En la plantación vivían doscientas personas afrodescendientes. ¿Ven el periódico con el que se empapelaron las paredes? Servía para aislar. No es de época, desde luego; es posterior, de cuando vivían aquí los aparceros. Originalmente, no se nos permitía tener material de lectura. Podrán observar también que se usaron billetes confederados, que habían perdido todo su valor. A todos les sonará el Ferrocarril Clandestino. —El grupo asiente casi al unísono—. Dicen que cantábamos por la noche para alertar a quienes escapaban en busca de libertad. Así lo contaba la mismísima Harriet Tubman, la gran libertadora. Cuando sabíamos que los blancos habían salido con los sabuesos a los caminos, cantábamos para que quienes habían huido se metieran en el arroyo y despistaran así a los perros.

Y, entonces, sin previo aviso, rompe a cantar:

Meteos al agua.
Meteos al agua, niños.

Arthur Less se imagina a sí mismo mirándose desde arriba, en aquella antigua cabaña que ha perdurado mucho más allá de lo que habrían predicho sus constructores. Ve su calva y su nariz quemada por el sol mientras escucha a la guía turística cantar con voz lenta y poderosa ese canto lento y poderoso. Sus manos, una sobre otra, sosteniendo el paraguas que gotea sobre los tablones del piso. La espalda apoyada contra la pared. Puede ver la expresión de su rostro: ¿qué puede hacerse con la compasión? ¿Es como esos billetes inútiles del gobierno confederado?

Meteos al agua.
Dios va a agitar las aguas.

Cuando Gwen termina de cantar, solo se oye un aparato mecánico que ronronea desde algún campo lejano. La pareja de franceses preferiría estar en otro sitio, o eso parece. ¿Quién querría estar en un lugar como ese, en cualquier caso?

Una de las señoras de diamantes de imitación tal vez sí, pues vuelve a la carga con otra pregunta para Gwen:

—¿Cuánto pesa un fardo de algodón?

Gwen se vuelve hacia ella, diríase que dobla en altura a la anciana. Posa la mano sobre el pecho, tapando las cuentas de plata, y contesta:

—Señora, el Señor me ha colmado de bendiciones —responde— y tengo la suerte de no haberlo sabido nunca.

Desde algún lugar a las afueras de Savannah, Less hace una llamada telefónica:

—Estoy tratando de localizar a Peter Hunt. Soy Arthur Less.

—Por favor, espere.

Céline Dion interpreta de principio a fin *Hallowed Be Thy Name,* de Iron Maiden. Luego, silencio. Y, luego, una voz:

—Lo siento, Arthur, Peter no está disponible. Soy su secretaria, Laura. ¿Puedo ayudarlo en algo?

—Querría ponerme en contacto con gestión de eventos —informa Less—. Se supone que comienzo una gira el domingo y…

—Está todo planeado, Arthur. Estará en Dover el domingo por la mañana. En una iglesia.

—¿Una iglesia?

—Su contacto es la diaconisa Perkins —informa la secretaria—. Después, su chófer lo llevará a Baltimore para un evento la noche siguiente. Le enviaremos el itinerario.

—De acuerdo. Estupendo. Estaba preocupado, no sabía nada.

—En gestión de eventos se confundieron con su nombre.

Él ríe.

—Oh, me pasa a menudo.

—Se alojará en el State Street Inn en Dover. ¡Parece un lugar encantador!

—Por eso llamaba también —repone Less—. ¿Puede decirle que cancelen la reserva? Voy a alojarme en casa de mi hermana.

—Gracias, público de Savannah, por acudir esta noche y por quedarse a este pequeño coloquio. Sé que muchos tienen cosas que hacer, así que les damos las gracias por dedicarnos este tiempo. Yo soy doña Dorothy y esta noche nos acompañará en el escenario, tras nuestra última representación, el autor del texto, el señor Arthur Less.

Una andanada de aplausos. Less no distingue los rostros del público por los focos, pero, aun así, hace una leve referencia y toma asiento junto a doña Dorothy. La va a echar mucho de menos, a ella y a la *troupe*. Y a Thomas. Esa noche Thomas ha cantado *El encanto de mi padre* con lágrimas en los ojos. Y ha entonado el último verso mirando a los ojos a Arthur Less.

Dorothy hace la primera pregunta, que se refiere a los hábitos de escritura de nuestro protagonista. Less responde de manera automática que se despierta todos los días a las seis de la mañana y escribe tres páginas, hasta más o menos mediodía, con la antigua pluma de su madre: la mentira habitual. A continuación, doña Dorothy ofrece otro turno de preguntas y la

voz grave de un hombre se eleva de entre la oscuridad del patio de butacas:

—Señor Less, ¿cuál es su filosofía de vida?

Less da un respingo en la silla. Dorothy se vuelve hacia el invitado, expectante. ¿Quién no querría conocer la filosofía de vida del señor Less? Sin embargo, el señor Less no está pensando en su filosofía de vida, o no exactamente. Está pensando en otro escenario, en otros focos. En una anémona. En una antena parabólica.

Dorothy posa la mano sobre su antebrazo, suavemente.

—Señor Less, el caballero desea conocer su filosofía de vida.

¿Se han adaptado sus ojos lo suficiente a la luz del escenario? ¿Cree distinguir quizá un perfil concreto entre la muchedumbre? ¿Un hombre mayor vestido como de safari, sonriendo desde la tercera fila? ¿Podría ser esa sombra la misma sombra risueña que sostenía muchos años atrás una tarta de cumpleaños para su hijo?

Dorothy:

—Su filosofía, Arthur.

Less vuelve a cobrar conciencia de dónde se encuentra: la sala, el escenario, la mano sobre el antebrazo. Y, como eso es lo único en lo que no quiere pensar, echa mano de la filosofía de vida que más cerca le queda:

—Sí al sí; al no, no.

Mi tío solía llevar consigo siempre, en la cartera, una fotografía, delicada ya por su antigüedad, en la que aparecía su madre en la playa. Cuando se lo pedíamos la sacaba y desplegaba con un cuidado exquisito (estaba doblada en ocho). La extendía a continuación sobre la mesa y contemplábamos la imagen de mi abuela, atrapada tras los dobleces blanquecinos que se habían dibujado de tanto doblar y desdoblar, formando una especie de jaula. Tengo una imagen parecida que presentarles a ustedes: la última fotografía que Arthur Less se hizo con su padre.

Es Semana Santa y estamos a finales de la década de 1970. Vemos un cerezo en flor y a Lawrence Less y sus dos hijos abrazando el tronco como satinado y manchado de cancros,

sustituto quizá de la madre ausente (la fotógrafa). Todos visten chándales a juego: la pequeña Rebecca en rosa chicle; Archie en azul marino y Lawrence en marrón oscuro. Forman como un juego de ceras de distintas longitudes. Lawrence es, cómo no, el más alto, y apoya la palma de la mano sobre la cabeza de Rebecca. Las sonrisas van ligeramente desacompasadas: el padre parece haber dejado de sonreír un instante antes del clic, como si dudase de la capacidad de la fotógrafa o llevase posando demasiado tiempo con un brazo en torno al árbol o hubiese visto algo a lo lejos que lo persiguiera o, al contrario, que lo atrajese. El flequillo de pelo broncíneo le tapaba la frente. La nariz puntiaguda, el carnoso labio inferior, las arrugas en torno a los ojos preocupados. Arthur Less llevaba años sin mirar esta fotografía. Si lo hubiera hecho, se habría dado cuenta de que, a los cincuenta años, es la viva imagen de su padre.

—Hola, papá.

Unos kilos más flaco y un tono de piel algo más rosáceo. El pelo blanco le crece un poco asilvestrado tras las orejas, como olas espumosas que chocaran contra orillas enfrentadas; por lo demás, luce una calva inequívoca. Lleva un uniforme de safari con cinturón y se apoya en un bastón de metacrilato. Su sonrisa cegaría a cualquiera bajo una luz negra. ¿Es rico, entonces? Lo que está claro es que es viejo. Lawrence Less no es viejo como ya lo va siendo Less, a quien uno se puede seguir imaginando de joven; ni tampoco como lo es Mandern, recurriendo invariablemente al sombrero y las gafas de sol para parecerse a la foto de solapa de sus libros. No, es ya uno de esos viejos que uno no puede creer que alguna vez hayan sido jóvenes. Alguien que no lo hubiera visto antes no lo reconocería en una foto suya con veinte años. Es sencillo: el hombre que camina torpemente por el pasillo hacia él, apoyándose simultáneamente en su bastón y en una joven blanca y rubia no es su padre, Lawrence Less. O, más bien, lo fue y dejó de serlo hace mucho tiempo.

—¡Archie! —saluda Lawrence Less, caminando trabajosamente hacia él para propinarle un abrazo de manatí.

Huele a sándalo. De repente, todo es un poco familiar: la sonrisa fruncida, los ojos cerrados mientras niega con la cabeza, incrédulo, como solía hacer durante los partidos de béisbol de Less. Sin duda es su padre, que trae consigo, desde el mar del pasado, olas que reverberan a la vez de orgullo y decepción. El anciano hace un gesto para aludir a la mujer que lo acompaña, que carga la funda de un traje.

—Te presento a Sarah, Sarah O'Connor. Aunque todos la llamamos Sarah O.

—Bienvenida, Sarah O… ¡a este sarao! —responde Less, juguetón.

Todos ríen. La mujer, que se gira hacia él de una manera que a Less le hace pensar en una antena parabólica, repone:

—He oído hablar mucho de ti.

—Bueno, ¿y qué decir de tu obra? Creo haber reconocido a alguien en ese padre tan terrible —interviene Lawrence.

¿Por qué tiene su padre la cara tan rosa? ¿Está Less condenado a esa rubicundez?

—Ha sido precioso —dice Sarah, en la que ahora Less se detiene: pelo de salón de belleza, rasgos resaltados y armonizados, como un jardín renacentista, y un carácter algo patoso. No obstante, rebosa seguridad en sí misma—. Eres un escritor con mucho talento, Archie. Tu padre está muy orgulloso de ti.

Less busca en su interior algún resto de antipatía, alguna pizquita que quede en la última repisa de la despensa de su corazón, aunque tampoco se esfuerza mucho en encontrarlo. Qué raro. En ese momento no halla nuestro protagonista ni decepción ni solaz. Darse cuenta de que uno no está ya enamorado no es la sensación de que el corazón se nos rompe, no al menos como uno imagina cuando aún lo está. Y esto se debe a que no hay sensación alguna. Es como si quien se diera cuenta de ello fuese alguien que pasaba por ahí. Lo mismo ocurre hoy a Arthur Less, que no siente ningún corazón rompiéndose a la vista de su padre, largamente desaparecido.

—Encantado de conocerte, Sarah —saluda Less estrechando la mano a la mujer.

Lawrence Less coloca una mano sobre el hombro de su hijo.

—Hola, hijo mío. Me alegro de que te esté yendo tan bien.

—¿Vives aquí ahora?

Lawrence mira orgulloso a Sarah.

—Vivimos en Hilton Head, una isla que está frente a Savannah. Es un lugar precioso. —Levanta la mano libre y extiende pulgar e índice, como enmarcando un paraíso imaginado—. Las casas son maravillosas, de los árboles cuelga musgo español, hay puertecitos con restaurantes y tiendas… ¿Verdad, cariño?

Sarah esboza una sonrisa que le marca los pómulos.

—¡Bueno, yo llevo viviendo en ella treinta años, no sabría qué decir! —Se vuelve hacia Less entonces y le sonríe a él también, y a él le parece que la sonrisa es sincera—. Nos alegramos de poder mostrarte nuestro apoyo. Te hemos traído una cosa de casa de tu padre.

—Ha sido idea de Sarah —dice Lawrence Less.

Ella parpadea varias veces, orgullosa, y entrega la funda del traje a Less.

—Lleva años colgando en un armario y lo cierto es que tu padre ya no se lo va a poder poner.

—¡Ya no tengo traje para ir de sarao con Sarah O.! —exclama él, fingiendo enfado.

Less recibe la funda y Sarah le dice que cree que le quedará perfecto, que tiene la misma planta que su padre a los cincuenta.

—Archie, ¿cuánto tiempo te quedas? —pregunta Lawrence enarcando las cejas con interés.

—Me marcho mañana, tengo una gira de conferencias —explica Less con aire distante—. La primera es una lectura en Dover, en realidad.

Lawrence ríe.

—¡Delaware! Llevo años sin ir.

—Yo no he vuelto desde que murió mamá.

La rojez de su piel se ensombrece, se hace más dura.

—Claro.

«Creo que te tiene miedo.» A continuación, Lawrence, como lanzando un dólar para clavarlo en el techo, propone:

—Tengo una idea. ¿Por qué no te quedas con nosotros esta

noche? Cenamos y tomamos algo. ¿Qué te parece a ti, Sarah?

—Oh, ¡es una idea maravillosa! —concuerda, dando una palmada, y la palmada suena sincera—. Tenemos casita de invitados.

Lawrence apoya la mano de nuevo sobre el hombro de su hijo.

—¡Podrías convertirlo en un retiro de escritura! ¡Quédate un par de días!

Less se pronuncia con tono firme y plano.

—De acuerdo. Te digo algo.

—*Sag ja, mein Sohn!* —dice su padre con un brillo en los ojos.

[Lo siguiente es traducción del alemán.]

—Di que sí, hijo mío.

—Pronto algo te diré.

—Archie, me estoy muriendo.

—Díjomelo Rebecca.

—Tengo cáncer de próstata, fase cuatro —anuncia, alzando el bastón—. Tengo metástasis por todos sitios. Pregunté a mi médico por qué lo sigue llamando cáncer de próstata si está por todos sitios. Y me dijo que, según su linaje celular, el origen del cáncer estaba en la próstata. Ese fue el tecnicismo que utilizó: «linaje».

—Ridículo no lo encuentro, Padre.

—Le dije a tu hermana que debía de ser un cáncer valón. Porque de ahí viene nuestro linaje: de Valonia.

El viejo ha conseguido arrancar una risa a su hijo.

Wallonischer Krebs, esa es la expresión que su padre ha utilizado. Arthur observa a Thomas y a Marjorie sacando el san José al aparcamiento. Thomas mira con gesto inquisitivo al padre de Less y luego a Less.

—Quédate, Archie. Ha costado mucho llegar hasta aquí. —Su padre debe de estar refiriéndose a lo de la fundación artística.

—Quizá.

[Fin de la traducción del alemán.]

Lawrence se gira hacia Sarah, con una sonrisa de caimán que le llega de una oreja a la otra, y le dice:

—¡Viene!

Sarah le da una palmada cariñosa con el dorso de la mano.

—¡Oh, Larry!

A Less se le acelera la respiración, aterrorizado por que vuelvan sentimientos de antaño. Sin embargo, se las arregla para que no le tiemble la voz:

—Van a dar una fiesta en mi honor en el Chatham Club, os tendré al tanto.

—Oh, ese club es el bueno —dice Lawrence—. Dejan entrar a homosexuales y a judíos. El otro es el de los capullos.

—¡Ay, Larry! —exclama Sarah, haciéndose la sorprendida —. ¡Ya sabes que el otro es el club de mi padre!

—Como acabo de decir…

Otra palmada amistosa con el dorso.

—¡Oye, Larry…!

«¡Oye, Larry!» ¿Dónde está el hombre que acariciaba el pelo del pequeño Archie aquel verano requemado por el sol, el hombre de la espesa melena color broncíneo con el pelo cayéndole sobre el ojo izquierdo, la barba de un castaño oscuro, la sonrisa, las arrugas marcadas sobre la piel como un pergamino dorado? Ese hombre desapareció para siempre. Ese hombre no es él. El hombre vestido de safari se despide con un movimiento de la mano y su nueva esposa (¿es su esposa?) lo acompaña a la salida del teatro. Se plantee como se plantee, Less podría perdonar a ese Larry, que, ayudándose de su bastón y de Sarah O., se pasea por los puertos, los restaurantes y las tiendas, y lidia con un cáncer, con los gais y los judíos y los capullos del mundo. Podría perdonarlo y permitir que se muera sintiéndose perdonado.

Less se presenta en la fiesta de clausura de la gira, que se celebra en el Club Chatham y está ya bien avanzada. El club ocupa la última planta de un hotel desde cuyas ventanas con forma de rosetón o de rodaja de naranja se disfruta de una gran vista de la ciudad bajo la lluvia. Hay lámparas de araña, sillones tapizados de tupido terciopelo y una barra. Less viste, cómo no, su traje gris, al que agrega una corbata de un azul tan intenso como el de una rana venenosa amazónica. La

corbata no es suya, se la han ofrecido amablemente en la recepción de la fiesta: el Club Chatham impone un estricto código de vestimenta. La barra está atestada (y no hay tantas personas blancas como habría esperado) y los invitados se muestran corteses y cariñosos. Oye decir a la risueña concurrencia: «Ah, este es el club para los judíos y los gais. El otro es el de los capullos». En varias ocasiones alguien posa una mano amiga sobre su antebrazo para que se despreocupe: en ese club no tiene nada que temer. Sirven también a los holandeses.

—¡Hola, Arthur! —oye saludar a una voz junto a él. Es Vlad, que completa con su Gorbaty el Howe de doña Dorothy, esperando con gesto taciturno a que le sirvan otro martini—. Espero que la representación haya sido un éxito.

—Gracias por venir. Espero que le haya gustado.

Vlad gruñe por toda respuesta.

—¿Está usted casado?

—No —contesta Less, cogido por sorpresa—. No, no estoy casado.

—¿No quiere a su novia? —Less se queda patidifuso ante la pregunta. Más que nada porque Vlad es la primera persona que no percibe su «acento»—. Ah, es una importante decisión. Muy importante —continúa Vlad—. Por ejemplo, hay que ir a las representaciones de la esposa. Hay que hacer plas, plas, plas. No dar apoyo es delito de amor. ¡Castigo de muerte! —sentencia, alzando una mano al aire. El camarero se apresta a servir otro martini—. Pero usted debería casarse.

«Delito de amor.» Less toca la pechera izquierda de su chaqueta, como si la frase estuviera ahí bordada en hilo escarlata. «Delito de amor.» ¿No está Freddy en quién sabe qué isla de la costa de Maine, donde su amor no puede alcanzarlo? ¿No es Less quien cumplió con su palabra, quien está a punto de resolver los problemas de ambos? ¿Quién delinque entonces, según el tribunal del amor?

—También es decisión importante —continúa diciendo Vlad a Less— cuándo comerse la aceituna. —Y guiña un ojo. Arthur ya se ha comido la suya.

De repente, lo rodean todos los miembros de la compañía.

Marjorie y las otras mujeres parecen haberse transformado, por obra de la mágica lluvia, dejando atrás a las harapientas trovadoras para convertirse en sirenas enfundadas en lentejuelas. Thomas lleva un traje granate. Su diastema no ha perdido un ápice de encanto.

—¡Thomas! —exclama Less, tomando la mano de este—. Gracias por meterte en mi piel noche tras noche!

Thomas baja la mirada.

—Oh, Archie es un gran personaje. Es tan… vulnerable.

Less ríe.

—Sí, eso es verdad.

La sonrisa, de nuevo.

—Gracias por los consejos que me diste en Breaux Bridge. Fueron de gran ayuda.

—¿Cómo?

—Bueno, Arthur es un niño al que siempre dieron de lado —explica Thomas gesticulando con sus amplias manos—. Así que, como hombre, no conoce más que un tipo de amor. Y tiene que buscarse un nuevo camino, digamos. —Less se ha quedado sin palabras. De nuevo, desearía que Rebecca estuviera presente para escuchar aquello—. Después de conocerte, traté de interpretarlo tal y como tú eres en la realidad. Ya sabes: un hombre realmente hermoso que no se da cuenta de que lo es. Yo no soy tan guapo —dice Thomas, riendo.

—¡Sí que lo eres! —dice Less, y nota cómo se le calienta la cara.

—Y ahora puedo decirte… —empieza a decir Thomas tímidamente, acercándose un poco y bajando la voz—. Ahora puedo decirte que creo que me he enamorado un poco de Arthur.

Thomas mira fijamente a Arthur, sin apartar la mirada.

Less ríe nervioso:

—¡Ja, ja, ja!

Siente cómo Thomas le toma suavemente del brazo y nota la calidez de su respiración cuando se inclina hacia su oído y le susurra:

—Nunca llegaste a enseñarme tu furgoneta por dentro.

—Arthur, ¡ahí estás!

Less se gira en redondo; Thomas le suelta el brazo. Doña Dorothy se acerca a él sonriendo, con lágrimas en los ojos. En el espejo de su mirada, Less ve a un hombre joven que viste un traje color nube de tormenta y le pide bailar un *shag* de Carolina en un club privado. Ella quizá se convertiría en Dotty entonces, con su vestido abotonado: una muchacha cuyo reciente triunfo en la adaptación teatral de *Me enamoré de una bruja,* estrenada en su ciudad natal, le abría un halagüeño futuro de posibilidades. A sus ojos, Less debe de ser James Stewart.

—¿Adónde viajará ahora? —pregunta ella.

Las alhajas de Marjorie titilan y también parecen brillar los ojos de Thomas.

—¡Me voy mañana a primera hora! —dice Less, dirigiendo una mirada a Thomas—. Tengo unas cuantas conferencias en el norte: Dover, Baltimore, Filadelfia, etcétera. —Una mínima pausa—. Así que no me puedo quedar.

—Sí, vaya al norte. ¿Sabe que se dirige hacia aquí un huracán? Salga antes de que llegue.

—¿Un huracán?

—Sí, lo han llamado Herman y al parecer viene con mucha fuerza. *Un vrai crapule*. Aunque con toda seguridad se deshará antes de llegar a Virginia. Le agradeceríamos mucho si pudiera dejar todo el material de escena en el vertedero que hay a la salida del pueblo. *Merci, merci!* Tengo una cosa para usted, por cierto. De su benefactor.

Dorothy le entrega un sobre color verde mar. El cheque (sus honorarios como autor) es, con diferencia, mucho más de lo que le había dicho Hola-por-favor-desea-comunicarse-con-usted-Peter-Hunt. El corazón se le aliviana, como si lo hubieran hinchado con helio. Su relación se ha salvado. Él se ha salvado. Tiene que llamar a Freddy.

Thomas vuelve a tocarle en el brazo y le pregunta:

—¿Estás contento, Arthur? —Less se vuelve hacia él, y mira otra vez su cheque, y después a Dorothy, que vuelve a preguntar—: ¿Querrías conocerlos? Algunos han venido a la fiesta.

—¿A quiénes? —pregunta Less.

—A la gente de la fundación, el Centro Gantt. Han hecho el viaje desde Beaufort.

—Me encantaría —declara. Se siente un poco desconcertado; si su benefactor es Lawrence Less, ¿quiénes han venido a verlo desde dondequiera que sea? Sin embargo, en el mismo momento en que Less vislumbra entre la gente las lentejuelas y pajaritas de los miembros de la fundación, alguien le da un golpecito en el hombro. Es el recepcionista, que le bisbisea al oído un mensaje urgente. Los ojos de Less, alzados hacia la bola de discoteca que cuelga del techo, centellean por los reflejos de luz y se ensanchan sorprendidos por la noticia.

—Lo siento, me tengo que marchar inmediatamente —le dice a doña Dorothy—. Vuelvo enseguida. —Se gira entonces hacia Thomas, que se ajusta las gafas y parece estar a punto de decir algo—. Lo siento —repite Less—. Lo siento mucho.

Less se apresura a salir del Club Chatham y todo el mundo queda sumido en un silencio inesperado. Un momento después, por supuesto, Less está de vuelta para devolver la corbata al recepcionista, tras lo que nuestro novelista sale de nuevo a la húmeda noche de Savannah. Thomas, con su traje elegante, se queda paralizado por unos instantes, parpadeando una y otra vez, sujetando el aire donde momentos antes estaba el brazo de Less.

Los representantes del Centro Gantt observan el revuelo con gesto de desconcierto y preocupación. Una señora, tocándose el broche con las puntas de los dedos (una especie de bumerán empedrado), se gira hacia doña Dorothy y le pregunta: «¿Está segura de que ese era Arthur Less?».

Esperándolo en el recibidor del hotel se encuentra una mujer de mediana edad, envuelta en un abrigo de cuero charolado color negro, ribeteado de piel sintética. Sostiene un bolso almohadillado y hace gala de dos mechones grises en el pelo que le dan un aire pasional. Le recuerda a una condesa española. La mujer mira a Less como si lo estuviera observando a través de unos impertinentes.

—Señor Less, mi nombre es Xiomara —se presenta, con una sonrisa tan firme como su apretón de manos—. Tengo un mensaje urgente del señor Mandern.

La mujer abre su bolso y saca de él una postal.

Estimado Prudent:

Me temo que ha llegado el momento de que Dolly vuelva a mí. Xiomara la acompañará a Palm Springs, adonde mi hija ha aceptado acudir para hacerme una visita. ¿Será esta mi última aventura? En cuanto a Rosina, deja que te lleve tan lejos como pueda. Si ella se queda por el camino y debes abandonarla, no te sientas mal. Después de todo, somos ese poco de vieja magia que queda.

Un saludo afectuoso,

Parley

Rosina está aparcada junto a una farola de gas. Less se da cuenta de que la acera está decorada con valvas de ostra. Abre la puerta corredera de la furgoneta y queda a la vista la segunda criatura más ridícula del mundo: Dolly, dormida, vuelve a la vida por partes, como reanimada por una magia antigua. Abre sus ojos confundidos, desenrolla la cola, estira una zarpa y le empieza a temblequear el cuerpo, supuestamente por volver a ver a Less. Le lame la cara de arriba abajo cuando él la coge en brazos, aunque nuestro protagonista sabe que sus verdaderas pasiones las despiertan otros. Él la besa y, a continuación, se la entrega a Xiomara, quien la envuelve en el forro de piel de su abrigo. Con cierto sobresalto, y demasiado tarde, Less se da cuenta de que Dolly lo ha acompañado en su viaje a lo largo y ancho del país, que se ha habituado a sus ronquidos como se habituó también a los míos y también a la danza apache de cada noche, a sus absurdidades y rituales, como se habituó también a mi gorro de dormir. Es probable que no se vuelvan a ver. Less alarga el brazo, pero Xiomara ya está marchándose y su paraguas impide comprobar si Dolly está mirando hacia atrás. En cualquier caso, los perros nunca dicen adiós.

Less está a punto de regresar a la fiesta cuando oye un repentino golpeteo sobre el techo de la furgoneta. Empieza a

diluviar. Salta al asiento del conductor y cierra la portezuela de golpe, pero es demasiado tarde. Se ha empapado. A través del parabrisas, estriado de arroyuelos de lluvia, contempla la plaza Orleans, presidida por varios encinos de ramas engalanadas de musgo español, como brazos alargados que se extendieran en gestos inquietantes, dándoles el aspecto de un molusco bocabajo. En medio se levanta una fuente, dedicada a los inmigrantes alemanes, que recuerda por su forma a un sapo gigante. El lóbrego paisaje resplandece bajo la lluvia.

Less eleva la mirada hacia los rosetones frutales del Club Chatham y sonríe. Gira a continuación la llave del contacto y Rosina, una vez más, despierta a la vida. Quizá los perros son más listos que nosotros: nada de despedidas. Escribirá a doña Dorothy una carta amorosa: «Gracias, señora, por las clases de baile y el burbon». Dejará a Thomas estar; sin duda, la magia del teatro ha nublado su corazón. ¿Quién se enamoraría de un novelista blanco gay de mediana edad de quien nadie ha oído hablar nunca? A sus espaldas, san José retoma su bamboleo habitual. Arthur Less parte al encuentro de su padre. Y después tendrá que pasar por el vertedero.

No hay mucho que ver entre Savannah y la isla, al menos viajando de noche; a diferencia de las carreteras secundarias que lo han traído desde el oeste, la autopista que ahora recorre es tan anodina que le parece una simulación informática. Por fin, enfila una cuesta que lo eleva hasta un puente en el que aparecen los carteles indicadores que esperaba: Sea Pines. Cuando deja de llover, aparca, se quita la camisa y la chaqueta del traje, ambas empapadas, y se pone la única prenda que tiene a mano: el poncho manchado de barro. Tendrá que apañarse con él. Toma la salida hacia la isla y al poco se encuentra ante una puerta de acceso, vigilada a esa hora por una mujer que viste una blusa blanca con una placa con el nombre en la pechera que dice: ESTRELLA. Sin duda, con su pelo rubio platino marcelado y el lunar sobre el ojo izquierdo, esa chica negra parece precisamente eso: una estrella de Hollywood.

—Lo siento, caballero, pero a esta parte de la isla no pueden

acceder autocaravanas ni furgonetas camperizadas.

—¿Cómo?

Estrella sale de su garita.

—No se permiten autocaravanas ni furgonetas de este tipo en la isla.

—Pero voy a visitar a mi padre. Vive aquí. Este es el coche que tengo.

—Entiendo lo que me quiere decir, señor, pero su vehículo no puede pasar al otro lado de esta puerta.

—¿No puedo ir a su casa, entonces?

—No, caballero.

—¿Puedo aparcar aquí y pedirle que venga a buscarme?

—De ninguna de las maneras, caballero.

—¿Por qué?

—Es la política de la isla.

—Pero ¿por qué? ¿Vive usted aquí, señora?

Estrella ríe.

—No, yo no vivo aquí, caballero.

El musgo de los árboles resplandece alrededor como oropeles que decorasen una sala de conciertos. Less mira a la guarda y le pregunta:

—¿Qué haría usted en mi lugar, señora?

El lunar que tiene sobre el ojo izquierdo se eleva al enarcar una ceja. Estrella lo mira con interés y, a continuación, cierra lentamente los ojos para volver a abrirlos.

—Llamaría a mi padre —dice en voz baja.

Less entra al juego.

—De acuerdo, llamémosle entonces.

Ella ríe.

—Me refería al suyo.

—Sé que suena raro, señora, pero no tengo su número.

—Se lo buscaré. También puedo llamar si quiere a dos parques de autocaravanas que no quedan lejos —añade Estrella, señalando hacia el lugar por el que él había salido de la autopista—. Tal vez tengan espacio. Él podría recogerlo allí.

—¡Gracias, gran idea!

En el primer parque le informan de que, aunque efectivamente tienen espacio, solo aceptan caravanas con

«aguas negras», es decir, con retrete.

—¿Por qué? ¿No tienen baño? —pregunta Less, desconcertado. Es como si en el arca de Noé aceptaran dinosaurios pero no gallinas. Vuelven a argumentarle que es la política de la isla. El segundo parque, felizmente, no solo tiene espacio, sino que acepta también a las gallinas. Sin embargo, tiene limitación por edad. Less pregunta qué significa eso.

—Veamos, señor, ¿tiene usted más de cincuenta y cinco años?

Less responde negativamente.

—Lo siento entonces, señor. Tendrá que buscar otro lugar para alojarse. Este complejo es solo para personas de la tercera edad.

Otra política isleña. En un lugar, lo apartan por cuestiones de fontanería; en el otro, por cumplir años mal. Se pregunta cómo se ha perdido en ese laberinto de exclusiones y si podrá encontrar algún pasadizo secreto. Entonces, se ve a sí mismo, de nuevo, en el espejo retrovisor: un poncho lleno de barro, el pulcro bigote rubio. Ve a Estrella a sus espaldas. No hay pasadizo secreto: son él y esa mujer quienes, precisamente, no tienen cabida.

—¿Señor? —llama Estrella—. No encuentro ningún propietario que se llame Lawrence Less.

—¿No vive aquí?

—¿Pudiera ser que esté alojado en casa de alguien?

—Sí, de Sarah. Sarah algo.

Ella ríe de nuevo, con un tintineo de agua fría y clara.

—Amigo mío, en este sitio casi todas las mujeres se llaman Sarah.

Less presiente que alguna bestia lo espera en la oscuridad. Como si Herman, cuyo aliento ya agita el musgo español, lo buscara específicamente a él.

De repente, le sobreviene una visión del pelo de peluquería y exclama:

—¡O.! ¡Sarah O.!

Momentos después, la guarda le informa de que su padre está de camino.

Entre la oscuridad y las cortinas de musgo español destellan los faros de un coche. Lawrence Less baja del vehículo trabajosamente y camina hasta Less ayudándose de su bastón. Los faros, la garita, las palmeras, el traje de safari y el bastón: a Less todo le parece, de repente, una novela de espías. Deberían aparecer por algún lado un maletín con diamantes, un microchip o un cuadro falsificado. ¿Se ha convertido el señor Yes en un villano?

La luz ilumina a su padre por todos los costados; su nariz proyecta tres sombras picassianas sobre su propio rostro.

—Lo siento mucho, Archie; la gente es bastante peculiar por aquí.

—Bueno, yo no cumplo precisamente con el código de vestimenta.

El retrato de Picasso esboza una sonrisa.

—La verdad es que no.

—Buscaré un Walmart por aquí cerca y aparcaré ahí. Debería ponerme en marcha. Si llegas tarde, solo queda sitio justo debajo de los focos. ¡Me alegro de verte de nuevo, papá!

Less extiende los brazos para por fin abrazarlo.

Su padre no hace movimiento alguno desde su posición bajo el halo de luz que emite la farola.

—Hace un mes, un caimán salió del agua y fue a por el chihuahua de una señora mayor que vive aquí. Ella trató de ahuyentarlo y terminó con un brazo menos. Una tragedia terrible —relata, sacudiendo la cabeza—. El periódico contaba el otro día que alguien recuperó su anillo de diamantes y lo devolvió a la familia. —Su padre lanza una mirada a la oscuridad del pantanal—. Si el cáncer empeora, quizá me sacrifique a los caimanes.

Less deja caer los brazos. Al final no va a poder escapar a esa conversación.

—Todas las opciones son terribles.

—Quiero que sepas que os dejé a ti, a tu madre y a tu hermana para protegeros. Las cosas se complicaron mucho. Terminé en la cárcel.

—Oí algo de una antena parabólica —dice Less.

—¡Ah, eso! —Vuelve por un instante la vieja sonrisa—.

Archie, estaba trabajando para el gobierno. Lo que quiero decir es que nunca quise abandonaros. Lo hice para protegeros. ¿Entiendes?

Less repite la frase que memorizó hace años solo para usarla en esta ocasión.

—Entiendo las palabras que acabas de decir.

Lawrence inclina la cabeza hacia un lado, de manera que queda iluminada.

—Archie, no nos vamos a ver nunca más.

Less no sabe si lo van a separar el cáncer o los caimanes, al igual que tampoco tiene acceso a ninguna otra verdad: la única testigo, su madre, está muerta. Y lo que está escuchando quizá sean mentiras, como las que ha oído durante años. En cualquier caso, Arthur Less sabe que esta última afirmación es veraz: no se van a volver a ver nunca más.

—Gracias por todo, pese a lo problemático de la situación —dice Less.

—No me es ningún problema —repone Lawrence, negando con la cabeza.

—Me refiero a la gira —aclara Less—. Lo del Centro Gantt. Todo eso. Te has metido en muchos líos solo por conseguir que venga aquí y nos despidamos. Gracias.

Less cruza su mirada con la de Estrella, que sigue en la garita con el oído puesto. Ella le guiña fugazmente un ojo.

Lawrence inclina de nuevo la cabeza hacia un lado, como Dolly.

—Archie, ¿de qué estás hablando?

—La obra de teatro —dice Less—. Última Palabra, la compañía.

—Ah, eso —responde su padre, ensanchando la sonrisa—. Da gracias a Sarah. Fue ella la que vio el anuncio en el periódico. Ha buscado tu nombre en internet varias veces desde que te hiciste famoso. ¡Al parecer, tienes un *doppelgänger!* Sarah propuso que fuéramos a verte, y eso hice.

Less se queda paralizado en la noche húmeda, los brazos inertes a cada lado del cuerpo. Pues claro.

Pues claro que Lawrence no ha organizado la gira, ni la obra, ni ha pagado dinero a nadie. Less ha dejado plantados a

los auténticos patrocinadores en el Club Chatham. ¿Por qué iba Lawrence Less a tener nada que ver con el Centro Gantt? Otra vez te has equivocado, Arthur Less.

—Ya no entiendo nada de nada —dice.

Se levanta el viento y, en torno a ellos, el musgo español se balancea de un lado a otro, como campanillas. El Picasso (ahí tenemos el cuadro falsificado) se inclina hacia delante levemente y las sombras desaparecen. De nuevo baña al anciano la luz blanca.

—Al respecto de ese padre tan horrible que aparece en tu obra… Hijo mío, creo que ha llegado el momento de perdonar, ¿no te parece? —dice Lawrence.

Less suspira; quizá esperaba no tener que llegar a aquello. Quizá esperaba que todo aquel lío con la furgoneta y el acceso a la urbanización le permitiera al menos eludir cualquier vuelta al pasado. Todos esperamos que se le perdonen el dolor, la vergüenza y la humillación que con tanto esfuerzo todos luchamos por evitar. Sin embargo, todo va mal. Y quizá quien tiene delante sea un hombre que no puede ya hacer ningún daño. Un mago al que no le quedan trucos ni en la chistera ni en la manga.

—Papá, tengo más de cincuenta años. He vivido una vida entera sin ti. Ni siquiera sé por qué he venido.

—¿Quieres perdonar?

—Desde luego, papá —reconoce Less, con un gesto sumiso —. Quiero perdonar.

—De acuerdo, Archie —dice su padre, abrazando a su hijo con sus brazos corpulentos y su aroma a tabaco de pipa y a barniz. Less no puede evitar que de su ojo derecho brote una lágrima al abrazarlo. A continuación, Lawrence Less, apoyándose con todo su peso en el bastón, inclina la cabeza ceremoniosamente y dice:

—Yo también te perdono, hijo mío.

¿Qué queremos del pasado, en cualquier caso? ¿Que deje de incordiarnos? ¿Que deje de darnos sorpresas, de agitarnos por dentro, de aguijonearnos, que deje de mostrarse como algo inamovible, pétreo? ¿Que muera? El pasado es como esas medusas que, cuando se las ataca, se encogen sobre sí mismas

y se convierten en una masa informe y luego en una medusa inmadura que empieza de nuevo a desarrollarse, lo cual, a efectos prácticos, las hace inmortales. ¿Qué podemos hacer ante este doloroso milagro sino apartar la mirada?

—Adiós, papá —dice el doctor Yes. Acto seguido, ayuda a su padre a subir al coche de nuevo y le da un último abrazo. «Estás siendo testigo del sufrimiento —recuerda Less para sus adentros—. Tienes ante ti a alguien que sufre.» Less se queda mirando hasta que los haces de luz de los faros desaparecen por el oscuro túnel de árboles. A continuación, sube de nuevo a Rosina y la devuelve a la vida. En el espejo retrovisor, ve cómo Estrella ha apartado la mirada y mira al infinito, embebida en algún recuerdo que aquella escena le ha despertado. Que nunca la cojan los caimanes.

Con respecto a lo que Less ha venido a decir a este lugar…, en realidad, no hay motivo para decirlo en voz alta.

El viento dispersa por el aire los restos de lluvia que chorrean desde el musgo español; las gotas caen sobre el asfalto como los diamantes de un maletín lleno de diamantes.

Mágicamente, aun a esas horas de la noche, Less encuentra un espacio libre donde pasar la noche al norte de Savannah, en la isla de Hunting, y cumple con lo que ya es un ritual: retirar el material de escena y el san José y colocarlo todo al lado de la furgoneta (el vertedero tendrá que esperar). Cuelga el traje gris, aún empapado, del espejo retrovisor, despliega el techo de Rosina, echa las cortinillas, coloca los postigos, transforma el espacio en dormitorio y se sienta en el suelo de la furgoneta con los pies fuera, cara a oriente. ¡Qué afortunado es! Desde donde está se ve el mar: las palmeras negras agitan sus melenas desgreñadas bajo un cielo que resplandece tenuemente y un océano negrísimo. Y, como en los cuentos, el hechizo se deshace a medianoche.

De repente, oye un fuerte golpe en la ventanilla. Una mano lessiana ahoga un grito lessiano (silencioso). Nuestro novelista retira el postigo de la ventanilla. Es el encargado del parque de autocaravanas (una versión negra de su tío Chuck, con barba), que le advierte: «Ya llega Herman, pensé que lo sabía. Por eso

hay tantos espacios libres. Yo que usted aparcaría en algún lugar al resguardo del viento. Viene por el sureste. Buena suerte, hijo». Y, entonces, el viento empieza a levantarse de verdad. Primero con un silbido, luego con aullidos como de lobo. Less siente cómo Rosina se bambolea ligeramente, empujada hacia el noroeste por las embestidas del aire, y se da cuenta de que está a punto de ser arrastrado hacia algún reino de Oz en el que seguramente no lo querrán bien. Así pues, hace todo lo que le han sugerido; arranca, se fija en la dirección en que se doblan las palmeras, busca un lugar un poco más resguardado y aparca su ataúd con ruedas. Less se asoma de nuevo a la oscuridad del exterior, pero no hay nada que ver, ni siquiera un gallinero que pase volando. Solo los tenues faros de la caravana del encargado, que capea el mismo temporal. Arthur Less se queda mirando la nada y escuchando la lluvia, que tamborilea como un grupo *heavy* al que pidieran un bis tras otro, cada vez a mayor volumen. Cobra conciencia entonces nuestro protagonista de que no va a morir de desamor ni a manos de un mal padre ni por las malas críticas a su obra (como siempre ha imaginado); no de sida ni de un infarto ni de un cáncer ni en un accidente de tráfico (como querrían los actuarios de la aseguradora); no de vergüenza ni humillado ni por un exceso de arrogancia; no por la cocaína ni por la metanfetamina ni por setas alucinógenas; no por comer demasiado chocolate o hamburguesas ni por fumar ni por ninguno de los excesos propios de los homosexuales estadounidenses: va a morir de esto, del huracán Herman. Así de simple.

—¿Freddy? —grita al micrófono de su móvil, pero no hay conexión con el mundo exterior. Pero Less sigue llamando al vacío—. ¡Bajando escalera! ¿Freddy? ¿Freddy?

Ante él, altísimas olas coronadas de espuma se extienden y se repliegan sobre el agua, como las páginas enormes de una novela que algún titánico y aburrido lector pasara a toda velocidad para ir directamente al final de la historia y descubrir quién es el asesino. Arthur Less lo sabe muy bien: es Herman. ¿Qué ha hecho Arthur Less, exactamente, para despertar esa antigua maldición? ¿Reírse en el funeral de un

amante? ¿Inundar una comuna? ¿Buscar la casa de la Abuela Araña? ¿Hollar un cementerio sagrado de perros de caza? ¿Dejar a un padre moribundo a las fauces de los caimanes? ¿O es este el precio por creer que al amor no hay por qué cuidarlo? Le espera un castigo verdaderamente shakespeariano: el viento sopla con fuerza y el huracán late a su alrededor como un corazón gigantesco. Less no puede hacer mucho más que dejarse embargar por el pánico.

«Delito de amor. ¡Castigo de muerte!»

Less mira por la ventanilla y se da cuenta de que se ha dejado un montón de cosas fuera.

Primero es su traje lo que se eleva por los aires, arrancado del espejo retrovisor y transportado en volandas hasta alguna tintorería celestial en la que podrán, sin duda, limpiarle todo el barro, y también la humillación.

Después, su infancia. Al otro lado de la ventanilla que da a oriente, un relámpago ilumina el retablo: el atrezo y san José. La violenta luz repentina confiere a los mudos objetos un matiz del que las cosas del teatro carecen: la luz mágica de lo real. Pues solo en este instante —y no, como esperaba, durante las representaciones que tanto había disfrutado— reconoce Less los árboles, los arbustos y ese mismo santo que había cerca de su casa de infancia, el san José que sus vecinos, los Reed, colocaron en el jardín de delante de su casa y decoraron con huevos pintados de colores pastel una soleada Semana Santa. Tras esta experiencia epifánica, que Less transita conteniendo el aliento, es cuando el destino regala a nuestro protagonista otra experiencia, gemela a la anterior: la experiencia de la destrucción. Es testigo de cómo Herman arranca de la tierra, uno a uno, los pedazos de su infancia, echándoselos a las propias fauces, devorándolos. Arthur Less no puede hacer otra cosa que testimoniar cómo el falso arbusto que decora el bordillo se eleva hacia los cielos, seguido del resto de arbustos, que ha colocado bordeando el camino de entrada. Por fin, tras unos instantes en los que Herman duda si salir o no a escena, san José se gira sobre sí mismo en la tierra embarrada y, dedicando una última mirada a nuestro protagonista, es llevado en volandas al cielo por fin.

Repentinamente, el aire se queda quieto. Ha llegado el ojo del huracán, dando a entender que esto es un interludio y lo peor está por llegar. En lo que bien pudiera ser su último movimiento en este mundo, Less se inclina hacia delante para observar a través del parabrisas y, entonces, como a través de un ojo de buey, vislumbra en el cielo una constelación…

Y aquí debemos dejarlo, por el momento.

⋆ ⋆ ⋆ ⋆ ⋆ ⋆

⋆ ⋆ ⋆ ⋆ ⋆

⋆ ⋆ ⋆ ⋆ ⋆ ⋆

Amanecer

Un poeta muy querido, ya desaparecido, llamó la atención sobre el hecho de que en el libro cuarto de la *Odisea* aparece uno de los cameos menos conocidos de la literatura universal, cuando Helena de Troya sale de su «perfumada estancia». A la mujer más hermosa de la historia no se la describe. Quizá su belleza no viene al caso y siempre fue así: jamás la conoceremos.

Sin embargo, yo no les haría eso jamás a ustedes. Lectores, déjenme presentarles a…

Freddy Pelu. Para servirles.

Más o menos en el momento en que Arthur Less estaba sentado en el Stagger Lee y alguien le preguntaba cómo era ser gay, yo asistía a una fiesta de profesores en Down East, la universidad de la ciudad donde estaba viviendo. La anfitriona era una mujer titánica, profesora del departamento de Alemán. Lo de titánica es literal; se trataba de una mujer blanca que sobresalía en estatura por encima del resto y destacaba también entre los asistentes a la fiesta por su bien cepillada peluca y sus gruesas gafas. Me hizo un pregunta en alemán nada más llegar; sin poder remediarlo recordé vívidamente a Arthur Less y me quedé sin habla. Decepcionada, me indicó el dormitorio en el que dejar el abrigo y, a continuación, se alejó para atender al resto de invitados. Al entrar en el dormitorio, descubrí a una pareja joven besándose en la cama y giré sobre mis talones para salir. Me abrí paso entonces entre el mar de académicos, en busca de vino.

Encontré una botella por fin y, copa en mano, salí a un frío porche donde los estudiantes de posgrado bebían y coqueteaban alrededor de un farol. Estallaron de repente unas

carcajadas y yo me acerqué para calentarme junto a las velas del farol. Por un momento, me asaltó una memoria de lavanda y de rechinar de tranvías, de mí mismo limpiando mis gafas rojas en la camisa. ¡Quiquicú! Cuando me giré para marcharme, vi otra llamita que resplandecía a mi lado: un cigarrillo. Tras el cigarrillo, una persona: un hombre con pajarita, de melena negra cuya forma enmarcaba eficazmente ese momento de placer. Algunas personas tienen la fortuna de que las marque algún rasgo incómodo con una belleza encantada —como la huella del pulgar del alfarero—; en aquel chico asiático, este marchamo lo daban las orejas, que sobresalían infantilmente de su rostro contundente.

—No me habías visto, ¿verdad? —preguntó el hombre. Reconocí, por su dicción algo borrosa, a un paisano de California.

—No, lo siento —me excusé—. Hola. ¿Eres profesor?

—Sí, de Sociología. Jason Fidelino. —Era de mi altura; imaginé que también podría tener mi edad.

—Yo enseño Lengua y Literatura en secundaria. Freddy Pelu, de San Francisco. —Extendí la mano, pero él no la estrechó; y negó con la cabeza.

—Lo siento, no puedo.

—Ah.

Me pregunté qué día del curso de Etiqueta Académica Avanzada enseñaron eso.

—No es por ti —explicó Jason, dejando su bebida sobre la mesa, apagando su cigarrillo en una cajita de lata y guardándose la caja en el bolsillo de la americana—. Estoy participando en un experimento, por eso he tenido que salir fuera. He bebido demasiado y es arriesgado estar cerca de otras personas.

Qué alivio.

—¡Vaya! Es lo más intrigante que he oído en toda la semana.

—En realidad es más bien una especie de competición en la que estoy participando, con mis estudiantes de posgrado. —El doctor Fidelino sacó otra cajita de lata y me la ofreció: caramelitos. Cogí uno, y él también, y a continuación volvió a

guardarse la cajita en otro bolsillo. Me pregunté cómo haría para no confundirse de cajita—. Mis alumnos tienen una teoría sobre el contacto humano. El físico. Para ponerla a prueba, acordamos pasar un tiempo sin tener ningún contacto con otros seres humanos. Nada de abrazos, nada de besos, nada de niños en el regazo. Y nada de apretones de manos. Te presento mis disculpas.

El profesor hizo entonces una formal reverencia con la cabeza. Volví a fijarme en sus orejas, que me hicieron pensar en las asas de un ánfora moldeada con esmero.

—¿Cuánto tiempo durará el experimento? —A mi lengua, nerviosa, le estorbaba el caramelito.

—Todo el que nos sea posible. La mayoría no aguantaron más de una semana. Son jóvenes, a fin de cuentas. Hay algunos por aquí, bebiendo y flirteando. —Como si el profesor hubiera pulsado un botón, todos los estudiantes de la fiesta rieron a la vez—. No pueden vivir sin contacto. Ahora solo quedamos otro de los alumnos, que se llama Hari, y yo. —Me miró—. Seis meses llevamos.

—Seis meses —repetí yo automáticamente, tan automáticamente como había aceptado el caramelo—. ¡No has tocado a otro ser humano desde hace seis meses! ¿Y qué has aprendido de esto?

Jason me estudió por un momento, con una leve sonrisa dibujada en el rostro.

—Te voy a contar una cosa. Hace cinco años sufrí un ataque al corazón.

—¡Dios mío!

—Ya. Con solo veinticinco años. —Así fue como descubrí, con sorpresa, que era mucho más joven que yo—. Mi médico me dijo que no podía someter a mi corazón a ningún tipo de estrés, así que tenía que tomar una elección. Podía elegir el amor. O podía elegir el queso.

—¿Esas eran las opciones? ¿Amor o queso?

—Esas eran las opciones. Y Freddy… —Jason sonrió con ademán triste—, elegí el queso. —Se oyeron unas castañas caer sobre el techo—. Creo que soy una de esas personas que no pueden vivir sin él. A lo mejor a Hari le pasa lo mismo.

—¿No tienes tentaciones todos los días?

—Yo nado mucho en invierno —explicó Jason—. Eso ayuda con la tentación. Ser asiático y gay en el norte de la costa este…, bueno, facilita bastante el celibato.

—¿Y qué hay de Hari?

—Es sordo y bengalí. Somos intocables —dijo, acariciándose los largos cabellos y echando una mirada al grupo de estudiantes.

Yo me sentí de repente como un detective sentado cómodamente en su sillón, repasando mentalmente el escenario de un delito recientemente visitado y cayendo en la cuenta de una prueba que había pasado por alto sobre el terreno.

—¿Ha venido Hari a la fiesta?

—Por ahí debe de andar, si no se ha marchado aún. Ya te digo que es arriesgado mezclarse con tanta gente… ¡Y la bebida! —Levantó la copa; sacó la aceituna y se la metió en la boca.

—Creo que le he visto besando a una chica.

—¿A Hari? —preguntó Jason, sorprendido.

—¿Es alto, con el pelo rizado y gafas sin montura? Estaba besando a una chica joven en el dormitorio de los abrigos. No me pareció nada raro, claro.

—¡Es él! —exclamó Jason, clavando a continuación la mirada en el suelo—. ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué ocurre? —pregunté—. ¡Has ganado!

Jason volvió la mirada a los estudiantes. El farol proyectaba diferentes haces de luz con cada movimiento de sus agudas facciones: la curva de la mejilla, el hoyuelo bajo el labio. Al parecer había muchos hombres guapos a mis espaldas. Traté de recordar cuánto tiempo había pasado desde la última vez que alguien me tocó a mí.

—Para ser sincero, me resulta un poco desconcertante —dijo—. Yo, al final, he cultivado cierta… determinación. Por nadar en la playa en invierno.

Le pregunté cuál era el premio.

—Una tabla de quesos —confesó Jason, sonriendo tímidamente. Los alumnos y alumnas rieron de nuevo. Yo di un

sorbo al vino. El rostro de Jason resplandecía, diríase imbuido de placenteras ensoñaciones personales, imaginando quizá cómo sería su trofeo.

—¿Querrías probar, ahora que puedes? —pregunté.

—¿El qué?

Me limité a sonreír y a alargar el brazo en su dirección. Jason lo examinó con atención, como si en la mano sostuviera una gran cantidad de dinero, pero no lo aceptó. En lugar de aceptar mi mano, él extendió la suya y me colocó la palma sobre el pecho, por el interior de la americana. Miró fijamente su propia mano y tomó aire profundamente. Escuchamos la charla de los chicos y el tintineo de las copas entrechocando. A continuación, con la mano que había ofrecido previamente, me desabroché los primeros botones de la camisa y Jason, que seguía observando su propia mano, hizo a un lado la tela suelta y posó la palma directamente sobre mi piel desnuda. Sentí cómo sus fríos dedos se entibiaban gracias al calor de mi cuerpo y observé su expresión de tímida sorpresa. Noté cómo el latido de mi corazón traspasaba a ese otro hombre. Fue quizá el viento soplando entre los castaños, que chirriaban como el carromato de un quincallero, lo que marcó el punto de inflexión e hizo a quien esto les narra deshacerse inexplicablemente en lágrimas.

Jason retiró la mano y alzó la mirada. Tenía, él también, los ojos húmedos. Me abotoné la camisa con pudor y traté de enjugarme los ojos disimuladamente. Jason dirigió una mirada a la oscuridad del exterior y tomó aire profundamente de nuevo.

—Gracias, Freddy —dijo con voz tranquila y formal—. Ya puedo volver a la fiesta.

—Y reclamar tus quesos de premio.

—Y reclamar mis quesos de premio —repitió. El rostro de Jason era todo sombras y luz del farol. Ahí se quedó, inmóvil. Y, a continuación, de entre sus labios brotó mi nombre—: ¡Freddy! —Se dibujó en su rostro una expresión de pánico. Dio un paso lento hacia mí y abrió la boca, como si fuera a hablar. Pero la volvió a cerrar y tragó. Pregunté qué pasaba, pero él negó con la cabeza y dijo—: Nada.

Creo que a punto estuvo de decir otra cosa. Pero no, después de aquellas palabras, se desvaneció entre la gente que poblaba el salón de la giganta y yo me quedé ahí plantado, sintiendo un miedo desconocido. ¿Qué iba a decirme ese hombre? Y, de haberlo dicho, ¿qué habría hecho yo? ¿Qué nombre poner a lo que sentía?

«Incertidumbre.»

A la mañana siguiente, justo en el momento en que Arthur Less escuchaba a Gwen en la plantación Gillespie, yo salía de un taller sobre estructuras narrativas del Congreso de Profesores Estadounidenses. Valga la imagen: yo me había salido, también, de mi propia estructura narrativa. De hecho, aparqué toda la narración, de manera radical, y me decidí a tomar, sin pensarlo dos veces, un autobús con destino a la costa sureste del estado. Llevaba casi un mes en el hotel y no había visto mucho aparte de las gaviotas que volaban rumbo al puerto. Cuando el autobús arrancó pude contemplar por fin el paisaje de Maine y los confines septentrionales de la costa este: las balas de cañón apiladas en forma de pirámide como caramelos en una tienda de dulces, las mansiones con frontispicio griego alternadas con fábricas quemadas o abandonadas, los faros de mentira y sin vistas al mar en los que se venden estrellas de mar y dólares de la arena, y los miles de mercadillos instalados en los jardines de las casas, en los que se venden objetos que el mal tiempo no tardaría en echar a perder —pianos, cacerolas de hierro fundido, cuadros, carteles, animales disecados, divanes— y que diríanse ofrendas a los dioses. Poco después de que el autobús pusiera por fin rumbo al mar conseguí vislumbrar el océano Atlántico. ¿Me equivocaba o era aquello el torso desnudo de un hombre en las aguas gélidas de la bahía? Sería un nadador acostumbrado a meterse en las frías aguas del Atlántico o quizá algún monstruo mitológico: un ictiocentauro a medias oculto por la marea. El autobús siguió su camino y perdí de vista a ese ser, reemplazado por una suerte de pozo de los deseos que se abría en un campo junto a la carretera y que fue sustituido a su vez por un cementerio y, después, por una lonja de pescado, cuyo género centelleaba al

sol como trajes de lentejuelas, lo que me hizo pensar en un muchacho de Arizona del que Less me había hablado.

Al dejar el congreso, sentí quizá la misma emoción aventurera que Less atravesando al volante el desierto de Mojave junto a un viejo escritor y un carlino. Una hazaña quijotesca en la que Less sin duda se enfrentó en singular combate con generadores eólicos, cubriéndose la cabeza con la tapadera de un cubo de basura a modo de yelmo. Me hicieron bajar del autobús que había cogido para subir a otro —como un rehén al que se quiere desorientar— y, por fin, llegué a mi destino: la terminal portuaria de la localidad costera de Rockland. Este continente es tan maravilloso y variado que la idea de que a finales de otoño no hubiera servicio de ferri a las islas jamás se le habría pasado por la cabeza a un californiano como yo. Sonreí al leer el cartel de la marisquería cercana (de ventanas entabladas). Eran palabras que por voluntad propia me negué a vincular a mi propio destino:

CERRADO HASTA PRIMAVERA
¿EL MOTIVO?
¡ESTÁ TODO HELADO!

—Parece que no hay transbordadores —oí decir a una voz a mis espaldas, con un fuerte acento local.

—¿Perdón?

Una mujer de mediana edad ataviada con un peto y un llamativo chubasquero amarillo me observaba desde el pequeño muelle. Llevaba puestas unas gafas de leer y el pelo blanco le daba un aspecto de flor de diente de león. Se decoraba el cuello con un collar de cuentas del que colgaba una piedra tallada con forma de ballena azul. Actuaba como si llevase días esperándome.

—Hoy no hay transbordadores —repitió—. Pero yo puedo llevarlo.

—¿Se refiere a los ferris? —pregunté, y reflexioné sobre la propuesta—. Pero no sabe usted dónde voy.

La mujer me miró de pies a cabeza.

—Va usted a Valonica, ¿no es así?

—Sí.

—Lo llevo. —Al preguntarle por el precio, la mujer mencionó una suma que la mayoría de los profesores de secundaria no están acostumbrados a manejar. Añadió que su nombre era Eliot Morison, que era capitana de barco y oriunda de Gay Head, un pequeño puerto situado dentro del territorio de la etnia wampanoag. Puntualizó que no era Elliott Morrison, ni Elliot Morisson ni ninguna otra variación—. Una ele, una te, una erre, una ese. Acepto metálico o cheque.

—Oh.

El mar y el cielo eran del gris más profundo. El viento hacía flamear las banderas en los mástiles que se levantaban en el puerto. Por un lado, la bandera del estado de Maine: paño de campo azur, cargado con un pino y un alce tendido o *couchant,* guardado por dos muchachos *coqueteant*. Y, por encima de ella, la bandera estadounidense, bastante menos llamativa: cuatro docenas de huevos con unas tiras de panceta. Me giré hacia la señora.

—Metálico o cheque —repitió—. Una ele, una te, una erre, una ese.

Tras pagar, la capitana Morison me dedicó su última sonrisa de la jornada. Ambos nos zambullimos a ciegas en la bahía de Penobscot como quien se arroja hacia un destino ineludible, rumbo a la isla de Valonica, el lugar, según el folleto turístico, en el que «primero sale el sol sobre Estados Unidos».

No me costó encontrar en la diminuta isla la Fonda de la Viuda del Ballenero. Es una casa de madera oscura, típicamente novoinglesa. Llamé a la puerta y me abrió una anciana con los ojos enterrados en lo hondo del severo acantilado que tenía por rostro.

—¿Es usted la señora Nicholson?

—Muchacho, ¡está usted hablando con la Viuda del Último Ballenero del País! —gritó, temblando ultrajada. Con una mano sujetaba el chal de tartán que llevaba echado sobre los hombros.

—Ruego me disculpe —dije, haciendo una leve reverencia. Desde luego, no tenía ni idea de qué quería decir aquello, salvo una cosa: quizá debiera buscar otro alojamiento. Por desgracia,

no había mucho más en aquella isla, salvo un vivero flotante de langostas, unas cuantas playas rocosas vigiladas por frailecillos de aspecto chaplinesco y la FONDA DE LA VIUDA DEL BALLENERO. Al parecer, las alternativas eran frailecillos o viuda. ¿Qué debería hacer un Pelu?

—Mi difunto esposo, el capitán Nicholson, formaba parte de la tripulación del *John R. Manta* —se dispuso a informar la anciana, mirándome con expresión adusta y ojos del color de una jarra de peltre fundida para hacer balas—. Atracó por última vez en New Bedford en 1927. Fue el último ballenero en activo de toda Nueva Inglaterra. —La señora agitó la cabeza, cubierta de un pelo plateado con raya al medio, peinado hacia atrás y recogido en un moño—. ¡El último! ¡Ya no hubo más!

Sobre la techumbre de la casa, se acomodaron varias gaviotas para escuchar su historia. A lo lejos resonaba una campana portuaria. Sonreí, dejé la bolsa de viaje en el suelo y, con tono amable, traté de inquirir sobre mi alojamiento:

—Llamé para reservar una habitación…

—¡No se le ocurra hablarme del *Errante!* —interrumpió la señora Nicholson, haciendo emerger un dedo de debajo del chal para señalar al cielo—. ¡El *Errante* jamás regresó! ¡Nosotros sí! — Baja el dedo—. ¡Yo los acompañé!

Tanto las gaviotas como yo nos sentimos un poco confundidos.

—¿A quiénes?

—Al *John R. Manta* y a su tripulación —aclaró, con un expresivo gesto de cabeza—. Me recogieron en las Azores y nos casamos a bordo. —A la señora Nicholson se le iluminó la cara —. Me casé a muy tierna edad.

¿Cómo vivirán el amor las esposas y las viudas de los balleneros? ¿Cómo serían esos años de ausencia en el mar y la convivencia con hombres que volvían —si volvían— habiendo vivido cosas inimaginables y luchado contra lo desconocido y venciéndolo? Todo para ganar un dinero que apenas saldaba deudas acumuladas. Imagino que no debía de ser muy distinto de casarse con un novelista. Aquella señora me empezaba a caer bien.

Ella sonrió.

—¿Sabe usted, joven? Me recuerda a mi gran amor.

—¿Al capitán Nicholson?

En un primer momento pensé que no me había oído, abstraída en la belleza otoñal de los árboles (¡cómo debieron de ruborizarse los puritanos ante esta naturaleza!). A continuación, se volvió hacia mí.

—No, no al capitán Nicholson, claro que no —replicó apresuradamente—. Entre de una vez, se está metiendo el frío en la casa.

A partir de ese día, me desperté a diario con las campanas del puerto, al amanecer. ¿Cuándo he sido yo amigo de madrugar? De joven, siempre me costó trabajo —la cama deshecha hasta tarde y, por ende, también la jornada—, pero aquí, en Valonica, parecía como si por las noches unos duendes se encargaran de poner mi cuerpo a punto. Algo estaba cambiando: yo. Ya me había ocurrido en otras ocasiones; como cuando una mañana me desperté bajo un cielo azul lessiano, o cuando dejé que mi marido viajase para que todos mis días fueran de ese azul, o cuando esperé al pie de las escalerillas a Arthur Less, que había renunciado a todos los planes del mundo por mí. Y la mañana siguiente: la luz del sol filtrándose a través de la bignonia, sobre la cama blanca, y el cuerpo que dormía sobre ella. Una maraña de finos cabellos rubios, las mejillas encendidas. Y yo, mirando la silueta durmiente de Less, rebosante de amorosa frescura. ¿Dónde había quedado todo eso? ¿Dónde quedaba ese tiempo hermoso de mitad de relación, ese mismo tiempo que él había compartido también con Robert? ¿Me lo había perdido? ¿O estaba por llegar?

En Valonica no había azules. El paisaje se invertía: el océano se extendía por el cielo, con ondas y marejadas espumosas, y la superficie plana que se ensanchaba bajo él parecía reflejar, sin más, el alma turbulenta del clima. ¿Cuánto tiempo llevaba ocurriendo esto? ¿Había sido siempre así? ¿Estaba cambiando todo a la vez que cambiaba yo?

Durante mi estancia con la señora Nicholson, improvisé varios paseos por la pequeña isla, a la que se podía dar vuelta en cuarenta minutos. Mi lugar favorito era el monumento a un

langostero, una mera piedra con un cartel que indicaba su número de boya, la longitud y latitud en la que se encontraba cuando desapareció en mitad del mar, y los siguientes epítetos: HERMANO, MARINERO, ESPOSO, AMIGO. Estaba dedicado al capitán Nicholson. Se lo conté a su viuda, quien se limitó a aclararse la garganta; con un carraspeo replicó también cuando le pregunté su nombre de pila, o cuando le dije que me encantaría ver una ballena. «Imposible en esta época del año», sentenció mientras removía un guiso de bacalao. El fuego hacía tictac como un reloj. «¿Y alces?» Menos aún. En cualquier caso, volví una y otra vez al monumento a su marido, estudiando las variaciones en la superficie del agua, que a mis ojos tomaba la forma de varios ríos o estanques grises que se extendían bajo nubes dispersas. Una anécdota: de niño, mi película favorita era *El mago de Oz*. Yo sabía que comenzaba con nubes grises como aquellas y, cada vez que aparecía en televisión una escena al aire libre en blanco y negro y con nubes grises, yo aplaudía feliz. No importaba las veces que me equivocase, yo siempre me ilusionaba pensando que era *El mago de Oz*. La vida nos viene entretejida con un hilo mágico, así que, sí, una de esas veces, la escena entrevista cambiando de canal fue, en efecto, el principio de mi película favorita.

De manera similar, una de esas tardes en Valonica, descansando junto al monumento, se elevó de entre la espuma de las olas una grisura diferente a la del mar. Era un animal, un animal de piel rugosa que giraba sobre sí mismo y lanzaba al aire un chorro de agua.

—¡Por ahí resopla! —grité al vacío—. ¡¡Por allí resopla!! —repetí, e inmediatamente después la ballena emitió un sonido, sumergiéndose de nuevo hacia las profundidades.

No me hablen de fábulas. Y no me hablen de esperanzas.

Allí me quedé, pues, con la señora Nicholson y sus historias y sus gachas y su caldereta de langosta. Por fin supe que su nombre de pila era Adele. Una noche en Valonica, vagando por la isla, embriagado por el espíritu de la libertad (y quizá por las bebidas espirituosas que Adele guardaba en la alacena), lancé mi teléfono mar adentro, para unirme virtualmente al esposo de Adele en su tumba. Desapareció entre la espuma y el

oleaje sin hacer un ruido.

Ahora me había perdido yo. Allí me quedé, en comunión con los frailecillos, escribiendo un libro sobre el que llevaba reflexionando mucho tiempo, pero que nunca me había atrevido a empezar. Un libro sobre un viaje alrededor del mundo, cifrado, no obstante, en el código de lo que conozco y soy capaz de imaginar: el de las historias de amor. Un día, sin alharacas, lo terminé. Sonreí y exclamé para mí mismo: «¡Champán!».

Pero volvamos a Arthur Less.

Ya hemos alcanzado la parte de la historia que podríamos titular «Dolly *disparue*». Habiendo sobrevivido a un huracán, Rosina, liberada de todo cargamento salvo Less y sus magras pertenencias (entre las que se incluyen la camiseta y los pantalones cortos que lleva puestos), emprende el camino hacia el norte desde Savannah. Durante el viaje se apodera de nuestro protagonista una tristeza lánguida. Recorre kilómetros y kilómetros y las emisoras de radio locales se dan el relevo unas a otras. Sin Dolly, siente un vacío. Less lo rellena con comida, ya sea en la cafetería de la casa-museo Childress-Ray, perteneciente a un cuñado del antiguo presidente Polk —donde un camarero blanco de cejas despeinadas echa elocuentes miradas a Less mientras le sirve unas gachas de maíz con gambas (emplatadas con mucho glamur)—, ya en la Famosa Casa Rhoda, apenas un galpón de madera —donde Less se sienta junto a la venerable Rhoda (tocada de turbante negro y adornada con un collar de cuentas), mientras la anciana afrodescendiente rellena pasteles de boniato—. La vieja Rhoda le habla de cuando aquel lugar era una tasca con una tarima para bailar, mientras su nieta (trenzas teñidas de rojo, dos dientes de oro) prepara con desgana un guiso típico de las tierras bajas de Carolina a base de maíz, salchichas y gambas («¡Pero abuela! —grita la niña cuando Rhoda le llama la atención a golpe de matamoscas—. ¡Pero abuela!»). Cuando vuelve a la furgoneta, no le espera ese animal retozón para darle la bienvenida y tampoco lo oye ladrar sin descanso al llegar a un nuevo parque de autocaravanas. Estos también han

cambiado: no le dan conos de plástico y no lo recibe el dueño del terreno, sino un eficiente empleado que lo atiende desde detrás de una pantalla de metacrilato y no se aventura a adivinar el lugar de procedencia de Less. Ningún animal irracional y un poco asilvestrado se acurruca junto a él para dormir por las noches. Nadie le despierta pisándole la cara. Ahora, Arthur Less está completamente solo.

Esa noche saldrá la llamada luna del castor, la primera luna llena de noviembre. Es lo que cuentan, a grito pelado, en la radio que está puesta en la librería y tienda de dónuts de Rocky Mount, Carolina del Norte. Arthur Less se ha sentado en una mesa decorada con el rostro de H. H. H. Mandern. ¿Se habrá reunido ya con Dolly y con su hija? Less ve en la vitrina del local cuatro dónuts: beicon, beicon, beicon y maíz dulce. Mientras reflexiona sobre sus escasas alternativas, oye a la radio hablar de la «superluna del castor». Less se vuelve hacia la dependienta.

—Perdone, ¿de qué está hablando la radio?

La dependienta es una joven cuyas pestañas falsas parecen aletearle en la cara como dos tórtolos revoloteando bajo un cenador.

—De la superluna del castor.

—¡Ah! Pensaba que había oído mal —repone, y deja escapar una risita idiota.

—Se habla de superluna cuando la luna está llena y además se sitúa en el punto más cercano a la Tierra —explica la joven con tono serio—. Es que estoy estudiando astronomía.

—¿Y lo del castor?

—Es la luna llena de noviembre, según algunos pueblos originarios. La luna llena de enero es la luna del lobo. Mi favorita es la de agosto —dice, y acto seguido se echa sobre el mostrador para acercarse a él—: la luna del esturión. —La chica se encoge de hombros con un «¡vete tú a saber!» en la cara—. ¡La luna del esturión! Pero, bueno, el caso es que va a ser la luna más grande que hayamos visto jamás. Salga a verla a su porche sobre las nueve. No hace demasiado frío para ser noviembre.

—Por cierto, ¿podrías cambiarme este dónut de maíz por otro? No me he dado cuenta de que…

—No se admiten devoluciones ni cambios, señor.

—Ah.

—Que disfrute de la superluna del castor.

Cruzando de vuelta el aparcamiento en dirección a Rosina, Less se acuerda de la anciana mujer navajo. Ahí, en la ladera pedregosa, un manantial de agua surge de entre las rocas.

Less consulta sus mensajes y cae en la cuenta de que, haciendo honor a su fama de miembro de jurado más descuidado del país, se ha perdido la votación en la que decidirían el ganador o ganadora del premio. Se entera no por Finley Dwyer, que al parecer no está disponible para nadie, sino a través de Gratis.

—Bueno, pero ¿no podría tenerse en cuenta mi voto? —pregunta Less, entrando en pánico mientras intenta hablar por teléfono, no perderse y manejar el cambio manual a la vez—. Es que ayer me fue del todo imposible conectarme. Envié un mensaje.

—¡Hablamos de eso! Yo te defendí, de hecho. Pero Finley dijo que, si empezábamos a incumplir las reglas…, ¿dónde acabaríamos?

—Pero la cosa es que todo acabó ayer… No hubiese supuesto mucha diferencia.

—Es que ayer lo que votamos fue expulsarte del jurado.

—¿Cómo?

—Que conste que yo me abstuve.

—Gracias, Gratis —dice Less, rascándose los ojos con el dorso de la mano. Con esa noticia, en efecto, se escapa parte del dinero. Bueno, cubrirá las pérdidas el cheque que acaba de recibir.

«El Consejo ha votado expulsarle permanentemente de Ambrogio.»

—En realidad, nos lo has puesto fácil a los demás —dice Gratis—. Finley quería que ganase Natasha Ashatan, pero, claro, ella es poeta. Vivian apostaba por Michael Saint-John, pero ¡había olvidado que ganó el año pasado! Edgar votó por Overman, así que hubo que darle un par de vueltas al asunto.

—Pensé que ese tipo escribía mal sobre lo *queer*.

—Hubo que darle un par de vueltas al asunto.

Less oye el claxon de un camión y se da cuenta de que se ha metido en el carril izquierdo.

—Gratis, de verdad, tengo que colgar…

—Decidimos empezar de nuevo. Finley consiguió que el premio fuera para el candidato que él había querido desde el principio. En cualquier caso, fue el único acuerdo al que pudimos llegar. Pero no puedo decirte quién ha ganado.

—De verdad, Gratis…

—¡Lo anunciamos el lunes!

—¡Estupendo, pero tengo que colgar!

—¡Nos vemos en Nueva York! —dice Gratis a modo de despedida, pasando por alto, aparentemente, que Less ya no forma parte del jurado.

Less respira hondo y trata de sacudirse esta nueva humillación. A fin de cuentas, ¡mañana empieza su gira de conferencias por la costa este! Esos bolos le supondrán una pequeña suma de dinero que podrá añadir a las otras. Algún nuevo milagro hará el resto. ¿No terminan siempre los hombres como Arthur Less sanos y salvos en la cama?

Al dejar atrás las Carolinas para entrar en Virginia —es extraño cuán intensamente recibe esa sensación—, el paisaje se metamorfosea, como si se hubiera deshecho el encantamiento que aquejaba a un reino: las hileras irregulares de árboles dan paso a los cornejos, los tulipanes y los arces rojos; los insectos (que lo asediaban en todas las paradas desde Palm Springs) dejan de ser alimañas desconocidas que escalan por el lateral de los urinarios y se convierten en las familiares arañas de patas largas. La hierba de la mediana se vuelve de un verde anodino, y el cielo, de un prosaico gris; hasta el aire pierde su aroma. El exotismo que perfumó el aire durante semanas se desvanece, dando paso al asfalto y al follaje amarillento. De repente, se encuentra cruzando un puente y lo acomete el inconfundible olor a barro y piedra mojada: es el río Potomac. Se ha roto el hechizo y el mundo que rodea a Arthur pierde parte de su sabor, de su maravilla, y se vuelve común y plano.

Es la sensación de haber vuelto a casa.

A un lado de la autopista queda Alexandria, el pueblo de aire colonial iluminado por farolas de gas, en cuyos blancos restaurantes de carretera se sirven los mismos platos que supuestamente comía George Washington (guiso de cordero y boniato) mientras, al otro lado de la autopista, familias negras charlan sentadas en los escalones de entrada a las casas adosadas de madera, donde meriendan bizcochos caseros con cobertura color rosa. Más al norte, en la vulgar Rockville, se encuentran las tumbas de Scott y Zelda Fitzgerald, condenados a descansar junto a un centro comercial por toda la eternidad. Less cruza el Potomac y se da de bruces con Washington, D. C., ¡la ciudad gris de la severidad y la ley! Less conoce muy bien esa carretera: tras unos pocos chirridos, ¡cuán certeramente entra la aguja del tocadiscos en el surco del vinilo de la memoria!

Por su ventanilla derecha, queridos pasajeros, observarán el restaurante en el que un Arthur Less adolescente trabajó como camarero tres infelices veranos: la taberna Thee Wayside, fundada supuestamente en 1784 y visitada supuestamente por el mismísimo presidente George Washington. El uniforme de los camareros consistía en pantalones bombachos, tricornio y zapatos de hebilla que se desgastaban rápido por las prisas con que atravesaban de un lado a otro la sala, iluminada con candelabros. Había que dar la bienvenida a los clientes con un «¿qué se les ofrece?» y tratarlos de «damas» y «caballeros». Vocabulario y tono debían retrotraerse al siglo XVIII. «¿Qué se le ofrece, damita Less?», solía preguntar Less a su hermana Rebecca en tono de broma, a lo que ella respondía invariablemente con un «vete a la mierda». Las cuitas de nuestro protagonista tocaron a su fin cuando un día, llegando a trabajar, se topó con un camión de bomberos y una pila de maderos ennegrecidos y empapados donde hasta entonces se había levantado el restaurante. Aquellos hombres modernos se giraron hacia Less, con sus bombachos y su tricornio, todo un Rip van Winkle redivivo.

Para entonces, no obstante, el nivel de humillación ya había alcanzado su punto álgido. Imaginemos una noche de fiesta,

momento tan proclive al escarnio: el capitán del equipo de fútbol americano de su instituto celebraba su cumpleaños en ese restaurante. El mismo capitán que, junto con sus amigos, dedicaba todas las mañanas una sonrisa torva al enclenque de Less y le recitaba: «Juro lealtad a Estados Unidos de A-marica…». El mismo capitán que esa noche se regodeó cruel y zafiamente, mirando largamente a Less con sus leotardos, sus pantalones bombachos y su tricornio, que les servía un pudin flambeado mientras ellos gritaban: «¡Hip, hip, hurra!».

El calor del pudin prendido, del restaurante incendiado y de las vergüenzas adolescentes empieza a disiparse cuando Less enfila el gran puente de Chesapeake. La luz del sol centellea sobre las aguas oscuras del estuario, que parece dejar escapar una exhalación hacia el Atlántico. Hoy lo surcan muchos veleros; por ahí abajo debe de estar el lugar al que los llevó su madre: un chiringuito con mesas junto al agua cubiertas con manteles de papel parafinado; desde la orilla subían cubos de esos cangrejos de color azul que llaman jaibas. Al Arthur Less adolescente le entregaban un martillo y le invitaban a seguir sus instintos frente al animal cocinado. La carretera se adentra entonces en los marjales del este de Maryland, a los que siguen kilómetros y kilómetros de un invernal paisaje formado por tierras labrantías moteadas de matorral. De repente, obras en la autopista: una mujer embarazada de melena rubia y casco color naranja blande una señal de *stop* y Arthur Less permanece detenido diez minutos enteros. La mujer no le quita ojo de encima en todo ese rato, hasta que por fin da la vuelta a la señal, cuyo reverso luce una flecha azul. Less avanza, se despide de la mujer con la mano y dedica unos instantes a imaginar cómo será su vida. El pensamiento se va diluyendo a lo largo del siguiente tramo: más y más kilómetros de campos arados y erizados de arbustos, hasta que por fin cruza la famosa línea Mason-Dixon, frontera simbólica entre el norte y el sur de Estados Unidos.

Ya está en Delaware.

Atravesando las tierras bajas del estado uno llega, cómo no, al Atlántico, concretamente a la localidad de Rehoboth. Esta es similar a otros pueblos costeros de la costa central atlántica,

con sus típicos tofes y caramelos masticables hechos con agua salada, su paseo destartalado, en el que no faltan los coches de choque y los puestos de algodón dulce, y sus largas playas, que la marea, alternativamente y dos veces cada día, lava y engalana de algas. Hay cientos de pueblos como este. La diferencia es que este es *queer*. No lo fue desde el inicio, al principio era una comunidad cristiana a orillas del mar. Pero las cosas se torcieron, Dios sabe por qué. Solo Dios sabe por qué en Estados Unidos pasan las cosas que pasan.

Less se planta ante una de esas casas de playa construidas sobre pilotes. Sube los escalones y toca a la puerta. Abre una mujer con el pelo plateado como una nube baja, labios delicados, la nariz afilada y una barbilla puntiaguda que recuerda a los incursores vikingos del tapiz de Bayeux.

—¿Qué se le ofrece, caballerete Less? —pregunta su hermana—. Pero ¿y ese bigote?

—¿Cómo es?

Están en la cocina de la casita, forrada de tablones de madera y decorada con redes de pesca y estrellas de mar. Uno de los lados es un gran ventanal de suelo a techo que da al mar. A Less le hace pensar en un señor mayor que renunciara a todos los placeres, salvo a uno, el de mirar. Se ha sentado sobre un taburete y se ha puesto una sudadera con el escudo de una universidad que le ha prestado su hermana. Rebecca pica cebolla en la encimera. El océano de su niñez refulge al aire otoñal.

—Inofensivo —responde él.

Rebecca sonríe y da un sorbo a un botellín de cerveza Dewey.

—¿Ves? —Ella lleva chándal, pero no el que Less recordaba de aquella foto en Semana Santa, claro; es negro y le corre una raya blanca por el lateral. Le dice a Less que se lo pone casi todos los días: la vida es hoy más fácil.

—Casi inofensivo —puntualiza Less—. Está viejo y calvo y tiene la piel rosa.

—¿No te alegras de haberlo visto?

—Me dijo que me perdona. ¡Que él me perdona a mí! —Less

se estremece ante la desfachatez.

Rebecca echa la cebolla picada en la sartén.

—Eso es lo que dice la gente que se va a morir, Archie. Te dicen que te quieren y que te perdonan. Creo que es un guion que entregan en los hospitales.

—Pues de «amor» no oí nada. Estaba enfadado por una cosa que yo había escrito… Fue todo muy raro. Después me invitó a su casa… Bueno, a una casa que en realidad no es suya…

—*La obra sobre la nutrición*.

—¿Qué?

—Está enfadado porque sale en *La obra sobre la nutrición*.

—Ese padre es ficticio. Es un personaje inspirado en muchas personas, nadie tiene por qué entender que… —Less se interrumpe y suspira.

Rebecca no dice nada, tampoco. Less contempla el océano y la masa de plantas marinas y desechos flotantes que la marea ha traído hasta la orilla.

—Quedé con él y se mostró encantador… Pero, en fin, ni siquiera es su casa. Está exprimiendo a una tipa con dinero que se llama Sarah… Como siempre. Y yo… —empieza a decir, pero se interrumpe de nuevo y cierra los ojos, embargado por el pudor—. Yo había tenido la estúpida idea de que él había patrocinado la obra y la gira.

—Ay, Archie…

—No es culpa suya —le dice Less, tras dar un sorbo a su cerveza Dewey (destello de recuerdos de la expedición en balsa)—. No sé, se me metió en la cabeza la fantasía de que era gracias a él que mi texto estaba representándose en teatros. Que era rico y me estaba pagando todo aquello… Y, bueno, no es así. Lo había leído en el periódico, nada más. No, ni siquiera, lo había leído Sarah. Él se junta con una señora para conseguir cierta estabilidad, miente para mantenerse a flote y… —De repente, pierde el hilo, con la mirada fija sobre la superficie del mar.

—¿Archie?

—He recorrido una distancia enorme para decirle algo a papá y me doy cuenta de que no necesitaba decírselo.

Rebecca guarda silencio.

—Es muy fácil. Es simplemente «No quiero ser como tú».

—Oh, Archie…

—Pero la cosa es que sí soy como él.

—No, no lo eres.

—Sí. La arrogancia. Esa forma de ser que también tenía Robert. Quizá sea la única que conozco. Eso es lo que piensa Freddy.

—Tonterías, Archie. Tonterías.

Canta un ave nocturna. Quiquicú. Quiquicú.

Less se pasa el dorso de la mano por los ojos, deja escapar una risita y pregunta:

—¿Qué hay de ti? ¿Sigues llamando a la sirvienta?

Ella hace una mueca.

—¡Oh! Me alegro de que preguntes. La despedí.

—Qué difícil es encontrar buen servicio.

—Ahora lo único que me pasa es como que me estremezco. Sigue siendo muy de señora. Como si yo fuera una viuda y tú me estuvieras proponiendo tomar un autobús y yo como que… —En ese momento, Rebecca cierra los ojos, alza las manos y tiembla de disgusto—. Intento darle un rollo Maggie Smith.

—¿Estás mejor de la ansiedad, entonces?

—Sí. Mi médico no sabe por qué —responde ella—. Nadie lo sabe. Soy un caso único. Creo que mi ansiedad también ha madurado. Creo que ha decidido que envejezcamos felices juntas.

—Bien. Ojalá te ayude a convertirte en toda una dama.

Ella hace ademán de impaciencia.

—¡Oh, desde luego! Creo que ahora soy así. Tu amiga Zohra dice que este es el precio que he de pagar por ser una mujer divorciada y feliz en un país puritano. Creo que en una versión cómica de cine ochentero, Steve Martin sería un peregrino del *Mayflower* que sufre, por ejemplo, la maldición de una bruja y que viaja en el tiempo y termina, miniaturizado, viviendo dentro de mi cráneo. La bruja está interpretada por Lily Tomlin o Roseanne, y es inmortal y dirige una compañía petrolera para la que yo trabajo. O algo así.

Less levanta las cejas.

—Tienes el éxito al alcance de la mano.

—¡Más o menos! —Su hermana vuelve a levantar las manos y vuelve a temblarle el brazo y ambos ríen de esa cosa tan espantosa—. ¡Ay, por cierto! Tengo varias cartas para ti —recuerda ella.

Less había reenviado su correo desde la Cabaña. Su hermana saca, de entre la pila de facturas, un telegrama de los de toda la vida, con un sencillo mensaje: «Querido Prudent: Gracias por haber devuelto tan expeditivamente a mi querida Dolly. Espero que encuentres lo que buscas. Parley».

—¿Y eso qué es? —pregunta Rebecca.

Su hermano se lanza a hablar del carlino, del hombre de la pipa y de la furgoneta camperizada.

—No, lo que tienes en la mano, Archie —aclara Rebecca, señalando la mano derecha de Less, que sostiene aún la pluma. Momentos antes la guardaba en el bolsillo de la pechera y la ha sacado por instinto nada más ver las facturas—. ¿Es esa la pluma de mamá?

—Sí.

Ella frunce el ceño.

—¿Te la quedaste después del funeral?

—No te acordarás, pero de esto ya hemos hablado —explica con voz calma—. Era imposible quitarle la tapa, pensábamos que la tinta se había salido y resecado. No sé. Me dijiste que me la llevara.

—No me pega que yo hiciera eso.

—Bueno, el caso es que me la llevé, sí. Y durante un buen tiempo no pude destaparla, nadie podía. Todo el que venía a casa lo intentaba y nadie era capaz, era de risa. Robert dijo que quien pudiera destaparla sería nombrado legítimo rey de toda Inglaterra —cuenta Less con una amplia sonrisa dibujada en el rostro.

—¿Y quién consiguió destapar la pluma por fin?

Less cuenta que una mañana estaba haciendo una llamada telefónica y pidió algo para escribir y lo que le dieron fue la pluma de su madre, milagrosamente destapada. Así, sin más. La pluma de su madre. Como si nada.

—Quien menos te imaginas: Freddy.

Es verdad: fui yo.

—La espada clavada en la piedra —dice ella, llanamente.

Un silencio.

—Sí, supongo —coincide él—. La espada clavada en la piedra. ¿Qué vamos a cenar, por cierto?

Buñuelos de cangrejo, cómo no. Buñuelos de cangrejo típicos de Delaware y ensalada de mango con aliño de curri. Los buñuelos eran la receta favorita de su madre cuando se permitía el lujo de comprar cangrejo —a veces por su cumpleaños o cuando alguno de sus hijos la visitaba— y, como siempre, es un plato muy jaleado. Aunque crecieron junto al mar, rara vez comían lo que venía de él, pues esa madre, en realidad, había crecido en una casa pobre del interior de Georgia. A ellos se les hacía tan raro cocinar un pescado entero, o almejas o mejillones, como a sus padres comer sushi. No todo el mundo es adepto a la aventura gastronómica. Después de la cena, los hermanos hacen algo que su madre jamás habría hecho: dar un paseo por la playa una noche otoñal.

Less lleva puesto el poncho. Rebecca se ha envuelto en una manta y se ha metido en los bolsillos todas las botellas de minibar que guardaba en la cocina. Se disculpa por no poder asistir al evento del día siguiente:

—He visto uno de los carteles y, bueno… —ríe.

—Ay, no.

—¡No eres tú el de la foto, Archie!

—¡Siempre igual!

Se ríen y caminan hasta alcanzar las rocas, y allí dan la vuelta. Ahora tienen por delante la vista de las casas de playa, la mayoría vacías y cerradas para protegerse de los temporales invernales. En algunas, no obstante, hay luces encendidas fuera de temporada. De una de ellas, de hecho, llegan sonidos de una fiesta; Rebecca dice que son sus amigas lesbianas y que podrían unirse a la fiesta, pero Less se hace de rogar. Dice que quiere estar despejado al día siguiente para su Gira de Conferencias: ¡tras esta última etapa podrá saldar su deuda! Su Gira de Conferencias: casi se oyen las mayúsculas en la forma de decirlo. Sin embargo, Rebecca no le pregunta por eso.

—¿Cómo van las cosas con Freddy?

Less toma aire profundamente y cierra los ojos.

—Reb, se ha escapado a una isla de la costa de Maine. Para no sé qué proyecto del que no sé una palabra. Dijo algo así como que algo tenía que cambiar entre nosotros. Entre él y yo —Less se ve obligado a especificar. Romeo y Julieta y Robert —. Pero no dijo el qué.

—¿Estamos hablando del mismo chico que dio la vuelta al mundo en avión?

—Sí. Pues ese chico no me coge el teléfono.

—¿Aún lo quieres?

—¡Pues claro, Reb! Aunque ha cambiado.

—¿Y tú? ¿Has cambiado tú, Archie? —pregunta.

—¡Yo no quiero cambiar, Reb! ¡Soy un cincuentón! —dice vehemente—. Ya he cambiado todo lo que tenía que cambiar.

La luna no ha salido aún, pero hay estrellas. El mundo que los naturales de Delaware tachan de ordinario e incluso feo — los montones de algas secas y los residuos que escupe el mar, la arena compacta y dura como piedra caliza, las rocas salpicadas de cagadas de pájaro que chorrean como la cera de una vela, las olas que rompen con un rumor de aplauso y, por doquier, en cada rincón, la vida imparable oculta entre las piedras, arrastrándose por la arena o zambulléndose en el agua — es, para cualquier foráneo (yo incluido), un mundo extraordinario, hermoso, exótico. En algún lugar, entre las aguas, los peces escuchan, dispuestos como dagas mágicas en la oscuridad.

—Zohra y yo hemos intimado desde el divorcio —cuenta su hermana, sacando el teléfono—. Ella pasó por algo similar, ya sabes. Te voy a leer lo que me ha escrito. Lo tengo aquí. Le dije algo parecido a lo que me has dicho tú: que solo quería que cambiase una cosa. Mi matrimonio. Y Zohra me contestó — Rebecca se aclara la garganta para imitar mejor el acento británico de Zohra—: «¡Que le jodan! —Less contempla a su hermana transformarse en su vieja amiga británica—. ¡Que le jodan! No pases por ahí, Rebecca. Esto no va de redecorar la casa, Reb: la casa se está quemando. No sé si me explico. Tienes que salvar algunas cosas, y tienes que dejar que otras se

quemen. Estamos hablando de un dolor y un sufrimiento y una quemazón de los que se soportan una vez en la vida. Y quizá traigan consigo la única ocasión que tengas para decidir qué quieres realmente. Nada de “no quiero cambiar”, no me jodas. Ni de coña. ¡Es que ya has cambiado! ¿No te das cuenta? ¿Y ahora qué? Todo cambia siempre, pero en esta ocasión tú estás al mando, así que, por Dios, ¡elige! ¡Elige mal, no pasa nada! ¡No pasa nada, de verdad! ¡Pero elige!».

Rebecca eleva la mirada con una sonrisa. Las olas se pronuncian con su ovación cerrada. Ella se echa a reír.

Siguen caminando y se distingue un rumor de voces de matiz lésbico y Rebecca se vuelve para mirar. Hay gente reunida en los porches y balcones que dan a la playa. La hermana de Less emite una especie de aullido y se saca del bolsillo una de las botellas en miniatura. Arthur le pregunta qué es lo que pasa; quizá ha pasado algo y alguien ha llamado a la policía, como ocurría décadas atrás a veces, cuando los Less eran menores de edad y hacían fiestas en la playa. Pero no, su hermana se queda en silencio unos instantes para mirarlo y vuelve a reír.

—¡Archie! —anuncia ella emocionada—. ¡Es la superluna del castor!

Esa noche, Less contempla el alma de los estadounidenses pasearse playa arriba y playa abajo. Se sientan en sus porches o en la orilla, en sillas plegables de plástico, envueltos en mantas o chales, y alzan la mirada para contemplar la luna. Cerveza en mano, con algo de comer en el regazo, acercándose a las farolas del paseo marítimo para alumbrarse. En una casa, alguien ha sacado al jardín una lámpara de pie. En bastantes porches y jardines, las banderas estadounidenses tremolan en la brisa. La luna asciende, redonda y brillante, entre las estrellas, que motean el cielo como billetes de dólar arrugados. Ya hemos localizado la constelación conocida como Signo de Interrogación. ¿Y sobre qué nos interrogamos? Quizá nos hacemos la misma pregunta que Vit, el editor checo, le lanzó en San Francisco: ¿y si toda la idea que nos hemos hecho sobre nuestro país fuera incorrecta? A Arthur se le pasa por la

cabeza, a lo largo y ancho del país, mirando arriba desde sus porches, con su gran bandera ondeando al viento, los americanos esperan la Respuesta.

Como quizá también la espero yo.

¿Estados Unidos, cómo va vuestro matrimonio? ¿Cómo va la promesa, sellada hace dos siglos y medio, de ser fieles en la salud y en la enfermedad? Primero trece y luego más y más, hasta los cincuenta que han tomado ya los votos. Como tantos matrimonios, lo sé, este no fue por amor; fue por razones fiscales, pero muy pronto los vínculos económicos se estrecharon y se compartieron deudas y se compraron tierras a medias y se dibujaron horizontes de grandeza y, aun así, hubo enfrentamientos desde el inicio. Viejas rencillas, viejos desencuentros que dolían y siguen doliendo, ¿no es así? ¿Quién traicionó a quién, al final? Sé que tratasteis de sentar la cabeza. No duró, ¿verdad que no? Entonces, ¿cómo os va, Estados Unidos? ¿Soñáis con andar de nuevo por vuestra cuenta otra vez? ¿Con no tener que formar parte de los líos familiares de otros? ¿Con no tener que compartir vuestro dinero? ¿Con no tener que aguantar la afición de los otros por las armas, por los coches o por una dieta u otra? Decídmelo con sinceridad, porque yo me estoy planteado casarme y me digo a mí mismo que, si os funcionó a vosotros, debe poder funcionarle a cualquiera.

—¡Hip, hip! —grita Reb, levantando la botellita de ron—. ¡Hurra!

«¡Levántate y resplandece, que tu luz ha llegado!» (Isaías 60:1).

Less se despierta. Su hermana aún duerme. Se ducha y saca el traje de su padre de la funda. La vaharada de naftalina lo lleva a evocar la casa de su abuela, en vacaciones, y ese mismo traje, resplandeciendo débilmente junto a un árbol de Navidad. También recuerda la noche de la representación teatral del colegio, cuando su padre se inclinó sobre él para decirle que se iba, pero luego volvería. Thomas ha interpretado al pequeño Archie Less y ahora Less ha resultado elegido para representar al padre. No tiene opción: se pone su mejor camisa, se enfunda el traje y se percata de que le está casi como un guante. La

cintura le aprieta un poco y las mangas son un pelín cortas (¿estará el cinto mal hecho?). Less se planta frente al espejo del baño de su hermana y contempla una visión estereotípica: a sí mismo hoy y a su padre cincuenta años atrás.

El traje es del azul más vivo que existe.

Nuestro protagonista empaca sus pocas pertenencias, escribe una nota a su hermana («¡Buenos días, damita Less!») y monta en Rosina para tratar de arrancarla. La luz primera del día que baña la playa le hace rememorar los veranos pasados en casas de alquiler, en esa misma costa, los montones de cangrejos herradura, orgiásticamente apilados unos sobre otros, la parte alta de la playa y los restos de algas y tesoros, las chanclas también amontonadas, las quemaduras por el sol, su cangrejo ermitaño mascota, las historias de una isla cercana donde, según cuentan, vivían ponis en libertad. Vuelve, no obstante, a las carreteras que serpentean por los campos de Delaware y que siempre están preciosos bajo la nieve (pero no ha nevado) y pone rumbo a Dover, donde deberá impartir su primera conferencia y donde Rosina, al fin, se avería por primera y última vez.

Ocurre de la siguiente manera: nuestro protagonista va chupando rueda de un cochecito rojo con un cartel sobre el techo que dice AUTOESCUELA y que a Less le hace pensar en los concursos de belleza. Va despacísimo por una carretera secundaria bordeada, a un lado y otro, por buzones de correos con su testigo levantado, que le dan un aspecto de sombreritos con pluma. El cochecito va despacísimo y, además, hace un zigzag casi imperceptible dentro de su carril. Less sabe que no está atrapado detrás: es el alumno o alumna de la autoescuela quien está atrapado delante. Presa del pánico, escudriña probablemente los espejos a los que asoma esa gigantesca traqueteante furgoneta antigua. Ese chaval o chavala vive además atrapado, sin duda, dentro del típico cuerpo de adolescente de Delaware, que Arthur Less recuerda muy bien. ¿Es quizá por esto por lo que Less hace caso omiso a la luz que parpadea en su tablero de mandos?

Para aliviar la angustia del alumno o alumna de la

autoescuela, Less sale de la carretera secundaria; a fin de cuentas, conoce bien la zona. Su desvío lo lleva, no sin cierta satisfacción, a viejos pagos conocidos. No hay en esa zona ninguna edificación de más de una planta, no hay iglesias ni oficinas de correos ni peluquerías. Entonces, saliendo de una curva, aparecen ante su vista unos arbustos de cornejo sobre el arcén, un seto que flanquea un caminito de acceso y, en el mismo lugar en el que los Reed lo colocaron cuatro décadas atrás, un san José de piedra que eleva las palmas de las manos hacia el cielo de Delaware.

Ahí han estado todas esas cosas todo el tiempo: fue en realidad Arthur Less quien las dejó atrás. Aquel reino de infancia del que se exilió por las universidades y la gran ciudad y al que renunció definitivamente tras la muerte de su madre. Lo vendieron o lo regalaron todo, de manera que Less se vio más tarde obligado a reconstruirlo con palabras y mucho dolor. Me pregunto cuál es el término exacto para aludir a un apátrida nacido en un país que desapareció hace mucho tiempo y que no tiene ya ni currículum ni pasaporte.

¿Pasticcio? ¿Valón?

El nombre de calle más repetido en Estados Unidos es calle Dos (la calle Uno no existe, siempre se la llama calle Mayor). En la calle Dos con la calle Olmo (ningún olmo a la vista), Rosina gira su última esquina. Bajo el capó relumbra un fogonazo, el motor da una sonora y elocuente sacudida, el chasis entero parece estremecerse de cabo a rabo y, por fin, el tubo de escape deja escapar una fumata blanca. No se vuelve a oír a Rosina emitir un ruido. Sin embargo, sigue moviéndose mientras Less pisa aterrorizado todos los pedales y gira una y otra vez la llave de contacto, intentando a la vez encontrar un aliado (no tiene al lado a Dolly), hasta que por fin, tras rodar silenciosamente unos metros, se detiene. Su último aliento queda suspendido en el aire, disipándose blanquecino como las alas de un arcángel. Ante ellos, un cartel:

INSTITUTO DE EDUCACIÓN SECUNDARIA DELMARVA
¡VAMOS, CANGREJOS!

«Juro lealtad a Estados Unidos de A-marica…» ¿No podía

haberse quedado tirado en otro sitio?

Sin embargo, el arcángel de humo parece haber convocado a un salvador.

—Oye, ¿tú no eres Archie Less?

Junto a Rosina se detiene un coche rojo y por la ventanilla del copiloto asoma el rostro de un hombre blanco y sonriente que saluda a nuestro protagonista. Junto a él se sienta una adolescente pelirroja patentemente embarazada. A Arthur Less no le suenan el pelo alborotado y grisáceo del hombre ni tampoco su bigote, y aun así encuentra algo familiar en él.

Sobre el coche del salvador, un cartel que dice: AUTOESCUELA.

Disfrutemos de la buena fortuna de Less, pues pronto se agotará: el profesor de autoescuela no es otro que Andrew Pollack, el capitán del equipo de fútbol americano que ridiculizaba a Less tantos años atrás.

—¿Te vas a quedar mucho rato por aquí, Archie? —pregunta, y a Less le cuesta trabajo localizar al fibroso jugador de fútbol americano entre sus recuerdos y traerlo a través del agujero de gusano de la memoria hasta el presente. Solo entonces lo reconoce en ese tipo de pelo ralo que se asoma de un coche de AUTOESCUELA. Al parecer, es profesor en el instituto DelMarVa: historia y educación vial. En un ejemplo impresionante de síntesis, Less le cuenta su vida hasta el mismísimo evento literario que está por comenzar y al que no tiene cómo llegar. Se produce un silencio; el viento otoñal bate juguetonamente la bandera del instituto.

—¡Bueno, pero sube! —propone Andrew, y Less monta en la parte de atrás. La aterrorizada adolescente, alumna de AUTOESCUELA, conduce hasta Dover, obligada a escuchar la biografía —no sintetizada (y bastante aburrida)— de su profesor de conducción, desde los tiempos de instituto hasta la actualidad. Less cobra conciencia de que la vida para algunos es un paseo, tan ajena a cualquier incidente como a la poesía. Es una existencia que ofrece una suerte de felicidad amortiguada, jamás experimentada por Less. Tal y como diría Cookie, la abuela de Thomas: «Cada uno cuenta la feria según

le va en ella». Despidiéndose con la mano, Andrew y su alumna dejan a Less en la puerta de un templo de la Iglesia bautista unida.

—¡Querido! ¿Cómo está? —saluda una señora, plantada entre las columnas que enmarcan la entrada a la iglesia, con un montón de folletos en la mano. Lleva gafas y tiene el rostro moteado de marcas y viste un conjunto de falda y chaquetilla. La media melena y el sombrero de ala ancha le dan el aire pastoral de una cuáquera. La mujer, negra, dedica una sonrisa algo triste a Arthur Less:

—Soy la diaconisa Perkins. ¿Puedo ayudarlo en algo?

—¡Siento llegar tarde! —se excusa Less, aún sin resuello. En las axilas de su mejor camisa se distinguen ya sendos cercos de sudor. Toma aire profundamente para tratar de explicarse:—Mi furgoneta se averió, me han traído.

El rostro de la diaconisa Perkins expresa una inquietud sincera.

—¡Vaya, qué apuro!

Ha encontrado la palabra perfecta: *apuro* (aunque el apuro de esa ocasión particular, no obstante, se ha debido a otras razones). Less se abotona la camisa hasta el cuello, se fuerza a esbozar la sonrisa que aprendió en el sur y repone a la diaconisa Perkins:

—Bueno, señora, ¿estoy bien? —pregunta, mirándose el traje y atusándose el pelo—. Espero que no sea demasiado tarde.

Con los dedos decorados de anillos, la diaconisa se ajusta el sombrero y contesta:

—Me temo que sí es un poco tarde. El evento está terminando, de hecho. Pero usted está sensacional, querido.

—¿Qué quiere decir con que el evento está terminando?

—Le puede firmar su libro, eso sí —puntualiza la diaconisa Perkins, entregándole uno de los folletos, que él acepta sin leer—. ¿Es usted admirador del señor Less?

—¿De quién?

—De Arthur Less, querido —explica, con una sonrisa empática—. Acaba de terminar.

Imaginemos las aguas de dos ríos que confluyen ante un parque de autocaravanas. Imaginemos cómo entrechocan sus aguas turbulentas antes de fundirse unas con otras: de igual manera dos verdades parecen ahora converger en Less, haciendo vibrar la realidad.

Arthur Less estira el cuello hacia delante, como un galápago. La piel entre una ceja y otra se frunce.

—Pero Arthur Less soy yo.

Cada una de esas dos personas, una frente a la otra, se miran como si la otra estuviera loca.

La diaconisa Perkins, confusa, queda paralizada por unos instantes, así que nuestro protagonista decide buscar respuestas en otro lado y, viendo la puerta abierta, entra sin más en la iglesia. Los altos ventanales —vidrios transparentes y tintados de naranja alternados— hacen que el espacio quede bañado de una luz ambarina, como el agua de una taza cuando se sumerge una bolsita de té, dejando ver bajo el resplandor otoñal una fila de personas que esperan pacientemente ante una mesa. Tras ella, Arthur Less ve a un hombre cuyo aspecto le resulta vagamente conocido y que firma libros. Por fin, Less lee el folleto y descubre su propio papel en aquella farsa: UN DOMINGO CON ARTHUR LESS.

Al pie del transepto, paralizado como por un viento helado y acariciado por esa luz caramelo, nuestro Arthur Less deja escapar una serie de lastimeros suspiros.

¡Ayyyy!

«Estaba un poco confundido, le aclaré todo.»

«No es lo que esperaba.»

¡Ayyyy!

«Cuando vi su foto, supe que habíamos dado con el Arthur Less escritor.»

«¿Está segura de que ese era el Arthur Less?»

«¡No eres tú el de la foto, Archie!»

¡Ayyyy!

Se abren de par en par las grandes esclusas de un mundo de misterio. Extraños y diversos acontecimientos han marcado la odisea de este pobre hombre: aventuras variopintas que no tenía derecho de correr y homenajes y miedos inopinados que lo han confundido, hasta que, en última instancia, solo le ha

quedado encogerse de hombros ante la absurdidad de la vida y ante su buena fortuna. Lo anterior responde, de principio a fin, a una sencilla razón: todo ello estaba pensado para el hombre con el que comparte nombre y apellido.

El otro autor; el *alter ego* de Arthur. El otro Arthur Less.

¡Ayyyy!

No puedo evitar pensar en un cachorro que ladra ante su propio reflejo en el espejo hasta que, por fin, con un gañido, cae en la cuenta de que aquel intruso es él mismo.

⋆ ⋆ ⋆ ⋆ ⋆ ⋆
⋆ ⋆ ⋆ ⋆ ⋆
⋆ ⋆ ⋆ ⋆ ⋆ ⋆

—¡El puñetero Arthur Less!

Nuestro protagonista está sentado en la parte trasera de una gran berlina que viaja de Dover a Wilmington, Delaware. La luz del sol inunda el interior del coche. A su lado, en el asiento tapizado de cuero gris, se sienta un compañero de viaje *ad hoc:* un hombre de su misma edad, de su misma masa (más bajo, pero más ancho), con el mismo pelo ralo, pero con bigote a lo leopardo de las nieves, más que de zorro lessiano, y un traje de terciopelo azul oscuro, nivel fosa de las Marianas. Hay algo de él que destella a la luz del sol —gafas de montura metálica, alianza, reloj de buceo de acero—, pero no su persona, que parece absorber la luz sin llamar la atención, como el terciopelo de su traje. La impresión que causa es la de un colegial tímido que conoce la respuesta a las preguntas del profesor, pero no se preocupa de levantar la mano. Es negro y se llama Arthur Less.

—Gracias de nuevo por traerme —dice nuestro protagonista.

El otro Arthur está casi llorando de risa y no deja de agitar las manos.

—¡No te preocupes! Lo siento, espero que no te moleste que esto me esté resultando tan divertido. Es divertido, no me digas que no.

Al tipo le divierte la situación, eso es evidente. Se ha ofrecido a llevar (aunque quien conduce es el chófer de la

agencia Balanquin) a nuestro héroe hasta la averiada Rosina para que recoja sus cosas y luego acercarlo a la estación de tren de Wilmington, Delaware.

—Así que, Arthur Less, por fin nos conocemos —dice Arthur Less.

—Por fin.

—¡Espera! —El rostro de oscura piel se frunce en una mueca de enojo fingido—. ¡Fuiste tú quien canceló mi reserva de hotel anoche, claro!

—Oh, Dios mío, es verdad —dice el hombre blanco, tapándose la cara con las dos manos—. Lo siento mucho.

—¡Qué vergüenza! —Risa tonta: ja, ja, ja—. ¡Cancelar mi reserva de hotel!

—Es que no se me ocurrió pensar que Balanquin…

—Bueno, al parecer tu agente les ha estado enviando correos electrónicos a la vez que yo…

—O sea, que he estado aceptando un montón de eventos que eran para ti. Lo siento mucho. —Nuestro Less se quita las manos de la cara—. Eso es lo que ha pasado, ¿verdad? Qué vergüenza…

—No pasa nada. De verdad.

—¿Se puso en contacto contigo una compañía de teatro del sur para llevar a escena una obra tuya?

—Sí. El texto completo.

—Ay, mierda.

—Volvieron a llamar y cancelaron. Dijeron que se habían equivocado. No me digas que… ¡No me lo puedo creer! Ja, ja, ja.

Nuestro Less ríe también: Ja, ja, ja.

Un golpe seco y una sacudida: el coche ha entrado en un puente muy alto que salva un río de curso recto y aguas refulgentes. Al otro Arthur se le caen las gafas, que terminan entre los dos asientos, y el tipo pierde toda su elegancia agachándose y dando palmaditas a ciegas en torno a sus pies. Por supuesto, Less no deja pasar la oportunidad y piensa para sus adentros que el traje de terciopelo y esa voz son tan disfraz como su traje gris plomo. Ese hombre debe de ser un torpe novelista como cualquier otro. ¿Será también holandés?

Nuestro Arthur Less dice en tono confidencial:

—Es pronto aún. Y esta es una ocasión única, ¿no? He cogido algunas botellas del minibar y…

Less saca del bolsillo de la pechera un par de botellas de ron robado a Rebecca.

—¡Arthur Less! ¡Pero bueno! De acuerdo, trae para acá, vamos a tomarnos un chupito del misterio. —Entonces, el Less negro se mete las botellitas en un bolsillo del traje e invita a nuestro Less a escoger. Tras rebuscar en el bolsillo de forro aterciopelado, nuestro Less saca el ron con especias. Al otro Less le toca el burbon Southern Comfort. Less se fija en la oreja izquierda, perforada, que ya había visto en la foto del autor.

—¡Joder! —dice—. ¡Odio el Southern Comfort! Bueno, es lo que me ha tocado. Por Arthur Less.

—Y por Arthur Less.

Brindan y comparten una carcajada (Ja, ja, ja; ja, ja, ja) como si compartieran, también, la mejor de las fortunas.

La sombra de una de las columnas que sostienen el puente oscurece sucesivamente al conductor, a Arthur Less y a Arthur Less. Nuestro Less intenta quedarse sentado muy quieto en su asiento, pero durante esta parte de la conversación cada una de las juntas entre las placas de hormigón que forman el tablero del puente hace a Arthur dar un saltito, como en una cama elástica.

—¡Eh, en una ocasión estuvimos a punto de conocernos! —recuerda el otro Arthur Less—. Yo estaba de paso en San Francisco y Silvia Tsai daba una fiesta. Me dijo que te había invitado y que por fin nos conoceríamos. Pero no viniste.

—No lo recuerdo.

—Yo sí… ¡Estabas dando la vuelta al mundo!

El apasionamiento de la aseveración conmociona a nuestro Arthur Less, que tiene que reprimir la emoción. No se explica cómo puede ser que todo aquello esté ocurriendo de verdad.

Nuestro Less pregunta:

—¿Llegaste a entrevistar a H. H. H. Mandern?

—Me lo pidieron, pero, sinceramente, eso no va conmigo.

—Pues yo sí.

—¿En serio? Menudo pieza debe de ser.

El teatro en el sur. La gira por la costa este. Su loco viaje a lo Sancho Panza a través del suroeste. ¿Todo aquello le había robado a aquel hombre?

Estamos cruzando la bahía de Chesapeake y el canal de Delaware, cuya construcción propuso Benjamin Franklin en 1788. Como el canal pasaba por dos estados —Maryland y Delaware—, se desencadenó la típica guerra fratricida, con una solución salomónica, tan absurda como la guerra, que pervive hasta hoy: en el lado del canal que da a la bahía de Chesapeake, un piloto de Maryland embarca y lleva el barco hasta el límite estatal, allí se baja —sin que el trasbordador se detenga siquiera— y es sustituido por otro piloto, de Delaware, que navega hasta el río homónimo. La operación, más propia del tiempo de los bucaneros, se repite de este a oeste. Cada una de las mitades del canal es idéntica a la otra.

Una última sacudida indica que han cruzado el puente completo.

—Creo que tengo algo que es tuyo —dice nuestro Less, sacando del bolsillo interno de la chaqueta de su padre una gastada cartera, y de su interior, un gastado sobre. Nuestro protagonista se queda mirando el sobre un instante y, a continuación, lo entrega ceremoniosamente a su desconcertado compañero de letras—. Es una larga historia —dice, mientras el otro Less rasga el papel—. En Savannah, una fundación me entregó este cheque, pero no era para mí.

Nuestro Less apenas puede reprimir un suspiro mientras piensa: «Lo siento, Freddy. He regalado el dinero».

El otro Arthur Less sostiene en alto el papel color verde mar y lee en voz alta:

—Centro Gantt… —Y, a continuación, la suma—. ¡Hostia puta!

Nuestro Less baja la cabeza, servil.

—No me cabe duda de que se lo dieron al Arthur Less equivocado.

El otro Less señala a nuestro protagonista con un dedo.

—¡Al blanco, te refieres! —Less calla, con la cabeza gacha—. ¡Porque este centro es una fundación afroestadounidense! —explica el otro Arthur Less, entre risas—. ¡Para escritores

negros!

—¿En serio?

—¡En serio, Arthur! —dice, y a continuación rompe a reír de nuevo, metiéndose el cheque en un bolsillo—. Pero ¿y qué vas a hacer?

—Bueno —responde nuestro Less—. Lo único que sé es lo que no iba a hacer, Arthur. No iba a cobrar un cheque que no era para mí.

—Arthur Less —dice el otro, con repentino entusiasmo—, ¡yo cobro todos los cheques que caen en mis manos!

Aparecen en la carretera carteles indicadores del aeropuerto y el paisaje adopta la vulgaridad del cortesano que adula al rey: coches de alquiler, aparcamientos, moteles cutres, talleres…, a lo que se suma una tienda de artículos eróticos iluminada con neones (el bufón). Por lo demás, podríamos encontrarnos en cualquier otro lugar del país.

En el rostro del otro Arthur Less se dibuja una expresión inquisitiva.

—¿Qué sabemos sobre nuestros nombres? Nos van a seguir confundiendo toda la vida. —De repente, un gesto de alarma —. ¿Y si el jurado del Nobel anuncia un día que Arthur Less ha ganado el Nobel de Literatura? —se pregunta, y estalla en risas. Pero Arthur Less se queda helado.

—Arthur —interpela nuestro protagonista muy serio—, tengo una pregunta.

—¿Me tomo otro chupito del misterio?

—No te habrán pedido que formes parte del jurado de… —y a continuación menciona el nombre del premio—, ¿verdad?

—Yo ahí no tengo nada que ver —repone el otro Arthur—. Yo no puedo formar parte de ese jurado. Ni siquiera soy estadounidense. Soy canadiense.

Nuestro héroe sugiere que se tomen otro chupito de todos modos, y eso hacen. Less saca entonces la pluma de su madre.

—¿Podrías firmarme el libro?

—¿Sabes? —dice el otro Arthur cuando ha terminado de firmar—. Yo también voy a cruzar el país de un lado a otro. Después de esta gira, tengo otra.

—Búscame si vas por la costa oeste.

—Podríamos organizar algún evento juntos —dice el otro Arthur—. ¡La gente alucinaría!

Ja, ja, ja; ja, ja, ja.

(¿Necesita de verdad el mundo dos criaturas de este tipo?)

En la estación de tren de Wilmington se separan por fin y regresa la formalidad. Al fin y al cabo, es probable que vuelvan a cruzarse a lo largo de los siguiente veinte años, más o menos, y deberán mantener una cordial distancia, como esos vecinos entre cuyos jardines crece un árbol que deja caer manzanas a ambos lados de la valla. Less recupera su equipaje y se despide con la mano; le responde su reflejo en el vidrio trasero de la limusina, que ya se aleja rumbo a Baltimore.

La dedicatoria en el libro: «De Arthur Less para Arthur Less: que todos los días sean domingo».

Si este viaje tuviera un lema, sería: «Equivocarse, una vez más».

Less se equivocó acerca del tiempo. Acerca de la ruta a seguir. Acerca del cambio manual, los bumeranes y los arándanos; los mares interiores, las carreteras desérticas y los cañones; se equivocó acerca de los *lavvus,* los garitos de carretera y los horarios de los trasbordadores. Se equivocó acerca de sus amantes. Acerca de sus progenitores. Acerca de los escritores famosos, los grupos de teatro y los premios. Acerca de los valones.

Pero, sobre todo, se ha equivocado en lo que respecta a la gente. No es de extrañar, en realidad: los novelistas, con su amor por la estructura, el lenguaje y la simetría narrativa, se equivocan con frecuencia sobre las personas que habitan el mundo real, del mismo modo que los arquitectos se equivocan acerca de las iglesias, por ejemplo. Lo que es aceptable como verosímil en una novela —que la camarera, creada para dejar caer la sopa sobre el protagonista, solo necesita un peinado y una mano— es, en el mundo real, un error moral imperdonable. En efecto, aunque nuestro autor de mediana edad se tenga por un Rosencrantz o un Guildenstern —desde luego, no por un personaje protagonista—, la verdad de la existencia no le ha atravesado el alma, pues en la vida real no

hay protagonistas. O, más bien, lo contrario: no hay otra cosa que protagonistas. Solo hay protagonistas, desde la primera página y hasta la última.

He ahí a Arthur Less en la estación de tren de Wilmington, Delaware, donde le ha dejado la limusina del otro Less. Mírenlo: descifrando el horario de los trenes, enfundado en su traje azul, encarando las ráfagas de emoción que cruzan el cielo otoñal en el mismísimo lugar en que se levantaba antaño Fort Christina, Nueva Suecia, justo donde Prudent Deless holló por vez primera suelo americano (quién sabe, quizá ocurrió junto al arbusto de lavanda que tiene enfrente). ¿Hacia dónde deberá poner rumbo su supuesto descendiente? ¿Aparecerá quizá en el luminoso de las salidas algún tren hacia Valonia, la tierra abandonada tiempo ha? De dondequiera que provenga originalmente, Less es, sin duda, mucho más *pasticcio* que cualquiera de nosotros. Tras sonarse la nariz con un pañuelo de papel (su pañuelo de tela favorito se lo arrebataron tiempo atrás, hace una eternidad), Less saca con toda tranquilidad su móvil del bolsillo.

—Freddy… —dice, interpelando a un buzón que le ha respondido con voz ultramarina—. No sé siquiera dónde estás.

¡Zuuuum! Resuena un tren que entra a la estación. El distante silbido ha ido creciendo hasta convertirse en un estruendo inminente (su hermana, usando solo las manos, sabía imitar a un tren exactamente de ese modo, retratando sin saberlo la teoría de la relatividad: quizá todos nacemos sabiéndolo todo).

Less se queda muy quieto y silencioso, con los ojos cerrados, preparándose para la embestida de aire, en cierto modo agradable, que acompaña a los trenes cuando pasan a toda velocidad junto a un andén. Toma aire profundamente y aspira el aroma que despiden las frías orillas lodosas del Delaware y el arbusto de lavanda que tiene al lado. Se pasa la mano izquierda por el pecho hasta posarla sobre el corazón, sobre el bolsillo de la pechera de la chaqueta. En la solidez de la pluma antigua de su madre, busca satisfacción y alivio, como la que le procuró la mano enharinada de su madre sobre la suya, una

tarde soleada, muchísimos años atrás. Sin embargo, no hay solidez que valga: palpa con las puntas de los dedos el exterior del bolsillo y, a continuación, contorsionando el brazo, busca en el interior. No está. Recuerda la limusina, al otro autor firmando el libro y quizá metiéndose su pluma en el bolsillo, como quien se guarda un pañuelo. Less toca algo con las yemas de los dedos en el fondo del bolsillo y dice «¡aquí está!», pero no: es un pistacho. Los dedos completan la búsqueda. No hay nada más.

¡¡Zuuuuuuuum!!

Less lanza el pistacho al tren que pasa y se deja caer contra la pared de ladrillo que tiene a la espalda. Se coloca el dorso de la mano sobre la frente y mira el tren pasar como una estampida. Traga saliva. El tren levanta un pequeño torbellino y las hojas se elevan trazando espirales en el aire; la corriente de aire le abre la chaqueta y le revuelve el pelo, que tan bien se había acicalado esa mañana, dejando al aire la inocencia rosada de su cuero cabelludo. Less aprieta los párpados, que se inundan en lágrimas. Inspira y espira con violentos sollozos. Su cuerpo empieza a temblar incontrolablemente; el legado familiar también se manifiesta en él. Se estremece, arrastrado por el torrente de ruido. Los ojos cerrados, la espalda contra el ladrillo.

—¡Freddy! —dice en voz alta, deteniéndose para sollozar—. ¡He hecho el ridículo!

Yo viajé por todo el mundo para recuperar a Less y el día que él me encontró a mí yo lo esperaba en lo alto de las escaleras que conducían a su casa, sentado sobre mi equipaje, vertiendo lágrimas de alegría. Así fueron aquellos días en la Cabaña: una alegría colmada por la frescura del amor. Días de lectura, de sueño, de trabajo y de amor a la sombra de la bignonia. Era tan fácil vivir así…, pero ¿le parecía quizá demasiado fácil a Less? ¿Pensaba quizá que no podría sobrevivir a su final, en caso de que llegase? Una mañana lo encontré llorando en el baño. Le pregunté si se encontraba bien y qué le pasaba. Él negaba con la cabeza y, con los ojos cerrados, dijo que sus parejas siempre lo dejaban. Se enjugó las lágrimas, pero no era capaz de mirarme a los ojos. «Si vas a

dejarme, Freddy —musitó con voz temblorosa—, por favor, no tardes.»

¡Zuuuuuuum!

Vi en el rostro de mi enamorado los años de desesperanza y le dije: «¿De qué estás hablando? ¡No voy a dejarte!».

Cuando el tren desaparece a lo lejos y el viento que arrastra tras de sí amaina, Arthur Less se aparta del muro. Mira hacia donde el tren ha desaparecido. Con la cara humedecida por las lágrimas, busca un pañuelo y palpa, en el bolsillo del abrigo, un frío cilindro que allí parece esconderse. Saca la pluma con un estremecimiento.

La espada en la piedra.

Bajo los luminosos de la estación de Wilmington hay una antigua cabina telefónica (sin teléfono). Less entra al prisma de cristal, huyendo del viento que de nuevo se levanta. «¡Elige mal, no pasa nada! ¡No pasa nada, de verdad! Pero elige.» Less hace un par de llamadas con su móvil y, poco después, está registrándose en una especie de hotel en Maine:

—Muchacho, ¡está usted hablando con la Viuda del Último Ballenero del País!

Volvamos a nuestro narrador, que ya se ha puesto en movimiento.

¿No se lo he contado ya, queridos lectores? La historia se ha ido escribiendo sola mientras estaban fuera…

Ay, valón mío, no me encontrarás en la Fonda de la Viuda del Último Ballenero. Me despedí de Adele, del capitán Nicholson y de los frailecillos de Valonica y me subí a un autobús destino Boston, donde reservé un pasaje en el tren que siempre había soñado tomar contigo. ¿Qué otra cosa puede hacer un hombre enamorado? Mientras estás allí, en la estación de tren de Wilmington, con todo el viento en contra, yo llego a Chicago. Los pináculos de sus templos corporativos se elevan por encima de las nubes de vapor que despiden los puestos de perritos y yo espero el trasbordo al siguiente tren en mi particular periplo a través del país.

Mi primer tren era el *Lake Shore Limited;* me hice con un pequeño compartimento con cama, que supuse que compartiría con algún viajero desconocido, al estilo europeo. No fue así; a los estadounidenses no les interesa la comedia de compañeros de litera. Extrañamente, me sentí aliviado. Sentí que en mi interior cobraba vida una espora de americanismo. Intenté ahogarla en el coche-bar con whisky (contra el *penthos* y la *kholon)* y, a continuación, caí en un sueño sin sueños, mientras el tren se alejaba ruidosamente de Nueva Inglaterra. Temo decir que esa primera siesta duró todo Ohio e Indiana, lo que deja esos dos estados intocados por mi juicio, tan puros como un amor de juventud, exóticos y tentadores como la primera vez que leí en un mapa topónimos como Elkhart y Waterloo, Sandusky o Elyria. Al despertar, miré por la ventana y vi la superluna del castor. La voz del maquinista resonó por megafonía anunciando la simultánea aparición de un lago: «El Erie. El Erie»[1].

Oh, Arthur Less. No tiene sentido que llames: solo podría responderte ya el capitán Nicholson. Y yo necesito mucho más que una llamada de teléfono. Necesito algún tipo de gesto grandioso, como esos corredores de antaño que para demostrar que eran capaces de subir y bajar de un monte a la carrera traían consigo un puñado de nieve en las manos: yo quiero ver la nieve en las tuyas. Quiero que seas fuerte y me lo demuestres, sin importar el día. Quiero que preguntes: ¿mereció la pena, Freddy? Pero no sé cuál será mi respuesta.

Quizá tengamos algún día nuestra propia conversación a lo Lewis y Clark, nosotros, exploradores. ¿Qué diremos de estos diez años juntos? ¿«Creo que sería extremadamente feliz en tu compañía»?

Llego a mi siguiente tren, ¡el *Empire Builder,* «constructor de imperios»! Embarco y me instalo en mi nuevo compartimento, que, por suerte de nuevo, no tengo que compartir con nadie y que tiene, de nuevo también, un amplio sofá, encarnación diurna de la cama plegable. Es probable que, en cuanto suelte el equipaje y me acomode, en el momento en el que el *Empire Builder* acumule vapor en la caldera (figuradamente) y arranque a caminar rumbo al oeste, Less esté hablando con

Adele, quien le informará debidamente de que marché hace dos días. Él preguntará qué había ido yo a hacer a aquella isla. Y ella no sabrá responder. Él preguntará por qué me marché. Y ella no sabrá responder.

Lo que sí puedo decir es lo siguiente:

No conozco Estados Unidos. Y necesito conocer el país, quizá para entender mejor a mi compañero: su amor por el kétchup de la era colonial y la zarzaparrilla de cuando la Prohibición, el glaciar de hielo que vierte en todos los vasos de agua, su miedo a hablar sobre las razas, su fascinación por la isla de Gran Bretaña y su indiferencia hacia el continente africano, su defensa a ultranza del Partido Demócrata, su defensa de la escala Fahrenheit, su convicción, pese a siglos de pruebas en contra, de que disfrutamos de libertad suficiente como para poder convertirnos en nosotros mismos, de que somos libres para amar como elijamos, de que la felicidad está al alcance de la mano si alargamos el brazo.

Quizá así sea. También necesito entenderme a mí mismo. ¿Y si tuviera que despertarme cada día junto a alguien que me promete un milagro y cada día creyera su promesa y cada día el milagro no se obrase? ¿No miramos todos a nuestros seres amados a veces y pensamos «pero ¿por qué sigo a su lado»? ¿Por qué seguimos al lado de esas personas? Hay algo vital en quedarse, aunque la respuesta a esta pregunta sigue agazapada en su madriguera. Yo quiero incitarla, que salga a la luz.

(¿Estás ahora estudiando los horarios de los trenes, amor mío? ¿Los precios de los coches de alquiler? ¿Estás mirando los vuelos a ciudades del norte con nombres como Erie, St. Cloud, Wishram, Redding?)[2]

Partiendo de Chicago atravieso el Medio Oeste. Cae la noche sobre los lagos helados de Minnesota. Me despierto y salgo al pasillo para usar el baño compartido del vagón; mientras espero a que salga la persona que lo ocupa (solo veo la espalda de un kimono con un dragón bordado), me da por mirar por la ventana. En el exterior, bajo la tenue luz nocturna, se extiende una estrecha cinta de agua que parece vibrar como una cuerda de guitarra agitada por el aleteo de pájaros invisibles. Esta es sustituida repentinamente por el borroso contorno de una casa

con una ventana encendida, un diamante de luz a través del cual distingo claramente a un hombre con peto, que se deja caer agotado sobre una silla con un martillo en la mano: una escena exactamente igual ilustraba la cubierta de un libro de cuentos populares norteamericanos que mi tío abuelo me regaló de niño. Esos cuentos nutrieron mis sueños durante un tiempo. El maquinista parece anunciar por megafonía: «Cloud, Cloud».

Me despierto en Dakota del Norte para toparme con un niño que me observa con la nariz pegada al vidrio de la ventana: he olvidado echar las cortinas. Estamos en Minot, Dakota del Norte, y ha nevado. El niño hace un gesto de desdén y se aparta, dejando ver una estación de tren que bulle de pasajeros y equipajes; si me dijeran que hemos llegado a Budapest, me lo habría creído. Una alargada voluta de vapor hace sospechar que quizá hayamos viajado también en el tiempo. Una azafata toca a mi puerta ofreciendo café; habla con acento extranjero. En este preciso instante siento un placer total (el vapor viene de un puesto de perritos calientes).

Cruzando Dakota del Norte, atravesando un paisaje que parece una gigantesca tarta glaseada, pienso en Arthur Less.

(¿Has recibido la llamada de Hola-por-favor-desea-comunicarse-con-usted-Peter-Hunt-no-cuelgue? ¿Has visto los periódicos de hoy? ¿Te ha llegado la noticia?)

No necesito un anillo. Ya me casé en otra ocasión, como muchos saben. Quiero aprovechar para dejar claro que Tom Dennis fue un buen hombre, que me trató con dulzura y que, cuando se lo pedí, me dejó marchar. Creo que me quería. Pero mi prometido no fue un compañero de viaje fácil: ponía los vasos sobre las mesas de madera (¡mesas de madera, querido lector!) y dejaba caer calcetines y envoltorios de los caramelos en el mismo sitio en que dejaban de cumplir su función (se convirtió en uno de esos turistas que tiran cosas en la playa, aduciendo que la marea se lo lleva todo y punto). Debería haber deducido, a raíz de aquello, que mi relación pasaría por problemas. Sin embargo, yo sabía que todas las parejas pelean y di por sentado que aquellos problemas no significaban que nos hubiéramos desviado del camino del amor. Eran baches,

normales en cualquier viaje. Así pues, imaginen mi sorpresa cuando (Tom Dennis, muy lejos, en el espejo retrovisor) me instalé en la Cabaña con Less y este nuevo compañero de viaje empezó a dar muestra de las mismas tendencias —calcetines por el suelo, ropa interior acumulada tras la puerta del baño, platos sin fregar—. Sin embargo, queridos lectores, ¡no me importó para nada! Recuerdo hacer la cama y encontrar bajo la almohada una profusión de pañuelos de papel usados (para sonarse la nariz por la mañana), crecidos ahí abajo como hongos… ¡y sentir no enfado, sino ternura! Con Tom Dennis habría tirado los pañuelos a la basura, resignado. Con Less me daba igual. Aquella vez primera me quedé mirando las bolas de papel, estupefacto. Pero me dio totalmente igual. La diferencia, si me dejan que les explique, queridos lectores, radica en que lo amo. ¿Cómo podría expresarlo de otro modo? No es el mejor, eso lo sabe Dios.

No es el mejor.

Pero es lo mejor que yo haya tenido nunca.

Desde Dakota del Norte el tren sigue su camino, como deslizándose sobre la nieve, a través del estado de Montana. Tras días de llanuras (tan planas y uniformes que por momentos parecía que el tren no se estuviera moviendo), la cercanía de las montañas se antoja alarmante como cuando la criatura de Frankenstein se acercaba con paso vacilante a la cabaña del ermitaño ciego. Coronados de nieve, teñidos del baño de sangre del ocaso, los picos se elevan desde la planicie con la distinción de estrellas de cine. Se antoja inverosímil que se nos haya permitido pasar el cordón de terciopelo que cierra la alfombra roja y saludar a las celebridades: me conmueve ese glamur geográfico. Los riscos y escarpas, entre rosados y turquesa, pasan a un lado y a otro, escarchados de hielo. Nos envuelve el azul penumbroso de primera hora de la noche, pero aun así los glaciares resplandecen en todo su esplendor.

El maquinista anuncia: «Wishram, Wishram».

Llegamos a Portland a la mañana siguiente, donde hago trasbordo para cubrir la última etapa de mi viaje, a bordo del *Coast Starlight*. Todo se sucede con normalidad y me instalo en mi último compartimento, idéntico a los otros salvo por las

pequeñas variaciones en los percheros y pestillos. Me hallo en algún lugar del norte de la costa oeste, cerca del cabo Álava, el último punto de Estados Unidos que el sol ilumina cada día. Mi destino es San Francisco. El tren avanza hacia el sur, estremeciéndose cada tanto, y yo veo el sol ponerse sobre Chemult, Oregón, uno de los muchos lugares que jamás pensé que vería o, más bien, a los que jamás había dedicado un solo pensamiento. Me pareció que el cinto de nieve que lo cubría estaba mal hecho. A la altura de Klamath Falls entro en el coche restaurante justo a tiempo para presenciar un alboroto entre los pasajeros.

—¡Alguien ha intentado saltar del tren! —dice una chica pelirroja treintañera que lleva un kimono. Tiene el pelo largo por arriba, pero afeitado a los lados, donde, además, se ha teñido de verde; además, el kimono, verde también, deja entrever toda una *troupe* de tatuajes (no enteramente). Está comiendo queso a bocados. Le pregunto si viaja a San Francisco y ella asiente y me cuenta que va a visitar a su amante—. Cometí un error —dice, mirando el queso—. Espero que pueda perdonarme. —Al preguntarle, describe a su amante: es un flebotomista taiwanés, también con muchos tatuajes—. ¿Y usted?

Respondo que estoy esperando una señal.

Ella frunce el ceño y me ofrece queso. Yo recuerdo a Jason, el sociólogo del frío porche de Maine, y declino su oferta. Pienso instintivamente: «Puedo vivir sin queso». Descendemos en la oscuridad por las laderas de las montañas nevadas y, a la luz de la lamparilla de una mesa del coche-restaurante, la chica lee en voz alta una noticia sobre un premio a la carrera literaria de un escritor. Le digo que yo conozco a ese escritor.

Ahora he de hablar de otra trama, tan particular como intrigante, que —hasta oír esa noticia leída en voz alta en la prensa— había empezado a entretejerse con ciertos patrones de los que debería haberme percatado antes.

En Redding, en el límite con California, se produce de nuevo una conmoción: durante la breve parada matutina, observo como un coche de alquiler, color rojo vino, entra al aparcamiento de la estación haciendo chirriar los neumáticos.

Echo la cortina; resulta que una especie de bandido moderno está intentando subir al tren sin billete. El esforzado revisor está frustrando su plan justo bajo mi ventanilla. Asisto al forcejeo como en un teatro de sombras, hasta que las siluetas empiezan a desplazarse hacia el norte: el tren traquetea ya en sentido contrario, a lo largo del río Sacramento.

Las montañas aparecen recortadas contra la luz del amanecer y, poco a poco, se empiezan a distinguir los altos pinos, que cubren las laderas como el plumaje de un ave. En Chico, California, justo cuando estamos saliendo de la estación, el obstinado Jesse James de Redding intenta subir al tren otra vez, demasiado tarde de nuevo. No llega a tiempo para sobornar al maquinista. En un reflejo semitransparente, me parece ver una escena de película antigua: un hombre corre en pos del balconcillo del furgón de cola de un tren. Por desgracia para el bandido, el último vagón de este tren no tiene balconcillo. Doy por hecho que se queda en tierra, tosiendo en mitad de una polvareda.

Desde ese lugar hasta Sacramento, debido a las angosturas que crean el río y las paredes de roca, la línea férrea corre paralela a la autopista. Estoy convencido de que el mismo coche rojo vino corre por el carril izquierdo, a la misma velocidad del tren. En un momento dado, se acerca tanto que casi puedo distinguir el rostro del conductor. Pero la autopista, de repente, se separa de la vía férrea. Seguramente, será otro coche. Se me ocurre que probablemente nos estemos acercando al río de los Americanos, en el que ejercimos la piratería, y también al Hotel d'Amour. De repente, aparece de la nada un banco de niebla y el *Coast Starlight* parece atravesar volando un país hechizado por la blancura. No es como la nieve, que siempre cae o se mueve, haciéndose evidente y tangible: es un blanco cegador. Como si le chistaran al mundo y este bajase la voz; así deben de sentirse las ánimas deambulando por nuestro mundo, ahora nos toca a los pasajeros de este tren atravesar flotando el reino de los fantasmas. ¿Qué fantasmas, por cierto? Los de los aleutianos y los delaware, los de los españoles y los navajo, los de los ingleses y los africanos, los franceses, los hopi, los wampanoag, los holandeses… y los valones.

Un momento: veo algo. Antes de que pueda ponerle nombre, distingo a estribor, suspendida de una nube como un ente de ultramundo, una presencia. ¿Por qué, como dijo la poeta, esta dulce sensación de alegría? Flotando, a media distancia, una obra sobre óleo inacabada, algo se gira para devolverme la mirada.

Es un alce.

A través de la nada nos miramos uno a otro un instante. Y desaparece.

El tren ralentiza la marcha. La berlina rojo vino acelera y desaparece por delante del tren, proyectando sombras tridimensionales sobre la niebla.

Oh, niebla de la soledad; oh, místico alce del amor; oh, Arthur Less.

Mi compartimento retiembla al entrar el tren en la estación de Martinez, California, en cuyo aparcamiento ha encontrado ya un hogar el coche rojo vino. El río desparrama sus aguas por el cauce ensanchado y la niebla se disipa. En el respaldar de un banco alguien ha grafitado BIENVENIDO AL AMABLE OESTE. Otro estremecimiento y el tren arranca de nuevo en dirección a San Francisco.

Tocan a la puerta de mi compartimento.

Podríamos inventar una máquina del tiempo, valón mío, y regresar al pasado y jamás elegirnos el uno al otro. Podríamos ir más atrás aún, e intentarlo todo de nuevo con lo que sabemos: intentar estar juntos y enamorados y volver a ser jóvenes, eso que nadie sabe muy bien cómo hacer. Jóvenes y felices y despreocupados. Pero no, tengo una solución más fácil: usemos una máquina del tiempo, pero la que ya conocemos, la de toda la vida. E intentemos envejecer. Seamos viejos y felices y despreocupados.

Tocan de nuevo. Alguien grita desde el otro lado de la puerta:

—¡Bajando escalera! ¡Bajando escalera!

Contemplo el paisaje neblinoso una última vez y, acto seguido, abro la puerta y ¿con qué viajero me topo ahí plantado, el rostro surcado de inquietud, fruncido en una sonrisa esperanzada, sendos claveles reventones en las mejillas

pálidas? ¿Qué ganador de un premio literario se ha recorrido todo Estados Unidos para elegirme, resollando de alivio al ver mi cara?

Bueno, queridos lectores, les dejaré que adivinen.

---

1 Juego entre el topónimo alusivo al lago de ese nombre y la palabra eerie, ‘fantasmagórico’. *(N. del T.)*

2 El autor refiere aquí una serie de topónimos alusivos a lugares y poblaciones situados a lo largo de esta línea férrea real, que sugieren un doble sentido relevante en cada caso. A Erie, comentado en la nota anterior, se suman St. Cloud (*cloud* significa ‘nube’ en inglés), Wishram (*wish* es ‘deseo’) o Redding (literalmente, ‘sonrojarse’, ‘ponerse colorado’). *(N. del T.)*

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a Lynn Nesbit, Judith Clain, Anna de la Rosa, Reagan Arthur, Nia Howard, Stacey Parshall Jensen, Shadae Mallory, Tracy Roe, Lee Boudreaux, Daniel Handler, Julie Orringer, Ayelet Waldman y Priscilla Gillman, además de a mi familia, a mis sobrinos Arlo y Mack, y a mi tía Elegene Trostle. Gracias a la Fundación Guggenheim por la beca que me permitió alquilar las caravanas. Empecé esta novela en la residencia MacDowell Colony, la escribí en la Fundación Santa Maddalena y la terminé en Civitella Ranieri. Agradezco especialmente a los perros Olive y Quo su perseverancia, y a Enrico Rotelli, también la suya.

Título original: *Less is Lost*

Edición digital: 2023

Copyright © 2022 by Andrew Sean Greer
© de la traducción: Miguel Marqués Muñoz, 2023
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-1148-153-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Contenido

Atardecer
Suroeste
Sureste
Amanecer
Agradecimientos
Créditos

Contents

1. Cubierta
2. Atardecer
3. Suroeste
4. Sureste
5. Amanecer
6. Agradecimientos
7. Créditos

Hitos

1. Cubierta
2. Créditos
3. Portada